

ANNE PERRY

LAS TRINCHERAS DEL ODIO

INTRIGA Y CRIMEN DURANTE
LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

EDICIONES B

L A T E R A M A

LAS TRINCHERAS DEL ODIO

Anne Perry

Traducción de Borja Folch

Título original: At Some Disputad Barricade

Traducción: Borja Folch

1.^a edición: mayo 2008

© 2006 by Anne Perry

© Ediciones B, A., 2008

Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978—84-666-3753-4

Depósito legal: B. 12.929-2008

Impreso por LIMPERGRAF, S.L. Mogoda, 29—31

Polígon Can Salvatella 08210 — Barberà del Vallés (Barcelona)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

FICCION / NOVELA / SUSPENSE

EDICIONES B

422

978-84-666-3753-4

En julio de 1917, tras cuatro años de guerra, el agotamiento se está adueñando del capellán Joseph Reavley y de su hermana Judith, miembro del Cuerpo de Ambulancias. En el frente occidental ha comenzado la batalla de Passchendaele, y la paz aún parece muy lejana. La arrogancia y la incompetencia del oficial Northrop, comandante a cargo del regimiento de Joseph, auguran la muerte innecesaria de muchos soldados. Pero pronto es el propio Northrop el que cae, aunque a manos de sus hombres. Judith, angustiada ante la perspectiva de que un tribunal militar ordene la ejecución de los doce hombres arrestados por el crimen, arriesga su vida para ayudar a escapar a los prisioneros. Entretanto, Matthew Reavley, comandante de los Servicios de Inteligencia británicos, continúa la desesperada búsqueda del Pacificador, un obsesivo genio que utiliza métodos muy poco ortodoxos para tratar de acabar con la guerra, y a quien considera responsable de la muerte de sus padres. Las distintas búsquedas de los tres hermanos les llevarán a oponer la valentía y el honor a la ciega maquinaria de la justicia militar...

Anne Perry (nacida como Juliet Marion Hulme en Blackheath, Londres el 28 de octubre de 1938) es una escritora inglesa, autora de historias de detectives, además de una asesina sentenciada por el caso Parker-Hulme. Fue una niña enfermiza, muy joven fue diagnosticada de tuberculosis. Su padre, un renombrado físico llamado Henry Hulme, la envió al Caribe y a Sudáfrica para que se recuperara. Al cumplir 13 años, regresó a su casa a la espera de partir hacia Nueva Zelanda, donde a su padre le esperaba un trabajo como rector de una universidad.

Anne y su amiga Pauline Parker decidieron matar a la madre de ésta última, de nombre Honora Rieper. La razón: No querían separarse, y planeaban robar el dinero de la madre y huir juntas a los Estados Unidos. El 22 de Junio de 1954, las niñas acompañaron a Honora Rieper a una caminata por el parque Victoria de la ciudad de Christchurch. Cuando llegaron a un lugar solitario, Juliet (Anne **Perry**) arrojó al suelo un pequeño trozo de piedra decorativa y la señora Rieper se agachó a recogerla. Entonces, ambas niñas (por turnos) comenzaron a golpearla en la cabeza con un ladrillo envuelto en un calcetín. Fueron necesarios cerca de 45 golpes para finalmente matarla. No cabe duda de que la brutalidad del crimen contribuyó de enorme manera a su notoriedad.

Las niñas, entonces, se alejaron del lugar y comenzaron a pedir ayuda. Estaban cubiertas de sangre. Pronto descubrieron el cuerpo de la mujer, y el arma homicida. El desastroso estado de la cabeza de la víctima echó por tierra la historia de las niñas, quienes decían que ésta había resbalado y que se golpeó la cabeza contra el suelo.

El juicio fue una sensación en aquella época (1954), con alusiones al posible lesbianismo de las niñas como agravante del asesinato, ya que en aquél entonces ser homosexual era un crimen. El 30 de Agosto, ambas fueron condenadas a pasar cinco años en prisión, y una de las condiciones para su liberación fue que jamás volvieran a verse.

Los sucesos sirvieron como argumento de la película de Peter Jackson "Criaturas Celestiales", en la cual Kate Winslet encarnó a Anne **Perry**.

Tras su liberación a los cinco años del crimen, Juliet Hulme (Anne **Perry**) regresó a

Inglaterra y se convirtió en asistente de vuelo. Vivió en los Estados Unidos durante un tiempo, donde se unió a los mormones y su Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. También cambió su nombre por el de Anne **Perry**, tomando como apellido el segundo nombre de su padre.

Con el tiempo, comenzó a escribir novelas de corte policiaco, la primera de las cuales fue *The Cater Street Hangman*, que fue publicada en 1979, a la edad de 41 años, título protagonizado por el policía Thomas Pitt y su esposa Charlotte, personajes, junto a la serie del inspector William Monk y su compañera Hester, que le concedieron fama internacional.

Sus libros, algunos de ellos dignos sucesores de la gran maestra del relato policiaco Agatha Christie, están ambientados en la rígida sociedad victoriana y narrados con un estilo sencillo y ligero que hace muy agradable su lectura.

Para el 2003, ya había publicado cerca de 47 novelas y era una escritora de gran éxito, ganadora de numerosos premios y convertida en una celebridad. Sin embargo, la historia del homicidio cometido en su juventud jamás ha sido olvidado, y el hecho de que se dedique a escribir novelas sobre asesinatos indudablemente añade un toque macabro a su biografía.

Su Saga de libros sobre la Primera Guerra Mundial comprende los siguientes títulos:

1. *No Graves As Yet* (Sin muertes todavía / Las tumbas del mañana -en España-)
2. *Shoulder the Sky* (Atlas / El peso del cielo -en España-)
3. *Angels in the Gloom* (Ángeles en la Penumbra / Ángeles en las tinieblas -en España-)
4. *At some Disputed Barricade* (En una peleada trinchera / Las trincheras del odio -en España-)
5. *We Shall Not Sleep* (No deberíamos dormir / No dormiremos -en España-)

A mi hermano Jonathan, médico del ejército

Tengo una cita con la Muerte, en una trinchera en disputa.

ALAN SEEGER

1

El sol se ocultaba en el horizonte de la yerma tierra de nadie cuando Barshey Gee llegó tambaleándose por la trinchera, con los brazos como aspas y las botas golpeteando las rejillas de listones que cubrían el suelo. Traía el rostro ceniciento y manchado de barro y sudor.

—¡Capellán! ¡Snowy se ha largado! —gritó chocando contra el muro de tierra para detenerse delante de Joseph—. ¡Me parece que ha saltado el parapeto! —exclamó con voz ronca de impotencia y desespero.

Aquella mañana Snowy Nunn había visto cómo el fuego de las ametralladoras partía en dos a su hermano mayor durante otro ataque inútil. Estaban a finales de julio de 1917, y aquel regimiento de Cambridgeshire llevaba empantanado en la misma franja de tierra devastada entre Ypres y Passchendaele desde el principio, desde aquellos lejanos días de valentía y esperanza en que imaginaban que todo habría concluido antes de la Navidad siguiente.

Ahora la mutilación y la muerte eran hechos cotidianos. Tres años después, la tierra apestaba a cadáveres y, por supuesto, a letrinas y a gas venenoso. Pero peor era aún ver al hermano con quien uno había crecido reducido a una masa sanguinolenta delante de tus narices. Al principio Snowy se había quedado tan aturdido que no reaccionó, como si el horror de semejante visión lo hubiese paralizado.

—Me parece que ha saltado el parapeto —repitió Barshey—. Ha perdido la chaveta. Se ha ido a acabar él solito con todo el Ejército alemán. Se lo van a cargar.

Tragó saliva.

—Lo haremos volver —dijo Joseph con más certidumbre de la que sentía—. A lo mejor lo han llevado al puesto de primeros auxilios. ¿Has...?

—Ya lo he comprobado —lo interrumpió Barshey—. Y también he ido a la cocina y he registrado todos los refugios subterráneos y los agujeros en que podría esconderse. Ha saltado el parapeto, capitán Reavley.

A Joseph se le hizo un nudo en el estómago. Era inútil aferrarse a una esperanza que ambos sabían vana.

—Ve hacia el norte, yo iré hacia el sur —dijo escuetamente—. ¡Pero ten cuidado! ¡No dejes que te maten en balde!

Barshey soltó una carcajada tan áspera que sonó casi como un sollozo y dio media vuelta.

Joseph enfiló en dirección contraria, al suroeste, hacia el lugar donde se podía saltar el parapeto con más facilidad para encontrar refugio entre lo que quedaba de los árboles destrozados por los obuses, renegridos y casi sin hojas incluso ahora, en pleno verano. Iba preguntando a los hombres que se encontraba por el camino.

—Buenas, capellán —saludó un centinela en voz baja des— de su posición en el peldaño de tiro, escudriñando la creciente penumbra. Se oía el retumbo amenazador de los cañones alemanes que iniciaban el bombardeo nocturno, emitiendo por la boca fogonazos rojos. Los británicos respondían. En aquella sección también había regimientos canadienses y australianos.

—Buenas —contestó Joseph—. ¿Has visto a Snowy Nunn? No tenía tiempo para ser más discreto. La aflicción le había hecho trizas el instinto de supervivencia.

Por descontado, Snowy había visto morir a otros hombres: quemados, ahogados, gaseados, congelados o volados en pedazos; algunos atrapados en las alambradas y acribillados a balazos. Pero presenciar la muerte violenta de tu propio hermano te desgarraba por dentro como ninguna otra cosa. Tucky había sido su protector y amigo de la infancia, el que lo acompañó en sus primeras aventuras de robar manzanas, el que le había enseñado sus primeros chistes atrevidos, el que había salido en su defensa en el patio del colegio. Era como si le hubiesen destruido obscenamente la mitad de la vida justo delante de él.

Joseph, que había visto el semblante de Snowy, sabía que cuando superase el aturdimiento de la primera impresión daría rienda suelta a su rabia. Pero no había contado con que lo hiciera tan pronto.

—¿Lo has visto? —preguntó Joseph al centinela de nuevo, esta vez con más severidad.

—No lo sé, capitán Reavley —respondió el centinela—, no he apartado la vista del frente.

—No ha hecho nada aún —dijo Joseph apretando los dientes para dominar la impotencia que crecía en su interior—. ¡Quiero dar con él antes de que lo haga!

Sabía lo que aquel hombre estaba protegiendo. Joseph era oficial y sacerdote, estaba sujeto al mando por rango y convicción. Corrían rumores de que parte del Ejército francés ya se había amotinado y declarado dispuesto a mantener sus posiciones, pero no a lanzar más ataques. La tropa exigía mejores raciones, permisos y un trato tan humano como fuese posible en medio de aquel sufrimiento universal. Había miles de acusados y más de cuatrocientos sentenciados a muerte aunque, al parecer, por el momento sólo un puñado había acabado frente al pelotón de fusilamiento.

En el Ejército británico las bajas habían sido igualmente espantosas. Los hombres estaban agotados y andaban con la moral por los suelos. Ahora corría la voz de otra ofensiva contra las líneas alemanas, pero no les quedaban ánimos para lanzarla. Todos habían visto a demasiados amigos muertos o lisiados por ganar unos pocos metros de barro, y nada había cambiado, salvo la cifra de bajas. Las simpatías del centinela estaban con los hombres, y tenía miedo.

—¡Por favor! —insistió Joseph en tono apremiante—. Han matado a su hermano y está mal. Tengo que encontrarlo.

—¿Para decirle qué? —replicó el centinela con hosquedad, volviéndose por fin para

mirar a Joseph—. ¿Que hay un Dios en lo alto que nos ama y que todo saldrá bien al final? —preguntó con voz ronca de angustia.

Hacía mucho tiempo que Joseph no le decía eso a nadie. Ni siquiera confiaba en su propia fe en ello. Desde luego, tales palabras no servían de nada. Aquellos muchachos de diecinueve o veinte años, a quienes habían enviado a morir en un infierno inimaginable para quienes permanecían en casa, no querían que un sacerdote que casi les doblaba la edad les asegurase que Dios los amaba a pesar de que todo indicaba lo contrario.

—Sólo quiero impedir que cometa una estupidez sin detenerse a reflexionar —dijo Joseph en voz alta—. Conozco a su madre. Me gustaría devolverle al menos un hijo con vida.

El centinela no contestó. Dio la vuelta otra vez para mirar por encima del parapeto. El cielo se teñía de un suave y luminoso tono melocotón surcado por unas volutas de nubes escarlata que aún resplandecían al sol. Hacia poniente se distinguían unos cuantos árboles desnudos en lo que fuera el bosque de Railway, siluetas negras recortadas contra el color ardiente, cerca de las líneas alemanas, más allá de los bosques de Glencorse y Polygon. En aquella dirección prepararían el ataque.

—Yo no sé nada —dijo el centinela al fin—, pero pruebe en el bosque de Zoave. — Señaló vagamente con la mano—. Hay un par de sitios donde meterse para estar a solas. Si eso es lo que uno quiere.

—Gracias.

Joseph prosiguió su camino, presuroso. Unos pasos por delante oía los correteos de las ratas sobre el entablado. En las trincheras había millones de ellas que hurgaban entre los cuerpos sin enterrar. De noche los hombres, entre los que a menudo se encontraba Joseph, salían para traer los cuerpos de vuelta; los vivos primero y luego todos los muertos que podían.

Pasó ante los refugios subterráneos donde se guardaban las parihuelas y el material adicional de primeros auxilios, aunque se suponía que cada hombre llevaba consigo al menos lo imprescindible para restañar una herida. Estaba oscureciendo y, de vez en cuando, estallaban bengalas en lo alto, alumbrando brevemente el barro con un resplandor amarillento que causaba una ceguera momentánea a los hombres.

Joseph aún no sabía qué le diría a Snowy cuando diera con él. Tal vez lo único que podía hacer era estar a su lado, hacerle compañía en aquel silencio prolongado y angustioso. Seguramente Snowy no le haría preguntas imposibles de responder. Había dejado de suponer que existieran respuestas, y menos aún que Joseph las conociera. Snowy tenía veinte años cumplidos; era un veterano. A la mayoría de los muchachos que llegaban ahora los reclutaban directamente en aulas de colegio. Cuando se desmoronaban o agonizaban era a sus madres a quienes llamaban, no a Dios. ¿Qué se le podía decir a Dios en aquel infierno? Joseph no estaba seguro de cuántas personas creían aún en semejante ser; si Él estaba allí, era tan impotente como los meros mortales.

Las paredes de las trincheras eran muy altas allí y tenían tablas firmemente remachadas a los lados.

Joseph rebasó a una pareja de hombres acucillados ante una perola de' té.

—¿Habéis visto a Snowy Nunn? —preguntó, deteniéndose junto a ellos.

Uno levantó un rostro pálido, manchado de barro, con una larga cicatriz en la mejilla.

—Lo siento, capi, pero hace rato que no. Pobre diablo. Tucky era un buen tipo —dijo, sin horror en la voz, y con la mirada más allá de Joseph, perdida en horizontes que nadie más veía.

—Gracias, Nobby —dijo Joseph, y siguió adelante sin más demora.

Topó con más centinelas, un grupo de hombres que se contaban anécdotas inventadas entre risas. Alguien entonaba una canción de music hall introduciendo cambios en la letra que apenas dos años atrás habrían sonado soeces.

Joseph pasó ante el refugio subterráneo de un oficial, al que se entraba bajando por una empinada escalera. Era tan angosto como una tumba, pero ofrecía una buena protección contra el fuego de los francotiradores y, en invierno, el cobijo más caliente que uno podía procurarse en la tierra congelada. El capellán salió de la estrechez de la trinchera al bosque de Zoave. Casi todos los árboles de allí estaban destrozados o quemados, pero unos pocos aún conservaban algunas hojas. Debajo de ellos, la maleza que normalmente cubría la tierra estaba pisoteada. La línea de combate atravesaba lo que quedaba del bosque.

Joseph se arrimó al tronco del árbol más próximo y notó su áspera corteza en la espalda. Si Snowy se encontraba allí, en aquella reducida zona tras las líneas, sólo era cuestión de caminar sin hacer mido, zigzagueando entre los árboles como un guardabosque en busca de un cazador furtivo. Sólo que Snowy probablemente estaría quieto a causa de su aflicción, a solas, pasando frío incluso en aquella noche de verano porque estaba agotado, no ya de cuerpo, sino de corazón. Quizá lo consumiera esa terrible e inexplicable culpa que sienten los supervivientes cuando sin motivo alguno siguen vivos tras la muerte de sus seres queridos.

Joseph echó a andar, pisando el suelo desnudo con cuidado. El viento removía las pocas hojas que quedaban, y las sombras parpadeaban, pero él no oía nada por encima del estruendo de los cañones. La noche era templada y el hedor de los muertos, mezclado con el de las letrinas, le oprimía la garganta aunque a aquellas alturas apenas lo percibía. No daba tregua. Había que alejarse del frente y entrar en uno de los pueblos, quizás en un estaminet,* y oler queso y vino y sudor para librarse de la fetidez. Había muchos establecimientos de ese tipo en lugares como Poperinge y Armentières, así como en otras pequeñas poblaciones cercanas.

Voz francesa empleada hasta la Segunda Guerra Mundial para designar un despacho de bebidas o taberna. (N. del T)

Algo se movió a su derecha. Tenía que ser un soldado. Ya no había animales por ahí, e

incluso los pájaros evitaban aproximarse tanto a la línea de combate. Se volvió hacia allí y avanzó serpenteando de árbol en árbol. Tardó un rato en volver a ver movimiento. No se trataba de Snowy; la figura era demasiado alta.

El cielo ya estaba oscuro por completo, y la única luz procedía de los fognazos de los cañones y de las bengalas. Hacían que los árboles se vieran negros y llenaban los espacios intermedios de sombras irregulares y vacilantes, ya que el viento que arreciaba agitaba las ramas. El calor veraniego no duraría mucho más. Seguramente pronto llegaría la lluvia, una tormenta eléctrica quizás. Eso despejaría la atmósfera.

Joseph casi tropezó con ellos: cinco hombres sentados en una hondonada, conversando en corro, dando caladas a sus cigarrillos, cuyo breve resplandor delataba sus posiciones e iluminaba momentáneamente una mejilla o la silueta de una nariz y una frente. Al principio el capellán no alcanzaba a distinguir las palabras, pero al menos una de las voces bajas y cargadas de emoción le resultó familiar: la de Edgar Morel, uno de sus alumnos de cuando enseñaba en Cambridge.

Joseph se puso a gatas a fin de no destacar tanto y avanzó con sigilo para no llamar la atención.

Morel dio otra chupada a su cigarrillo. La roja brasa de tabaco resplandeció, mostrando sus demacrados rasgos y sus grandes ojos negros. El hombre hablaba en tono apremiante, y la ira que anidaba en él se hacía patente en la rigidez de los hombros y el pecho echados hacia delante. Su insignia de capitán relució por un instante, y acto seguido la oscuridad regresó, envolviendo casi por completo el humo que exhaló. Joseph acertó a olerlo más que a verlo.

—Van a enviarnos al otro lado del parapeto otra vez, hacia Passchendaele —aseveró Morel con dureza—. Seremos miles; no sólo nosotros sino también canadienses, franceses y australianos. Todo será tan puñeteramente inútil como siempre. Jerry* nos liquidará a cientos. Nos aniquilará. Ya quedamos pocos a estas alturas.

—¡Están locos de remate! —soltó John Geddes con amargura. Era un cabo primero de rostro alargado y enjuto. La mano con que sostenía su cigarrillo le temblaba. Quizás era por inquietud, quizá por neurosis de guerra.

Alguien encendió otro cigarrillo y lo pasó. El hombre que lo cogió dio las gracias y, tras una larga calada, tosió. Joseph se puso tenso, con el estómago encogido. Ese hombre era Snowy Nunn. Aunque el capellán no veía su pelo rubio, casi albino, pues lo tapaba el casco, reconoció su voz.

—Llevan todo el verano diciendo que vamos a ir —dijo el cuarto hombre, hastiado—. Nunca acaban de decidirse. Aunque ¿desde cuándo tienen ni puta idea de lo que hacen?

—El 21 de marzo, como un reloj —murmuró Snowy—. Primer día de primavera, y allá vamos. Deben de pensar que Jerry no tiene calendario o qué sé yo. —Exhaló un suspiro profundo y ronco, con los ojos arrasados en lágrimas—. ¿Para qué? ¿Qué sentido tiene? —Se le quebró la voz.

El hombre que estaba a su lado le apoyó una mano en el hombro.

—La pregunta es: ¿qué vamos a hacer al respecto? —Morel los miró uno tras otro, con una expresión invisible en la oscuridad salvo por su boca, una línea crispada que se vislumbraba al resplandor de su cigarrillo—. ¿Estáis dispuestos a saltar el parapeto para que os masacren sin una maldita razón? Los franceses no, Dios los asista.

Se oyó una carcajada seca.

—¿Te parece mejor que te juzguen y fusilen los tuyos? Al final te mueres de todos modos, y tu familia tiene que vivir con esa vergüenza.

—Es una mera demostración de fuerza —arguyó Morel—. Los franceses no van a fusilar a más de una docena o dos. Pero ésa no es la cuestión. —Se inclinó hacia delante. Su cuerpo era una sombra más densa que la oscuridad reinante. Hablaba con suma gravedad—. El cabrón de Jerry está mucho mejor preparado para plantarnos cara de lo que creíamos.

Mote con el que las tropas aliadas se referían al enemigo alemán. (N. del T)

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Geddes—. ¿Qué te convierte en Dios Todopoderoso? No aguanto a los generales ni a nadie que se crea mejor que los demás sólo por ser de buena familia.

—Porque estuve interrogando a un prisionero hace dos días —contestó Morel con acritud—. Los alemanes conocen nuestros planes.

—Ya no me acordaba de que hablas teutón —replicó Geddes, irritado—. ¿Para eso fuiste a Cambridge?

Una voz en la oscuridad le dijo que se callara.

—El caso es que lo hablo —contestó Morel.

—El caso es si se lo has dicho a alguien —repuso uno de los otros—. Como a Penhaligon, por ejemplo.

—¡Claro que se lo he dicho! —espetó Morel—. Y él se lo ha dicho a los de arriba. Pero no quieren ni oír hablar de eso. La mayoría de nosotros va a morir de todos modos —prosiguió con vehemencia—. Prefiero que me maten por una causa en la que creo a que me envíen al otro lado del parapeto porque a un general loco de atar no se le ocurre nada mejor que otra carnicería inútil, año tras año, sin hacer caso de lo que le dice el Servicio de Inteligencia. La victoria no está más cerca que en 1914. No estoy seguro de que los alemanes sean nuestros verdaderos enemigos. ¿Vosotros sí? Habéis luchado contra ellos durante los tres últimos años, habéis capturado a unos cuantos. No soy el único que ha hablado con ellos. Nuestros zapadores han estado tan cerca en los túneles bajo sus líneas que los han oído hablar por la noche. ¿Y de qué hablan? ¿De matamos? ¡No, ni de lejos! Preguntad a cualquier zapador: os dirá que hablan de sus hogares, de sus familias, de lo que quieren hacer cuando termine la guerra si llegan con vida al final. ¡Hablan de sus amigos, de los muertos y heridos, del hambre que pasan, el frío, la puñetera humedad!

Cuentan chistes tan malos como los nuestros. Y cantan, sobre todo canciones tristes.

Nadie dijo esta boca es mía.

—Yo no los odio —continuó Morel—. Si por mí fuera, dejaría que todos se marcharan a las ciudades y pueblos de donde vinieron. A quien odio es a los cabrones que los enviaron. ¿Y si imitásemos a los franceses y dijéramos a los generales que luchan ellos en su puñetera guerra, que nosotros también nos vamos a casa?

Se hizo un silencio sepulcral.

—No puedes hacer eso —dijo Snowy al fin—. Sería amotinamiento.

—¿Tienes miedo de que te disparen? —preguntó Geddes con sarcasmo—. Pues entonces estás en el sitio equivocado, colega. Y lo sabes tan bien como yo.

Snowy no contestó. Permaneció sentado muy quieto con la cabeza gacha.

—Lucharé por aquello en lo que creo —declaró Morel—. Y no es esta muerte sin sentido. ¡Hasta la tierra apesta a muerte! ¡Están sacrificando a los mejores hombres de nuestra generación por nada! ¡Los generales al mando de esta farsa tienen menos idea de lo que hacen que sus propios caballos! Hay que poner fin a esto mientras todavía quede alguien con vida a quien le importe.

Joseph estaba en cuclillas, muy angustiado y con calambres en las piernas. Hacía meses que notaba la ira de los hombres, la creciente sensación de impotencia, desde el verano del año anterior; pero todavía no esperaba una hostilidad tan manifiesta, y menos aún por parte de un hombre como Morel. Lo había conocido en 1913, cuando Joseph había regresado a su Cambridge natal después de que el fallecimiento de Eleanor le dejara la fe demasiado maltrecha para seguir al frente de una parroquia. Se había refugiado en la enseñanza. La base teórica del estudio académico de los idiomas bíblicos resultaba mucho más fácil que enfrentarse a las crisis de amor y de fe, las dudas, el sentimiento de pérdida y la desilusión que formaban parte del ejercicio de la religión.

Movió una pierna, masajeando los músculos para aliviar el dolor. Tendría que haber imaginado que si finalmente alguien se rebelaba contra la masacre, ese alguien sería Morel. ¡En aquella época el trabajo de Joseph consistía en intentar enseñar a muchachos inteligentes y ambiciosos como él a pensar por sí mismos! Adquirir conocimientos sólo constituía un aspecto de la formación universitaria. Lo principal era aprender a usar la mente, a refinar los procesos del pensamiento.

Notó el acero contra su mejilla, frío como el hielo. Se quedó paralizado. Por alguna razón, los alemanes habían efectuado una incursión en tierra de nadie. Entonces cayó en la cuenta de que, de ser cierto, habrían descubierto primero a los hombres que fumaban a pocos metros de él. Se serenó e intentó volverse para ver quién era pero la presión aumentó.

Morel se levantó y caminó hacia él. Se detuvo a cosa de metro y medio y encendió una cerilla. La llama brilló por unos instantes antes de que la brisa la apagara, pero aun así le dio tiempo de reconocer a Joseph.

—¿Qué está haciendo aquí, capitán Reavley? —preguntó Morel con frialdad.

El cañón del fusil se apartó de la mejilla del capellán cuando el hombre que lo sostenía oyó su nombre, y Joseph se puso de pie a su vez, lo que alivió sus doloridos músculos. Era extraño que ahora, en aquel bosque devastado, con la tierra yerma incluso en pleno verano, se mirasen el uno al otro como perfectos desconocidos. Todo recuerdo de haber sido maestro y discípulo se había desvanecido.

La postura de Morel no parecía en absoluto relajada. Su rostro apenas resultaba visible. A Joseph se le pasó por la cabeza actuar como si no hubiese oído nada de la charla sobre el motín, pero supo que Morel no le creería. Aun suponiendo que fuese verdad, éste no podría permitirse correr semejante riesgo.

—¿Capitán Reavley? —repitió Morel con más severidad.

—Estaba buscando a Snowy Nunn —contestó Joseph. Tenía el mismo rango que Morel y le llevaba unos cuantos años, pero era no combatiente, antes capellán que soldado. Y tal vez allí, en el bosque, desarmado, esto fuese irrelevante de todos modos. Si aquellos hombres realmente pensaban amotinarse, ya habrían echado por la borda la disciplina y el respeto hacia sus superiores. ¿Dispararía Morel contra un capellán, contra un hombre a quien conocía desde hacía años?

La muerte campaba a sus anchas allí; cientos de hombres, a veces incluso miles, morían a diario. ¿Importaba uno más? Quizá sólo si era tu hermano, como en el caso de Tucky Nunn. Entonces te corroía las entrañas con un ensañamiento rayano en la demencia, como si alguien te arrancara la vida de cuajo. La amistad era la única forma de cordura que quedaba.

—Me consta que ha venido hacia aquí —agregó Joseph.

—¿Viene usted a rezar una oración? —preguntó Morel con sarcasmo y un leve temblor en la voz—. No pierda el tiempo, capitán. Dios se ha marchado a casa; aquí el diablo es el amo. No se moleste en decírselo a Snowy: ya lo sabe.

¿Debía Joseph tratar de apaciguarlo? No, esa idea era de mal gusto.

—No decidas por mí lo que voy a decir, Morel —replicó Joseph de manera cortante—. Resulta arrogante y ofensivo.

Una bengala surcó el cielo y estalló con un breve resplandor revelando en el semblante de Morel una ligera sorpresa que dio paso al enojo.

—Y estaba justo...

El resto de la frase de Morel quedó ahogada por los estampidos de los cañones que había a cincuenta metros de allí. La luz se extinguió y los hombres quedaron sumidos de nuevo en una oscuridad total.

Joseph tomó una decisión enseguida.

—¿Estás planeando un motín, Morel?

—¡Así que lo ha oído! —dijo Morel con amargura—. Pensaba que me dejaría con la duda. Eso no ha sido muy inteligente por su parte, capellán. Tendría que haber imaginado que, llegado el caso, sería usted tan estúpido como los demás. Con lo que yo le admiraba...

Ahora sus palabras destilaban pena, un sentimiento de pérdida muy profundo, como si el mundo que había amado se le hubiese escurrido de las manos, como si el último vestigio se hubiese borrado con aquella desilusión suprema.

—Me has llamado «capellán» —le recordó Joseph—, ¿Habías olvidado que soy sacerdote? Lo que me digas en confianza no puedo repetírselo a nadie. —La respiración se le aceleró—. Veamos cuán estúpido eres, Morel.

Snowy también se había levantado pero no se movió. Estaba de cara a ellos aunque era imposible saber con cuánta claridad los veía.

—No tan estúpido como para confiar en un capellán con una conciencia leal y sin sesos para darse cuenta de que esto no es más que una masacre inútil —dijo Morel con voz destemplada de la emoción—. No vamos a ganar, moriremos en vano. ¡Bien, pues yo no! ¡Me preocupo, capellán, aunque tal vez a usted le dé igual! ¡No pienso quedarme mirando cómo sacrifican a estos hombres en aras de la vanidad de un general idiota! No creo en Dios. Si existiera, pondría fin a esto. ¡Es una obscenidad! —Escupió esta palabra como algo inmundo—. Pero me preocupo por mis hombres, no sólo por los de Cambridgeshire sino por todos. Ya hemos perdido a Lanty y a Bibby Nunn, a Plugger Arnold, a Doughy Ward, a Chicken Hagger, a Charlie Gee, a Reg y a Arthur. —Se le quebró la voz—. Y a Sam Wetherall. La única ventura que conozco es estar cuerdo, no matar y evitar que te maten.

—Eso sería lo mejor —concedió Joseph esforzándose por no perder la compostura. Morel acababa de nombrar a todos los hombres del pueblo del capellán, entre ellos a su amigo íntimo, deliberadamente—. Pero eso no está disponible ahora mismo —añadió—. Tienes que elegir entre confiar en mí y dejar que me marche o dispararme y luego matar a todos lo que te hayan visto hacerlo. ¿Es eso lo que quieres para ellos?

—¡No voy a matarlos! —repuso Morel con sorna—. Están tan metidos en esto como yo.

—Yo no —dijo Snowy, muy cerca de la espalda de Morel—. Si vas a pegarle un tiro al capitán Reavley no cuentas conmigo. Eso es asesinato.

Joseph aguardó. Una pausa en el fuego cruzado permitió oír el viento suspirar entre las ramas. Al cabo recomenzaron el tableteo de las ametralladoras y el estruendo más grave de los obuses pesados lanzados desde la retaguardia. Uno estalló a quinientos metros de ellos y levantó por los aires una columna de quince metros de tierra.

—Habrá caído sobre algún pobre desgraciado —murmuró Morel—. Hay australianos por allí. Me caen bien los australianos. No aceptan órdenes idiotas de nadie. ¿Le han contado que su banda se ponía a tocar cada vez que el sargento ordenaba a nuestros muchachos que hicieran maniobras a pleno sol sólo para mantenerlos ocupados? Los australianos no habrían sabido tocar Dios salve al Rey ni aunque les fuera la vida en ello,

pero armaban tanto jaleo aporreando y haciendo chirriar sus instrumentos que el sargento tuvo que dar su brazo a torcer.

—Sí, me lo han contado —contestó Joseph. Sonrió con amargo pesar en la oscuridad pero nadie lo vio.

—¿Y es verdad? —preguntó Morel.

—Sí.

Joseph no tenía la menor idea, pero quería que fuese cierto, no sólo por él mismo sino por todo ellos. Miró a Snowy, que se había acercado un paso.

Morel seguía titubeando. ¿Podía Joseph correr el riesgo de moverse para desentumecer las piernas? Uno de los otros hombres, indistinguible en la oscuridad, seguía fusil en ristre, listo para encañonar a Joseph.

Snowy se volvió hacia él.

—¿A mí también me vas a pegar un tiro? ¿Para qué? ¿Vas a cambiar de bando? ¿O es sólo que tienes ganas de tirar a matar y yo soy un blanco fácil que no te la devolverá? Porque no lo haré. Nunca dispararé contra mis compañeros.

—¡Largo de aquí! —espetó Morel con dureza—. Márchese, Reavley, y llévese a Nunn consigo.

Joseph agarró a Snowy del brazo y, casi arrastrándolo, se alejó lo más deprisa posible por el suelo desigual, dando tumbos entre las raíces de árboles, hacia la trinchera, para guarecerse entre sus paredes.

—Gracias —dijo Joseph cuando por fin estuvieron a salvo detrás del parapeto.

La voz de Snowy sonó apagada, sin vida.

—No podía dejar que le pegaran un tiro —dijo cansinamente—. Era culpa mía que usted estuviera allí.

—Sólo he ido a ver si querías compañía.

—Ya lo sé —respondió Snowy—. Le he visto hablar así con cientos de hombres. Ya no queda nada que decir. Tucky está muerto. De todas formas, calculo que todos lo estaremos dentro de uno o dos meses. Buenas noches, capellán.

Y sin aguardar la respuesta de Joseph, se volvió y enfiló la trinchera de comunicación hacia las líneas de avituallamiento, manteniendo el equilibrio sobre el inestable entablado con la soltura que da la costumbre.

Era una noche bastante tranquila, salvo por los habituales bombardeos esporádicos y alguna que otra ráfaga de ametralladora. Joseph nunca se olvidaba de los francotiradores y, como el amanecer veraniego llegaba temprano, mantenía la cabeza muy por debajo del parapeto en las trincheras de vanguardia.

El agua potable y los víveres habían llegado, y los hombres estaban atareados; se hacía

instrucción, se pasaba revista, se limpiaba el equipo, se restauraban las paredes en las que se habían abierto brechas durante la noche. Seguía haciendo calor, y los hombres, llenos de picaduras de piojo, se rascaban hasta levantarse la piel.

Llegó el correo, y quienes recibieron carta se sentaron al sol a leer con la espalda apoyada contra las paredes de arcilla. Por un momento se sumergían en otro mundo. Fred Arnold, el hijo del herrero de Saint Giles, se partió de risa con un chiste y se lo contó a Barshey Gee, que se encontraba a su lado, para que lo hiciese circular. Eran amigos. Ambos habían perdido a sus hermanos allí, en aquel regimiento.

Había otros hermanos, como Cully y Whoopy Teversham. En su pueblo, su familia mantenía una antigua y enconada enemistad con los Nunn a causa de un trozo de tierra. Allí, en el frente, eso resultaba absurdamente intrascendente.

Tiddly Wop Andrews, apuesto pero tan tímido que daba pena, leía una carta por tercera vez, con los ojos azules empañados. Probablemente se tratara de una carta de amor, por fin. Quizás el joven era capaz de escribir lo que le resultaba imposible decir en voz alta. Joseph había intentado muchas veces ayudarlo a expresar sus sentimientos con palabras pero, por descontento, ahora se guardaría de comentarlo. Los hombres se tomaban el pelo mutuamente sin clemencia, tal vez para relajar la tensión causada por la espera del siguiente estallido de violencia.

Punch Fuller estaba recostado contra la pared de arcilla, con el rostro levantado hacia el sol. Si no tenía cuidado se quemaría la narizota. Joseph se lo advirtió.

—Sí, mi capitán —dijo Punch sin darse por enterado. Hacía tiempo que había aprendido a pasar por alto los comentarios sobre su rasgo más prominente. Cerró los ojos y continuó inventando estrofas para Mademoiselle from Armentières aún más subidas de tono que las originales, canturreándolas para sí con una voz sorprendentemente melodiosa.

Joseph llegó al final de la trinchera de comunicación y se dirigió a su refugio subterráneo. Los oficiales gozaban de cierta intimidación, un tanto apretujados pero relativamente a salvo bajo tierra. El gas constituía la peor amenaza porque era pesado y se colaba en todos los cráteres y agujeros. Aunque era poco probable que alcanzara posiciones tan retiradas.

Justo antes de llegar, Joseph se encontró con el comandante Penhaligon, su superior inmediato. Penhaligon tendría unos treinta años, ocho menos que él. Aquel día se le veía agobiado y con los ojos hundidos. Se había hecho un corte en la mejilla al afeitarse y no había tenido tiempo de curarse. Una mancha de sangre le marcaba la piel.

—Hombre, Reavley —dijo plantándose delante de Joseph—. ¿Cómo está Snowy Nunn? ¿Lo ha visto? Menudo mal trago. Tucky era uno de los mejores.

Sin duda el alegre semblante de Tucky estaba tan fresco en la memoria de Snowy como en la de Joseph. Los dos hermanos eran muy parecidos, de rasgos toscos y cabello rubio, pero Tucky emanaba confianza en sí mismo, desparpajo y buen humor, siempre listo para aprovechar cualquier oportunidad. Había sido más sensato de lo que algunos

hombres pensaban, más serio y fiable en los momentos difíciles. Había ayudado a Joseph en más de una ocasión con un buen consejo, una broma oportuna, una serenidad campechana que inducía a los hombres a recordar el hogar, los buenos momentos, las cosas dignas de ser amadas.

—Sí, mi comandante —contestó Joseph. La muerte era la muerte. No debía ser más dura para un hombre que para otro, pero al fin y al cabo lo era—. Snowy lo lleva bastante mal.

Penhaligon se quedó sin saber qué responder, y su mirada lo delató. Sentía que tenía el deber de decir algo; ambos hermanos se contaban entre sus hombres. Se esforzó por vencer el cansancio y la angustia ante la campaña que se avecinaba para dar con una frase mínimamente coherente.

Era obligación de Joseph transmitir la noticia de las bajas a los allegados, así como pensar la manera de hacerles llevadera la pérdida pese a que en realidad nunca iban a superarla, procurando no dar la falsa impresión de que no lo comprendía o le daba igual. Era su obligación evitar que cundiera el pánico, sacar valentía del terror, ayudar a los hombres a creer que había una razón para todo aquello cuando ninguno de ellos la veía. No tenía derecho a cargarle el mochuelo a Penhaligon.

—He hablado con él —dijo esbozando una sonrisa—. Se repondrá. Concédale un poco de tiempo pero... manténgalo ocupado.

¿Debía decir más, pedirle a Penhaligon que le encargara a Snowy una misión que lo apartase de Morel?

—Todos estaremos ocupados muy pronto —comentó Penhaligon torciendo el gesto—. Lanzaremos una ofensiva bastante importante. Comenzará dentro de un día o dos.

—Llevan diciendo lo mismo desde la primavera —señaló Joseph con sinceridad.

—Esta vez va en serio —le aseguró Penhaligon clavando la mirada en él, tratando de ver si Joseph captaba el sobreentendido—. Me temo que tendrá usted mucho que hacer.

El sol matutino ya calentaba, pero Joseph sintió un escalofrío. Deseaba replicarle a Penhaligon que los hombres no estaban preparados, que algunos de ellos ni siquiera estaban bien dispuestos. No tenía ni idea de cuántos más habría como Morel.

Joseph tomó conciencia de que Penhaligon lo observaba, aguardando a que contestara. Quería prevenirlo contra Morel! pero había dado su palabra de que lo hablado sería secreto de confesión, y eso era sagrado. Por otro lado, Penhaligon estaba al mando de una unidad con un oficial que intentaba socavar la campaña en su conjunto. ¿Lo que Joseph había oído podía considerarse amotinamiento? ¿O no era más que un ejemplo exagerado del descontento general? Los hombres estaban agotados física y emocionalmente, y entre muertos y heridos las bajas eran casi incontables. ¿Qué hombre con dos dedos de frente no pondría en tela de juicio la cordura de todo aquello ni pensaría en rebelarse contra una muerte inútil?

—Capellán —lo acució Penhaligon—. ¿Hay algo más?

—No, mi comandante —dijo Joseph con decisión. Morel no había manifestado una intención concreta, simplemente se quejaba de la violenta absurdidad de aquella situación. Los hombres debían ser libres de expresar su disconformidad. Aunque a Morel se le llegara a ocurrir algo tan peregrino como desobedecer una orden, era un hijo de Lancashire de pura cepa: los de Cambridgeshire nunca lo seguirían en un enfrentamiento con otros ingleses—. Sólo pensaba en lo que se avecina, nada más.

Penhaligon sonrió con aire sombrío.

—Nos costará un poco, pero al parecer supondrá un gran logro estratégico que tomemos Passchendaele. ¡Que me aspen si entiendo por qué! Para mí no será más que otro condenado infierno.

Joseph no contestó.

El avance se inició la mañana del día siguiente, el 31 de julio. Judith Reavley estaba con los hombres que tomaban el que sería su último desayuno caliente hasta que las brigadas de aprovisionamiento regresaran. Como a ellos, le ardía el estómago a causa del té mezclado con ron. A las cuatro menos diez, media hora antes del alba veraniega, sonaron los silbatos y ella contempló sobrecogida y con amargura la marcha de casi un millón de hombres sobre los campos arados, lodosos y resbaladizos tras las lloviznas esporádicas de los últimos días. Tendían pontones sobre los canales para cruzarlos en tropel. Avanzaban entre los pocos bosquecillos y arboledas que aún quedaban en pie. El ruido de los cañones era ensordecedor. El fuego mortífero aniquilaba secciones enteras segando miles de vidas, reventando la tierra.

A media mañana comenzó a llover en serio y una neblina lo cubrió todo, de modo que incluso a cuatrocientos o quinientos metros de distancia Judith veía el contorno del bosque de Kitchener como un mero manchón borroso en la penumbra.

Dos horas después conducía con gran dificultad su ambulancia por el camino empapado y lleno de rodadas para llevar el vehículo lo más cerca posible del puesto de primeros auxilios provisional al que estaban trasladando a los heridos. Los obuses habían destrozado la carretera y sólo quedaba un carril en condiciones. El bombardeo era muy intenso, y debido a la lluvia cada vez había más fango. Los nubarrones cubrían el cielo de gris y atenuaban la luz aunque faltase poco para el mediodía. Judith tenía miedo de quedarse atascada o incluso de meterse de lado en un cráter y romper un eje. Tuvo que emplearse a fondo para dominar el volante y ver por dónde iba a través de la niebla.

A su lado iba Wil Sloan, el joven estadounidense que se había alistado como voluntario al principio de la guerra, mucho antes de que su país decidiese entrar en el conflicto, cosa que había ocurrido hacía pocos meses. Había abandonado su pueblo natal en el Midwest* y viajado en ferrocarril sin pagar hasta la Costa Este. «Medio Oeste», la región central de Estados Unidos. (N. del T)

Una vez allí trabajó hasta pagarse el pasaje para cruzar el Atlántico. Al llegar a Inglaterra ofreció su tiempo, y su vida en caso necesario, para ayudar a las tropas en lo que se terciase. No fue el único. Judith había conocido a varios conductores de ambulancia y

camilleros como Wil, a enfermeras como Marie O'Day, a médicos, incluso a soldados que se habían enrolado en el Ejército británico simplemente porque creían que era lo que había que hacer.

En abril, Estados Unidos se había unido a los Aliados, pero todavía era pronto para que se apreciase un cambio significativo. En aquel tramo del frente no había fuerzas americanas.

Judith sabía que en la vida de Wil no sólo había idealismo, sino también sombras. Su mal carácter se había descontrolado en más de una ocasión y finalmente lo obligó a abandonar su patria. Wil nunca le había contado cuán grave había sido el suceso pero se lo había dado a entender. Tal vez debido a la franqueza que imponía su estrecha amistad, Wil era incapaz de hacerse pasar por un héroe sin tacha.

Ahora iba sentado junto a ella, dando alternadamente gritos de advertencia y aliento mientras avanzaban entre sacudidas y patinazos por el terreno lleno de baches, tratando de distinguir a través de la neblina y la lluvia dónde tenían que detenerse a recoger heridos.

—¡Allí! —gritó señalando lo que parecía un espacio llano al pie de una cuesta. Había un bulto en el suelo y un hombre de pie haciendo señas con los brazos.

—¡Ajá! —contestó Judith, pero su voz quedó ahogada por un obús que explotó a unos cincuenta metros e hizo saltar la tierra como agua en la que cae una piedra. Los detritos les llovieron encima golpeando el techo y los lados de la ambulancia, colándose en su interior y alcanzándolos a ambos a través de la abertura de encima del parabrisas y la puerta.

Judith no despegó la mano del acelerador. No ganarían —ni perderían— nada deteniéndose antes de llegar. Finalmente el vehículo patinó hasta detenerse a pocos metros del lugar donde ella se había propuesto parar. Casi de inmediato apareció un soldado a su lado gritando algo que Judith a duras penas oía y señalando con gestos algo que tenía detrás.

Wil bajó de un salto y chapoteó por el lodo y la lluvia para empezar a ayudar a cargar a los primeros heridos en la trasera. Sólo elegiría entre aquellos cuyas heridas les impidieran caminar. Podían llevarse a cinco, como máximo a seis. Sólo Dios sabía cuántos había. Wil había aprendido lo suficiente de primeros auxilios para contener una hemorragia, vendar una herida y atar un torniquete, pero poco más. Muy a menudo, si un hombre tenía una arteria lacerada, moría desangrado sin que nadie pudiese hacer nada al respecto. Por otra parte, si presentaba un miembro arrancado de cuajo, la arteria se contraía y la pérdida de sangre era mucho menor. Si conseguían evitar que muriera a causa del shock, cabía la posibilidad de salvarlo.

Judith mantuvo el motor en marcha mientras Wil y otros hombres cargaban a los heridos. En cuanto le hicieran una señal, daría media vuelta para emprender el penoso viaje de regreso hasta el hospital de campaña más cercano. Ya había recorrido ese trayecto dos veces y seguiría al volante mientras pudiera, todo el día y toda la noche si fuese preciso, aunque no hacía planes tan a largo plazo. Ese día ya había volado en pedazos una ambulancia, matando a todos sus ocupantes, y un cráter había roto los dos ejes de otra.

Judith oyó el grito de Wil y notó la sacudida del portazo que dio al cerrar. Movi6 la mano y aceler6. Las ruedas giraron salpicando barro. Lo intent6 otras dos veces y luego meti6 marcha atr6s. Por fin consigui6 que las ruedas agarrasen.

El viaje de regreso fue una pesadilla. En dos ocasiones unos obuses explotaron lo bastante cerca para acribillar la ambulancia con fragmentos. En cierto momento quedaron atascados en el barro, y Wil y los dos heridos capaces de sostenerse de pie tuvieron que apearse para aligerar el peso. Para cuando llegaron al hospital de campa6a uno de los hombres heridos haba fallecido. Wil haba hecho cuanto estaba en su mano, pero eso no haba sido suficiente.

—Shock —explic6 Wil sucintamente con manchas de tierra y sangre en su demacrado rostro. Se encogi6 de hombros—. Tendr6a que estar acostumbrado —agreg6 como reproch6ndoselo a s6 mismo, aunque con voz vacilante.

Judith le sonri6 y no dijo nada. Se conoc6an lo suficiente como para que 6l la entendiera, para que recordara lo dicho las innumerables veces que hab6an pasado por todo aquello antes.

Siguieron yendo y viniendo sin tregua durante todo el d6a, y descansaron s6lo el rato justo para comer un poco de pan y una lata de estofado Maconochie y beber t6 caliente en un taz6n de hojalata. Todo sab6a a gasoil y agua rancia, pero apenas se dieron cuenta.

Al anochecer se hallaban descargando heridos y ayudando a trasladarlos a la tienda del quir6fano provisional montado en un campo abierto. La lluvia lo envolv6a todo. Judith vislumbr6 una arboleda a unos cincuenta metros, pero no supo de cu6l de los numerosos bosques se trataba. Lo 6nico que importaba era proporcionar a los hombres alguna clase de ayuda.

Dentro de la tienda, los auxiliares sanitarios examinaban a los reci6n llegados a fin de decidir a qui6n atender6an primero, qui6nes pod6an esperar y qui6nes ya no ten6an salvaci6n posible. Los heridos yac6an recostados, l6vidos, aguardando con la terrible y desesperanzada paciencia de quienes han visto el horror tantas veces que ya no pueden luchar contra 6l.

Intentaban asimilar que ya no ten6an brazos o piernas, o la visi6n de sus intestinos esparcidos sobre sus propias manos ensangrentadas.

Judith llevaba casi a rastras a un hombre cuya pierna izquierda, desgarrada por la metralla, hab6an vendado como buenamente hab6an podido. Su problema m6s grave era el brazo izquierdo, cercenado a la altura del codo.

El cirujano sali6 al encuentro de Judith. Su guerrera estaba empapada en sangre, con la cabellera rubia embadurnada hacia atr6s. Ten6a los ojos hundidos y ojeras de agotamiento. Hab6a trabajado con 6l en incontables ocasiones.

—Hemos hecho lo que hemos podido, capit6n Cavan, pero la herida es de hace varias horas — dijo Judith—. Tiene mucho fr6o y temblores. —Era un eufemismo may6sculo, pero todo el mundo se serv6a de ellos, por una cuesti6n de honor. Si preguntabas a cualquier

hombre cómo se encontraba, invariablemente respondía: «Podría estar peor; no tardaré en reponerme», aunque al cabo de una hora estuviese muerto.

—Muy bien —agradeció Cavan con una breve sonrisa y un fugaz destello de afecto en los ojos, antes de pasar al otro lado del hombre y ayudarlo a dirigirse al rincón de la tienda donde podría acostarse hasta que le tocara el turno en la mesa de operaciones—. Vamos, hijo —lo animó amablemente. El soldado tendría unos diecisiete años. Apenas le había salido barba—. Enseguida nos ocuparemos de ti.

—No se preocupe, mi capitán —respondió el muchacho con la voz tomada—. No estoy tan mal. En realidad, casi no siento nada. La pierna me duele un poco. —Intentó sonreír—. Supongo que tendré que dejar el violín.

El rostro de Cavan acusó una repentina compasión.

—Perdone, mi capitán —se disculpó el soldado—. De todos modos, nunca lo tocaba. Tampoco me gusta mucho el piano, pero mi madre me obligaba a practicar.

Cavan se relajó.

—Pues supongo que ya no insistiré más —comentó Cavan secamente—. Espera aquí. No tardaré en volver.

Tendió al muchacho con cuidado y se volvió hacia Judith. Ésta percibió en su mirada la lucha por dominar las emociones que lo abrumaban. No había tiempo para ellas, y de nada servían. La única ayuda posible era práctica, siempre práctica: limpiar, lavar, coser, vendar una herida, encontrar algo para calmar el dolor, mitigar el miedo, pasar al hombre siguiente. Siempre había un hombre siguiente, y otro después de éste, y cientos después de él.

Judith dio media vuelta y se fue a ayudar a Wil con otro herido.

Diez minutos después, una enfermera del DAV* de rostro cetrino le dio a Judith un tazón de té. Estaba amargo y grasiento, pero caliente, y alguien había tenido el acierto de añadirle un chorrito de ron. Esto le aflojó algunos de los nudos que le atenazaban las entrañas.

Llegó otra ambulancia, y ella ayudó a descargarla. Los hombres estaban muy malheridos, y el conductor tenía un trozo de metralla incrustado en el hombro.

* Destacamento de Ayuda Voluntaria, en inglés Voluntary Aid Detachment, VAD, organización fundada en 1909 por la Cruz Roja Británica junto con la orden de San Juan de Jerusalén para proporcionar asistencia médica en tiempos de guerra. (N. del T)

—Es imposible volver allí —dijo él, haciendo una mueca al tratar de levantar el brazo para señalar—. Jerry está lanzando una descarga infernal y estamos demasiado cerca del frente. Tal como van las cosas, lo más probable es que tengan que evacuar esto. Nos van a necesitar para eso en cuanto hayan atendido los casos más graves. Es un caos del demonio. Hay miles de muertos, y Dios sabe cuántos heridos.

Judith regresó a la tienda y se acercó a la mesa donde Cavan cosía el brazo lacerado de

un soldado de pelo negro.

—Otro grupo, señor —informó en voz baja—. Creo que hay tres graves, y el conductor tiene un desgarró de metralla en el hombro. Dice que la situación es bastante desalentadora y que Jerry viene hacia aquí, de modo que seguramente recibiremos órdenes de retirarnos. ¿Quiere que nos quedemos por si hay que evacuar de repente?

—Hay pacientes que no deben moverse —contestó Cavan sin mirarla, casi susurrando—. Más vale que veamos qué podemos hacer para defendernos. Si sólo es un pelotón de asalto no nos pasará nada. —Ató el último nudo—. Muy bien, soldado. Esto bastará. Será mejor que se ponga en camino cuanto antes. El vendaje aguantará hasta que llegue al hospital.

El hombre bajó de la mesa y Cavan le tendió el brazo para ayudarlo a recuperar el equilibrio.

—Vaya con MacFie —añadió—. Pueden apoyarse el uno en el otro. Entre los dos serán como un hombre sano.

—Sí, mi capitán. Gracias, mi capitán. —El hombre se tambaleó, apretó los dientes y palideció. Luego recobró el equilibrio y, balanceándose ligeramente otra vez, se dirigió hacia MacFie.

Cavan se centró en el hombre siguiente. El que iba después de él ya estaba desahuciado. Judith le llevó al capitán un tazón de té.

—Si sobrevive usted a este brebaje, será un hombre nuevo —dijo con socarronería.

—Entonces más vale que me traiga un río entero. —Le cogió el tazón de las manos, y sus dedos rozaron los de ella un instante—. Vamos a necesitar un puñetero ejército nuevo después de esto. ¡Dios bendito! ¿De quién ha sido la idea de este ataque?

—De Haig, me figuro —contestó Judith.

—Me gustaría clavarle un bisturí algún día —murmuró Cavan torciendo la boca con expresión de repulsión al tomar un trago de té—. ¡Esto es repugnante! ¿Qué demonios le ponen? No, no me lo diga.

—Me conformaría con una bayoneta —dijo Judith con amargura.

—¿Para el té? —preguntó Cavan con sorpresa.

—No, capitán, para practicarle una intervención quirúrgica al general Haig.

Cavan sonrió y su mirada se suavizó. Judith entrevió al hombre que él debía de ser en tiempos de paz, en los campos verdes y las serenas colinas de Hertfordshire.

—¿Se le dan bien las bayonetas, señorita Reavley? —preguntó Cavan.

—Creo que lo único que hay que hacer es arremeter con los hombros bajos y con todo tu peso —respondió Judith—. ¿No es el arrojo lo que cuenta, más que la precisión?

Esta vez Cavan se rió y posó una mano en el brazo de Judith con delicadeza. No fue

más que un contacto breve, casi como si él hubiese cambiado de parecer antes de concluir el gesto. Sólo sus ojos revelaron el afecto que albergaba.

—Esos disparos suenan más cerca. Quizá debería usted comenzar a sacar a los heridos de aquí y llevarlos a los puestos de primeros auxilios.

—No suenan más cerca que antes, señor —repuso Judith. Estaba tan acostumbrada a aquel ruido como él.

—Es una orden, señorita Reavley.

Judith vaciló, preguntándose si atreverse a desafiarlo, o incluso si deseaba hacerlo. Nunca había tenido que atender a tantas víctimas en un solo día, ni siquiera cuando, dos años antes, se habían producido los primeros ataques con gas, pero marcharse ahora sería casi como salir huyendo.

—Lleve a esos hombres a la retaguardia. —Cavan seguía hablando lo bastante bajo para que sólo ella lo oyera—. Llévelos al hospital ahora mismo, mientras aún estemos a tiempo.

—Sí, capitán.

Muy a su pesar, Judith dio media vuelta, con la sensación de que en cierta manera estaba desertando de su deber, de que estaba mostrando menos valentía, menos dignidad que él. Aún no había cruzado la puerta de la tienda cuando oyó los disparos. Esta vez fue indudable que se trataba de fuego de fusiles y que procedía de algún lugar mucho más cercano que las líneas alemanas. Acto seguido los vio: una docena de soldados alemanes corriendo hacia ella desde la penumbra, empuñado los fusiles con las bayonetas caladas.

Wil Sloan dio con su cuerpo en el suelo, y Judith sintió como si le hubiesen dado a ella. Se quedó paralizada. Una bala atravesó la lona, y ella se agachó y corrió hacia Wil, casi hasta caer encima de él. Era una idiotez intentar salvarlo, todos estarían muertos en cuestión de minutos, pero aun así lo agarró de los hombros para darle la vuelta, ansiosa por ver dónde lo habían herido.

—¡Quítate de encima, tontaina! —gruñó Wil—. ¡Tengo que sacar la pistola!

De puro alivio, a Judith le vinieron ganas de propinarle una bofetada.

—¿Qué pistola? —inquirió furiosa—. Si tienes una pistola, ¡no te quedes ahí tirado y dispara!

—¡Es lo que intento! ¡Suéltame de una vez!

Judith obedeció de inmediato, y Wil se levantó ligeramente apoyándose en los codos y las rodillas. El tiroteo se había intensificado. El conductor de ambulancia con el hombro herido disparaba sin tregua y se oían más tiros al otro lado de la tienda.

—Arranca la ambulancia —le indicó Wil a Judith—. Sacaremos de aquí a cuantos podamos. Irán como piojo en costura, pero con dos vehículos nos llevaremos a casi todos. Date prisa. No sé cuánto rato podremos rechazarlos. ¡Tal vez estén por llegar miles más de

estos cabrones!

Judith obedeció y, bien agachada, corrió de regreso a la tienda. La mitad de los heridos ya se había marchado. Todos los que se mantenían de pie empuñaban fusiles. Cavan seguía ante la mesa de operaciones, trabajando. Un hombre yacía tendido en ella; sangraba profusamente por el vientre reventado. El anestésista sostenía el éter pero temblaba tanto que la mascarilla que sujetaba se agitaba como si estuviera viva.

—¡Deben salir de aquí! —les gritó Judith—. Tenemos dos ambulancias. Cabrán todos dentro. ¡Dense prisa! Ahí fuera hay una docena de alemanes como mínimo, y sólo cinco o seis de los nuestros van armados. No podremos resistir mucho más tiempo.

Cavan no apartó la vista de la herida que estaba cosiendo.

—Todavía no podemos irnos, señorita Reavley —dijo con firmeza—. Si abandono a este hombre, morirá. Y también los otros operados. El traslado en ambulancia bajo el fuego enemigo rompería las suturas. Diga a los hombres que tenemos que mantenernos firmes. Luego vuelva para ayudarme. Me temo que mi auxiliar está muerto.

Sólo entonces reparó Judith en el cuerpo tirado en el suelo. Cuando cinco minutos antes había dado media vuelta para salir de la tienda, el hombre estaba asistiendo a Cavan. Las balas que habían atravesado la lona lo habían alcanzado en el pecho.

—Dese prisa. La necesito aquí. No puedo seguir mucho más tiempo sin ayuda.

—Sí, mi capitán.

Judith giró sobre los talones y al salir casi se dio de bruces contra un cabo primero con un vendaje enorme en la pierna. Estaba de rodillas, reclinado sobre una caja de embalaje, disparando una y otra vez contra el pelotón de asalto, que en aquel momento sólo resultaba visible a través de la lluvia gracias a los fogonazos de los fusiles. De pronto el viento arreció, y los vieron con toda claridad: más de una docena de alemanes avanzando.

—El capitán Cavan pide que se mantengan firmes —dijo Judith levantando la voz—. Comuníqueme a los conductores de ambulancia que hay que resistir.

El hombre la miró con escepticismo, sin dar crédito a sus palabras.

—Ya me ha oído, cabo —insistió Judith—. Debemos defender a los heridos.

El cabo renegó por lo bajo pero no discutió.

—Tendrá que decírselo usted misma, señorita. No puedo moverme. No es que no quiera, ¡es que no puedo!

—Perdón —se disculpó Judith y, agachándose de nuevo, fue gateando hasta Wil y le transmitió la orden de Cavan.

«Mantenerse firmes»? —repitió Wil con incredulidad—. ¡Vaya con los ingleses! —Apuntó con el fusil otra vez—. «¡Recordad El Álamo!»* —gritó, y disparó. A lo lejos alguien cayó abatido.

Judith le dio una palmada en la espalda y regresó a la tienda para ayudar a Cavan.

Sabía lo suficiente de cirugía de campaña para pasarle los instrumentos que él le pedía, aunque no conseguía contener el tembleque de las manos. Tras varios intentos de enhebrar la aguja para él tuvo que desistir.

—Sostenga esto —le ordenó Cavan, señalando la pinza quirúrgica que mantenía hundida en la herida abdominal.

Judith cogió la pinza, que se soltó de la carne; la sangre, caliente, salió a chorros salpicándole la cara. Ella jamás había pasado tanta vergüenza por su incompetencia.

Cavan le arrebató la pinza y volvió a colocarla en la herida. —Límpiala —ordenó.

Judith rezó para sus adentros y se maldijo a sí misma. Procuró acompasar la respiración, controlar sus músculos. No debía ser tan torpe, tan incapaz. Lo que tenía entre las manos era la vida de un hombre. Sus dedos por fin cobraron firmeza. Enjugó la sangre, luego enhebró la aguja y se la pasó a Cavan.

Éste alzó la vista y sus miradas se encontraron. Por un instante, los ojos de él reflejaron afecto. Acto seguido, Cavan cogió la aguja. Judith se hizo cargo de la pinza.

El fuego se reanudó, más ruidoso y graneado que antes, descarga tras descarga. Sonaba como si estuvieran disparando justo al otro lado de la puerta de la tienda. Cavan continuó ejecutando su lento trabajo, sin inmutarse.

—Siga limpiando —dijo a Judith—. Necesito ver lo que estoy haciendo.

Una rociada de balas hizo trizas la pared de la tienda, y el anestesista se desplomó en silencio: primero se hincó de rodillas y acto seguido cayó hacia delante con la espalda teñida de escarlata. Por el boquete entró un soldado alemán encañonando a Cavan con su fusil. Detrás de él había dos más cuyas armas apuntaban a Judith.

—¡No se mueva! —ordenó el que iba al mando en un inglés casi sin acento.

—Si no le coso la herida, morirá desangrado —replicó Cavan sin levantar la vista ni dejar de trabajar—. Limpie, por favor, señorita Reavley.

Imaginando que las balas la perforaban y le causaban una muerte instantánea, Judith obedeció, enjugando la sangre que manaba de la herida.

—¡No se mueva! —repitió el alemán, dirigiéndose a Cavan, no a Judith.

—Tengo que operar a otros dos hombres —respondió Cavan—. Luego nos retiraremos.

* Célebre grito de guerra acuñado en memoria del heroico sacrificio del coronel Travis y sus hombres en defensa de dicha localidad tejana, sitiada por el Ejército mexicano en 1836. Durante esa batalla se declaró la independencia de Tejas. (N. del T.)

En el exterior sonaban más disparos de fusil. Alguien soltó un alarido. El alemán se volvió.

Cavan siguió cosiendo. Ya casi había terminado. La hemorragia estaba contenida.

El alemán lo miró otra vez.

—Ahora basta.

La puerta de la tienda se abrió y apareció uno de los heridos. Se tambaleaba ligeramente, la sangre le chorreaba por la guerrera allí donde antes tenía el brazo izquierdo, y su mano derecha empuñaba un revólver. La levantó y le voló la tapa de los sesos al primer soldado alemán. Los otros dos le dispararon a la vez, lanzándolo de espaldas contra la lona de la tienda. Falleció antes de chocar con ella y resbalar hasta el suelo.

Cavan giró sobre sus talones y se abalanzó hacia él con los brazos extendidos.

—¡Es inútil! —le gritó Judith. Uno de los soldados alzó su fusil para disparar a Cavan. Judith extendió el brazo hacia la bandeja de instrumentos, agarró un bisturí y se lo clavó en el cuello al soldado. La bala atravesó el techo.

Cavan estaba prácticamente encima del soldado muerto en el suelo. Sabía que no podía hacer nada por él. Era su arma lo que quería. Rodó sobre sí mismo, cubierto de sangre, y pegó un tiro que atravesó la cabeza del tercer soldado.

El segundo, jadeando y echando sangre a borbotones por la herida del cuello, se fue trastabillando por donde había venido.

El tiroteo de fuera no cesaba.

—Hay otros dos heridos que podemos salvar —dijo Cavan levantándose apresuradamente, temblando, con el rostro ceniciento.

—Ahora sólo uno —lo corrigió Judith—. ¿Podremos... podremos resistir?

—Claro que podremos —contestó Cavan dando traspies y con la respiración entrecortada—. Pero hemos perdido un bisturí.

Joseph se enteró de lo ocurrido por la mañana, de pie entre los escombros de la primera trinchera, el parapeto derruido, con barro hasta las rodillas.

—Puede decirse que fue lo único bueno, capitán Reavley —le comentó Barshey Gee con gravedad mientras se tomaban un breve descanso durante la reconstrucción de las paredes de la trinchera—. Menudo médico está hecho ese Cavan, ¿eh? ¡Allí estaba, más fresco que una lechuga, dando puntos como si tal cosa! Y su hermana de usted con él. Y ese conductor de ambulancia yanqui también. —Barshey era un hombre alto con una espesa mata de pelo. Antes de la guerra era delgado; ahora estaba demacrado y aparentaba varios años más de los veinticuatro que tenía—. Los liquidaron a todos, sí señor. No dejaron ni a uno vivo.

Que Judith siguiera sana y salva llenó de gratitud a Joseph. Era un sentimiento tan hondo que el capellán se le escapaba una sonrisa tonta pese a sus esfuerzos por reprimirla. Se esforzaba por no pensar en ella casi constantemente. Todo el mundo tenía amigos, hermanos, alguien a quien perder. Traumatizaba a cualquiera obsesionarse con ello.

—Lamento decirle que el comandante Penhaligon ha muerto, mi capitán —prosiguió

Barshey— . Prácticamente media brigada está muerta o herida. Los canadienses y los australianos también han salido malparados. Corre la voz de que hemos perdido unos cincuenta mil hombres... —Se le quebró la voz. Las palabras sobraban.

—¿Este verano? —preguntó Joseph. Era peor de lo que había pensado.

—No, señor —dijo Barshey con voz ronca y lágrimas surcándole las mejillas—. Ayer, señor.

Joseph se quedó anonadado. No era posible. Tomó aire para decir «Dios mío», pero las palabras murieron en sus labios.

La encarnizada batalla de Passchendaele se prolongó bajo una lluvia que empapó el suelo hasta convertirlo en un lodazal en el que los hombres resbalaban y se hundían.

El 2 de agosto el comandante Howard Northrup llegó para reemplazar a Penhaligon. Era un hombre de complexión menuda, siempre rígidamente erguido, de grandes ojos azules y maneras comedidas.

—Nos aguarda una ardua tarea, capitán Reavley —dijo cuando Joseph acudió a su refugio subterráneo a presentarse. No invitó al capellán a tomar asiento, pese a que éste se veía obligado a agacharse debido a lo bajo que era el techo. A casi todos los hombres les sucedía lo mismo.

»Su trabajo consiste en mantener alta la moral —prosiguió Northrup. A juzgar por su aspecto, contaba unos veinticinco años. Se notaba que la autoridad le pesaba—. Mantenga ocupados a los hombres. La obediencia debe ser absoluta. La lealtad y la obediencia son las cualidades que definen a un buen soldado.

—Hemos sufrido muchas bajas, mi comandante —señaló Joseph—. Todos los hombres que nos quedan han perdido amigos... —Así es la guerra, capitán —lo interrumpió Northrup—. Ésta es una buena brigada. No la haga quedar mal, capellán. Joseph se llenó de indignación. Le costó trabajo no gritar. —Me consta que es una buena brigada, mi comandante —dijo entre dientes—. He estado con ellos desde 1914.

Northrup se sonrojó.

—Usted es capellán, Reavley, un oficial no combatiente. Lo suyo es la moral, no la táctica. Espero no tener que recordárselo otra vez, o delante de los hombres, pero lo haré si me obliga a ello cuestionando mis órdenes. Gracias por su informe. Puede marcharse.

Joseph saludó, dio media vuelta y salió, ciego de ira.

* * *

2

—El señor Corrachet, señor —anunció Woodrow tras abrir la puerta del despacho de Matthew Reavley para hacer pasar a un hombre de cuarenta y pocos años vestido con un formal traje oscuro. Llevaba el pelo lacio y brillante peinado hacia atrás, lo que le dejaba la frente despejada. Normalmente habría presentado un aspecto distinguido pero ese día sus rasgos estaban tan marcados por la ansiedad que habían perdido todo asomo de humor o encanto.

Matthew se levantó y le tendió la mano.

Corracher la estrechó con tal brevedad que apenas la tocó.

—Gracias, Woodrow —dijo Matthew mientras le indicaba a su asistente que se retirase—. Siéntese, señor Corrachet. ¿En qué puedo servirle?

Aquello era un eufemismo. Matthew era comandante en el Servicio Secreto de Inteligencia, y Corrachet un prometedor subsecretario de Estado. Sin embargo, ahora sudaba copiosamente aunque en la habitación no hacía calor. Había solicitado una cita con algún encargado del contraespionaje en Londres, y desde la entrada de Estados Unidos en la guerra en abril, las funciones de Matthew eran más generales que antes, cuando Estados Unidos era neutral, y la diplomacia alemana al otro lado del Atlántico y el sabotaje al suministro de munición norteamericana constituían sus preocupaciones más inmediatas.

¿Tendría realmente algo que contar Corrachet, o sería uno de esos que le buscaban tres pies al gato? Los había a porrillo. Las noticias eran malas casi en todas partes. Las pérdidas navales aumentaban sin parar y no se veía el final. La impresión generalizada era que cada día se hundía algún barco en alguna parte. Gran Bretaña estaba bloqueada y, aunque pareciera mentira, en algunos sitios los víveres eran tan escasos que los ancianos, los débiles y los más pobres morían de hambre.

Las noticias del Frente Occidental eran desoladoras, algo mejores en Italia, los Balcanes, Oriente Medio y Egipto. En Rusia los revolucionarios, ahora dirigidos por Kerensky, habían derrocado al zar. Quizá Corrachet sólo reflejaba el pesar de la nación. Tenía fama de ser un hombre franco y valiente, aunque a juicio de Matthew tal vez se hubiesen exagerado ambos extremos.

—¿En qué puedo servirle, señor Corrachet? —repitió.

Corracher inspiró profundamente y soltó el aire muy despacio. Parecía un hombre a punto de recibir la orden de saltar el parapeto para exponerse al fuego enemigo. Habida cuenta de las vidas que realmente se estaban perdiendo en Passchendaele, la paciencia de Matthew empezaba a agotarse.

Quizás Corrachet se percató de ello.

—He estado en Hungría hace poco —comenzó—. No sé si está usted enterado, pero la situación política allí es muy inestable. Las pérdidas en el frente italiano han sido críticas e incluso hay indicios de que también allí podría estallar una revolución. Además de en

Rusia, quiero decir. —Respiró hondo y se calmó con evidente esfuerzo—. Perdone. No estoy siendo muy coherente.

Matthew no lo discutió.

Corracher comenzó de nuevo.

—En Hungría hay más descontento del que mucha gente cree. Una parte importante de la sociedad desea librarse del dominio germanófilo de Austria y hacerse independiente. Si esto ocurriera, el equilibrio de fuerzas en el sureste de Europa cambiaría de forma radical. Se podría persuadir a toda la península Balcánica para que se alíe con Italia, lo que la reforzaría contra la opresión austriaca. —Corracher sonrió con tris—reza—. Veo, por su expresión, que entiende lo que le estoy diciendo, al menos en parte.

—Así es —asintió Matthew—. Por desgracia, no soy experto en esa zona. He estado...

—Lo sé —lo cortó Corracher—. En América. Pero si mi información es correcta, también ha llevado a cabo algún trabajo más delicado y peligroso, acaso políticamente complicado, aquí, en Inglaterra.

El nerviosismo había reaparecido, incluso más acusado. Corracher estaba tieso, apretándose las manos con fuerza, con los dedos rígidos y el rostro reluciente de sudor.

Matthew reparó en el silencio que reinaba en la habitación y en el amortiguado sonido de pasos que llegaba de fuera. Aunque Corracher era subsecretario de Estado, no podía decirle nada.

Corracher se humedeció los labios.

—En este país hay hombres, muy bien situados, que en su momento no quisieron que declarásemos la guerra a Alemania y que ahora no desean que la ganemos. No es que quieran que la perdamos, por supuesto, pero preferirían que firmásemos una paz equitativa. —Miraba a Matthew de hito en hito.

Matthew estaba mucho más al tanto de ese asunto de lo que Corracher podía estarlo. Habían asesinado a sus propios padres en 1914 con vistas a recuperar una copia, que su padre había descubierto y guardado, de la propuesta de tratado entre el rey Jorge y el káiser. El documento habría aliado a Gran Bretaña con Alemania en un imperio que dominaría el mundo occidental. Pero su padre lo había escondido demasiado bien, y Matthew y Joseph lo habían encontrado la víspera del estallido de la guerra. John Reavley había advertido a sus hijos, no obstante, que la conspiración se había fraguado en esferas tan altas que no se habían atrevido a confiar en nadie. Desde entonces, el hombre que estaba detrás de ella, a quien los hermanos llamaban el Pacificador, había maniobrado despiadadamente para poner fin a la guerra aunque ello supusiera la rendición de Gran Bretaña. Había estado dispuesto a matar para conseguirlo, un sacrificio menor en favor de una causa más elevada. Pero era imposible que Corracher supiera nada de aquello.

—No me diga —comentó Matthew a modo de evasiva, para comprometerse lo menos posible. Le costó evitar que su voz revelara emoción. Podía relegar el recuerdo a un rincón de la mente, pero el dolor siempre estaba presente: sus padres aplastados en un accidente

de coche provocado, luego Cullingford asesinado en la calle, el año anterior Blaine..., y todos los demás hombres sacrificados en aras de aquella espantosa causa.

No obstante, Matthew había identificado al Pacificador; y ahora éste estaba muerto. Era una pesadilla que le acudía a la mente una y otra vez, ya estuviera despierto o dormido, y lo atormentaba con la pesada carga de las traiciones recíprocas. Nada de aquello guardaba relación alguna con Corrachier.

—Si ha venido para contarme eso, señor Corrachier, era innecesario —observó Matthew—. Estamos al corriente. El hombre más poderoso de ese grupo ha fallecido. Murió en el mar, durante la batalla de Jutlandia, el año pasado.

El miedo que acusaba el semblante de Corrachier no disminuyó en absoluto. En todo caso, se hizo más intenso. —Es posible —concedió con voz monótona.

—Yo estaba allí. No hay lugar á dudas.

Matthew recordó el destructor alemán surgiendo de la bruma, la explosión ensordecedora de los gigantescos cañones de doce pulgadas sobre la cubierta del Cormorant, el incendio devastador bajo cubierta, la santabárbara en llamas, el hedor del linóleo quemado, los cristales rotos, el humo. Sobre todo recordaba el rostro de Hannassey cuando arrojó el prototipo del sistema de orientación de misiles. Se había vuelto para saltar al barco alemán que los había embestido y, zarandeado por el mar, chocaba contra ellos una y otra vez. Matthew se había abalanzado sobre Hannassey. No podía dejarlo marchar ahora que conocía el fracaso científico británico. Lo asió, forcejeó con él y venció. Aún podía ver a Hannassey cayendo por la borda, girando en el aire, alumbrado por las llamas del barco incendiado, agitando brazos y piernas. Entonces una ola levantó el destructor alemán, que se estrelló una vez más contra el Cormorant aplastando a Hannassey como a una mosca.

Corrachier lo miraba fijamente con los ojos muy abiertos. —Vaya... —Tragó saliva—. Entonces él... no luchaba a solas por la causa.

Los recuerdos habían afectado demasiado a Matthew como para que se pusiera a discutir. Hannassey era el único hombre a quien había matado con sus propias manos, pero saber lo que le había ocurrido a Detta era lo que le dolía en lo más hondo. Era la hija del Pacificador. Por supuesto, mucho antes de saber eso, Matthew sabía que era una nacionalista irlandesa, del mismo modo que ella había sabido que él trabajaba para el Servicio de Inteligencia británico. Se habían utilizado mutuamente. Esto no le impidió amarla ni tampoco que se le removieran las entrañas por haberla derrotado en su juego de traiciones. Su propia gente la había lisiado como castigo por perder. La preciosa Detta; con qué garbo tan sutil y oscuro caminaba.

—¿Qué quiere decirme exactamente, señor Corrachier? —La pena agudizaba la voz de Matthew—. Siempre ha habido traidores y especuladores. Salvo si viene a denunciar a alguien con pruebas, no puedo hacer nada. Quizá sea un asunto más indicado para la policía que para los Servicios de Inteligencia.

Corracher pareció tomar alguna decisión. Aunque la vergüenza se traslucía en su rostro, esta vez no vaciló.

—He trabajado duro y mis intentos por convencer a los grupos independientes de Hungría de que se unan al bando aliado han tenido cierto éxito. Son mis contactos, la familia de mi madre y otros elementos de la aristocracia húngara que confían en mí. Pero en el ministerio mi voz ha sido contraria a cualquier clase de moderación o apaciguamiento —prosiguió—. Una de las pocas que quedan. —Tragó saliva con dificultad, como si tuviera un nudo en la garganta—. Estoy a punto de ser acusado de un delito que no he cometido, pero las pruebas contra mí son apabullantes. El señor Lloyd George no tendrá más remedio que destituirme y dejar que la acción judicial siga su curso. —Se le quebró la voz—. Lo más probable es que acabe en prisión. Pero aunque consiga la mejor defensa legal posible y se me absolviera de todos los cargos, eso no bastaría para borrar la mancha de mi nombre ni disipar la sospecha de mi culpabilidad.

Matthew notó que la rabia crecía en su interior. Si aquel hombre era inocente de verdad, se trataba de una afrenta abominable.

—Lo lamento —dijo con sinceridad—, ¿Cómo puede ayudarle el Servicio de Inteligencia? ¿Sabe quién está detrás de esa maniobra?

Los ojos de Corracher evidenciaron un agotamiento emocional desolador.

—Si lo que me pide son nombres, no tengo ni idea —contestó—. Dudo que usted pueda hacer nada al respecto. No busco su ayuda, comandante Reavley, sólo le estoy facilitando información. No soy el único a quien le ha ocurrido algo así. Otros hombres con opiniones incómodas para ciertas personas han dejado el cargo por un motivo u otro. Kemp falleció durante una incursión aérea con zepelines el pasado otoño. Newell presentó su dimisión sin argüir ningún motivo concreto. Y sobre Wheatcroft pesa la amenaza de un escándalo que le arruinará la vida.

De repente Matthew le prestaba toda su atención. La sangre se le heló en las venas. En el caso de Wheatcroft sabía exactamente a qué se refería Corracher: el rumor había llegado a su escritorio. Se había inculcado a Alan Wheatcroft de ultraje a la moral pública con otro hombre mucho más joven que él. Los hechos no se habían demostrado y él se había declarado inocente, pero que alguien le creyera o no resultaba casi irrelevante. Cuando lo sucedido trascendiera, como inevitablemente ocurriría, su carrera estaría acabada.

—¿Qué opinaban los otros tres? —preguntó Matthew. No bastaba con creer que lo sabía. Corracher sonrió amargamente.

—La hermana de Kemp está casada con un belga. Toda su familia murió durante la primera ofensiva alemana. Él exige indemnizaciones exorbitantes. Newell es una especie de experto en cuestiones rusas. El caso de Wheatcroft es diferente. —Una chispa de desconcierto iluminó su mirada por un instante—. No sé muy bien quién podría estar interesado en él. Tal vez haya hecho algo de lo que yo no tenga conocimiento.

Las ideas se agolpaban en la mente de Matthew. Si el Pacificador todavía viviese,

Matthew vería una pauta en todo aquello, pero Hannessey estaba muerto.

—¿Me comprende, comandante Reavley? —preguntó Corracher en voz baja, inclinándose un poco sobre el escritorio con las manos tan apretadas que se le habían puesto blancos los nudillos.

—Sí —contestó Matthew, saliendo de su abstracción—. Sí, le comprendo, señor Corracher. Investigaré los otros casos, pero hábleme del suyo. —Era consciente de que sería difícil y embarazoso para Corracher, pero no podía indagar sin conocer los hechos.

Corracher estaba muy pálido.

—Se trata de algo extremadamente sórdido —admitió con voz ronca—. El caso es que estoy acusado de chantaje. Matthew se quedó perplejo.

—Quiere decir que alguien asegura que usted le ha hecho chantaje, ¿verdad? No que le estén chantajeando a usted...

—En efecto.

Dos manchas coloradas aparecieron en las mejillas de Corracher.

—¿Quién lo dice?

Corracher se mordió el labio.

—La señora Wheatcroft.

—¿La señora Wheatcroft? —Matthew no daba crédito—. ¿La esposa de Alan Wheatcroft? Dios santo, ¿por qué? ¿Es que no tiene bastantes problemas ya, tal como están las cosas?

—Ésa es la cuestión —dijo Corracher casi tragándose sus propias palabras—. Afirma que le hice chantaje a Alan después de amañar la situación por la que lo inculparon. Él sostiene que esa situación nunca existió en realidad; que lo monté todo para sacarle dinero. —Miró a Matthew con desesperación—. Entiendo que su esposa desee que eso sea cierto, pero no lo es. ¡Yo no sabía nada sobre el supuesto escándalo en el que se había visto envuelto Wheatcroft hasta que la policía me acusó! Me indigné tanto como el que más.

—¿Supone que Wheatcroft dio instrucciones a su esposa en ese sentido? —preguntó Matthew. Su compasión por Corracher era enorme, pero mucho mayor era la amenaza que el asunto implicaba para la integridad del Gobierno y el país en general. El único modo de combatirla era averiguar la verdad.

Corracher frunció el ceño, esforzándose por contener sus emociones.

—Entendería sus ansias de librarse de la acusación como fuera. Debía de estar desesperado. Cualquiera lo estaría. Pero ¿por qué señalarme a mí? ¿Por qué no a alguien más próximo a él, alguien con más posibilidades?

—¿Por ejemplo? —presionó Matthew. Detestaba meterse en su vida personal de una forma tan desagradable, pero evitar mencionar nombres ahora por escrúpulos no haría más que alargar las cosas.

Corracher estaba visiblemente incómodo.

—Bueno, hay personas con que tienen... contactos con esa clase de cosas. Quiero decir... hombres... —Se quedó sin voz de manera lastimosa, como si el aire de la habitación lo oprimiera.

Matthew fue menos delicado.

—Que prefieren la compañía de otros hombres en vez de mujeres —acabó la frase—. Pero es de suponer que son discretos. Sí, claro que los hay. ¿Piensa que alguno de ellos tendió la trampa, quizás obligado por alguien que le hacía chantaje?

—Parece probable —asintió Corracher.

—¿Alguna idea sobre su identidad?—No. Podría darle... una lista de hombres cuyas tendencias conozco, pero me parecería una canallada. —Su rostro reflejaba la repugnancia que le inspiraba la manipulación de una vulnerabilidad compartida.

—Sólo me interesa averiguar quién montó el escándalo Wheatcroft y le culpó a usted — aseveró Matthew con vehemencia—. Si lleva razón, alguien se ha propuesto arruinarles la vida a los dos. Y ese alguien está privando al Gobierno de los hombres más dispuestos a luchar por una paz duradera, que evite futuras alianzas con grupos enemigos en Alemania y que no permita que vuelva a ocurrir lo mismo. Dios sabe que necesitamos una paz justa, pero no una paz débil.

—Por eso he recurrido a usted, comandante Reavley —dijo Corracher mirando a Matthew a los ojos de nuevo—. Creo que no es una coincidencia. Quienquiera que haya fabricado las pruebas que me señalan como culpable ha sido muy inteligente. Me es imposible refutarlas sin traicionar a otros hombres cabales ni levantar sospechas sobre su vida privada.

Matthew lo veía claramente. Era una estrategia muy simple y sumamente eficaz. Como con un nudo corredizo, cualquier movimiento contra él sólo conseguía apretarlo más.

—Hábleme sobre Wheatcroft —pidió Matthew—. ¿De qué se le acusa exactamente? ¿Dónde? ¿Quién más está implicado y qué papel se supone que ha desempeñado usted? ¿Qué pruebas existen, documentales o testimoniales? ¿Hay algo de verdad en ellas, aunque no sean más que meros indicios sobre los que se sustenta la acusación?

Corracher estaba sumamente inquieto. Respondió despacio, eligiendo sus palabras con extremo cuidado, demasiado avergonzado para mirar a Matthew a la cara.

—Wheatcroft está acusado de haber solicitado favores sexuales a un joven en un baño público cerca de Hampstead Heath. No vive lejos del parque y estaba paseando a su perro, cosa que hace con frecuencia. Había sido visto hablando con el mismo muchacho al menos dos veces en un radio de doscientos o trescientos metros del lugar una o dos semanas antes. Alega que el joven simplemente le pidió indicaciones y que él se las dio.

—¿En ambas ocasiones? —interrumpió Matthew.

—Sí. Era bastante tarde, al anochecer, y según parece el joven se había perdido.

—¿Y qué dice ese joven?

Corracher endureció el semblante. Levantó la vista por un momento y la desvió enseguida.

—Ésa es la cuestión. Es amigo mío, o, mejor dicho, su padre lo es. He tenido un trato superficial con el hijo durante casi toda su vida. Es un tanto alocado. Ha acumulado tantas deudas que no puede pagarlas, y a su padre le costaría reunir esa suma.

—Deduzco que él ha declarado que Wheatcroft lo abordó —concluyó Matthew.

—Sí.

—¿Y no podría ser cierto?

—¡Según él, yo lo incité a decir eso! —Corracher tenía ahora el rostro congestionado, pero su ira era dolorosamente real.

—Deme horas, fechas y nombres —dijo Matthew con amabilidad.

—Aún hay más —agregó Corracher con voz ronca—. Wheatcroft sostiene que le pedí dinero a cambio de no airear el asunto, que me pagó cien libras y que cuando regresé a por más me dijo que me fuera al cuerno. Y que fue entonces cuando animé a David Pollock, el joven en cuestión, a denunciar el incidente a la policía. En mi cuenta bancaria hay cien libras que no puedo justificar. Wheatcroft dijo que las había ingresado un día después de que le exigiera el dinero, y resulta que tiene el resguardo del ingreso.

—¿Cómo se supone que se lo pidió usted? —preguntó Matthew.

—Con una nota mecanografiada.

—Que sin duda él entregó a la policía...

—Sí.

—Ponga por escrito todo lo que se le ocurra, señor Corracher, sin dejar de anotar dónde puedo localizarle a cualquier hora, y haré cuanto pueda para sacar a relucir la verdad —prometió Matthew.

—Gracias. Ya he redactado unas notas para usted. Corracher le entregó unas cuantas hojas pulcramente escritas a mano. Parecía aliviado de que por fin alguien diese muestras de creerle. Se puso de pie con cierta inseguridad y le tendió la mano para acto seguido retirarla y volverse hacia la puerta. ¿Acaso temía que Matthew rehusara estrechársela? Semejante actitud indicaba hasta qué punto se sentía humillado por la acusación.

Una vez que se hubo marchado, Matthew leyó toda la información, tomó unos pocos apuntes y salió de su despacho para comenzar sus pesquisas.

En el exterior el aire era bochornoso y pesado, como si anunciara tormenta. Las calles estaban mucho menos transitadas que en tiempos de paz. La escasez había encarecido la gasolina, y el ejército tenía prioridad sobre los caballos buenos. Había algo

descorazonadoramente sombrío y gris en las silenciosas mujeres que hacían cola o caminaban pacientemente por las aceras. Los autobuses los llevaban conductoras. Uno pasó por delante de Matthew mientras esperaba para cruzar. También lo conducía una mujer, con el cabello peinado hacia atrás y recogido en el cogote. Las muchachas que trabajaban en las fábricas de munición habían optado por cortárselo. Era demasiado fácil que quedase atrapado en la maquinaria y que ésta te arrancase literalmente el cuero cabelludo.

Ya nadie vestía de rojo o de rosa, como si tan vivos colores resultasen indecorosos en medio de tanta desolación.

Matthew cruzó la calle y al avanzar por la acera pasó junto a un grupo de mujeres pálidas, calladas, cada una de ellas sumida en su propio mundo. En todas las ciudades y pueblos de Europa había grupos como aquél aguardando las listas de bajas. En las poblaciones de donde procedían los miembros de brigadas enteras que habían sido aniquiladas, todas y cada una de las casas a lo largo de una calle tras otra tendrían las persianas entornadas, y las mujeres, pálidas y aturdidas, estarían sentadas bajo el sol de agosto preguntándose cómo enfrentarse al mañana, a todos los mañanas que quedaban por venir.

Se había pagado un precio demasiado alto para permitir que aquello volviera a suceder en lugar alguno, por la razón que fuese. Optar ahora por el apaciguamiento equivaldría a despojar de sentido a tan terrible sacrificio. Semejante idea no era de recibo.

Matthew dejó a las mujeres camino de la parada y tomó un autobús hacia Hampstead Heath. Subió al piso de arriba y se sentó solo, con aire meditabundo.

Apenas miraba las calles por las que pasaba. Eran grises y polvorientas, y el arbolado urbano lucía todo su follaje entre los esporádicos tramos de escombros causados por las bombas de los zepelines.

¿Era posible que alguien hubiese recogido el testigo de Hannassey? Matthew nunca había supuesto que el Pacificador trabajase solo, pero lo consideraba no sólo el cerebro de la conspiración sino también su corazón y su voluntad. ¿Acaso se equivocaba? ¿Seguía habiendo alguien con la habilidad para fraguar un proyecto como aquél y llevarlo a cabo? ¿Lo había planeado el Pacificador y había dejado instrucciones en previsión de su muerte?

Matthew se apeó en Hampstead Heath y se dirigió a la comisaría. Con sus documentos de identificación no tuvo dificultades para dar con un oficial de alto rango dispuesto a hablarle sobre el presunto incidente, el muchacho implicado y sus deudas.

—Un asunto lamentable —comentó con tristeza el inspector Stevens una vez sentado tras un escritorio lleno de papeles. Removió el té en una taza de hojalata para disolver el azúcar.

Matthew había declinado la invitación a servirse.

—¿Podría tratarse de un malentendido por parte de Wheatcroft? —preguntó—. ¿De una imprudencia, quizá, que llevó al joven Pollock a precipitarse?

—Pues claro que es posible —contestó Stevens—. De todos modos, Pollock retiró la

queja. Declaró que le habían sugerido la idea cuando estaba borracho y que sólo sabía a medias lo que estaba diciendo. —Su rostro anodino acusó hastío y un desprecio inenarrable—. ¡Ese vago tendría que estar en el ejército, como todos los demás! —exclamó, incapaz de disimular su amargura y su pesar. Por un momento la situación se tornó harto embarazosa. Matthew se abstuvo de preguntar dónde estaba el hijo de Stevens o si se encontraba bien. Su respuesta resultó tan agobiante como el aire caliente dentro del despacho cerrado.

—¿Por qué no lo está? —inquirió en cambio, pues necesitaba saber más cosas sobre el muchacho.

Stevens le lanzó una mirada cargada de desdén.

—¡Dudo que fuera la primera vez que le hacían proposiciones, y nunca había presentado una puta queja! —masculló, con la voz quebrada.

—¿Se mostraba demasiado receptivo? —preguntó Matthew.

Stevens enarcó las cejas.

—¿Se refiere a si Wheatcroft debería haberse dado cuenta de lo que era y evitado tener trato con él? No necesariamente. El ejército no lo declaró inútil por eso. ¡Pies planos! Es lo que consta en los formularios. Pero ésa no es la cuestión. Wheatcroft negó que tal incidente se hubiese producido, y Pollock cambió su testimonio. Dijo que Corrachier lo había incitado.

—¿Podría ser cierto?

—¡Quién sabe! —respondió Stevens—. Aunque lo dudo. Al principio Wheatcroft negó que Corrachier hubiese intentado hacerle chantaje, y luego se negó a declarar nada más. Me pareció que estaba muerto de miedo. Sudaba a mares y estaba blanco como el papel. —Se frotó la cara con la palma de la mano—. Quería retirar todos los cargos, dejarlo correr, pero su mujer estaba hecha una furia, decidida a acusar a Corrachier para que no volviera a las andadas. Quería demostrar de una vez por todas que mentía con mala fe.

—¿Rivalidad profesional entre ambos hombres? —preguntó Matthew.

Esto sorprendió ostensiblemente a Stevens.

—¿Se refiere a una rivalidad política? ¿Por el cargo? No se me había ocurrido, pero pienso que no.

—¿Cuál es su opinión?

Stevens volvió a frotarse la cara y buscó los ojos de Matthew.

—¿De verdad quiere saberlo? ¿Conoce a la señora Wheatcroft? Es una mujer que impone. Bella como el cristal tallado, y más o menos igual de dura. A mí me da que Wheatcroft actuó como un idiota, se negó a hacer lo correcto y no reconoció su desliz. Salió del apuro echando la culpa a Corrachier, hasta que tuvo que elegir entre seguir así o enfrentarse a su mujer y a la vergüenza que ella pasaría si el asunto llegara a hacerse público. Si lo hubiese negado ante ella, tal vez con franqueza, la cosa habría podido quedar

en una simple indiscreción. Pero ella insistió en optar por la salida que ofrecía la denuncia contra Corrachet. O como mínimo a Wheatcroft le faltó valor para negar que él estuviera implicado. ¡Pobre diablo!

—¿Corrachet?

Stevens lo miró con aire taciturno.

—Los dos. Pero sólo es una suposición. Quizá me equivoque. Sólo conozco a Corrachet de oídas. Y hace tiempo que aprendí que casi todo el mundo puede darte una sorpresa, para bien o para mal.

Matthew no lo presionó más. Le dio las gracias, le pidió la dirección de David Pollock y fue a verlo.

Era un muchacho bien parecido y bastante afeminado. No obstante, tras observarlo con más detenimiento, Matthew se fijó en que ese efecto se debía más al pelo largo y la camisa holgada como un blusón de artista que a sus facciones. Al principio el joven afectaba un leve ceceo que desapareció en cuanto perdió los estribos.

—¡Claro que no lo hice! —exclamó enfurecido—. ¡Es todo mentira! Ese maldito político me empujó a hacerlo. Me dio un susto de muerte. Pensé que iban a acusarme de... de ser un... —No terminó la frase, como si la idea le resultase demasiado repugnante para expresarla en voz alta—. ¡El ejército me rechazó porque tengo los pies planos! No podría marchar aunque mi vida dependiera de ello.

Matthew no se molestó en responder. Desconocía el verdadero estado físico de Pollock, y además lo traía sin cuidado. Su trabajo no consistía en dar caza a los cobardes. Lo que importaba era Corrachet, y también la posibilidad de que los planes del Pacificador siguieran en marcha, destilando su lento veneno.

Matthew no creyó a Pollock, pero tampoco había conseguido pruebas de que mintiera. Lo único que había logrado era corroborar lo que Corrachet le había contado.

Emprendió el camino de regreso a través del parque de Hampstead Heath bajo el tormentoso ocaso. Las hojas de los árboles temblaban en el aire cargado de humedad, y la brisa olía a lluvia.

Iba dando vueltas al asunto en la cabeza. ¿Sería un legado del Pacificador aquel complot? ¿O cabía la posibilidad de que Hannassey hubiese sido el instrumento y no el cerebro de la conspiración? Ya había transcurrido un año desde la batalla de Jutlandia, y Matthew había disfrutado de una especie de paz. Se había enterado del castigo infligido a Detta, cosa que había abierto un nuevo pozo de dolor en sus adentros, aunque ya sabía que tarde o temprano eso sucedería, si bien no de una manera tan brutal. Le había proporcionado cierta tranquilidad interior el saber que el responsable de la muerte de John y Alys Reavley finalmente había encontrado la suya. Matthew no sólo hallaba horror, sino también satisfacción, en el final violento de Hannassey, e incluso en el hecho de ser él mismo el causante. No le había quedado otra alternativa moral que matar a Hannassey, y cuando se despertaba en plena noche, angustiado y sudoroso por el recuerdo, esa certeza le

permitía volver a conciliar el sueño.

Y luego estaba el asunto infinitamente más grave de la alianza anglogermana que el Pacificador casi había logrado materializar, con el monstruoso deshonor que habría traído consigo. Ahora eso también era agua pasada.

O quizá no. La destitución de cuatro miembros recientes pero altamente eficientes del Gobierno era exactamente la clase de maniobra que el Pacificador llevaba a cabo, y la habilidad y la sutileza del método empleado encajaban con su estilo. Era por pura casualidad que el complot había llegado a conocimiento de Matthew. De pronto cayó en la cuenta, con un escalofrío, de que quizá se habían urdido otras tramas durante el año transcurrido desde lo de Jutlandia, intrigas que él había pasado por alto porque su convencimiento de que el Pacificador estaba muerto lo había cegado hasta tal punto que ni siquiera contemplaba tal posibilidad. Tendría que rectificar el error, y con urgencia.

Al día siguiente inició la investigación de la muerte de Kemp durante el bombardeo del zepelín. El suceso no había despertado las sospechas de nadie en su momento. Muchas personas morían como consecuencia de las incursiones aéreas; la de Kemp sólo destacaba debido al puesto que ocupaba. Su lugar de residencia constaba en los archivos públicos.

—¿Pudo haber sido un asesinato? —preguntó Matthew al señor Barker, el responsable de los bomberos que llegó primero al escenario.

—¿Asesinato? —repitió el hombre, asustado, como si Matthew hubiese dicho algo de mal gusto—. Llámelo así si quiere, señor, pero más vale decir que es la guerra. El asesinato es como más personal. Así están las cosas para todos en estos momentos.

—Me refiero, señor Barker, a si cabe la posibilidad de que lo mataran de alguna otra manera y dejaran su cuerpo entre las demás víctimas para ocultar el hecho de que lo habían asesinado — explicó Matthew.

Barker se desconcertó.

—¿Quién querría hacer algo así?

—Muchas personas con cargos importantes tienen numerosos enemigos —dijo Matthew, evitando responder—. ¿Es posible?

Barker no salía de su asombro.

—¿Cómo quiere que lo sepa, señor?

—¿Dónde lo encontraron? ¿Dentro de la casa? ¿Bajo los escombros? ¿Con otras personas o solo? —concretó Matthew.

—Solo. En la calle, justo delante de la casa —contestó Barker, pensativo—. ¿Y dice que lo pusieron allí y que nosotros creímos que lo habían matado las bombas, pero que en realidad no fue así? ¡A estas alturas no podrá demostrar nada!

—Seguramente, pero me gustaría saberlo.

—Pues es posible que sí. O que no.

—Gracias.

Sobre Newell no logró averiguar nada. Había aducido motivos de salud para dimitir, pero nadie tenía la menor idea de cuál era su dolencia. El propio Newell se negó a recibir a Matthew; le hizo saber por medio de su criado que no se encontraba bien y que no tenía nada relevante que decir.

Matthew también telefoneó a Wheatcroft para hablar con él, pero su esposa, que atendió la llamada, le dijo con mucha firmeza que Wheatcroft estaba con fiebre y no se le debía molestar bajo ningún concepto.

¿Otro chantaje? Tal vez. Su naturaleza específica no importaba. Ahora Matthew estaba convencido de que se había concertado un plan para librarse de los ministros capaces de influir a título personal en el curso de la guerra valiéndose de sus aptitudes diplomáticas o de sus contactos, pero no sabía con seguridad si el Pacificador se hallaba detrás de todo eso. La nación estaba agotada por la pérdida de hombres, el racionamiento de alimentos, combustible y lujos de todas clases, por la monotonía y el miedo constante a los bombardeos. La población temía una hambruna incluso mayor y, a la larga, la invasión y la conquista. Quizá después de eso vendría una guerra civil, un enfrentamiento entre ciudadanos británicos, debido a que unos optarían por la rendición juzgándola un mal menor y otros seguirían luchando hasta que la masacre y la derrota fuesen totales.

Mientras se alejaba de casa de Newell, Matthew se percató de que caminaba a grandes zancadas; albergaba una ira tan intensa contra el Pacificador, vivo o muerto, que le dolía el pecho al respirar.

Ahora Matthew había recabado suficiente información para informar de sus hallazgos a Calder Shearing, su jefe en los Servicios de Inteligencia.

—Buenos días, Reavley —saludó Shearing cuando Matthew entró en su despacho—. ¿Ya tiene algo sobre el sabotaje en la fábrica de Bury Saint Edmunds?

Levantó la vista de su escritorio. Era un hombre de estatura algo inferior a la media. Su cabello moreno presentaba grandes entradas, pero su rostro estaba tan dominado por sus ojos negros y sus pobladas y expresivas cejas que uno no reparaba en la amplitud de su frente. Tenía la nariz aguileña, y unos labios finos y excepcionalmente delicados.

—Sí, señor —contestó Matthew, todavía en posición de firmes. Uno no se relajaba hasta que Shearing le daba permiso—. Dispongo de pruebas suficientes para que la policía se encargue de ello ahora.

—Pues déjelo en sus manos, entonces —ordenó Shearing—. Hay un montón de asuntos que reclaman nuestra atención. Se está registrando un índice de accidentes inusualmente elevado en la fábrica de munición de Derby, Johnson Heathman & Co. Le...

—Se lo pasaré a Bell —interrumpió Matthew casi sin darse cuenta—. Tom Corraher vino a verme hace dos días con algo mucho más urgente.

Shearing enarcó las cejas y lo miró con ojos brillantes y fríos.

—¿Más urgente que el sabotaje en nuestras fábricas de munición, y aun así ha tardado dos días en venir a contármelo? —preguntó.

Matthew permaneció inmóvil. Llevaba trabajando con Shearing desde antes de la guerra y, en ocasiones, su tácito entendimiento mutuo era como en la mejor de las amistades. Nunca hablaban de sentimientos. Incluso la semana anterior, cuando habían pasado la noche en vela revisando juntos las bajas producidas en los buques mercantes, con el corazón destrozado por la muerte de cientos de hombres, no habían hecho falta palabras. Para Matthew, dichas pérdidas eran mucho más vívidas desde su experiencia en la batalla de Jutlandia. Ahora conocía aquel miedo opresivo y acechante que se apoderaba de ti durante la guardia nocturna, cuando el enemigo podía encontrarse en cualquier parte bajo el agua oscura, y el fuego, las explosiones y los ahogamientos llegaban sin previo aviso. Conocía el estampido atronador de los grandes cañones, el olor de la sangre y el fuego.

Y también sabía lo que se sentía al hundir un barco enemigo y observarlo irse a pique, con mil hombres como tú a bordo que yacerían en las tinieblas del océano para siempre.

Lo que en cambio desconocía por completo eran el carácter y las pasiones, la familia u origen del hombre que estaba sentado al otro lado del escritorio aguardando a que le diera una explicación. Ni siquiera sabía si Shearing había visto alguna vez morir a una persona. Quizá para él se tratase sólo de cifras, de un concepto puramente abstracto, como una partida de ajedrez.

Había un solo cuadro en el despacho de Shearing, un óleo del puerto de Londres al ocaso; ningún otro objeto revelaba sus gustos, sus sentimientos, su vida interior. No había más libros que los de índole estrictamente profesional; ninguna novela, nada de poesía. Tampoco fotografías sobre el escritorio o en las paredes. Shearing jamás mencionaba a su familia, suponiendo que la tuviera, ni dónde vivía o había crecido, en qué escuela o universidad había estudiado, nada.

En diversas ocasiones Matthew se había llegado a preguntar si el propio Shearing sería el Pacificador, antes de saber que era Hannassey. Aquel miedo había hecho presa en él acompañado de una aguda tristeza. Él había deseado tomarle afecto a Shearing. Le costaba poco admirarlo, por su agilidad mental, sus ocasionales muestras de ingenio mordaz, su dominio de sí mismo y la dedicación que lo mantenía atado a su escritorio todo el día y buena parte de la noche. Pero Matthew no había sido del todo capaz de confiar en él hasta que Jutlandia le demostró que el Pacificador era Hannassey. Entonces un súbito alivio, más grato de lo que esperaba, barrió de un plumazo toda sospecha. Ahora esa confianza se veía socavada de nuevo. Aun así, Matthew no tenía más remedio que contarle a Shearing lo que se traía entre manos; intentar ocuparse de ello en secreto sacaría a relucir sus dudas, y eso era algo que no se podía permitir.

—¡Reavley!

La voz de Shearing irrumpió en los pensamientos de Matthew con impaciencia.

—¡Sí, señor! —Matthew volvió a cuadrarse—. Era una historia que debía investigar antes de presentarle el informe correspondiente. No podía juzgar su importancia sin antes

indagar con discreción.

—Y ha descubierto que era cierta —dedujo Shearing. —Eso parece.

—¡Pues entonces siéntese, hombre, y cuénteme! ¡No se quede ahí plantado como un poste! — espetó Shearing.

—Sí, señor.

Matthew apartó la silla y se sentó. Refirió a Shearing todo lo que le había dicho Corracher y qué parte de ello había sido capaz de confirmar. Shearing no lo interrumpió.

—¿Y piensa que las destituciones de estos cuatro hombres están relacionadas? —inquirió cuando Matthew hubo terminado—. ¿A quién considera responsable? Hannassey está muerto.

—Sí, señor —contestó Matthew, consciente de que era una respuesta vacía.

Una chispa de humor cáustico centelleó en los ojos de Shearing.

—¿Uno de sus discípulos ha ocupado su lugar?

—No lo sé, señor. Es la primera de varias cosas que me gustaría averiguar. Pero sea quien sea, parece que a grandes rasgos su propósito es el mismo, y su habilidad a todas luces formidable. Y me gustaría salvar a Corracher, si es posible.

Shearing apretó los labios.

—Será difícil —dijo con amargura—. Si el hombre que está detrás de esto es tan listo como usted piensa, habrá tomado medidas en previsión de que Corracher se defienda de los cargos. La esposa de Wheatcroft tiene parientes muy poderosos. Todos se pondrán de parte de ella y exculparán a su marido, con o sin razón. Piense detenidamente antes de actuar, Reavley, y manténgame informado. Corre el riesgo de empeorar aún más las cosas.

Era una autorización para que se retirase, pero Matthew se negó a levantarse.

—¿Me está pidiendo que no haga nada, señor? —dijo Matthew entre dientes.

—No. Lo que le pido es que use la cabeza sin dejarse llevar por la emoción —replicó Shearing con aspereza—. Enfádese cuanto quiera. Váyase a casa y rompa su vajilla de porcelana, insulte a los vecinos, dé puñetazos a los muebles. Luego compórtese como un adulto y haga su trabajo.

Matthew se quedó inmóvil en la silla.

—¡Vamos! —gritó Shearing de pronto—. ¡Es una maniobra repugnante! Es engaño y traición, algo que ensucia todo lo que toca. ¡No se quede ahí petrificado como el adorno de una tumba! ¡Haga algo!

—Sí, señor.

Matthew se levantó. Por poco razonable que fuese la reacción de Shearing, se sintió mejor al ver que su jefe también montaba en cólera y saber que bajo aquella fachada de disciplina férrea estaba tan furioso y ofendido como él mismo. Salió del despacho

esbozando una sonrisa.

Aquella tarde, el hombre a quien Matthew llamaba el Pacificador miraba por una ventana del piso superior de su casa en Marchmont Street, a sólo unos pocos kilómetros del apartamento de Matthew. Aguardaba a una visita y no sabía con exactitud a qué hora llegaría. Ya no era posible contar con que los vapores y los trenes cumplieren los horarios establecidos. La Gran Armada Alemana no había salido de puerto desde la batalla de Jutlandia, pero los submarinos seguían patrullando los mares, obligando a los barcos de guerra británicos a proteger los transportes de tropas que traían a los heridos de vuelta a la patria desde Francia y Flandes.

Anocheía. Los tenues colores del cielo se desvanecían, la luz se reflejaba en las ventanas de enfrente. Los encargados de la vigilancia contra incendios no tardarían en salir a esperar atentos la llegada de los zepelines y la explosión de las bombas. La luz de las farolas convertía la ciudad en un blanco fácil desde el aire.

El hombre abría y cerraba las manos clavándose las uñas en las palmas cuando advirtió que un taxi aminoraba la velocidad al pasar ante su casa para luego acelerar otra vez. Ya sabía de antemano que no se trataba de Mason; no sería tan estúpido como para apearse justo delante de la puerta. Sin embargo, estaría cansado tras aquel viaje largo, peligroso y descorazonador. Quizá cometería un descuido. Ya lo había hecho una vez.

El Pacificador corrió las cortinas y se apartó de la ventana, impaciente consigo mismo y con el sentimiento que lo mortificaba, agarrotándole de forma dolorosa los músculos de los brazos y el pecho. El hombre a quien aguardaba era Richard Mason, posiblemente el mejor corresponsal de guerra británico. Había enviado crónicas desde todos los escenarios de los combates más encarnizados: Francia, Flandes, el norte de Italia, Bulgaria, Palestina y Mesopotamia. No informaba sobre las cifras de muertos o heridos ni tampoco sobre los metros de terreno lodoso ganados o perdidos. Relataba con un estilo emotivo experiencias individuales: un acto de heroísmo, una victoria, una muerte. Describía la fatiga y el hastío, el asco y la indignación, el hambre que él mismo pasaba, y también los momentos de alegría, las cartas de casa, los chistes malos y la pésima comida. No ocultaba nada. A través del sufrimiento humano y la tragedia de unos pocos pintaba un cuadro general. En sus palabras cobraba vida la destrucción de Europa, que ya se extendía hasta Oriente Próximo, África del Norte, la India y ahora América también.

El Pacificador siempre había sabido que el coste humano del enfrentamiento bélico era incalculable. En su juventud, durante la guerra de los Boers, él y Mason habían visto los campos de concentración, la brutalidad, la degradación del espíritu. En ese momento no se conocían, pero la experiencia les había proporcionado un objetivo común. Ambos pensaban que no había que permitir que estallase la guerra nunca más, y el Pacificador estaba dispuesto a conseguirlo a cualquier precio. Un hombre, diez o cien era un precio que merecía la pena pagar si con ello se podía impedir la matanza de diez millones de personas y la ruina de naciones enteras.

El Pacificador había concebido un plan, y de no ser por un giro en los acontecimientos

que nadie habría podido prever, se habría salido con la suya. El tratado que uniría a Gran Bretaña y Alemania en una alianza invencible ante cualquier otro eje de naciones había sido descubierto por John Reavley, quien, empujado por un patriotismo fervoroso pero corto de miras que le impedía tener una visión global, había robado una de las copias para poner a descubierto el plan. No había tiempo para redactarlo de nuevo y conseguir que el káiser lo firmase. El magnicidio de Sarajevo lo había alterado todo. Ni siquiera el asesinato de los Reavley había servido para recuperar el documento, y ya no hubo manera de detener los preparativos para la guerra.

Por descontado, desde entonces había buscado otras maneras de conseguir la paz; jamás se había dado por vencido. Esta búsqueda se había convertido en una pasión que consumía todas sus energías, que dominaba su vida y prevalecía sobre sus otros deseos o sueños, sobre los principios o ideales más preciados para él, a costa de su felicidad personal. Mas ¿qué importaba todo eso en comparación con la ruina de Europa y sus siglos de belleza, con el esplendor de su pensamiento, su filosofía y sus ilusiones, por no mencionar la pérdida de vidas humanas?

Todos los intentos se habían visto frustrados, bien a causa de un cambio de circunstancias, bien debido a la intervención de un individuo. En al menos tres de los casos que él conocía, los planes se habían malogrado por culpa de los hijos de John Reavley, todavía empeñados en vengar su muerte, y todavía imbuidos de su idealismo miope e insensato.

Después del primer ataque con gas venenoso en las trincheras de Ypres en 1915 y de la masacre en las playas de Gallípoli, Mason había escrito un artículo brillante que ponía de manifiesto, respecto al segundo de estos sucesos, la arrogancia y la incompetencia extrema del alto mando. Joseph Reavley también había estado brevemente en Gallípoli. Había perseguido a Mason en su viaje de regreso hacia Inglaterra y por fin coincidido con él a bordo de un bote en el canal de la Mancha tras sobrevivir al hundimiento del barco en el que iban.

¿Qué aspecto imaginable de la miope filosofía de Reavley pudo haber cambiado la mentalidad de Mason, convenciéndolo de que abandonara no sólo su artículo sino la causa en su conjunto? Al Pacificador le había costado más de un año ganarle de nuevo para la causa.

Era Matthew Reavley quien había causado la muerte de Hannassey, aunque ésta no vino mal. Hannassey había sido sumamente útil pero para el verano de 1916 se había convertido en un lastre, demasiado ambicioso y poco digno de confianza. Entre los éxitos del Pacificador estaba Corcoran. Y había otros planes que estaban casi ultimados.

De ahí que caminara de un lado a otro de la habitación, tratando de poner en orden sus ideas mientras aguardaba a Richard Mason y los informes que traería de Rusia y, sobre todo, de la propia Alemania. El Pacificador había considerado un año atrás que la clave quizá residiera en la avalancha que iba a derrocar el gobierno del zar para acabar de una vez por todas con el régimen. Ahora había ocurrido. Alexander Kerensky estaba al mando.

Era un hombre solidario y con visión de futuro, un hombre con quien se podía llegar a un acuerdo. Lenin también estaba allí ahora, al igual que Trotsky, pero ambos eran extremistas. Con el tiempo acabarían sacando a Rusia de la guerra. El Frente Oriental, que mermara el poderío alemán matando a sus hombres de frío y hambre, dejaría de existir, y se pondría fin a las inútiles marchas y asedios que habían causado la ruina de todos los ejércitos que habían intentado conquistar aquel vasto país. Por Dios, si hasta Napoleón había aprendido la lección a costa de un precio catastróficamente elevado. ¿De verdad el káiser se creía capaz de hacerlo mejor?

Dios sabía que Alemania intentaba por todos los medios que Estados Unidos se mantuviera al margen de la guerra, sabedora de que su respaldo renovarían las fuerzas casi vencidas de Gran Bretaña y Francia. Hasta enero de aquel año, 1917, lo había conseguido. Pero entonces Zimmermann, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, había enviado a México aquella estúpida directriz de atacar a Estados Unidos. De alguna manera, el telegrama había llegado, vía el Servicio de Inteligencia británico, a manos del presidente Woodrow Wilson. América no tuvo más alternativa que prepararse para declarar la guerra a Alemania, uniéndose a los Aliados en abril.

Al pensar en el fracaso, el Pacificador se clavó las uñas en las palmas con tal fuerza que se hizo daño en la piel. Decenas de miles de vidas más se perderían mientras la guerra se prolongaba un año tras otro. La ciega e insensata estupidez de los dirigentes que sacrificaban hombres sin otro motivo que su propia arrogancia, su simplista y fanática mentalidad patrioter, lo encolerizaba. Sudaba de la cabeza a los pies y notaba los latidos de su corazón. Gran Bretaña y Alemania eran aliados naturales. Juntos podrían haber llevado a medio mundo la paz y la seguridad, la prosperidad y un gobierno civilizado, así como la cultura más elevada que la humanidad hubiese conocido jamás.

En cambio, Gran Bretaña, en su engreimiento imperial, había desatado una tormenta de destrucción que amenazaba con traer de nuevo la edad de las tinieblas y dejar Europa prácticamente despoblada, salvo por los ancianos, los lisiados y las mujeres solitarias cuyos maridos yacerían en la tierra empapada de sangre.

Recobró la compostura con dificultad, respirando despacio, contando los segundos de cada inspiración. Aún había esperanza. Debía mostrar un pleno dominio de sí mismo cuando Mason llegara.

Oyó acercarse otro coche y dio media vuelta cara a la puerta. Acto seguido se enfureció consigo mismo por haber cedido a semejante impulso. Mason no pasaría en coche por delante de su casa.

Se detendría a no menos de cien metros de distancia.

Alguien llamó a la puerta.

— Adelante — dijo el Pacificador en voz baja.

Entró el criado.

— El señor Mason está aquí, señor — anunció respetuosamente—. ¿Les apetecerá un té,

o quizás un vaso de whisky? Hay Glenmorangie en la licorera, señor.

—Traiga té y luego déjenos a solas —contestó el Pacificador. Mason llegaría cansado y con frío. Tal vez habría algo que celebrar más tarde, pero no por el momento. Eso dependía en buena parte de las noticias que trajera de Alemania.

—Sí, señor.

Los pasos de Mason sonaron en la escalera, y momentos después el periodista entró en la habitación. Estaba más delgado que la última vez que el Pacificador lo había visto, pero aún se movía con cierto garbo pese a que sin duda estaba agotado. Era una energía mental más que física la que lo mantenía en marcha. Ahora chispeaba en sus ojos negros, y la fuerza de sus emociones se insinuaba en los rasgos de su semblante, los amplios pómulos y la boca ancha.

—Adelante, Mason. Siéntese —lo invitó el Pacificador con calma, como si sólo llevaran días y no meses sin verse—. He pedido que nos sirvan té, pero si prefiere whisky, lo tenemos aquí.

—Mejor té, gracias.

Mason se sentó en el sillón opuesto al suyo y sólo al acomodarse en él dejó entrever su cansancio. La rigidez de su espalda saltaba a la vista, y la lámpara de la repisa de la chimenea acentuó por un momento sus profundas ojeras.

—¿Mal viaje? —preguntó el Pacificador sentándose a su vez.

Mason no ocultó sus sentimientos; quizá le resultara imposible.

—Los trenes van llenos de heridos —contestó con voz queda y precisa, como siempre, mas sin disimular su aflicción—. En su mayor parte vienen de Passchendaele. Hay cientos de ellos, con el rostro ceniciento y la mirada perdida. A algunos los sacaron directamente de las aulas, son chavales de quince o dieciséis años, masacrados sin haber tenido ocasión de saber qué es la vida. —Se interrumpió de golpe, respirando entrecortadamente mientras trataba de ahuyentar aquella imagen de su mente y pensar en el presente: el Pacificador y sus tranquilos aposentos, donde, al menos por unas horas, estaría cómodo y a salvo.

Dio la impresión de que no había nada que añadir, y de que cualquier comentario banal resultaría ofensivo para ambos. Dejaron transcurrir unos minutos sin más ruidos que los de los pocos coches que circulaban por la calle y el incesante tictac del reloj de la repisa de la chimenea. En el exterior ya había oscurecido por completo. El criado trajo té y bocadillos, disculpándose por haberse tomado esa libertad.

—Paté de pescado, señor, y pepino. Confío en que les parezca aceptable.

Mason le sonrió con tristeza.

—Comparado con el rancho que he estado comiendo, será un bocado celestial. Gracias.

—No hay de qué, señor. —El criado inclinó la cabeza y se retiró, cerrando la puerta

tras de sí.

El Pacificador sirvió el té y acercó el plato de bocadillos a Mason. Tenía un nudo en el estómago y la boca seca, pero se arrellanó en el sillón como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Aún no le pediría el artículo que contenía el mensaje cifrado de Berlín. Aguardó pacientemente a que Mason diera cuenta del tentempié antes de volver a hablar.

—¿Qué noticias trae de Rusia? —inquirió cuando por fin Mason hubo apurado su taza—. ¿Ha progresado la revolución desde la última vez que estuvo usted allí? —Lo preguntó como si sólo sintiera un lógico interés, no como si el destino de la guerra dependiera de ello.

Mason, siempre circunspecto, contestó con el rostro impassible.

—Sí, ha progresado, aunque no como yo esperaba. Kerensky es un hombre inteligente, un visionario, un moderado que quiere construir lo nuevo sin destruir lo viejo.

—El zar nunca regresará al poder —dijo el Pacificador con cierta repugnancia. Nicolás II le inspiraba poco respeto, al igual que la zarina Alejandra, cuya confianza absurda en el indecente monje Rasputín la había expuesto públicamente como una mujer crédula y necia—. ¿Qué está haciendo Kerensky para imponer su control absoluto? —Su voz sonó más aguda de lo que hubiese querido. Hizo un esfuerzo por dominarla—. Rusia se está desangrando en esta guerra sin sentido, como nosotros. Y Dios sabe que su pueblo merece la libertad después de los siglos de opresión que ha sufrido. No me hable del hambre y las bajas en el Frente Oriental ni de la pobreza que asola todo el país. Eso puedo leerlo en cualquier crónica. ¿Qué ambiente se respira en Petrogrado, Moscú o Kiev? ¿Qué pasa con Lenin, Trotsky o cualquiera de los hombres con una auténtica visión de futuro? ¿Cuándo moverán ficha para asumir el liderazgo?

El humor de Mason era más bien sombrío. Por fin se dignó mirar al Pacificador de hito en hito.

—Ojalá no tuviera que decir esto —contestó en voz baja—, pero a Kerensky la situación empieza a escapársele de las manos. En muchos sentidos es un hombre lúcido y de principios, pero la historia le ha tomado la delantera. Le faltan el ardor o la obsesión necesarios para sintonizar con el estado de ánimo y las necesidades de la gente. El desarrollo de los acontecimientos ha superado su postura moderada.

El Pacificador no se inmutó. De repente la inquietud que lo embargaba se disipó, y en su lugar surgió una especie de llama solitaria. Si Mason llevaba razón en cuanto al ambiente que reinaba en Rusia, entonces sus esperanzas se harían realidad, tal vez muy pronto. Si el Frente Oriental dejaba de representar una amenaza, Alemania dirigiría a todos sus hombres y recursos hacia el oeste. El plan alemán de enviar a Lenin a Rusia en un vagón precintado había funcionado. Ahora estaban a punto de cosechar sus frutos.

—Entiendo —dijo. Nunca había tenido intención de revelar a Mason el menor detalle sobre la diplomacia secreta que había provocado parte de aquello. Mason abominaba de la guerra con la misma pasión y el mismo horror que cualquier otra persona cabal, pero era

inglés, y la idea de una Inglaterra vencida removería sus sentimientos con resultados impredecibles. La prudencia dictaba que sólo supiera lo estrictamente necesario.

»Parece cansado —prosiguió el Pacificador—. ¿Tiene un artículo para mí?

Desde que Estados Unidos había entrado en la guerra, él ya no podía comunicarse con Berlín vía Washington. Ahora sólo contaba con los encuentros secretos entre Mason y Manfred von Schenckendorff en cualquiera de los territorios neutrales que el periodista visitaba. Von Schenckendorff incluía información cifrada en el texto de los artículos de Mason, de modo que nadie pudiera descubrirla, y éste se los entregaba al Pacificador cuando regresaba a Inglaterra. El Pacificador los modificaba ligeramente para suprimir el mensaje secreto y se los devolvía. En sentido inverso el sistema funcionaba de modo semejante, pero se utilizaban copias de notas para un supuesto artículo aún por escribir.

Mason sacó media docena de cuartillas de un bolsillo y se las entregó al Pacificador.

—Gracias —dijo éste. Le costó evitar que los dedos le temblaran, pero se obligó a dejar los papeles doblados. Ya los leería después, cuando estuviera a solas.

»Ojalá pudiera decir que no hay nada urgente que comentar y así concederle un respiro —dijo quedamente—, pero Passchendaele es un desastre. —Se le hizo un nudo en la garganta, pues un dolor auténtico le trajo a la mente recuerdos de África, de la impotencia y la náusea ante la obscenidad de la muerte—. Todo indica que será incluso peor que en el Somme —agregó con voz ronca.

Mason debió de percibir su repentino e irreprimible pesar.

—Lo sé —murmuró.

El Pacificador se irguió en el sillón; tenía que disimular la desnudez que había mostrado en aquel descuido pasajero.

—Pues claro que lo sabe, al menos por las cifras publicadas y los trenes llenos de heridos que ha visto. Pero eso no es todo. Apenas ha trascendido, al menos entre la población general, pero parte del Ejército francés se ha amotinado...

Mason levantó la cabeza de golpe, con los ojos encendidos de rabia.

—Los pobres diablos tenían un motivo justificado —masculló, como si el Pacificador hubiese lanzado una acusación. El Pacificador asintió lentamente con la cabeza.

—Me consta. Son hombres valientes y patriotas, como los nuestros, pero su situación es intolerable, y ahora los envían a exponerse al fuego enemigo en un suicidio que no conduce a nada. Y lo mismo sucede a lo largo de todo el Frente de Flandes. Necesitamos una voz sincera que nos cuente qué está pasando con nuestros hombres. Ésta ya no es una guerra del pueblo, Mason; se ha convertido en una destrucción sin sentido a la que unos líderes demasiado ciegos o incompetentes no saben poner fin. Duerma esta noche como es debido y descanse. Venga a verme por la mañana y le devolveré su artículo. Luego regrese a Ypres. Olvídese de la propaganda, de las estadísticas y de lo que dicen los mandos. Averigüe qué piensan realmente los hombres que están luchando y muriendo. ¡Tenemos

que saberlo!—Sin darse cuenta se inclinó hacia delante—. Tenemos la obligación moral de saberlo, y ellos el derecho moral a que lo sepamos. Si usted no habla en nombre de ellos, ¿quién lo hará?

Mason no discutió.

—Me marcharé mañana por la noche, después de informar a mi periódico —dijo simplemente. Su expresión se endureció mientras reprimía la debilidad que sentía, el decaimiento fugaz, el vivo deseo de apartarse de todo—. No hay razón para demorarlo.

—Bien —respondió el Pacificador. Echó un vistazo a la bandeja del té, donde no quedaba un solo bocadillo—. ¿Le apetece un Glenmorangie?

—Sí —aceptó Mason—. Sí, por favor.

Richard Mason no fue la última visita recibida en la casa de Marchmont Street aquella noche. Poco antes de las doce, tras leer el artículo y suprimir el mensaje de Schenckendorff, el Pacificador estaba de pie a oscuras ante una ventana sin cortinas con nuevas ideas bulléndole en la cabeza. Había renacido en él la esperanza de poner fin a la locura de los campos de batalla. Cabía incluso la posibilidad de que los propios soldados rasos por fin tomaran las riendas de su destino. La mayoría de los hombres que recibían órdenes de matar al enemigo, de disparar, de soltar el gas, de cargar con las bayonetas caladas, no sentía aversión personal alguna contra los soldados alemanes de las líneas contrarias. Sabían que no eran más que hombres corrientes como ellos mismos. Si los franceses podían amotinarse, sin duda los británicos también. Mason traería información fehaciente sobre la moral de las tropas desplegadas en Flandes. Luego tal vez llegaría el final de todo aquello.

Alguien llamó a la puerta de nuevo, aunque con indecisión por tratarse de una hora tan avanzada.

El Pacificador se dio la vuelta, enojado.

—¿Qué sucede? —inquirió. Interiormente, estaba exhausto por los incesantes altibajos emocionales provocados por su desesperación ante la temeridad y la insensatez de aquellos con quienes tenía que trabajar, por las numerosas ocasiones en que había estado a un paso del éxito, en el principio del fin, para que luego se le escurriese entre los dedos—. ¿Qué sucede? —preguntó otra vez.

El criado abrió la puerta con ademán de disculpa.

—Ha venido a verle un caballero, señor. No quiere darme su nombre, pero dice que tiene algo que ver con cierto suceso ocurrido en Hampstead Heath. ¿Debo pedirle que se marche, señor?

—No. Hágale pasar —ordenó el Pacificador enseguida—, No nos interrumpa. No será necesario que nos sirva nada. Puede retirarse. Yo mismo le acompañaré a la puerta cuando se vaya.

—Sí, señor. Le diré al caballero que suba.

El hombre que entró en la habitación un momento después era delgado, llevaba

bigote y tenía los nudillos grandes y enrojecidos. Cerró la puerta a su espalda. Miró al Pacificador a los ojos sin pestañear, como si fuera su igual. El Pacificador lo detestaba. Estaban en el mismo bando por necesidad, no por idealismo. En aquel hombre no había pasión por la humanidad, sólo por sí mismo y su propio provecho, pero aun así era útil.

—¿Y bien? —dijo el Pacificador en tono cortante.

—Corracher ha estado hablando con alguien del Servicio Secreto de Inteligencia —contestó el hombre—. Ha descubierto una pauta y da la impresión de que podría presentar batalla.

—¡No diga tonterías! —soltó el Pacificador—. No hará más que cavar su propia tumba. Nadie le creerá.

—Ese hombre le ha creído —replicó su visita—. Está haciendo un montón de preguntas, consultando archivos policiales, fechas, lugares. Es muy meticuloso.

Un ramalazo de ansiedad acometió al Pacificador, poco más que un escalofrío momentáneo que enseguida cesó.

—¿Tiene idea de quién es?

—¿El hombre de Inteligencia? Se llama Matthew Reavley. —Lo dijo sin alterar la expresión, como si no significase nada para él.

—Gracias. —El Pacificador redujo la voz a poco más que un susurro y permaneció perfectamente inmóvil en medio de la habitación. Otra vez Reavley. Aquel nombre era como una maldición. Carraspeó—. Dudo que haga nada, pero me ocuparé de ello. Le agradezco que haya tenido el acierto de contármelo. Buenas noches.

Lo precedió escaleras abajo hasta la puerta principal, la mantuvo abierta para que el hombre saliera y luego cerró con llave y cerrojo.

Regresó a la habitación de arriba con una inexplicable sensación de pérdida. Estaba claro que Matthew Reavley debía morir. Ya no había alternativa. Librarse de ministros como Corracher era esencial para las negociaciones de paz cuando éstas llegaran. Su contacto húngaro había demostrado ser mucho más poderoso de lo que el Pacificador había previsto. ¡Él, el Pacificador, se estaba esforzando por conseguir la unidad! Un único Estado encabezado por Gran Bretaña y Alemania. Lo último que necesitaba era que unos dirigentes renegados conspirasen para desmembrar el viejo Imperio austro—húngaro.

También era vital que los hombres indicados administrasen la paz. Tras la derrota de los generales de ambos bandos, los hombres corrientes aún podrían aunar fuerzas y poner los cimientos de un imperio que emprendiese la reconstrucción con voluntad de justicia, estableciendo un nuevo orden de prosperidad y belleza que acabaría con el caos reinante.

¿Por qué debía lamentar que eso le costase la vida a Matthew Reavley? No podía permitirse semejante debilidad sentimental. Tenía los huesos molidos, le dolía todo el cuerpo, pero mucho más profundo era su abatimiento. ¿Qué diablos importaba una vida más? ¡Passchendaele segaba miles de ellas, día tras día!

Pero Londres todavía era un lugar civilizado en apariencia, de modo que el trabajo debía llevarse a cabo con cuidado. Lo pondría todo en marcha al día siguiente, hablaría con el hombre adecuado para aquella tarea. Si dejaba que cualquier clase de escrúpulo lo frenara, sería un hombre despreciable, indigno de su autoridad. Los mejores hombres del país habían perdido hijos y hermanos.

Se sentó a su escritorio y escribió una breve carta cifrada a Manfred para que Mason se la llevase consigo al día siguiente. Manfred von Schenckendorff había sido aliado del Pacificador desde el principio, cuando aún parecía posible conquistar la paz con honor y evitar la guerra entre dos naciones que debían haber sido hermanas. Manfred comprendería el sentimiento de desolación que le causaba el tener que eliminar a un hombre valioso pero testarudo, tal como había tenido que eliminar a su padre. Habría preferido con mucho ganarlo para la causa.

Pero aquel nuevo giro de los acontecimientos provocado por Corracher no le dejaba otra opción. Manfred se haría cargo, siempre se habían entendido en lo referente a los delicados pormenores del honor y la lógica, pues compartían las heridas de una tragedia innecesaria.

Fue hasta el gramófono, le dio cuerda y puso un disco: Beethoven, los últimos cuartetos, compuestos cuando ya era sordo; complejos, sutiles, maravillosamente bellos y cargados de dolor.

* * *

3

Richard Mason caminaba por la carretera llena de rodadas y cráteres bajo la lluvia persistente. De vez en cuando, en lo alto del cielo plomizo un trueno se mezclaba con el rumor sordo y los estallidos de la artillería. Pudriéndose en el suelo, había ramas desgajadas de los pocos árboles que quedaban en pie. La ropa empapada de Mason se le pegaba al cuerpo, y sus pies estaban cubiertos por el denso lodo de Flandes. Parecía invadirlo todo. Inundaba los campos sin cerca, rebosaba de las cunetas y acequias, se extendía en una capa espesa y revuelta a lo largo del camino.

Mason había adelantado a tropas de refresco que avanzaban hacia el frente con más carretadas de munición y pertrechos. Y, por supuesto, había columnas de heridos que se desplazaban a pie, lentamente, con paso inseguro por el dolor y la mirada extraviada de quienes han visto el infierno y lo llevan consigo. Algunos iban con los ojos vendados, dando traspiés con los brazos extendidos y las manos apoyadas en los hombros de quienes tenían delante. Mason apartó la vista, acongojado.

Se hallaba a menos de tres kilómetros de las trincheras. Ya percibía el consabido hedor a muerte y a letrinas.

¿Qué podía escribir acerca de aquello que resultase nuevo para sus lectores? ¿Eran reales los rumores de amotinamiento o sólo se trataba de las acostumbradas quejas que formaban parte de la vida de cualquiera? ¿Cabía que fuese algo más que una compasión bienintencionada por los franceses?

Se cruzó con una ambulancia cargada de heridos y echó un vistazo al conductor, pero era un hombre. Cada vez que avistaba la silueta alta y cuadrada de una ambulancia, pensaba en Judith Reavley y su encuentro con ella en un tramo de carretera como aquél. El recuerdo siempre le aceleraba el pulso y despertaba en él un turbador anhelo. En aquella ocasión la había hallado apoyada sobre el volante de la ambulancia, inmóvil a un lado de la carretera, tan aturdida por la abrumadora absurdidad de todo aquello que el fuego interior que tanto le atraía de ella se había extinguido.

Al principio había creído, horrorizado, que estaba muerta. Su alivio al verla abrir los ojos y mirarlo había sido una sensación tan reconfortante para él como el calor para unos miembros congelados. Entonces ella habló y Mason reparó en que su voz había perdido toda sonoridad y vigor. Incluso su ira se había sofocado. Algo hermoso se había roto. Él nunca había detestado tanto la guerra como en aquel instante. Ni los cadáveres acribillados que había visto, ni los heridos, ni los hombres exhaustos y aterrorizados lo habían conmovido de un modo tan profundo. Judith había simbolizado todo lo que de valioso tenía la vida: la alegría, el coraje, la fortaleza.

La había sacado de la ambulancia para obligarla a caminar. Había discutido con ella, le había gritado hasta conseguir por fin que se enfadara y le gritase a su vez. La había estrechado entre sus brazos y la había hecho girar en volandas en un arrebató de puro regocijo al constatar que, en algún lugar más allá del horror, seguía viva.

Se las había arreglado para verla un par de veces desde entonces, una en París, muy breve y casi por casualidad; la segunda en Londres, mucho más deliberada.

Esos recuerdos le parecían ahora muy lejanos, e inconscientemente apretó el paso, casi sin reparar en la lluvia torrencial. Tardó media hora más en llegar al hospital de campaña que se encontraba detrás de las trincheras de avituallamiento. Estaba montado en la tercera fila de trincheras que delimitaban la tierra de nadie. La enorme tienda, sostenida en un costado por tablones de madera, estaba, como todo lo demás, llena de lodo. A través del aire gris del atardecer resultaba fácil imaginar el ocaso, aunque en aquella época del año el sol aún tardaba horas en ponerse.

Mason cruzó el entablado de entrada y se vio envuelto en el brillo amarillento de las lámparas que iluminaban las mesas de operaciones. Olía a sangre y desinfectante. Había media docena de hombres sentados en el suelo con la espalda apoyada contra cajas de provisiones. Dos o tres de ellos bebían té caliente en tazones de hojalata, con el rostro pálido como la nieve. Los demás simplemente tenían la mirada perdida en la lejanía, como si pudieran ver a través de la lona de la tienda y del aire cargado de lluvia del exterior.

Otro hombre yacía en la mesa; en el muñón escarlata de su pierna derecha resaltaba horrorosamente su herida. El cirujano que lo atendía ni siquiera levantó la vista cuando Mason entró. El anestesista le echó una ojeada y, al comprobar que se sostenía de pie, devolvió su atención al paciente.

Un camillero de mediana edad vino al encuentro de Mason con marcas de cansancio en la cara.

—¿Dónde le han herido? —preguntó dando muy pocas muestras de compasión. Su tiempo era demasiado valioso para desperdiciarlo con quienes no estuvieran discapacitados.

—No estoy herido —repuso Mason, que comprendía su actitud—. Soy Richard Mason, corresponsal de guerra.

El camillero relajó el semblante.

—Vaya. ¿Ha venido a ver al capitán Cavan? Van a concederle la Cruz Victoria. —La voz le vibró con orgullo mientras erguía la cabeza, olvidando el cansancio por un instante.

Mason cambió de parecer en el acto sobre lo que iba a decir, de modo que al responder habló con total sinceridad.

—Cuando tenga un momento. ¿Están esperando la ambulancia esos hombres?

Se percató, con una repentina punzada en el estómago, de que no sabía con certidumbre si Judith Reavley seguía viva. Las ambulancias eran objeto de bombardeos, como todo lo demás. Los conductores morían y resultaban heridos. El mero hecho de que alguien estuviera sano y salvo una semana atrás no significaba que todavía lo estuviese.

—Sí —contestó el camillero—. Estará al caer.

—¿Aún tienen al conductor americano, Wil Sloan?

Mason. Logró dar la impresión de estar buscando material para un reportaje, aunque la voz se le quebró un poco—. ¿O se ha unido a las tropas estadounidenses ahora que han entrado en el conflicto?

—No están en este tramo —le dijo el camillero, y apretó los labios por un momento—. Aquí seguimos los mismos que estábamos al principio: ingleses, galeses, canadienses, franceses. También hay unos cuantos australianos y neozelandeses. Pero Wil Sloan está aquí todavía. Al menos estaba esta mañana.

Mason no preguntó a qué se refería. Había visto las cifras de bajas. Tenía la boca seca.

—¿Y Judith Reavley?

El corazón le palpitaba tan fuerte que apenas pudo respirar durante los largos segundos que el camillero tardó en responder. Cayó en la cuenta de lo estúpida que era la pregunta. ¿Cómo iba aquel hombre a distinguir a un conductor voluntario de otro? ¿Por qué habría de importarle siquiera, en medio de aquel infierno?

El camillero sonrió, quizás al percibir la expresión de emoción descarnada que Mason disimuló demasiado tarde.

—Debía de ser un demonio en las carreteras de Cambridgeshire, esa chica! Por supuesto que está aquí.

Mason le devolvió la sonrisa. Pensó en comentar que estaba interesado en escribir un artículo sobre las mujeres en el campo de batalla, pero se contuvo justo a tiempo. Sería una mentira absurda y desde luego no engañaría al camillero.

—Gracias —dijo sin más. Aceptó una taza de té caliente que sabía a aceite y tierra, y se sentó a aguardar la ocasión de hablar con Cavan sabiendo que en algún momento de las horas siguientes Judith pasaría por aquel puesto.

El bombardeo cobró violencia, pero los obuses continuaban cayendo a cierta distancia de ellos. Llegaron más heridos, aunque pocos de ellos de gravedad. Cavan saludó a Mason brevemente. Terminó de operar al hombre que acababa de perder la pierna pero no se separó de él hasta que llegó la ambulancia. El agua del incesante aguacero repiqueteaba en la lona del techo e inundaba los cráteres ya rebosantes del exterior. Los heridos tenían el cabello pegado a la cabeza, el rostro brillante de humedad y el uniforme mojado y oscurecido. Algunos iban recubiertos de barro hasta los sobacos, y sin duda los habían tenido que rescatar de los cráteres para evitar que se ahogaran.

Transcurrió casi una hora antes de que apareciese la ambulancia. Entre el estruendo de los cañones y el golpeteo de la lluvia no la oyeron llegar. Mason oyó movimiento en la entrada y al volverse vio a Wil Sloan. Éste ofrecía un aspecto cansado, pálido y mugriento, pero tan sonriente como Mason lo recordaba de un año atrás.

—Hola, doctor —saludó en tono informal dirigiéndose a Cavan—. ¿Tiene a alguien para nosotros? —Sus ojos se posaron en el hombre de la mesa que, afortunadamente, seguía inconsciente.

—¿Viene con un conductor? —preguntó Cavan—. Alguien tendrá que ir sentado con él. Está muy mal.

Sloan se puso serio y asintió.

—Claro. Si alguien es capaz de sacarnos de esta ciénaga de mierda es Judith, esto... la señorita Reavley.

A Mason el corazón le dio un vuelco.

Un amago de sonrisa asomó al rostro de Cavan.

—Se le están pegando nuestras palabrotas, Wil. Dejará pasmados a los suyos cuando regrese a casa. Le ayudaré a trasladarlo. —Se volvió de nuevo hacia la mesa con la espalda un poco encorvada y una gran mancha de sangre en el brazo.

Mason se puso en pie de un salto.

—Les echaré una mano —se ofreció—. No estoy haciendo nada. Traeré la camilla.

Wil siguió a Cavan hacia el interior para ayudar a los hombres que ocuparían el resto del espacio disponible en la ambulancia. Sólo se llevarían a aquellos que no estuvieran en condiciones de caminar.

En cuanto Mason salió del refugio de la tienda, la lluvia lo empapó otra vez. Apenas distinguía la silueta cuadrada de la ambulancia en la penumbra. Los pies le resbalaban en el barro y avanzaba a trompicones. Sólo Dios sabía lo difícil que sería abrirse camino por semejante lodazal cargado con treinta kilos de equipo y munición a la espalda, fusil en mano, sabiendo que las balas y la metralla podían hacerte pedazos en cualquier momento.

Vio que Judith saltaba del asiento del conductor de la ambulancia y acudía en su ayuda tomándolo por un soldado herido. Se enderezó, sintiéndose como un idiota. Quiso pensar en algo inteligente y profundo que decir pero su mente se esforzó en balde.

—Hay un mutilado que va a venir en camilla —dijo en cambio—. Sigue inconsciente. Lo traeremos de inmediato. Wil Sloan tendrá que ir con él en la trasera...

La frase quedó interrumpida por el rugido y el estrépito de un obús que cayó a unos quinientos metros de ellos. Levantó por los aires una columna de tierra y lodo que acto seguido se precipitó sobre el techo de la tienda y sobre la ambulancia con una serie de golpes rápidos y sordos.

Judith pareció no enterarse. Su rostro reflejó sorpresa y un instante de alegría al reconocer a Mason, pero enseguida se dirigió a la trasera de la ambulancia y abrió las puertas. Sacó la camilla sin esperar a que él la ayudase. Se movía con rapidez y eficiencia, incluso, curiosamente, con elegancia.

De pronto Wil estaba con ellos también, y todos sus pensamientos se centraron en la necesidad de cargar al hombre inconsciente. Lo trasladaron con todo el cuidado que permitían el viento y la lluvia, y luego tuvieron que decidir cuáles de los otros heridos requerían con más urgencia que se lo llevaran con él, teniendo en cuenta que también había

que prever un sitio para Wil.

—¿Cómo está la carretera, señorita Reavley? —preguntó Cavan a Judith cuando estuvieron listos para partir. La lluvia había amainado un poco, pero las nubes que cubrían el cielo habían hecho que oscureciera temprano de manera que sólo se veían siluetas en la penumbra.

—Mal —contestó Judith con la voz llena de inquietud. Se encogió ligeramente de hombros—. Pero no queda otro remedio.

Sabía que el herido tenía que llegar a un hospital cuanto antes para sobrevivir.

—Wil no debe separarse de él —le advirtió Cavan—. Lo siento.

Estaban cara a cara a menos de un metro de distancia sin hacer movimiento o gesto alguno, pero el rostro de Cavan transmitía una ternura inmensa bajo la luz de los faros, y los ojos de Judith no se apartaron un instante de los suyos. Mason reparó en ello y lo invadieron unos celos tan intensos que el cuerpo se le puso muy rígido. Su propia reacción lo dejó estupefacto.

—¿Puedo ayudar? —dijo de inmediato—. Ya hablaré con usted en otra ocasión..., capitán.

—Sí —aceptó Cavan—. Vaya delante con la señorita Reavley. Si hay que cambiar una rueda o retirar escombros de la carretera necesitará otro par de manos. —No preguntó su opinión a Judith; fue una orden.

—Sí, mi capitán.

Mason estuvo encantado de obedecer. Rodeó el vehículo chapoteando en el barro y ocupó su asiento.

Cavan se agachó, hizo girar la manivela del motor y éste arrancó enseguida. Judith soltó el embrague. Salpicando lodo, arrancaron hacia atrás con una sacudida. Mason se sobresaltó y pensó que ella había olvidado qué marcha tenía puesta. Judith se rió.

—La pendiente —explicó—. Si avanzo cuesta arriba se acumula el combustible en la parte trasera del depósito y el motor se queda muerto. Si doy marcha atrás no hay problema. Giraré aquí.

Frenó e hizo un viraje brusco mientras hablaba, con las manos firmes en el volante y los músculos tensos, para luego acelerar hacia delante y enfilarse la carretera llana, apenas visible y plagada de socavones.

De cuando en cuando una bengala estallaba en lo alto iluminando el paisaje con sus tocones de árboles y erráticos boquetes en la arcilla, ahora llenos de lodo y agua. Había vehículos siniestrados a ambos lados de la carretera, y algún que otro caballo muerto e incluso algún casco sujeto a una estaca para señalar el lugar donde había fallecido un hombre. Bajo el resplandor aparecían cureñas rotas, tanques quemados y, en una ocasión, el tubo de un cañón que emergía de un cráter, apuntando al cielo. Luego la bengala se desvanecía y la oscuridad parecía más densa a pesar de los faros que alumbraban poco más

que la lluvia inclinada y el páramo.

—¿Cómo demonios sabe hacia dónde se dirige? —preguntó Mason incrédulo.

—Por costumbre —contestó Judith con franqueza—. Créame, conozco este tramo de carretera mejor que mi propio pueblo. El único problema es que no podemos hacer que Jerry haga los cráteres en el mismo sitio cada vez. Es un tirador pésimo. Dispara a diestro y siniestro como un marinero borracho.

Mason se obligó a sonreír, aunque sabía que ella no lo veía, y se sintió asfixiado por toda aquella locura. ¿Acaso Judith no era consciente de ello también? ¿Cerraba los ojos a esa terrible realidad en aras de la supervivencia? ¿Cómo podía alguien tolerar verse prisionero allí sabiendo que en el resto del mundo reinaban la limpieza y la cordura? En algún lugar, más allá de la violencia continua, de la suciedad y el ruido incesante, había ciudades y pueblos donde brillaba el sol, las mujeres lucían bonitos vestidos y la gente recogía flores, comentaba las cosechas, asistía a las fiestas parroquiales y cotilleaba. Comían sentados en torno a mesas, lavaban con agua clara y dormían en camas.

Se cruzaron con otra ambulancia que iba dando tumbos sobre las roderas camino del frente. Por un instante los faros alumbraron el rostro de Judith cuando ésta levantó la mano para saludar. Mason contempló sus pómulos altos y su boca hermosa y vulnerable. Judith parecía mayor, con los rasgos más afilados por el horror y el cansancio, pero mostraba el mismo espíritu que cuando él la había conocido.

Esto lo asombraba. ¿Cómo lo conseguía? ¿Acaso simplemente se negaba a pensar? ¿No tenía idea de lo que ocurría en otra parte, del sufrimiento, las innumerables bajas, la aplastante absurdidad de todo?

Pasaron por un bache profundo, y Mason notó la sacudida en el espinazo. ¿Qué habrían sentido los heridos que iban en la trasera, sobre todo aquel a quien habían operado ante sus ojos? Esperaba que siguiera inconsciente. ¿Es que Judith no se daba cuenta de nada? ¿Era ése su modo de sobrevivir: no ver nada salvo la carretera que tenía delante, no hacer otros planes que el de alcanzar el destino siguiente? ¿Había perdido todo sentido de la proporción? ¿Acaso su sonrisa no era un signo de inteligencia o humor sino la mueca ausente de aquellos cuyos ojos ya no transmiten información al cerebro? Ésa sería la mayor tragedia de la guerra: la destrucción de la inocencia y la bondad de quienes en otro tiempo comprendieron el sentido de la vida. ¡El vencedor no conquistaría nada, porque no quedaría nada vivo ni hermoso que conquistar!

Siguieron adelante entre vaivenes sin que Mason pudiera ver el semblante de Judith. Sólo distinguía la silueta de sus hombros mientras conducía aferrada al volante, esforzándose por no salirse de la carretera. La lluvia había vuelto a arreciar.

Fue Judith quien rompió el silencio.

—¿Ha venido para entrevistar al capitán Cavan? —preguntó.

—No expresamente —contestó Mason—. Pero me pareció una buena ocasión. ¿Merece la Cruz Victoria?

—Y tanto. —Judith no pudo disimular su entusiasmo, como si vislumbrase una nueva esperanza y una nueva vida en este hecho—. Demostró un coraje extraordinario_

Mason sabía que ella le daría esa respuesta, y esto lo asustó. ¡Resultaba tan fácil...! El heroísmo de un hombre no cambiaba nada, sólo era una vela encendida en medio de la noche. La primera racha de viento que soplase la apagaría, y luego la oscuridad parecería aún peor. Judith seguía siendo tan ingenua como siempre. ¿Cuántos más hombres y mujeres como ella se encontraban allí, movidos por ideales imposibles, entregando su vida en vano para defender un espejismo?

—¿Es cierto que repelió un ataque alemán prácticamente solo y salvó a sus pacientes?

—No estuvo solo —corrigió Judith—. Todos luchamos. Pero él tomó la iniciativa. Fue él quien los desafió y se negó a marcharse.

—¿«Luchamos»? —repitió Mason con voz ronca. Se volvió hacia ella, pero estaba demasiado oscuro para distinguir sus rasgos—. ¿Lo dice en sentido figurado? No me diga que usted estuvo allí —insistió. No quería que fuese cierto, por el peligro que habría supuesto para ella, pero también porque no quería que ella hubiese sido testigo del heroísmo de Cavan.

—Sí que estuve allí —contestó ella, como si le costase creerlo—. Nos pillaron desprevenidos. No esperábamos el ataque. Estábamos muy lejos de la línea de fuego.

Mason se quedó anonadado. Un obús estalló a su izquierda escupiendo barro contra la ambulancia y salpicando el parabrisas. Dieron un bandazo terrible. Judith soltó una palabrota y tuvo que forcejear con el volante para enderezar la ambulancia. Mason se inclinó y apoyó su peso en él, rozando las manos de Judith.

—Gracias —dijo ella con naturalidad.

Mason no contestó. Apartó las manos y se irguió en el asiento. De repente se fijó en ella, en el barro y las manchas de sangre de su traje gris, en la curva de su mejilla, en la asombrosa fuerza de sus brazos.

Diez minutos después llegaron a carreteras en mejores condiciones que, aunque estaban anegadas, no habían recibido impactos de obuses, lo que les permitió circular a mayor velocidad. La lluvia amainó, cediendo el paso a una neblina fina como un velo extendido ante los faros, que barrían incansables la noche revelando los árboles recortados en negro contra el cielo. Al atravesar los pueblos encontraban algunos edificios quemados, pero en su mayor parte estaban aún en pie, con las cortinas corridas para ocultar la luz de las lámparas. No había un alma en las calles.

—¿Ha estado en Francia? —preguntó Judith.

—Últimamente no —contestó Mason—. Estuve en el Frente Oriental; fui a Rusia.

—¿Está tan mal como dicen?

—Seguramente. —¿Qué podía contarle que resultara interesante, que la hiciera partícipe de la desesperación que él había presenciado para compartirla por unos instantes

con ella?—. Kerensky se esfuerza mucho, pero está cambiando pocas cosas. El tiempo de la moderación ya ha pasado. Ahora les seducen ideas más extremas, en la línea de Lenin o Trotsky. La hambruna es atroz. —Le habló de las personas que había conocido, de la pobreza, los rostros descarnados, los cuerpos consumidos. Dijo mucho más de lo que pretendía originalmente; necesitaba despertar en ella los sentimientos que él había experimentado, tanto la ira como la lástima. La miró de reojo, tratando de descifrar sus emociones mientras le hablaba, viendo su expresión fugazmente cuando la alcanzaban los faros de otros vehículos—. Todo el mundo está harto de la guerra —concluyó.

—Sólo un loco no lo estaría —contestó Judith inclinándose hacia delante para escrutar la penumbra—. Pero hay cosas que son necesarias. Luchar es terrible. La única cosa peor es no hacerlo. —No había asomo de duda en su voz, ningún titubeo.

Mason seguía mirándola, vuelto hacia ella en el duro asiento, pero apenas entreveía su expresión. Llevaba mucho tiempo aguardando aquel momento y ahora no sentía para nada la certeza que esperaba. En cambio, le dolía la confusión que lo envolvía. ¿La llevaba a decir tales cosas un coraje sublime, o una inocencia absoluta le impedía reparar en el sufrimiento y la estupidez de todo ello?

¿Qué pensaría de ella el Pacificador? ¿Era Judith la clase de persona que él quería destruir para evitar que alguna vez volviera a ejercer poder? ¿O era una de las víctimas que intentaba proteger? ¿Eran su ignorancia y su irreflexiva serenidad, libres de desconcierto, de duda y sobre todo de culpabilidad, una forma de conseguir cierta seguridad, un refugio para eludir la verdad parapetándose tras las pequeñas comodidades, tras la cotidianidad que hacía soportable la vida?

Mason pensó en los soldados franceses que se habían amotinado, no por cobardía o falta de patriotismo, sino porque sus condiciones de vida eran intolerables. Los estaban sacrificando por nada, y ellos lo sabían. También tenían hogares, mujeres a las que amaban y por cuya protección estaban dispuestos a morir, pero no sin sentido.

—¿De verdad es mejor combatir? —retó el periodista a Judith—. ¿Siempre? ¿Incluso a este precio? —Su voz sonó más áspera de lo que quería porque su propia certidumbre se había hecho trizas dejándolo expuesto, y detestaba verse en esa situación—. ¿Realmente sabe usted lo bastante sobre los franceses para juzgarlos? —De inmediato lamentó haber pronunciado estas últimas palabras. Deseaba que ella siguiese siendo como en su primer encuentro, ignorante y valiente, tenaz en sus convicciones, por muy absurdas y erróneas que le pareciesen. Era lo que la hacía hermosa—. Perdóne... —comenzó.

—No pida perdón por decir lo que piensa —lo interrumpió Judith—. Al menos tenga el valor de expresar sus opiniones.

¿Debía contestarle con la verdad? Había visto cómo vivían los soldados franceses, las pérdidas inimaginables, la destrucción que habían sufrido, y todo ello le producía una lástima profunda.

No deseaba que surgiese una división entre ellos. Quería que ella se preocupase por él, que lo amase, pero ¿de qué serviría si él se odiaba a sí mismo? ¿Qué ganaría con mentir?

—No siempre es contra el enemigo contra lo que hay que luchar —dijo, eligiendo con cuidado sus palabras—. Los franceses tenían motivos para hacer lo que hicieron. El enemigo puede estar detrás de ti además de en el frente. Los soldados eran en su mayoría campesinos, ni de lejos revolucionarios. Se opusieron a las raciones injustas y a la reducción de permisos. Los nuevos reclutas recibían un trato de favor mientras que a los veteranos los enviaban a una muerte casi segura, sabiendo que las familias que dejaban en casa se verían abocadas al hambre. Los que habían conseguido que los eximiesen del servicio militar especulaban a su costa. Los permisos para realizar labores agrícolas se basaban en el favoritismo político. Los soldados estaban dispuestos a combatir y a morir, pero querían justicia. Para mí eso no era cobardía ni deslealtad.

Judith guardó silencio y aceleró, aprovechando que avanzaban por una carretera menos accidentada. La lluvia había cesado, y había rasgones en las nubes. La luz de la luna bañaba los árboles del verano, cuyas gruesas ramas resplandecían cuando los faros iluminaban las hojas mojadas.

—No sabía nada de eso —comentó Judith finalmente—. Pobres diablos. ¿Cree que los ejecutarán?

Mason percibió pena en su voz, pero la ira no había hecho mella en su ilusión. Alargó la mano para tocarla, posó los dedos en su brazo pero acto seguido cambió de parecer y los retiró. No quería correr el riesgo de verse rechazado.

—Sólo a unos cuantos —dijo en respuesta a su pregunta—. Los necesarios para que sirvan de ejemplo.

Judith permaneció callada. Pocos minutos después la ambulancia se detuvo ante el hospital. A partir de ese momento, todos estuvieron ocupados ayudando a descargar a los heridos. El operado seguía con vida aunque estaba muy débil y sufría fuertes dolores. Judith y Mason no podían pensar más que en sacarlo de la ambulancia y llevarlo a una cama lo antes posible.

Una vez descargados todos los heridos, Judith aguardó de pie junto a Mason hasta que Wil Sloan salió al patio adoquinado por la puerta lateral del hospital. Presentaba un aspecto fantasmal bajo la luz de la única farola.

Judith fue a su encuentro y enlazó un brazo con el suyo para guiarlo por el patio hacia la ambulancia.

—Vayamos a ver si hay algo abierto donde nos den un vaso de vino y un bocadillo —dijo.

—Es la una y media de la madrugada —señaló Sloan con un amago de sonrisa, un temblor apenas perceptible de sus labios.

Judith se encogió de hombros.

—Pues busquemos a alguien que nos deje usar su cocina para prepararnos uno. En algún sitio tenemos que dormir. Además, no podemos regresar a las trincheras hasta que haya limpiado la ambulancia y conseguido más gasolina.

Mason los había seguido.

—¿Usted quiere regresar? —le preguntó Judith.

—Será mejor que ir a pie —contestó el periodista—. A no ser, por supuesto, que los fusilen por llevar a un civil. Judith le sonrió.

—Siempre podemos clavarle una bayoneta y meterlo en la trasera —propuso—. ¡Entonces será un herido de verdad!

A causa del agotamiento, a Mason no se le ocurrió qué contestar.

Se despertó a las cinco porque una mano en su hombro lo sacudía suavemente. Era la de Sloan. Ya había amanecido, y la ambulancia estaba limpia y tenía el depósito lleno de gasolina. Desayunaron pan y té y salieron al patio donde Judith aguardaba al lado del vehículo, lista para emprender la marcha otra vez.

Parecía cansada. Bajo la luz matutina, más dura y fría que al atardecer de la víspera, Mason reparó en las finas arrugas de su rostro y en las sombras que le circundaban los ojos. Tenía veintiséis años, pero bien podría haber tenido diez más. Llevaba un vestido gris y desprovisto de adornos. El dobladillo aún estaba cubierto por una costra de barro, pero ahora Mason pudo apreciar que las manchas de sangre eran viejas y que ya las habían lavado varias veces. Habían penetrado demasiado en la fibra como para quitarlas.

Judith advirtió que él la observaba y le sonrió con timidez.

Mason recordó su primer encuentro. Se había producido en 1915, en el hotel Savoy. Ella lucía un vestido azul de raso que se le ceñía al cuerpo, y caminaba con tal garbo que atrajo la mirada de Mason como un imán. Estaba enojada, equivocada casi en todo y absolutamente preciosa, tanto como para cautivar a cualquier hombre y despertar en él apetitos olvidados.

Ahora el sentimiento que le inspiraba a Mason era bastante diferente. No tenía nada que ver con la diversión o la conquista, sino con una necesidad íntima de algo tierno y limpio, inmensamente vulnerable, capaz todavía de sentir dolor, de albergar esperanza.

—No es precisamente el Savoy, ¿eh? —lo previno Judith secamente como si le hubiese leído el pensamiento.

Mason notó que se ponía de mil colores. Quería dejar de mirarla pero no podía. ¡La perdería de vista tan pronto...! Ella también estaba avergonzada.

—Vamos —lo apremió—. Suba.

Hablaron de generalidades. Judith le preguntó de nuevo sobre —otros frentes de batalla en los que había estado y él se explayó a sus anchas. Ya no tenía que ocultar sus sentimientos ni lo que sabía sobre el número de bajas. Trató de describir la estragada belleza del norte de Italia, con sus exquisitos cielos sobre Venecia y Trieste; la valentía de los combatientes partisanos en las montañas de Albania, sobre todo la de las mujeres a quienes había visto hacer lo imposible por llevar material médico a los heridos. Le contó chistes, anécdotas divertidas; intentó describir el frío que había pasado, el entierro de los

mueritos, aunque después recordó que ella conocía todo aquello de sobras. Pero no era la información lo que importaba, sino compartir lo que sentía. Quizá fuese más fácil con alguien que supiera de qué hablaba.

Judith escuchó con interés haciendo algún comentario ocasional. De un modo indirecto, esto le infundía cierta sensación de seguridad a Mason. Incluso se sorprendió refiriéndole el dilema moral que suponía para él decidir cuántos detalles relativos a ciertos acontecimientos debía revelar a sus lectores.

Judith lo comprendió lo bastante bien para no proponerle soluciones.

Era un día ventoso y sólo lloviznaba. Cuando se hallaban a tres o cuatro kilómetros del frente avistaron una cureña de cañón de campaña volcada y un soldado de pie a su lado agitando desesperado los brazos.

Judith detuvo la ambulancia lo más cerca posible, y el hombre acudió a su encuentro de inmediato.

—¿Puede ayudarme, señorita? El soldado Hoskins está malherido. Ese maldito cañón se ha atascado en el fango, encima de él, y no hemos podido moverlo, ni siquiera con los caballos. Hoskins se morirá si no lo ayudamos. Tiene las dos piernas destrozadas y la espalda hecha polvo. No sé cómo mover ese armatoste sin hacerle más daño. Por favor...

Judith apagó el motor.

—Sí, por supuesto que le ayudaremos —aseguró apeándose sin el menor titubeo—. Vamos. — Hizo una seña a Mason y corrió a la trasera justo cuando Wil abría la puerta y se asomaba—. Necesitamos ayuda, Wil —le dijo—. Hay un hombre atrapado debajo de un cañón de campaña. Más vale que cojas torniquetes y tablillas, y también una camilla. —Se volvió hacia Mason—. Usted venga conmigo.

Fue una orden. Sin esperar a ver si la obedecía, Judith se levantó las faldas y vadeó la cuneta con el agua hasta los muslos. Tras aceptar la mano que le tendía el soldado, trepó al otro lado y avanzó dando resbalones por el barro hasta el cráter. Allí, los demás soldados trataban de impedir que el cañón se hundiese más, manteniendo a los cansados y pacientes caballos tirando de las cuerdas sujetas a sus arneses.

El hombre herido estaba casi sumergido en el agua inmundada. Otro soldado, que no aparentaba más de dieciséis o diecisiete años, le sostenía la cabeza en alto, aterrorizado, con los ojos como platos. Estaba perdiendo a su compañero. Notaba que el herido, resbaladizo por el lodo y la sangre, se le escurría entre las manos sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Mason se colocó a su lado sin pensarlo dos veces y los agarró a ambos. Estaban helados. El contacto brusco con el agua fría le cortó la respiración. Un instante después apareció Wil con la camilla. Judith daba órdenes:

—¡Enganchadlo con más fuerza, tirad hacia delante, despacio! ¡Cuidado!

Con un ruido como de succión, parte del cañón se levantó del barro y el agua. Mason

tiró con todas sus fuerzas del hombre herido, perdió el equilibrio y cayó de espaldas a la parte más honda del cráter. Se revolvió, presa de un súbito pánico a ahogarse él también. Estaba atrapado en la arcilla. Tenía agua en los ojos, en la boca, encima de la cabeza. Era repugnante, apestaba a muerte. Alguien lo asió y él consiguió emerger, jadeante, luchando por llenarse los pulmones de aire. Sus manos aún sujetaban la guerrera del soldado herido. Wil Sloan y uno de los otros soldados tiraban de ambos con esfuerzo.

Subieron gateando hasta el borde. Sin siquiera examinar las heridas, Wil hacía torniquetes. Judith aún sujetaba los caballos.

—¡Deprisa! —gritó—. Este cañón se deslizará hacia atrás en cualquier momento. ¡Tendré que soltar a los caballos para que no los arrastre consigo!

—¡Camilla! —bramó Wil. Mason se puso de pie y corrió tambaleándose a buscarla. Entre los dos tendieron al herido sobre ella y acto seguido la levantaron. Se habían alejado un par de metros cuando Judith cortó el arnés con una bayoneta. El cañón y su cureña cayeron marcha atrás al fondo del cráter levantando una ola de lodo y agua que empapó a los rescatadores y al hombre de la camilla a pesar de la distancia.

—¿Qué diantre están haciendo? —gritó una voz furiosa.

Mason miró al capitán que acababa de aparecer a un lado de la carretera y los fulminaba con la mirada. Era delgado, y sus grandes ojos negros parecían desmesurados en su rostro demacrado.

—¿Quién diablos ha tenido la idea de llevar un cañón a través de un barrizal? —inquirió.

El cabo se puso en posición de firmes tan bien como pudo, de pie en la arcilla, con lodo hasta las rodillas.

—Órdenes del comandante Northrup, capitán Morel. Le dije que nos atascaríamos pero no quiso escucharme. Morel se volvió hacia Judith.

—Lleven a ese hombre al hospital de campaña más próximo. El de Cavan queda a menos de dos kilómetros. Dense prisa.

—Sí, mi capitán. —Judith hizo señas a Wil para que se apresurase y subió a la ambulancia. Sus faldas empapadas lo salpicaron todo de barro cuando ocupó su asiento tras el volante—. ¿Podría pedirle a uno de sus hombres que le dé a la manivela de arranque? —preguntó.

Wil cerró la puerta de golpe desde el interior, donde se encontraba junto al herido. El propio Morel hizo girar la manivela y el motor arrancó.

Judith dirigió una mirada fugaz a Mason, que estaba de pie a un lado del cráter, y éste negó con la cabeza. Allí había una historia que indagar y tal vez que contar. Confió en que Judith lo entendiera. No había modo, de explicárselo.

Ella asintió con gesto contenido y luego se concentró en la conducción.

Mason se quedó plantado en la carretera, observándolos mientras se alejaban. Ya hablaría con—Cavan en otra ocasión.

El capitán Morel estaba hecho una furia. Tenía el semblante tenso y pálido salvo por dos manchas de color en las mejillas, y gesticulaba de forma brusca por lo agarrotados que tenía los músculos.

—¡Déjelo, cabo! —gritó al soldado del cañón—. Salve a los caballos y sáquelos de ahí.

—Pero, mi capitán, el comandante Northrup nos dijo...

— —¡Al diablo con el comandante Northrup! —le espetó

Morel con voz temblorosa—. ¡Ese hombre es un maldito idiota! Le estoy diciendo que coja los caballos y se reúna con su sección.

El cabo se quedó plantado donde estaba, presa de la indecisión. Mason vio claramente que tenía miedo de lo que Northrup, superior en rango a Morel, le haría por desobedecer una orden.

Morel también lo vio. Hizo un gran esfuerzo por controlar su ira. Su rostro reflejó una compasión tan patente que Mason casi se avergonzó de haber reparado en ella. Quiso apartar la vista, pero su propia emoción lo contuvo. Estaba implicado, tanto si quería como si no. Y no podía hacer gran cosa al respecto. Aquél era sólo un caso de idiocia entre cientos de miles semejantes.

—Cabo —dijo Morel en voz baja, ignorando la lluvia que le resbalaba por el rostro—, jerárquicamente estoy por encima de usted y le estoy dando una orden directa. No tiene más remedio que obedecerme si no quiere que se le forme un consejo de guerra. Si Northrup le interroga, dígaselo. Yo responderé por usted; le doy mi palabra.

El cabo mostró un gran alivio. No contaba más de dieciocho o diecinueve años. Tragó saliva

—Gracias, mi capitán —dijo.

Morel asintió.

—Hágalo. —Se volvió y, al percatarse de que Mason seguía allí, se encaró con él. Le lanzó una mirada dura y agresiva, dispuesto a atacar si Mason lo criticaba.

El periodista lo miró con más detenimiento. Todo en él destilaba un cansancio y un hastío terribles. Tenía unos veintitantos años, seguramente había estudiado en un colegio privado y luego en la Universidad de Cambridge, a juzgar por su acento. Era un idealista dolido, traicionado por las circunstancias y una estupidez ciega que ningún hombre en su sano juicio podría haber concebido.

Mason pensó en todos los franceses igualmente traicionados y masacrados. ¿Se amotinaría también el hombre que tenía delante? Su control sobre la rabia que anidaba en él parecía muy frágil, a punto de venirse abajo.

—¿Quién es usted y qué quiere? —inquirió Morel.

—Richard Mason, corresponsal de guerra —contestó Mason—. ¿Quién es Northrup?

Morel exhaló despacio.

—El comandante Penhaligon murió el primer día de Passchendaele. Northrup es su sustituto.

—Entiendo.

—Lo dudo. —Morel echó un vistazo a la carretera por la que se había alejado la ambulancia—.

Tendrá que caminar. Siga el hedor. No tiene pérdida. Aunque importa un carajo que se pierda. Da igual.

—Ya lo sé.

Morel vaciló por un instante, luego se encogió de hombros y se volvió hacia sus hombres y el coche que seguía aparcado al borde de la carretera. El conductor arrancó el motor con la manivela, Morel montó y se marcharon.

Mason echó a andar.

¿Cómo podía narrar aquel incidente? ¿Debía escribirlo todo? Era el clásico ejemplo de la estupidez de algunos oficiales que ahora estaban al mando y, como siempre, eran los hombres de a pie quienes pagaban el pato. Gracias a la intervención de Judith, aquél sólo acabaría con dos piernas aplastadas. Quizás incluso volvería a caminar, siempre y cuando no se hubiese lesionado la espalda también. Otros serían menos afortunados.

Mason recreó mentalmente la escena que acababa de vivir: Judith ordenando a los hombres que levantaran, sujetaran, tiraran. Su voz transmitía una calma perfecta, pero él había percibido toda su tensión. Sabía lo que hacía y el riesgo que conllevaba. Si uno de los caballos hubiese resbalado o si ella hubiese perdido el control del animal, la cureña del cañón habría caído de nuevo al cráter y matado al soldado.

Ella no había dado muestras de permitirse pensar siquiera fugazmente en esa posibilidad. La ira de Morel no había surtido ningún efecto visible en ella. Su actitud era como la de una buena niñera que observa a un crío en plena pataleta, limitándose a aguardar a que se le pase antes de conminarlo a serenarse y comportarse como es debido. No le había pasado por la cabeza rebelarse contra la locura.

¿Por qué no? ¿Le faltaba imaginación? ¿Estaba condicionada por la obediencia, por una lealtad inquebrantable hacia una causa, por más absurda que fuese ésta? Tal vez. John Reavley había robado el tratado y ella era su hija. Joseph Reavley era su hermano. Quizás el aferrarse a ideales sin tomar en cuenta el sufrimiento que acarreasen o lo poco que tuviesen que ver con la realidad fuese algo que su familia consideraba una prueba de fe o de alguna otra virtud. Se lo habían enseñado cuando aún era demasiado joven para ponerlo en tela de juicio, y dudar de ello ahora equivaldría a traicionar a quienes amaba.

A Mason le dolían los pies a causa de las botas mojadas, y tenía frío a pesar de la agotadora caminata. Dos años atrás Joseph Reavley lo había seguido desde las costas de

Turquía hasta Gibraltar, y luego a través del canal de la Mancha. Después de que el submarino hundiera el vapor en que viajaban, habían terminado bajo un temporal en el mismo bote salvavidas, pugnando por arribar a la costa de Inglaterra.

¿Realmente habría permitido Joseph que ambos se ahogaran antes que renunciar a sus ideales de luchar hasta el final? Aquel artículo en concreto, si Mason lo hubiese escrito, quizás habría puesto fin al reclutamiento de cientos de miles de hombres. Sólo Dios sabía cuántos de ellos habían muerto a lo largo de los dos años transcurridos.

Sí, seguramente Judith era como Joseph.

Mason recordó sorprendido cómo se había dejado convencer por Joseph entonces. Por un breve periodo él también había entendido las razones para luchar. Parecían encarnar los valores que hacían que toda vida fuese bella e infinitamente preciosa. En efecto, ¿acaso valía algo la existencia, acaso era digna sin mantenerse fiel a esos valores?

¿Cuántos más habían entregado la vida a ciegas, heroicamente, desde entonces? ¿Para qué?

¿Qué ocurriría si escribiese aquello con sinceridad, exponiendo la verdad sobre los sacrificios quijotescos? Constituían un sinsentido a largo plazo, un magro consuelo para los cientos de miles de mujeres de toda Europa cuyos hijos y maridos nunca regresarían, mujeres solas cuyo corazón quedaría destrozado sin remedio posible. Judith lo consideraría un traidor, no ya a la causa sino a los fallecidos y a los afligidos que tan alto precio habían pagado.

No había tomado conciencia hasta ahora, azotado por el viento y la lluvia en aquella carretera de Flandes donde el hedor a muerte ya le estaba haciendo un nudo en la boca del estómago, de que con el tiempo la desilusión de Judith se traduciría en un dolor del que él nunca conseguiría librarse. Sería otra luz apagada para siempre, y la oscuridad lo envolvería hasta devenir insoportable.

Si hubiese unos pocos hombres más como Morel, con dotes innatas de mando, el Ejército británico podría hallarse al borde del amotinamiento. Mason no los culparía. Hombres cabales morían y hombres incompetentes y arrogantes ocupaban su lugar, intensificando la matanza. ¿Supondría por fin el motín un primer paso hacia la paz, un final para la pesadilla, un triunfo de la única cordura verdadera? ¿O seguía siendo una traición a los valientes e inocentes caídos que habían dado cuanto tenían y ahora yacían acallados, enterrados y ahogados en el fango gris?

Mason avanzaba penosamente por la carretera entre caballos que tiraban de cureñas, tanques, hombres que marchaban hacia el frente con provisiones o regresaban de él en largas columnas de heridos. No tenía respuesta.

Joseph salió de su refugio subterráneo al oír a Barshey Gee gritar casi incoherentemente. Éste se dio media vuelta en cuanto vio a Joseph. Tenía el rostro enrojecido y el pelo, empapado por la lluvia, de punta.

—¡Capitán, tiene que hacer algo! ¡El comandante nos ha ordenado que volvamos a

salir ahora mismo a recoger los cadáveres! —Señaló con los brazos el parapeto que los separaba de tierra de nadie—. ¡No podemos, con todo ese barro! Y en pleno día. ¿No entiende que ya lo habríamos hecho si fuera posible? —Tenía la voz ronca y medio quebrada por el llanto—. ¡Jesús! ¡Fred Arnold está ahí fuera! ¡Lo conozco de toda la vida! Una vez me quedé subido a un árbol sin poder bajar; me estaba dando un banquete de manzanas en el huerto del viejo Gabby Moyle. Fue Fred quien me ayudó a bajar antes de que me pillaran. —jadeó—. Iría ahora mismo si hubiese alguna posibilidad, pero ese barro es tan hondo como un hombre y si te quedas atascado estás perdido. Jerry nos acribillará como botellas alineadas en un muro. Sólo se perderán más hombres a cambio de nada.

—Ya lo sé, Barshey —dijo Joseph con gravedad. Barshey negaba con la cabeza.

—He desobedecido una orden, capellán. Todos lo hemos hecho. Que nos forme un consejo de guerra, si quiere, pero no pienso mandar a los hombres ahí fuera —aseveró con la voz tomada.

—Hablaré con él. —Joseph sentía el mismo enojo y pesar en su fuero interno. También él había conocido a Fred Arnold y a su hermano Plugger Arnold, que había fallecido a causa de sus heridas el año anterior—. Espérame aquí.

Giró sobre sus talones y se dirigió a grandes zancadas hacia los refugios de los oficiales, donde sabía que encontraría a Northrup a aquella hora del día.

Todos los refugios eran bastante parecidos: angostos. Y con el suelo de tierra. Había el espacio justo para un catre, una silla y un escritorio improvisado. La mayoría de los oficiales personalizaba el suyo con trozos de alfombra, fotos de su casa o de su familia, unos cuantos de sus libros predilectos, quizás un gramófono de cuerda y discos de la música que más les gustaba.

Para entrar había que bajar por una escalera empinada, y los umbrales se cubrían con arpillera para evitar que se colara la lluvia.

—¿Qué hay, capellán? —dijo Northrup después de dejar pasar a Joseph. El comandante parecía agobiado e impaciente. Estaba sentado en una silla de madera frente a su escritorio. Sobre él había media docena de libros con el lomo tan gastado que Joseph no acertó a leer los títulos. También estaba el retrato de una mujer de aspecto agradable pese a sus facciones anodinas. A juzgar por su edad y la semejanza en los ojos y la frente despejada, debía de ser su madre.

—Mi comandante, tengo entendido que ha ordenado al cabo Gee que vaya con un pelotón de rescate a buscar muertos y heridos a tierra de nadie.

—Por supuesto, capitán Reavley —respondió en un tono un tanto condescendiente aunque quizá sin querer—. No podemos dejar que mueran ahí fuera. Como tampoco renunciar a traer de vuelta los cuerpos de quienes han caído. Es una lástima que el cabo se haya negado a cumplir una orden directa. Le he dado media hora para que recobre el valor. Si no lo hace, tendré que presentar cargos contra él. Esto es el Ejército británico y estamos aquí para obedecer órdenes. ¿Entendido?

Joseph quería replicarle que el mando francés había empujado a sus hombres al amotinamiento, pero sabía que sería desastroso decir eso en esos momentos. Northrup era lo bastante susceptible para interpretarlo como una ofensa personal y reaccionar en consecuencia.

Joseph conservó la calma con dificultad.

—Mi comandante, conozco a Barshey Gee de toda la vida y he servido a su lado desde 1914. Es uno de los hombres más valientes de este regimiento y si hubiese podido saltar el parapeto sin sacrificar a sus hombres en balde ya lo habría hecho. Uno de sus amigos más próximos falleció anoche...

La expresión de Northrup se endureció, sus ojos se encendieron de ira.

—Pues entonces, ¿por qué no sale a buscarlo, capellán?

Joseph tuvo que hacer un esfuerzo para no levantar la voz. Le costaba lo suyo no soltar un resoplido.

—Porque lleva una semana lloviendo, comandante Northrup —dijo comuna paciencia elaborada que delató su crispación pese a su intento de mostrarse cortés—. ¡El barro engulle a los hombres hasta ahogarlos! Los cráteres tienen tres metros de hondo o más, y nadie consigue mantenerse en pie durante más de unos minutos. Un soldado con el equipo completo no tiene ninguna posibilidad. Se quedará atascado en el acto, convirtiéndose en un blanco inmóvil. Gee no está dispuesto a sacrificar más hombres inútilmente.

—Recuperar a los heridos no tiene nada de inútil, como dice usted, capitán Reavley. —El rostro de Northrup estaba blanco como la nieve, y la mano que apoyaba en el escritorio tenía los nudillos pálidos y temblaba ligeramente—. ¡Yo habría supuesto que, como capellán, usted precisamente lo sabría mejor que nadie! Piense en la moral, hombre de Dios. Ése es su trabajo. ¡No tengo que ser yo quien lo haga por usted!

—Estoy pensando en la moral, mi comandante —masculló Joseph—. Formar un consejo de guerra a uno de nuestros mejores soldados porque se niega a embarcar a sus hombres en una misión suicida tendrá consecuencias infinitamente más desastrosas que las bajas de anoche.

Northrup lo fulminó con la mirada. Su certidumbre se había esfumado, lo que lo irritaba doblemente porque sabía que Joseph se daba cuenta.

—¡Mi comandante! —comenzó Joseph otra vez, incapaz de disimular su emoción—. Esos hombres llevan tres años aquí. Han pasado por un infierno. Todos y cada uno de ellos han perdido amigos, hermanos, primos. La mitad de sus pueblos han sido diezmados. Usted no se imagina lo que han llegado a ver, y si quiere ganarse su respeto, también debe respetarlos como merecen.

Northrup guardó silencio por espacio de varios minutos. Joseph lo vio debatirse entre la ira por verse desafiado y el miedo a la debilidad.

—Otros hombres han salido —dijo finalmente—. Eso echa por tierra sus argumentos,

Reavley. — ¿Y han regresado? — preguntó Joseph en un tono involuntariamente desafiante. Percibía la necesidad de Northrup de demostrarse a sí mismo que llevaba razón y temía que se cerrase en banda por sentirse amenazado; sin embargo, había ido demasiado lejos como para detenerse.

— Todavía no — respondió Northrup desafiante—. Pero Eardslie es un hombre íntegro, un oficial. No se negó a ir.

Nigel Eardslie era otro alumno de Joseph en Saint John's antes de la guerra: un muchacho inteligente y sensible, un buen alumno y amigo íntimo de Morel. De repente, la discusión con Northrup perdió todo sentido para él. ¿Qué más daba quién la ganase o quién la perdiese? Joseph no podía quitarse de la cabeza la imagen de Eardslie y sus hombres avanzando penosamente a través del fango en tierra de nadie.

— Ahora no llueve — agregó Northrup como justificándose.

— No es la lluvia lo que importa, ¡es el barro! — espetó Joseph—. Si me disculpa, mi comandante, iré a ver si puedo ayudar.

No se molestó en dar más explicaciones. Northrup no las tenía todas consigo y le daba miedo que se le notara. Joseph saludó y apartó la arpillera a un lado para subir los escalones hacia el aire libre.

Tardó casi media hora en llegar a la trinchera de primera línea. El suelo estaba inundado, varios de los tablones del entarimado flotaban en el agua inmundada que cubría hasta la rodilla. En otras partes llegaba casi a la altura de la cintura y en ella había ratas muertas, basura y latas viejas. La pierna de un soldado muerto sobresalía de la arcilla gris de la pared. Se divisaban trozos de cielo azul en lo alto, pero Joseph tenía frío porque estaba calado hasta los huesos.

Subiendo cuesta arriba llegó a un tramo relativamente seco donde varios hombres distribuidos en grupos limpiaban su equipo contándose chistes malos entre risas. Uno se había quitado la camisa y rascado la piel hasta desollarse por la comezón de las picaduras de piojo. Otro había conseguido encender una llama dentro de una lata y estaba hirviendo agua. Algunos leían catas de casa. Cinco de ellos no tendrían más de diecisiete años. Tenían el cuerpo delgado, de piel suave, aunque sus rostros estaban demacrados y se apreciaba una tensión acusada y quebradiza en su voz. A un centenar de metros de allí, Joseph llegó a una trinchera de enlace. Acurrucados a lo largo de ella, con la espalda contra la pared, había una docena de hombres. Reconoció a Morel. Estaba de pie, apartado de los demás, recostado en la tierra, con la cabeza echada hacia atrás y la mirada perdida en lo alto. La postura de su cuerpo era rígida, casi como si estuviera esperando a moverse pero no se atreviese.

Joseph notó que se le encogía el pecho y que le costaba hacer llegar el aire a los pulmones. Trató de caminar más deprisa pero las tablas del suelo se habían volteado y estaban rotas, y sus pies apenas tenían agarre en el barro.

Nadie reparó en él cuando se detuvo. Los conocía a casi todos. Allí estaba Bert Collins,

cubierto de barro endurecido, con el brazo derecho empapado en sangre. Cully Teversham y Snowy Nunn se encontraban junto a Alf Culshaw, que era más menudo, estrecho de pecho, atildado cuando tenía ocasión. Siempre se las arreglaba para gorronear de la intendencia lo que le pidieran, previo pago de una cantidad, por supuesto. Se le veía adusto y cansado, y llevaba un vendaje muy prieto en el brazo izquierdo. Por una vez, Stan Tidyman no hablaba de su comida favorita. Estaba codo con codo con George Atherton, que era capaz de arreglar cualquier cosa con unos alicates, un trozo de cable y un poco de tiempo. El último era Jim Bullen.

Fue Cully el primero en ver a Joseph, pero no le sonrió. Ni siquiera abrió la boca. Nadie saludó al capellán ni se cuadró.

Morel se volvió despacio pero sus ojos tardaron unos segundos en enfocar y reconocer a Joseph. Su expresión no cambió. Snowy Nunn también lo miraba sin pestañear.

Estaban recubiertos de lodo, mojados hasta la cintura o, en el caso de Cully Teversham y Stan Tidyman, hasta los sobacos; todos excepto Morel. De repente Joseph lo entendió: Barshey Gee se había negado a llevar a un pelotón a tierra de nadie para buscar supervivientes y traer de regreso a los muertos que encontraran, pero aquellos hombres eran los que había comandado Nigel Eardslie.

—¿Y Eardslie? —preguntó Joseph con la voz tomada, casi ininteligible; pero todos sabían lo que estaba preguntando—. ¿Está herido?

—Muerto —dijo Morel con voz áspera—. No quedó nada para traer de vuelta. ¿Quiere enterrar un brazo o un pie, capellán? Ni siquiera se distinguía si era el derecho o el izquierdo. —No podía contener el llanto.

Joseph, furioso, se rebeló contra los hechos, como si negándose a aceptarlos dejaran de ser verdad.

—¿Fuiste allí? —dijo incrédulo—. Por el amor de Dios, ¿qué nos está pasando? —Tendió los brazos hacia el mar de cieno apestoso e impregnado de gas del otro lado del parapeto levantado apresuradamente. Entonces se le atragantaron las palabras y enmudeció.

—¡No, claro que no fui, carajo! —le gritó Morel con voz tan aguda que sonó como un chillido. Respiraba agitadamente y con dificultad—. El idiota de Northrup les ha dado la orden y ha dicho que desobedecerla sería amotinamiento y que si no iban presentaría cargos contra ellos. ¡Y el muy cabrón lo habría hecho, además!

Joseph estaba abrumado. El pesar y una terrible sensación de impotencia lo dejaron anonadado. No tenía nada más que decir, ya no le quedaban respuestas. Miró de hito en hito a Morel y vio al joven que había conocido en Saint John's: despreocupado, irascible, risueño y poseedor de una inteligencia viva y ágil. El idealista que había en él estaba agonizando, quemado por el dolor y el sentimiento de pérdida, por la monstruosa estupidez de aquella tragedia. El carácter y la educación de Morel le decían que era responsabilidad suya poner fin a todo aquello. Era un líder nato, dispuesto a responder de

sus actos y a pagar por ellos. Ahora quedaba patente en su rostro que se encontraba al borde del motín. Arrastraría consigo a Snowy, eso también estaba claro, y seguramente a varios más.

¿Cómo iba Joseph a decirles que había un Dios que velaba por ellos? Su propia fe se le escurría entre los dedos. Cerró los ojos y gritó mentalmente: «¡Padre, si estás ahí, si aún te acuerdas de nosotros, haz algo! ¡Nos estamos muriendo! No se trata sólo de nuestros cuerpos lacerados y desangrados, nos morimos por dentro. Ya no queda un atisbo de luz.»

—¿Qué me dice ahora, reverendo Reavley?

La voz de Morel se clavó en su mente como el filo de un cuchillo.

Joseph abrió los ojos y se pasó una mano enfangada por la cara.

—Barshey Gee se ha negado a ir —contestó—. Northrup tendrá que retractarse. ¿Habéis encontrado a algún herido con vida?

—¡Por supuesto que no! —Las lágrimas seguían resbalando por el rostro de Morel—. ¡Los que no han saltado en pedazos se han ahogado! Y Northrup no dará su brazo a torcer. Nos crucificará a todos si no acabamos con él antes. ¡No tiene sentido que aguardemos a Dios, capellán! ¿Cuánto más tardará en darse cuenta de que no hay Dios que valga? Y si existe, no le importamos un pimiento, eso seguro.

Dio media vuelta y se alejó trastabillando por la trinchera, chocando contra las paredes, ajeno a los golpes que se daba.

A Joseph no se le ocurrió nada que decir. Hasta le pasó por la cabeza que quizá Morel tenía razón.

* * *

4

Cuatro noches después de que muriera Eardslie, Northrup encabezó un ataque.

La lluvia había amainado un poco, pero la densa arcilla de Passchendaele no absorbía fácilmente el agua, que seguía cubriendo los senderos y llenando los cráteres y las trincheras.

El pelotón de asalto avanzaba penosamente paso a paso. Los cañones rugieron durante toda la noche, y las bengalas iluminaban el cielo. El paisaje recordaba la superficie de la Luna. Costaba creer que alguna vez hubiese habido plantas allí, o que en el futuro las hubiese.

Hacía tiempo que habían cruzado el ecuador del verano, y los días comenzaban a acortarse. El alba era pesada y plomiza, y una neblina rastrera y chaparrones dispersos oscurecían casi todo el terreno recién conquistado. Los bosques situados más adelante, al otro lado de la tierra de nadie, ni siquiera se vislumbraban como manchas oscuras en el gris. Era el momento ideal para ir en busca de heridos.

—El maldito Jerry no verá a nadie con esta bruma —comentó Barshey Gee alegremente echándose el rifle al hombro—. ¿Listos, muchachos?

—Claro —afirmó Cully Teversham. Detrás de él, Stan Tidyman, John Geddes, George Atherton y Treffy Johnson asintieron con la cabeza.

—¿Capitán?

Barshey miró a Joseph.

—Por supuesto.

Joseph fue el primero en encaramarse al peldaño de tiro, cruzar el parapeto y deslizarse por el viscoso barro del otro lado. Tenían que andar con cuidado porque el sendero que serpenteaba entre los cráteres y las ciénagas cambiaba con cada bombardeo. A ambos lados flotaban cadáveres grotescamente hinchados, y el hedor de la carne en putrefacción y de las aguas residuales de las letrinas impregnaba el aire casi inmóvil.

Iban de dos en dos, cada hombre listo para ayudar a su compañero si uno de ellos perdía el equilibrio. Se separaron para cubrir la máxima extensión de terreno posible. Nadie hablaba. La llovizna seguramente amortiguaría el sonido, pero no valía la pena correr riesgos.

Cully Teversham iba con Joseph. Era un hombre corpulento con una mata de pelo rojizo que ni siquiera el barbero del ejército lograba domeñar y unas manos que empequeñecían todo lo que cogían. Avanzaba con calma, tanteando con los pies el suelo antes de pisarlo, mirando siempre primero al frente y luego a los lados.

Una larga púa de alambrada se enganchó a la pernera de Cully, que se detuvo y se agachó lentamente para liberarse. Joseph le echó una mano y siguieron adelante.

Frente a ellos, hacia la izquierda, entreveían a John Geddes y George Atherton. No

eran más que siluetas en la penumbra, identificables sólo por las anchas espaldas de Geddes y el balanceo de sus brazos.

Pasó media hora antes de que encontraran al primer herido. La metralla le había abierto un desgarrón en un costado, y el hombre tenía una pierna rota, pero seguía con vida. Torpemente, patinando y dando traspiés por el barro, lo llevaron de vuelta, cruzando el parapeto, hasta el puesto de socorro de primera línea. La neblina estaba desvaneciéndose, y en cuestión de una hora su camuflaje habría desaparecido.

Esta vez estaban más seguros del camino, y la premura era mayor. Joseph iba delante. Sus pies se hundían en el lodo, que los succionaba, y de vez en cuando tropezaba con utensilios rotos, obuses usados y, menos a menudo, restos de cadáveres. Sudaba a mares. Hacía calor y se vislumbraban retazos de cielo azul en lo alto.

Vio el cuerpo antes que Cully. Yacía de costado, como si estuviese dormido en lugar de muerto. No presentaba ninguna herida aparente. Joseph apretó el paso, patinó los últimos metros, frenó y se inclinó encima de él. Fue entonces cuando reparó en la corona que lucía en el hombro. ¡Era un comandante! El capellán dio vuelta al hombre con cuidado para ver quién era y dónde estaba herido. Era el comandante Northrup.

Cully estaba de pie a sus espaldas.

—Ya no hay nada que hacer, capitán. Mire —comentó con voz desprovista de emoción. Estaba señalando la cabeza del fallecido.

Joseph lo vio. Tenía un pequeño agujero azul de bala en el cráneo, justo encima del caballete de la nariz, exactamente en medio.

—Obra de un francotirador —observó Cully—. Son puñeteramente certeros, algunos de esos malditos Jerrys. Supongo que Northrup iba adelantado. Una forma limpia de acabar, si te ha llegado la hora, ¿no?

—Sí —admitió Joseph. Lo era. Mucho mejor que morir gaseado, tosiendo hasta escupir los pulmones, ahogándote en tus propios fluidos corporales, o que quedar atrapado en la alambrada y que te cosieran a balazos, y permanecer ahí colgado quizá durante días hasta que te desangrabas o morías congelado. Pero no era en eso en lo que pensaba. ¿Por qué ninguno de sus hombres había llevado a Northrup de vuelta a la trinchera? Lo más seguro era que lo hubiesen visto caer. Pero nadie había informado siquiera sobre su desaparición.

—Llémoslo de regreso —dijo Joseph con gravedad.

—Sí, capellán.

Cully se agachó obedientemente.

Fue un trayecto incómodo y, a medida que escampaba, el calor aumentaba y el suelo emanaba vapor. Pero el resguardo que ofrecía era escaso. Comenzaron a oírse disparos y obuses, y faltó poco para que las balas de los francotiradores alcanzaran a los dos hombres.

Llegaron a la línea de frente, luego al parapeto, y llegaron tambaleándose a la

protección y la inmundicia de la primera trinchera. Varios hombres corrieron en su auxilio.

—Está muerto —anunció Cully con total naturalidad—. Ya no puede hacerse nada por él.

—¡El comandante! —exclamó Stan Tidyman, sorprendido—. ¡Que me aspen!

—Ahora tendrán que mandarnos a otro —observó Tiddly Wop Andrews—. Aunque no podrá ser peor que éste, ¿verdad?

Barshey Gee se sacó una moneda del bolsillo y la dejó caer sobre el peldaño de tiro con la palma hacia abajo.

—La moneda dice que sí —dijo sonriendo—. Me alegraré de perder.

Los demás se rieron.

Era deber de Joseph dar parte del fallecimiento al coronel Hook en el puesto de mando del regimiento. Northrup tendría que ser reemplazado. El cuartel general quizás enviaría a alguien o bien ascendería a otro oficial que ya estuviera sobre el terreno, aunque no había tiempo para pensar en ello. Ojalá no fuese Morel. Joseph todavía no sabía qué hacer respecto a él, cómo ayudar ni cuál era su obligación principal. Morel estaba enojado con Northrup por su incompetencia y su arrogancia al rechazar la ayuda que juiciosamente le habían ofrecido los hombres de la tropa. Pero estaba mucho de ser el único hombre que abrigaba tales sentimientos. Y estaba dolido por la muerte de Eardslie. Habían sido amigos durante años.

John Geddes y Bill Harrison ayudaron a Joseph a llevar a Northrup hasta la mesa del puesto de primeros auxilios. Lo enterrarían en los alrededores, seguramente esa misma noche. Los escasos medios de transporte debían reservarse para los heridos.

Joseph dio las gracias a ambos hombres, pero Harrison se quedó con él.

—¿Le echo una mano, capellán? ¿Quiere que arregle un poco el cuerpo?

—Gracias —dijo Joseph. Era una tarea desalentadora pero la había llevado a cabo tantas veces que ya le resultaba casi mecánica. En realidad, tales convenciones sociales estaban destinadas a quienes seguían vivos y en condiciones de apreciarlas; eran un ejercicio de humanidad bastante inútil. Nada podía hacerse ya por Northrup, y a nadie más le importaba. Era una mera farsa actuar como si en aquel mar de sangre cada muerte revistiera su propia importancia. Por todo el Frente Occidental había cuerpos destrozados, muchos de los cuales jamás serían hallados. Joseph había oficiado entierros en los que había poco más que identificar que un puñado de chapas de identidad.

Aun así aceptó el ofrecimiento, y juntos alisaron el uniforme del comandante, lo limpiaron de barro en la medida de lo posible y le lavaron la cara. Northrup tenía una expresión de miedo. No había rastro de resolución ni paz en sus rasgos crispados.

—Se diría que lo vio venir, ¿verdad, mi capitán? —preguntó Harrison con un dejo de compasión. Tal vez ahora que Northrup ya no podía hacer más daño, el soldado veía sus debilidades con cierta compasión.

Joseph bajó la vista al cadáver. Le cerró los ojos.

—Sí —admitió—. Da esa impresión.

—Pobre diablo —dijo Harrison con gravedad—. ¿Quiere que haga algo más, mi capitán?

Joseph tenía la garganta seca, y la mano le temblaba un poco.

—No, gracias. Es pura rutina. Debo ir a informar al coronel Hook, pero antes procuraré que Northrup esté más presentable.

—A sus órdenes, mi capitán.

Harrison saludó y se fue.

Cuando Joseph estuvo seguro de que se había marchado, volvió a contemplar el semblante de Northrup. Incluso con los ojos cerrados, el miedo seguía presente, desagradable y dolorosamente descarnado. ¿Cuánto tiempo tardaría Harrison en darse cuenta de que no era posible que Northrup viera al francotirador? Cualquiera alemán tenía que encontrarse a no menos de quinientos metros de donde habían hallado el cuerpo de Northrup. ¿Acaso el comandante simplemente entró en pánico al verse bajo el fuego enemigo? ¡Dios quisiera que fuese así!

¿Dios quisiera? ¿Así pues, pensaba Joseph que Dios los escuchaba después de todo? El capellán había deseado que destinaran a Northrup a otra parte antes de que matara a más hombres con su arrogante estupidez, ¡pero no de aquel modo!

Deslizó la mano bajo la cabeza del comandante y palpó el orificio de salida. El hueso estaba astillado, y el pelo pegajoso de sangre y masa encefálica. Carecía de sentido intentar lavarlo. Sería más simple vendarlo un poco para adecentarlo. Darle un aspecto más entero.

Le quitó el casco y lo lavó. Se quedó mirándolo. En el metal no había ninguna muesca, ninguna marca por donde hubiese salido la bala. ¿Dónde estaba ésta, por cierto? ¿Tirada en el suelo, o en algún lugar entre su ropa?

La respuesta era obvia, pero Joseph aún se resistía a aceptarla. Tenía que haber otra explicación.

Pausada, metódicamente, examinó el resto del cuerpo. No presentaba más heridas, salvo unas rozaduras en las muñecas. Eran poco más que unas marcas rojas y un poco de piel levantada, como si se las hubiesen atado con firmeza pero sin apretar demasiado.

Joseph comprendió qué había ocurrido antes de obligarse a admitirlo. A su mente acudieron viejos recuerdos de cuando encontró otro cadáver que rescató para luego descubrir que no era una baja de guerra sino la víctima de un asesinato. En aquella ocasión, al principio supuso que un soldado alemán había mantenido la cabeza del hombre bajo el agua. Esta vez supo enseguida que a Howard Northrup lo había matado uno de sus propios hombres. Pero ahora, dos años y miles de muertos después, Joseph sería mucho más cuidadoso al enfrentarse a este hecho. El pesar del momento y la culpabilidad por su propia implicación en el asunto todavía lo obsesionaban. Antes de informar a nadie,

investigaría más a fondo la incompetencia de Northrup, averiguaría hasta qué punto era grave, cuántas muertes eran, o parecían ser, responsabilidad suya, y de quiénes se trataba. Haría indagaciones antes de emitir un juicio sobre lo que a primera vista era un acto de justicia. Se había vuelto más prudente, más consciente de la complejidad oculta tras un acto simple en apariencia. Aquellos hombres vivían en circunstancias inimaginables para quienes habían escrito las reglas originariamente. ¿Cómo iba a concebir tamaño horror un hombre cuerdo, y mucho menos a dictar leyes acordes con ello?

Cogió un trapo húmedo, y estaba sacando brillo a las coronas de las charreteras de Northrup cuando vio a Mason de pie en el umbral. En su tez morena, que tan bien disimulaba toda emoción, había arrugas de tensa expectación.

—Hola, Mason —dijo Joseph, un tanto sorprendido. El último artículo de él que había leído lo habían enviado desde Rusia—. No hay nada nuevo por aquí. Podría copiar lo que escribió la última vez y cambiar sólo las cifras de bajas.

La boca de Mason se torció en un amago de sonrisa. El periodista se adentró en la habitación.

—¿Estaba vivo cuando lo encontró? —preguntó.

—No.

Joseph supo en ese instante que se guardaría de revelar a Mason todo lo que no estuviera obligado a contar. Necesitaba tiempo. El hombre le caía bien; habían sobrevivido juntos a la pesadilla de Gallípoli y luego a la tempestad en el canal de la Mancha, pero Mason era corresponsal de guerra. Publicaría la verdad sobre la situación, por más espantosa que fuese, en aras de una supuesta causa superior. Quizás eso fuera lo correcto, pero Joseph ya había aprendido lo difícil que era determinar adónde podía conducir un camino, y sabía que luego era demasiado tarde para lamentarlo. Pocas cosas resultaban simples.

Mason lo miraba sin pestañear.

—¿Un francotirador?

—Eso parece —respondió Joseph—. ¿Por qué? ¿Es que va a escribir su necrológica?

Mason sonrió esta vez, pero sin chispa, sin humor.

—¿Piensa que debería, reverendo? ¿Qué quiere que escriba? «Muerto en acto de servicio, en Passchendaele, el 8 de agosto de 1917.» No es precisamente original, ¿verdad? Podría escribir lo mismo sobre decenas de miles de hombres. Todos ellos son únicos para sus seres queridos; el hijo único de alguien, el único hermano, el marido, el prometido, el amigo. —Abrió más los ojos y la voz se le enronqueció—. ¿Qué debería decir sobre Northrup? ¿Que era un idiota arrogante y que sus hombres le odiaban? ¿Que su muerte quizá salve la vida de un puñado de pobres diablos a quienes habría enviado al otro lado del parapeto inútilmente?

—Si se erige en juez de un hombre, luego tiene que juzgar a todos los demás —

sentenció Joseph, esta vez clavando los ojos en él—. ¿Considera que tiene el derecho o la capacidad para hacerlo, Mason?

El periodista torció el gesto con acritud. Se reclinó contra un poste de la puerta de lona de la tienda y se metió las manos en los bolsillos.

—Por supuesto que no. Me ha malinterpretado. Veo que pone en duda mi derecho a decir lo que digo, pero no su veracidad.

—Pongo en duda su derecho a sacar esa conclusión —lo corrigió Joseph—. Pero en realidad me trae sin cuidado lo que piense, sólo me importa lo que diga.

—¿Y no quiere que diga que Northrup era un oficial incompetente y que para sus hombres es una bendición que haya muerto? —Mason enarcó las cejas—. Ellos mismos lo están diciendo.

—Es posible —admitió Joseph—, pero sólo entre ellos. No lo escribirían ni lo repetirían delante de la familia del fallecido.

—Tal vez ése sea el problema —insinuó Mason—. Ocultamos los errores, por desastrosos que sean, si tememos que hieran los sentimientos de alguien, sobre todo si ese alguien es un oficial.

—Lo hacemos por los muertos, sean quienes sean —lo corrigió de nuevo Joseph sin sorprenderse de que Mason supiera que el padre de Northrup era general.

—Ya —Mason sonrió—. Ésa es la cuestión, ¿no? Ahora que está muerto, sus errores mueren con él. Ya no supone un peligro, de modo que, ¿por qué causar un dolor innecesario?

Joseph empezaba a tener frío pese a que en el exterior abrasaba el sol de agosto y el aire de la tienda estaba recalentado.

—¿Qué es lo que quiere, Mason? Como bien ha dicho, este hombre era arrogante y estúpido, pero ha muerto. ¿Siente la obligación moral de mancillar su nombre y causar más dolor a su familia, sólo porque sea verdad? ¿Qué me dice de los deudos de los hombres que murieron por culpa de la ignorancia o la insensatez del comandante? ¿Piensa que saber eso aliviará su sufrimiento?

—Se trata de eso, ¿verdad, capellán? De no lastimar al prójimo.

Joseph lo miró fijamente. La aguda inteligencia que brillaba en los ojos de Mason no le permitió seguir engañándose a sí mismo.

—En parte, sí.

—¿Y ocultar sus pecados es la parte que ha asumido usted?

—Los pecados de Northrup no me incumben, Mason —le dijo Joseph—. Ni tampoco a usted. Ahora ya no puede hacer daño a nadie.

Mason se enderezó.

—No dará resultado, Reavley. Y no me refiero a los pecados de Northrup, lo sabe de sobra. Me refiero a cómo murió. Le he visto inspeccionar el casco. La bala no estaba en él, ¿cierto?

—Seguramente se cayó. —Joseph seguía intentando eludir el tema.

Mason fue hasta la mesa y escrutó el rostro de Northrup.

—Le dispararon sus propios hombres, o al menos uno de ellos. Y los demás lo están encubriendo. No me venga con que no lo sabe. ¿Piensa mentir, aunque sea implícitamente, para que queden impunes de este asesinato? —Ahora era él quien miraba a Joseph a los ojos, aquilatando su sinceridad—. ¿Realmente cambia tanto las cosas la guerra, capellán?

—Todavía no sé qué ocurrió —aseguró Joseph—. Quiero averiguarlo antes de sacar conclusiones precipitadas.

—Mentiroso —masculló Mason—. Lo que quiere averiguar es si fue un hombre de su pueblo quien lo mató y, si así fue, protegerlo.

Quizás un año atrás Joseph habría perdido los estribos. Ahora, en cambio, supo dominarse.

—Quiero averiguar qué ocurrió antes de desencadenar una serie de sucesos que no podré detener ni controlar —dijo con gravedad—. Tal vez en las cuestiones morales usted lo vea todo blanco o negro, aunque lo dudo. Me consta que ha estado dispuesto a sacrificar una meta para alcanzar otra.

Se refería a la discusión que habían mantenido en el canal hacía dos años, y al hecho implícito de que Mason dejaría que murieran unos cuantos compatriotas si a cambio salvaba a una vasta mayoría. ¿Tan ingenuo era para ignorar que los mandos militares tenían que tomar decisiones semejantes cada semana?

Mason sonrió. La expresión suavizó su semblante y su actitud.

—Pero no somos iguales, Reavley. Yo soy corresponsal de guerra. Puedo observar, contar lo que veo, hacer preguntas. Usted es capellán, supuestamente un hombre de Dios. La gente piensa que tiene clara la diferencia entre el bien y el mal. Esperan que usted se lo diga, sobre todo ahora, cuando el mundo se viene abajo. Si usted no resiste, reverendo, ¿quién lo hará?

Su gesto denotaba mofa, pero también una especie de esperanza irónica y tímida. Mason quería que Joseph tuviera la certeza y la fe que a él le faltaban.

—He hecho algo más que eso hasta ahora —contestó Joseph—. Y no estoy seguro de haber obrado bien.

—A Northrup lo asesinaron. —Mason se mordió el labio—. De lo contrario, no estaría discutiendo sobre el asunto, le bastaría con negarlo.

—Sólo he visto el casco.

Aunque se trataba de la verdad, no dejaba de ser una evasiva, y en cuanto la dijo,

Joseph se arrepintió. Habría sabido qué hacer si hubiese tenido tan claros el bien y el mal como Mason al parecer suponía. Y no sólo Mason. Buena parte de los hombres pensaban que era su deber no estar confundido como ellos. Querían respuestas, y se llevaban una decepción cuando él no se las daba. Los sacerdotes eran la autoridad de Dios en la tierra. Que un sacerdote confesara su ignorancia era prácticamente lo mismo que admitir que el propio Dios era ignorante; que Él, en cierto modo, también estaba confundido y había perdido el control. La vida y la muerte carecían de sentido.

Mason aguardaba.

—No se haga el ingenuo —le soltó Joseph—. Su fe no depende de mí. No me haga chantaje con eso. No sé qué le ocurrió a Northrup. Por supuesto que es posible que lo mataran sus propios hombres. A veces sucede. Me gustaría conocer mejor las circunstancias antes de dar parte al coronel Hook.

Los ojos de Mason permanecían fijos en él, sin parpadear.

—¿Por qué? ¿Por si el hombre que lo hizo es alguien a quien aprecia, alguien a cuyos padres y hermanos conoce? ¿O es que tiene miedo de destrozarle la moral a toda la brigada por decir la verdad?

—¿Acaso usted no? —inquirió Joseph—. ¿O es eso lo que desea? ¿La verdad a toda costa, caiga quien caiga?

—¿Quién caerá si el capellán aprueba la conducta de los hombres que han matado a uno de sus oficiales por no estar de acuerdo con sus órdenes? —preguntó Mason.

—¿Así es como lo ve? —preguntó Joseph tenso—. Si le parece así de sencillo, quizá debería ser usted el capellán. Da la impresión de que tiene el bien y el mal muy bien definidos. Sabe mucho más acerca de eso que yo.

Mason se encogió de hombros.

—No. Pero sé lo que dirán los hombres, y usted también.

Si pasa por alto la muerte de Northrup, ¿quién será el siguiente? No tengo ninguna fe en que aquello por lo que estamos luchando valga el precio que pagamos. Pienso que toda esta pesadilla es una locura. Si creyera en el demonio, diría que se ha hecho con el mando. —Abrió sus grandes y ágiles manos—. Esto tiene que ser lo más parecido al infierno que existe. Pero usted cree en algo. No tiene por qué estar aquí. Podría haberse quedado en Inglaterra, al cargo de una parroquia tranquila y agradable en el campo, para consolar a los afligidos que han perdido a sus seres queridos y mantener alta la moral en el frente interior. Pero está aquí. ¿Por qué? ¿Sólo para hundirse con el barco porque no sabe qué otra cosa hacer? ¿No es capaz de encontrar otra manera de reconocer que se equivocó, o le falta valor para decírselo a los hombres?

Había metido el dedo en la llaga. ¿Cuántas noches había pasado Joseph rezando en busca de un poco de sentido, de un rayo de esperanza en medio de las incesantes pérdidas? Si Dios realmente tenía alguna clase de poder o interés por la humanidad, ¿por qué no hacía nada?

¿Acaso el asesinato de Northrup no era más que otra tragedia sin sentido para él, para su familia y, por encima de todo, para el hombre que había apretado el gatillo? ¿O sería el detonante de un motín general contra aquella masacre cotidiana?

Joseph podía desviar el ataque contra él atacando a su vez a Mason, pero con eso no obtendrían respuesta alguna, y Mason lo sabía tan bien como él.

—Por lo visto piensa que yo debería determinar lo que hay que hacer —dijo lentamente—. Y sin embargo ya ha decidido por mí, antes de que ninguno de nosotros sepa qué ocurrió ni cuál será el resultado de seguir adelante con este asunto.

—Sé cuál será el resultado si no se sigue adelante —repuso Mason—. Y usted también. O se lo dice usted a Hook, o lo haré yo.

Joseph no tomó en consideración la segunda opción. Si había que informar a Hook, se haría a su manera.

—¿Está seguro de lo que dice, capitán Reavley? —dijo Hook apesadumbrado. Era un hombre delgado, de complexión enjuta originalmente y ahora casi descarnada. Lo habían herido dos veces y, en ocasiones, su postura evidenciaba que el hombro aún le dolía.

Joseph sólo le había referido sus hallazgos sin aventurar conclusiones.

—Sí, mi coronel.

—¿Tiene idea de quién es el responsable?

—No, mi coronel. Me temo que el comandante Northrup enfureció a bastantes hombres.

Hook le dirigió una mirada adusta.

—Enfureció a toda la puñetera tropa, Reavley. Eso no es lo que he preguntado.

—No, mi coronel, no tengo ni idea de cuál de los hombres es el responsable.

Hook le dirigió una mirada enigmática. Había visto morir a demasiados de sus hombres y era incapaz de hacer otra cosa que seguir ordenándoles que avanzaran sin tregua, incursión tras incursión. Deseaba evitar aquel nuevo sufrimiento sin sentido. Suspiró.

—Vea qué puede averiguar cuando tenga ocasión. Aguardó, tratando de juzgar si Joseph le entendía. —Sí, mi comandante. —Joseph se puso firme—. En cuanto surja la oportunidad.

Hook se relajó un poco.

—Hay que escribirle al padre de Northrup. Me encargaré personalmente de ello. Gracias, Reavley. Puede retirarse.

Dos días después, el 10 de agosto, la lluvia cayó como un monzón sobre Ypres y Passchendaele, formando, en las laderas de las colinas bajas, torrentes que inundaban las trincheras hasta que el agua les llegaba a los hombres por la cintura. Los campos se

convirtieron en lodazales, las letrinas se desbordaron, las provisiones se echaron a perder y la corriente se las llevó. En todas direcciones había agua, agua y más agua.

Los hombres hacían chistes sobre la recogida de animales.

—¿Alguien me cambia dos vacas por dos ratas? —preguntó Cully Teversham con esperanza fingida.

—¿Qué tal dos vacas por veinte ratas? —propuso George Atherton mejorando la oferta para acto seguido soltar una de sus características carcajadas entrecortadas.

—Yo te daría todas las malditas ratas de Bélgica a cambio de dos vacas —terció Tiddly Wop Andrews.

—¡Yo ya tengo todas las malditas ratas de Bélgica! —agregó Geddes con amargura.

A aquella ciénaga acudió el general Howard Northrup para llorar la pérdida de su hijo. Llegó a media tarde, se apeó de su coche y se quedó plantado bajo la lluvia torrencial como si fuese completamente ajeno a ella, con la espalda erguida, el rostro ceniciento.

A Joseph le correspondía recibirlo. Aparte de por su evidente pesar y su rango, el general era fácil de reconocer debido al gran parecido físico con su hijo. El color de su tez, el ángulo de la nariz y el mentón, los firmes ojos azules eran idénticos. Sólo su boca difería de la del difunto. No se apreciaba en ella el menor rastro de la indecisión de su hijo, ni un atisbo de vacilación o de apatía.

Joseph lo saludó y el general respondió con decisión.

—Si puedo servirle en algo, general Northrup, estoy a sus órdenes. Permítame expresarle el pésame en nombre de la brigada, señor. Todos lamentamos la pérdida del comandante Northrup.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Northrup en voz baja, áspera por la pena—. Tengo entendido que es el segundo oficial al mando que han perdido en poco tiempo.

—Sí, mi general. —Era ridículo comparar a Northrup con Penhaligon, pero sólo lo sabía Joseph, que, conociéndolos a los dos, había admirado y apreciado al segundo. Ansiaba decir algo que resultara al menos decoroso, si no confortante. Sabía lo que era sufrir. Su esposa había fallecido de parto en 1913 junto con su hijo, y sus padres habían muerto asesinados por el agente del Pacificador un año después. Dios sabía a cuántos de sus amigos había perdido desde entonces. No había un solo hombre en el frente que no pudiera nombrar a una docena de amigos y familiares caídos. Joseph era consciente de que nada de lo que dijera aliviaría el dolor de aquel hombre, y lo menos que podía hacer era no insultarlo faltando a la verdad—. Siempre es un golpe muy duro para los hombres. Ya sabrá que a menudo disimulan sus sentimientos bromeando. Es la única manera de aferrarse a la cordura.

—Sí. —Northrup tragó saliva—. Sí, claro que lo sé, capellán. No cuento con que nadie comparta mi sentimiento de pérdida, ni confundiré la ligereza con una falta de respeto. No tuvieron tiempo de conocerlo como yo le conocía, ni de saber lo buen hombre que era.

—No, mi general. Hemos dispuesto un refugio para usted por si desea quedarse, aunque me figuro que preferirá ver su tumba antes de decidir qué hacer luego. Cuando esté listo, le acompañaré. Es... es un lugar bastante decente. Hemos enterrado a hombres muy buenos ahí.

El rostro de Northrup estaba tan tenso que los músculos de la mandíbula le temblaban y un nervio le palpitaba en la sien.

—Muéstreme la tumba de mi hijo, capitán Reavley.

Joseph obedeció. Tuvieron que caminar casi dos kilómetros bajo la lluvia incesante, pero Northrup estaba tan absorto en su abatimiento que no parecía notar la incomodidad. Cuando llegaron al lugar, que estaba sembrado de cruces improvisadas sobre la tierra recientemente removida, permanecieron callados. Joseph ya sabía localizar la tumba del comandante Northrup entre las otras miles. Condujo al general hasta ella y luego lo dejó a solas con sus pensamientos. El sitio despertaba en Joseph recuerdos y pesares suficientes para que éste también agradeciese la soledad. La mitad de los hombres que habían partido de Inglaterra con él descansaba bajo aquella tierra.

Aguardó hasta que finalmente el general fue en su busca, andando con rigidez, como si todo el cuerpo le doliera y le costara mover las articulaciones. Northrup debía de contar poco más de cincuenta años, pero parecía un anciano.

—Gracias, capitán —dijo cortésmente—. Era mi único hijo.

Joseph no encontró una respuesta que significase algo. Respondió a las palabras del general con la dignidad del silencio.

La batalla prosiguió con toda su furia. Joseph pasaba horas sentado en su refugio, la lluvia golpeteaba persistentemente el tejado de tierra sin hacer ruido. Era difícil evitar que el agua bajara por los escalones hasta el interior.

Joseph ya había escrito las cartas de pésame de la jornada, cinco de ellas dirigidas a vecinos de un mismo pueblo situado a diez kilómetros de Selborne Saint Giles, donde él vivía. A aquellas alturas realizaba esta tarea casi como en sueños. Ya no se le ocurría nada personal que decir a pesar de que había conocido a cada uno de aquellos hombres.

Ahora le tocaba ocuparse de su correspondencia personal. Era la primera oportunidad que se le había presentado en días. Cogió la carta de Matthew de lo alto del montón. Hablaba de generalidades, chismes sobre personas que ambos conocían, la cartelera de teatros y cines, un libro que quería leer pero no conseguía encontrar, una exposición de arte que estaba en boca de todos. No eran los hechos lo que importaba sino el placer de recibir nuevas de él, la familiaridad de las frases que empleaba; como a los demás, lo que le importaba era el contacto con la patria y los seres queridos.

En la carta de respuesta refirió las novedades menos dolorosas que se le ocurrieron, las bromas de la tropa, sus opiniones, sus rivalidades, su generosidad.

Contestó de igual modo a su hermana Hannah, que ahora estaba en la casa familiar de Saint Giles. Ella, por descontado, le había escrito sobre el pueblo y los lugareños, pero sobre

todo sobre sus hijos, además de dar alguna noticia vaga sobre su marido, Archie, que se encontraba al mando de un destructor que ella no se atrevía a nombrar por escrito.

Describía el aspecto de los árboles al final del verano, el dorado de los campos, lo desatendido que estaba el jardín, y lamentaba no hallar el modo de hacerle llegar sus frambuesas favoritas, ya maduras.

Joseph sonrió y le dio las gracias. Luego le contó lo de Tucky Nunn y le pidió encarecidamente que ayudara en lo posible a su madre. Tampoco cabía hacer gran cosa, pero bien había que intentarlo.

También escribió a Hallam Kerr, el párroco de Saint Giles, que tan inepto se había revelado el año anterior cuando Joseph había estado en casa recobrándose de una herida. Entonces Kerr había farfullado perogrulladas, incapaz de transmitir ninguna clase de emoción verdadera. Para cuando Joseph se marchó, había comenzado a asimilar la realidad y a reunir el coraje necesario para enfrentarse a ella. Desde entonces había madurado para convertirse en un hombre bastante competente y en ocasiones excepcional y, para bien o para mal, había dejado de huir o de escudarse en respuestas rituales carentes de sentido.

Joseph se abstuvo de dar consejos a Kerr, pues éste tampoco los necesitaba. Simplemente reafirmó su amistad.

La carta más difícil de contestar fue la última que había recibido, la de Isobel Hughes. En 1915 habían matado a su marido y, como a las demás viudas, Joseph le había enviado sus condolencias junto con la nota oficial de pésame. Ella le había respondido dándole las gracias, y poco a poco entablaron una afectuosa y franca amistad. Con frecuencia Joseph se había encontrado con que podía expresarle sus sentimientos más abiertamente que a ninguna otra persona. Las contestaciones de Isobel, su fe en él y las historias que le relataba sobre su vida de granjera en Gales habían hecho las delicias de Joseph en muchas noches largas y frías.

Su última carta lo había hecho sentirse casi traicionado. Era consciente de lo ridículo que resultaba, pero el resentimiento tardaba en desaparecer. Nunca la había visto en persona y, sin embargo, nunca había dudado que Isobel le profesara cierto cariño.

Ahora le había contado, quizá con cierta torpeza, tal vez con demasiada tardanza, que había conocido a un joven, dado de baja del ejército por invalidez, que se estaba enamorando de él, y él de ella.

Joseph, sentado en su desvencijada silla, sostuvo el papel con ambas manos y volvió a leer la misiva. ¿Qué perdía con ello exactamente? ¿Alguien a quien escribir? Había otras personas, y podía ser igualmente franco con ellas, si así lo decidía. ¿El sueño, quizá, de alguien que lo esperase a su vuelta si sobrevivía a todo aquello? Seguramente. Pero si nunca la había visto en persona. Sólo conocía sus ideas, nada más. No era así como funcionaba el amor, en realidad. ¿Buscaba consuelo o también anhelaba la magia, el corazón palpitante, la impaciencia, la emoción y el miedo?

¿Sería capaz otra vez, después de perder a Eleanor?

Sí, si era sincero, podría. ¿También eso suponía una traición? ¿Era eso lo que le daba miedo? Quería a una mujer que estuviera a salvo para nunca más volver a correr el riesgo de que también a ella le ocurriera algo malo.

Ahí estaba, al descubierto: el miedo. Joseph buscaba seguridad, para no tener que preocuparse por que alguna herida fuese letal.

Tomó la pluma otra vez y escribió: «Querida Isabel», y luego, fluidamente, las palabras con que le deseaba felicidad y le aseguraba que se alegraba por ella.

A continuación escribió a Lizzie Blaine, la viuda del joven científico asesinado en Saint Giles el verano anterior. Era ella quien le había hecho ver, más que Hannah o lo escrito por el propio Kerr, cómo había evolucionado Hallam Kerr. Pero es que Lizzie trataba el asunto con una franqueza aplastante, aun cuando ella fuese la más perjudicada por su propia sinceridad. Y era valiente. La muerte de su esposo la había destrozado, pero ella jamás había titubeado a la hora de enfrentarse a los hechos. No es que no tuviese miedo; Joseph lo había visto en sus ojos, en sus manos aferradas al volante cuando él estaba incapacitado para conducir y ella lo había acompañado a cumplir con su cometido pastoral y a llevar a cabo sus investigaciones. No obstante, su irónico sentido del humor y su coraje la empujaban a seguir adelante fuera cual fuese el precio a pagar.

Joseph no podía rememorar esa época, con su horror y su desilusión demoledora, sin pensar también en ella, y el recuerdo de la camaradería que habían compartido ante semejante adversidad era un bálsamo para el dolor que conllevaba, un brillante hilo entretejido en la oscuridad, lealtad en medio de la traición.

Deseaba hablarle de la muerte de Northrup y de sus nuevos temores, pero la censura militar sin duda lo suprimiría. Sabía que más valía no intentarlo. En cambio, le escribió cuánto echaba de menos el esplendor del verano en Inglaterra, el silencio de los caminos, el aroma de cuanto crecía en los campos, la visión de los caballos tirando de los arados, los hombres bebiendo cerveza alegres tras la jornada de trabajo, con el rostro tostado por el sol.

Añoraba el silencio. Sus oídos lo ansiaban. Echaba en falta el rocío en la hierba y el olor a tierra limpia. Le contó todo esto con más claridad que nunca, y al poner tales pensamientos por escrito casi los tuvo a su alcance otra vez.

Unos golpes contra el marco que sostenía la cortina de arpillera lo devolvieron al presente. En cuanto respondió, entró el general Northrup. Joseph se quedó pasmado, pues daba por hecho que el general se había marchado. Ahora se lo veía tan pálido como antes y con el cuerpo igual de rígido, pero los ojos le centelleaban de ira. El general, sin intentar disimularlo, se quedó plantado, balanceándose ligeramente sobre el suelo de tierra húmeda, con las manos entrelazadas a su espalda. Comenzó a hablar antes de que Joseph tuviese tiempo de ponerse de pie.

—Capitán Reavley, debo decirle que he comprobado que sus hombres tienen la moral tan hundida que se han rebajado a mostrar la más grosera falta de lealtad hacia sus oficiales. Percibo una relajación que no puedo ni pienso tolerar. —Habló con suma claridad, recalcando cada palabra—. Incluso he oído insinuaciones indirectas de que mi hijo no era

competente como oficial al mando. Es una afrenta al honor de un buen hombre que dio su vida al servicio de su país y además resulta... obsceno. —Inspiró profundamente—. Por mor de la decencia, es preciso atajar esta situación cuanto antes. Los hombres responsables de tan desleales habladurías deben ser identificados y castigados. —Irguió aún más la espalda—. Me decepciona, capellán, que no haya tomado medidas antes para impedir semejante infamia desde un principio.

Joseph se había puesto de pie. Notaba que tenía las mejillas encendidas, no de vergüenza por no haber defendido al comandante Northrup sino por haber cometido el error de confiar en que el general se marcharía sin enterarse de nada.

—Quizás usted creía que estaba obrando con lealtad hacia el coronel Hook —prosiguió Northrup—, pero se equivoca. Ante todo hay que ser leal a la verdad. Flaco servicio le presta al ejército guardando silencio mientras la calumnia y la traición campan por sus respetos. Como hombre de Dios, se debe a los más altos principios del honor. Su propia comodidad carece de toda importancia. —Hizo un gesto cortante con la mano y volvió a llevársela a la espalda—. Ha defraudado al clero, capellán. No voy a tolerar que usted ni ningún otro hombre deshonor el nombre de mi hijo, su valentía, su lealtad ni su entrega a su profesión. ¿Está claro?

—Sí, mi general.

Los pensamientos se agolpaban en la mente de Joseph. ¿Qué podía decirle a aquel hombre tan indignado por lo que en esencia era la verdad? Ojalá el bien y el mal fueran tan claros como el general Northrup imaginaba. ¿Había que anteponer el ideal de verdad a la compasión por los hombres? En aquel infierno el mero esfuerzo por sobrevivir se cobraba todo lo que un hombre albergase en su alma. La esperanza y la cordura eran luces en una colina del otro lado del abismo.

Northrup aguardaba una respuesta. Su hijo había muerto y su aflicción le resultaba insoportable. ¿En qué le ayudaría abrirle los ojos a la realidad?

—¿Y bien? —Northrup perdió los estribos—. ¡No se quede ahí como un pasmarote, hombre! ¡Exijo una explicación!

¿Cuántas explicaciones había que no fuesen a herirlo irreversiblemente? De todos modos Northrup las consideraría mentiras y excusas.

—Lo lamento, mi general —comenzó Joseph—. El comandante Northrup reemplazó a un hombre profundamente respetado. Después del relevo sufrimos gran cantidad de bajas, entre muertos y heridos. Algunos hombres acusaron al comandante Northrup de dar órdenes que costaron muchas de esas vidas.

—¡Tonterías! —espetó Northrup—. Criticar a un oficial por impartir órdenes necesarias raya en el amotinamiento, señor. ¡Lo sabe tan bien como yo! Por más que usted sea clérigo, está en el ejército. ¿Cuánto tiempo lleva destinado aquí? —Entrecerró los ojos y miró a Joseph de la cabeza a los pies con desaprobación.

—Desde septiembre de 1914, mi general —contestó Joseph de manera igualmente

cortante.

Northrup tragó saliva. Era mucho más de lo que él mismo llevaba allí. En ese instante, Joseph lo supo y Northrup se percató de ello.

—¿Con estos mismos hombres? —preguntó el general con más calma.

—Sí, mi general, con los que aún viven. Muchos de ellos son reemplazos reclutados hace poco. La mitad del antiguo regimiento ha fallecido.

Northrup suspiró, con el rostro ceniciento. Tragó saliva de nuevo, convulsivamente.

—Aun así obran mal, capitán. No tienen derecho a discutir la orden de un oficial en el campo de batalla. Y eso no es lo peor de todo. He... he oído rumores de que sus propios hombres se alegran de que haya muerto. —Se guardó de mencionar la conclusión última y dolorosa de esta información, pero quedó flotando en el aire.

Joseph tuvo que hacerle frente.

—Si he entendido bien lo que me está preguntando, mi general, debo decir que es un disparate. Siempre hay cierto grado de indiscreción y falta de decoro. La muerte se cierne sobre estos hombres. La mayoría de ellos no regresará a casa, y lo saben. Les quedan dos o tres semanas de vida, como mucho. Algunos morirán rápidamente, de un balazo en la cabeza, como el comandante Northrup. Para otros será mucho más duro. En mi opinión, deberíamos obviar las sandeces que se dicen.

—¿En serio? No me diga —replicó el general Northrup con voz ronca—. Bien, pues yo disiento. La estupidez puedo consentirla. Al fin y al cabo, como bien dice, son hombres corrientes enfrentados a un destino nefasto. Pero no permitiré que se difame a mi hijo. Y si usted no piensa impedirlo, tendré que hablar con el coronel Hook.

—¡General Northrup!

Joseph sabía que aquel hombre iba a provocar precisamente el desastre que más temía. Lógicamente no soportaba la idea de que su hijo fuese un estúpido o de que sus hombres le odiasen, pero si les prohibía decirlo sólo lograría que la verdad saliera a relucir. Alguien perdería la paciencia y tiraría de la manta simplemente para defenderse o, más probablemente, para defender a un tercero.

—¿Qué pasa, capitán? —dijo Northrup lacónicamente.

—Mi general, uno puede ordenar a los hombres que obedezcan y matarlos cuando no lo hacen. Pero no puede ordenarles que lo respeten. Eso hay que ganárselo, sobre todo después de dar órdenes que han costado vidas sin que haya servido para nada.

Northrup se puso colorado.

—¿Está diciendo que mi hijo dio esa clase de órdenes, capitán Reavley?

—Estoy diciendo que nadie puede controlar lo que piensan los hombres, mi general. Cuando la tropa dice tonterías porque está agotada, derrotada y asustada, más vale pasarlo por alto y olvidarlo.

—Así es como actúan los cobardes —repuso Northrup—. Si va a quedarse con los brazos cruzados, tendré que hablar con el coronel Hook. ¡Buenos días, capitán!

Dio media vuelta y salió sin saludar, dejando a Joseph a solas.

Esa noche el bombardeo fue intenso. Llovió sin tregua. Al parecer, era el mes de agosto más lluvioso que se recordaba en aquellos pagos. Por la mañana, el recuento de bajas fue atroz; muchos habían perecido ahogados.

Joseph había pasado buena parte de la noche con Cavan en el hospital de campaña, ayudando en lo que podía. El médico no había dejado de trabajar ni por un instante. Tenía los ojos inyectados en sangre y la tez lívida, pero pasaba de un cuerpo destrozado al siguiente como un hombre inmerso en una pesadilla.

El alba sorprendió a Joseph junto a la tienda de las provisiones, comiéndose un chusco, procurando resguardarse de la lluvia. En ésas estaba cuando Barshey Gee se le acercó.

—Perdone, mi capitán —dijo torciendo el gesto—. El coronel Hook quiere verle, señor. De inmediato. —Parecía alicaído. De una cicatriz en su mejilla manaba sangre que la lluvia limpiaba al instante. A Gee le costaba mover el brazo derecho debido al abultado vendaje que ocultaba la guerrera.

Joseph se metió el resto de pan en la boca.

—De acuerdo —contestó.

—Mi capitán... —comenzó a decir Barshey para luego callarse. —¿Sí?

—El general Northrup está con él, capellán.

No agregó nada más, pero Joseph comprendió el mensaje implícito. Ya no había manera de evitarlo.

—Haré lo que pueda —prometió Joseph. Sabía que Barshey entendería a qué se refería.

Hook lo aguardaba en el refugio de mando. El general Northrup ocupaba la otra silla, de modo que Joseph tuvo que sentarse en un viejo cajón de munición después de saludar y recibir la orden de descansar. La atmósfera estaba cargada en aquel reducido espacio, aunque relativamente seca.

Northrup presentaba el aspecto de un hombre que había alcanzado una victoria amarga, exhausto pero satisfecho.

—Capitán Reavley —empezó Hook con abatimiento—, el general Northrup me informa de que entre los hombres corre el rumor de que su hijo, el comandante Howard Northrup, no pereció víctima del fuego enemigo.

Northrup se revolvió impaciente en la silla, pero se abstuvo de intervenir. Hook reparó en ello.

—De ser así, por supuesto —prosiguió—, se trata de un asunto de extrema gravedad...

—Es más que grave, corona Hook —lo interrumpió Northrup, incapaz de contenerse más—. Es asesinato, lisa y llanamente. Significa que tienen hombres que bajo la ley civil son culpables del más terrible de los crímenes, y bajo la ley marcial son además culpables de amotinamiento y deben ir al paredón.

Hook mantuvo la compostura a costa de un gran esfuerzo. Miraba a Joseph con fijeza, como instándolo a echarle una mano.

—Siendo así —continuó—, se trata, tal como dice el general Northrup, de un crimen capital. No concibo por qué uno de nuestros hombres haría algo semejante. —Elegió y articuló cada palabra con sumo cuidado—. El comandante Northrup sólo llevaba aquí un par de semanas. Me cuesta creer que se granjeara una animadversión de ese calibre en tan poco tiempo.

—¡Por supuesto que no fue así! —saltó Northrup—. ¡Sus hombres están desmandados, al borde del amotinamiento! El comandante Northrup impuso algo de disciplina, quizá por primera vez, y ellos le guardaban rencor por ello. O quizás había un motín planeado y él lo descubrió, lo que implicaba que arrestaría y fusilaría a los responsables, como es natural. ¿Han tomado eso en consideración? Es un móvil perfectamente evidente. Hasta un niño lo entendería. —Tenía los ojos húmedos y pestañeó varias veces.

—Incluso un niño le exigiría que demostrara tal afirmación antes de infligir un castigo —le dijo Hook antes de volverse de nuevo hacia Joseph—. Capitán, lamento que esto sea necesario, sobre todo ahora, en medio de una de las ofensivas más duras que hemos sufrido, pero no me queda otra alternativa que investigar esa posibilidad, por más que me cueste creer en ella.

Joseph comprendió exactamente lo que Hook le decía. Era una cuestión espinosa desde cualquier punto de vista. La mera insinuación de semejante delito minaría irreparablemente la moral de la tropa, que ya era lo bastante frágil a causa de la atroz cifra de bajas, la tentativa fracasada de ganar terreno al enemigo y los rumores del motín en las filas francesas, del que apenas había pruebas. Aunque al menos en apariencia los hombres condenasen la idea del amotinamiento, en el fondo simpatizaban de manera natural con ella.

Y la tragedia adicional era que el empeño de Northrup por vengar la muerte de su hijo y salvaguardar su reputación en realidad iba a dejarlo mucho más en evidencia. Ahora sólo los hombres de su entorno inmediato sabían que era incompetente. Pronto el comandante pasaría a la historia por haber empujado a los hombres a su mando a cometer un homicidio para evitar que su estupidez les costase la vida. Joseph sabía que la piedad movía a Hook a intentar salvar a Northrup de sí mismo.

—Sí, mi coronel —dijo Joseph—. Comprendo que tales rumores, aunque falsos, deben ser investigados y acallados de un modo u otro.

—¿De un modo u otro? —Northrup lo desafió con dureza, volviéndose en su silla para ponerse de cara a él—. Sólo hay un modo, capitán Reavley, y es con la verdad y la

justicia que emane de ella.

—Quería decir, mi general, tanto si de resultas de las pesquisas hay que presentar cargos como si descubrimos que no es más que cháchara indiscreta —aclaró Joseph—. Yo sólo he oído las quejas habituales y alguna que otra broma de mal gusto. Los hombres suelen refunfuñar, normalmente por nimiedades. Hace que la carga les resulte más llevadera.

—Conozco de sobra el humor que impera en el frente, capitán —dijo Northrup con amargura—. Pero eso no incluye mancillar el nombre de un oficial muerto.

Hook tomó aire para hablar, pero Joseph se le adelantó. Miró al general.

—¿Qué están diciendo del comandante Northrup que vaya más allá de las quejas corrientes contra cualquier oficial, mi general?

Northrup tenía el rostro de color rosa brillante y las mejillas encendidas.

—Que era un oficial incompetente y que a causa de sus órdenes murieron hombres innecesariamente —masculló—. Lo dicen para disimular su propia cobardía.

—¡Mis hombres no son cobardes! —exclamó Hook, hecho una furia, con su enjuto cuerpo rígido y el consumido rostro congestionado—. Por más profundamente que lamente la muerte de su hijo, mi general, no pienso tolerar que ningún hombre, de ningún rango, los tache de cobardes. Eso es inexcusable, incluso desde el desconsuelo.

Northrup lo fulminó con la mirada.

—Si asesinaron a mi hijo a sangre fría, entonces son algo peor que cobardes, coronel, son traidores —aseveró con voz trémula—. Y no cejaré hasta verlos a todos fusilados. ¿Piensa desafiarme, coronel Hook?

Hook estaba temblando.

—No, mi general, sólo le insto a guardarse sus acusaciones hasta que se demuestre su veracidad y a tratar a mis hombres con el respeto que merecen hasta que llegue ese momento, si es que llega.

—¡Pues entonces demuéstrelas! —dijo Northrup, casi con un grito—. Y no se esconda tras la protección que le brinda su capellán. Ordene una investigación como es debido.

—¿Y a quién se la encomiendo? —Hook no logró evitar cierto tono de sarcasmo—. Ando más bien escaso de combatientes... mi general. El capitán Reavley es el más indicado para llevarla a cabo. Cuenta con el aprecio y la confianza de la tropa, y conoce a la mayoría de los hombres desde que se incorporaron a filas. ¡Si hay alguien capaz de averiguar la verdad y demostrarla, es él!

—Quiero que intervenga la policía militar —replicó Northrup tragando saliva—. El capellán no está cualificado para investigar un asesinato, y su profesión lo incapacita tanto para ser práctico y conminar a los hombres a que contesten a sus preguntas, como para informar sobre lo que le digan. Podría muy bien descubrir la verdad con todo detalle,

mediante una confesión, y verse atado de manos para obrar en consecuencia.

—Mi decisión está tomada, general Northrup —se plantó Hook—. Si desea que el general al mando en Ypres Salient se entere del caso, tendrá que plantárselo usted mismo. Me parece en extremo improbable que en estos momentos releve a ningún hombre del servicio para investigar a los soldados del frente sólo porque exista la pequeña posibilidad de que se haya cometido un delito, cuando los únicos indicios son habladurías.

—Ya lo veremos —repuso Northrup poniéndose en pie. Tenía el rostro ceniciento salvo por las manchas rojas de sus mejillas.

—¡Mi general! —Joseph se levantó y se interpuso entre Northrup y la salida—. El comandante Northrup era muy nuevo en esta sección del frente. Tomó algunas decisiones erróneas, sobre todo la de enviar hombres a la tierra de nadie en busca de heridos o muertos cuando, debido a las condiciones meteorológicas y de visibilidad, era una acción de lo más temeraria y peligrosa. No rescataron a nadie, y el teniente Eardslie, un oficial apreciado y condecorado, resultó muerto. Yo habría preferido no contárselo. Todos los hombres cometemos errores, pero éste resultó particularmente desacertado, y aunque algunos hombres con dilatada experiencia aquí le advirtieron que se equivocaba, no quiso escucharlos.

Northrup temblaba de la cabeza a los pies. Miró a Joseph sin decir palabra, transido de pena e incredulidad.

Joseph estaba furioso con él, pero a la vez lo compadecía. El conflicto que lo desgarraba por dentro debía de ser sumamente doloroso.

—Si investigo su muerte, mi general —prosiguió el capellán—, presentaré mis hallazgos al coronel Hook, y me abstendré de consignar por escrito y de contar a nadie cualquier historia que no sea preciso repetir. Pienso que será más prudente, y más justo, que averigüemos todo lo que podamos antes de tomar una decisión.

Northrup guardó silencio durante tanto rato que Joseph pensó que no iba a contestar. Cuando finalmente habló, lo hizo con la voz tomada, reducida a poco más que un susurro.

—Adelante, pues. Pero pienso limpiar el nombre de mi hijo, y si cualquier hombre del Ejército británico, con independencia de su rango e historial, tuvo parte en su muerte, me encargaré de que sea ajusticiado, y junto con él, cualquiera que lo defienda o encubra.

Se cuadró y, antes de que Hook o Joseph pudiesen hablar, subió los tres peldaños de la entrada y se fue.

—Gracias, Reavley —dijo Hook, profundamente afectado—. Por el amor de Dios, tenga cuidado con lo que descubra. Estamos perdiendo a miles de hombres por culpa de los alemanes y la maldita lluvia. Los hombres están en las últimas. La mayoría morirá de todos modos. Los franceses no fueron cobardes, simplemente se vieron empujados más allá de lo que un hombre es capaz de resistir. Pero Northrup, que Dios lo perdone, parece más dispuesto a acabar él mismo ante un pelotón de fusilamiento que a reconocer la verdad.

—Sí, mi coronel. Iré con mucho tiento —prometió Joseph. Esbozó una sonrisa—. Ya he

pasado por esto antes. Hook levantó la vista hacia él.

—Ah, sí, el asesinato de aquel maldito corresponsal, Prentice, o como diablos se llamara, en 1915. Ya me han hablado de ello. Aunque nunca llegó a descubrir al asesino, ¿verdad?

Joseph no contestó.

Hook se tapó la cara con las manos y soltó el aire, despacio.

—Entiendo.

Joseph sabía que no le sería fácil dar con un lugar donde hacerse oír, y mucho menos un sitio donde formular sus preguntas. Era plenamente consciente de que iba a molestar a los hombres haciéndoles preguntas inútiles en sus escasos momentos de tranquilidad. Y, en el fondo, no estaba seguro de querer oír las respuestas. La estupidez de Northrup lo había consternado tanto como a ellos. Había rezado para verse libre de ella, aunque no de esa manera.

Comenzó por Tiddly Wop Andrews. Lo encontró encaramado al peldaño de tiro, con el agua hasta las rodillas, bebiendo té de una perola. Empezaba a atardecer.

—Hola, capellán —saludó Tiddly Wop entre los estallidos de la artillería. Siempre hablaba en voz baja pues era sumamente tímido—. ¿Busca a alguien?

Joseph estaba en el suelo de la trinchera. La corriente se había llevado buena parte del entablado, y le costaba mantener el equilibrio en el lodo. Allí, en el fondo de la trinchera, el agua le llegaba a los muslos.

—A cualquiera que sepa exactamente qué le ocurrió al comandante Northrup —contestó.

Tiddly Wop sonrió.

—Le pegaron un tiro —respondió alegremente—. A ese Jerry le estrecharía la mano con gusto. ¡Puede que hasta le diera una taza de mi té! —Hizo una mueca de asco—. Aunque no querría envenenar a ese pobre desdichado.

—No finjas que no sabes nada. —Joseph hizo un esfuerzo por mantener la firmeza de su expresión—. El general sospecha que le disparó uno de los nuestros. El coronel Hook me ha pedido que haga averiguaciones.

Tiddly Wop abrió mucho sus ojos azules.

—¿Y va a hacerlas?

—Si fue asesinado, ¿no crees que debería? —repuso Joseph.

Tiddly Wop lo meditó por un momento.

—¿Sabe qué, capellán? Antes creía que tenía bastante claro lo que estaba bien y lo que estaba mal. Pero ahora lo veo casi todo de forma muy distinta. Ya no estoy tan seguro. —Frunció el ceño—. Yo odiaba al comandante Northrup porque murieron hombres cuando

no quiso hacernos caso. Yo no le pegué el tiro, pero si supiera quién fue, no sé si se lo diría a usted. Sé que me enfrentaré al juicio final dentro de unos días, como casi todos mis compañeros. Prefiero responder ante Dios que ante el general Northrup.

Joseph también, pero no podía admitirlo. No supo qué decir.

—Si lo supiera y me chivase, ¿qué pensaría usted de mí? —preguntó Tiddly Wop con gravedad.

—Quizá lo mejor sea que no lo sepas —contestó Joseph. Nunca estaría seguro de que eso fuese verdad, aunque tampoco deseaba estarlo.

—Capellán —comenzó Tiddly Wop cuando Joseph giró sobre sus talones para irse.

—¿Sí?

—La cosa está muy mala ahora mismo. Yo en su lugar me andaría con cuidado..., con eso de las preguntas, no sé si me entiende.

—Sí, te entiendo. Gracias. Joseph se alejó, resbalando y chapoteando por el barro.

La segunda noche, estaba sentado en su refugio, cansado y calado hasta los huesos. Había pasado dos días interrogando a los soldados y oído más testimonios sobre la ignorancia de Northrup. Manifestaban poca compasión hacia el comandante, a veces incluso una abierta hostilidad, y opinaban abiertamente que Joseph estaba desperdiciando sus energías preocupándose por los muertos y no por quienes seguían con vida. No se le ocurrían argumentos en su defensa, salvo que el coronel Hook se lo había ordenado y que siempre sería mejor que se encargara él y no la policía militar.

Cayó la noche, violenta y llena de dolor. El día siguiente había sido igual. Se ganaron unos cuantos metros, y la tropa estaba un poco más cerca de Passchendaele que antes. Pero ahora había mil muertos más y el doble de heridos.

Joseph había oído relatos de la última incursión en tierra de nadie encabezada por Northrup. Nadie lo había visto caer. Nadie había estado allí en ese momento. Todos se cubrían las espaldas entre sí. La amistad y su lealtad mutua eran los últimos rescoldos de cordura en medio de las tinieblas. Joseph tenía claro que los soldados mentían porque en varias ocasiones habían llegado a contradecirse en su afán de proteger a los demás. Sorprendido, se dio cuenta de que, si hubiera tenido la más remota esperanza de que Hook le creyera, habría aceptado todas las declaraciones y se las habría transmitido tal cual al coronel.

Le dio un repeluzno, y miró en derredor. Llevaba más de un año viviendo en aquel agujero bajo tierra como un animal en hibernación. Allí dentro tenía media docena de sus libros predilectos y un retrato de Dante, el autor de La divina comedia. ¿Su visión del infierno era tan espantosa como aquella realidad?

¿Y las creencias de Dante, sus descripciones virulentas del bien y el mal? ¿Se habría mostrado tan convencido si hubiese visto aquel maremágnum de terror, heroísmo, lealtad y muerte? Joseph no lo estaba. Tenía que ceñirse a la ley, aferrarse a los pocos conceptos

absolutos de justicia y a la imagen del orden que los había sustentado durante más de mil años.

Sin duda existía una moralidad constante, valores incuestionables en cualesquiera circunstancias. ¿Acaso las verdades que salvaban el abismo no eran la prueba más segura de la existencia de Dios y de su continuo gobierno del mundo? A veces, en una oscuridad como aquella, eran la única prueba.

Joseph se estaba mintiendo a sí mismo. Las convincentes teorías del pasado se desmoronaban ahora ante la necesidad de salvar vidas, de comprender lo que le había acaecido a Howard Northrup, así como a los hombres que habían ocasionado su muerte. Las respuestas no obedecían normas. La compasión, la lealtad hacia los vivos, que confiaban en que él los comprendiese, hacían añicos su vieja fe en las normas.

¿O se trataba simplemente de una cuestión tan humana como quién te caía bien y quién no, quién era de los tuyos? ¿Todo se reducía, una vez más, a los viejos lazos de lealtad? Joseph había rezado por entenderlo, por algunas respuestas que confiriesen sentido a la matanza, de modo que los hombres supieran al menos por qué morían, y en cambio había recibido aquello, que sólo empeoraba las cosas.

Recibió un paquete de Hannah con bizcocho, mermelada de frambuesas, unos cuantos libros— y calcetines nuevos. Contenía una nota en la que brevemente, casi con timidez, ella describía la añorada belleza de la campiña, los campos dorados listos para la cosecha, las hojas de los altos álamos, agitadas por la brisa de la tarde, el esplendor de los olmos cuyas ramas se curvaban hasta acariciar las mazorcas maduras, los estorninos que se arremolinaban en el cielo del ocaso.

Joseph sacó papel y escribió una contestación quizá demasiado larga. Compartir su confusión con ella sólo le hizo ver con más claridad lo inseguro que estaba, y sus razones sonaban a excusas. Al final rompió la carta sin terminar. Era como si esperase que ella le proporcionara la solución a su dilema. Ya le daría las gracias como era debido más adelante.

En cambio, le escribió a Lizzie Blaine otra vez. Sonrió al recordar la rapidez con que ella lo había comprendido el año anterior, el acierto de no ofrecerle falso consuelo cuando él descubrió por fin la desagradable respuesta y tuvo que aceptarla con profunda y amarga desilusión.

El dolor físico del brazo roto y el tajo de la pierna ya casi había desaparecido; sólo de cuando en cuando notaba alguna molestia y se acordaba de ellos. Pero su quebrantada fe en las personas y en su propio juicio nunca se recuperaría, ni olvidaría jamás la destrucción de antiguos afectos y certidumbres. La verdad sobre Shanley Corcoran había desgarrado algo en su fuero interno.

Lizzie sabía que esas cosas nunca se solucionaban, que sólo se comprendían un poco mejor haciendo frente a las dudas y apoyándose en el propio coraje. A Joseph le resultaba más fácil admitir ante ella que ante Hannah que le preocupaba guardar más fidelidad a los hombres que a la ley, verse capaz de ocultar la verdad, de mirar hacia otra parte en aras de

la clemencia.

Tal vez le importase menos lo que ella pensara de él que lo que pensara Hannah. O quizás es que Hannah, en cuanto su hermana, necesitaba creer que Joseph conocía las respuestas, aunque no fuera del todo cierto. Hannah había contado con él a lo largo de toda su vida, cuando les habían arrebatado tantas otras cosas. Perder a su madre había sido especialmente duro para ella. Y la guerra había acabado con todas las certidumbres que tanto amaba, el estilo de vida que desde niña había creído que duraría para siempre. No era como Judith, una aventurera nata. Sabía apreciar la dulzura de lo que tenía: la vida pueblerina, su hogar y su familia, los discretos servicios que debía prestar como buena vecina; ofrecer comida a los hambrientos, compañía a los solitarios, una mano serena a los enfermos o asustados. No buscaba la gloria, sólo deseaba la paz y la seguridad de un mañana.

Pero no había seguridad alguna, y menos aún para una mujer cuyo marido estaba en la marina, y cuyo hijo mayor se aproximaba a toda prisa a la edad de alistarse, por no mencionar a un hermano y una hermana en el Frente Occidental.

Para Lizzie, Joseph no era tan importante, por lo que él podía escribirle con franqueza sin miedo a hacerla sufrir. Su amistad era tan pura como valiosa. Escribió con soltura.

* * *

5

Matthew pasó una tarde desastrosa en comisaría con los policías encargados de la investigación criminal contra Alan Wheatcroft y ahora también contra Tom Corrachier. Había confiado en que tuvieran información que revelara quién había desencadenado el escándalo y, con un poco de suerte, seguirle la pista hasta el Pacificador. Matthew estaba cada vez más convencido que era él quien estaba detrás del cese de los cuatro ministros.

—Lo siento, señor —dijo el joven agente con suma incomodidad—. Habríamos aparcado el tema de haber sido posible. Es un buen hombre, el señor Wheatcroft. Más vale no divulgar estas cosas cuando no perjudican a nadie. Pero no tuvimos elección.

—¿De veras? ¿Intervino alguien importante, agente? —había preguntado Matthew, esperanzado—. Pensaba que era el propio muchacho quien había presentado la queja. ¿Y le creyeron?

—En efecto, señor. Ésa es la cuestión. —El policía adoptó un aire de disculpa—. Verá, no era la primera vez que recibíamos una queja acerca del señor Wheatcroft. La primera vez, el chico era más joven y pensamos que seguramente había habido un malentendido, por así decirlo. El caso se llevó con absoluta discreción. No podíamos hacer lo mismo una segunda vez.

—¡Vaya! —Matthew estaba asombrado. No había previsto aquello para nada—. ¿Quién estaba enterado de la primera denuncia?

—Nadie, señor. Por el bien del chico, no dijimos nada.

—Pero sin duda sus padres lo sabrían.

—Su padre, señor. Preferimos ahorrarle el disgusto a la madre.

—¿Cómo se llamaba?

—Eso no puedo decírselo, señor. Por discreción y confidencialidad, ¿comprende?

Matthew no había insistido. Le resultaría bastante fácil averiguarlo por boca del propio Wheatcroft. Ya no habría más excusas para que éste se negara a recibirlo.

No obstante, antes de hacer eso, Matthew vería a un último hombre que había conocido a Wheatcroft como estudiante de Cambridge, quince años atrás: Aidan Thyer, el director de Saint John's. Era un riesgo calculado. Una vez Matthew había creído que el propio Thyer podía ser el Pacificador. Desde luego, poseía la inteligencia y la influencia necesarias. Había sido un brillante académico en su juventud y ahora, como director, tenía la posición y el carisma para moldear generaciones de estudiantes que serían los futuros profesores, pensadores, científicos y gobernantes del país. Tal vez incluso tuviera contacto con miembros de la familia real y amigos en el poder por toda Europa y el imperio. Y, por supuesto, era un graduado de Cambridge, conocido de John Reavley. Hablaba con fluidez varios idiomas y era un idealista con una visión lo bastante amplia para concebir el imperio anglo—germánico que el Pacificador anhelaba.

¿Sería también lo suficientemente despiadado para cometer homicidio con tal de hacer realidad esa visión? En nombre de la paz, movido por la causa de salvar millones de vidas ya perdidas y detener la sangría de miles más cada día al otro lado del canal, ¿habría destruido unas cuantas, un puñado?

¡Alguien lo había hecho!

Matthew salió de la comisaría y echó a andar lentamente calle arriba. Era una tarde de agosto tranquila y húmeda, la calzada relucía con los últimos rayos de sol y, tras el reciente chaparrón, las aguas de las alcantarillas corrían crecidas. Apenas había tráfico. La gente tomaba los trenes subterráneos y, cuando era posible, se desplazaba a pie.

Le entraron ganas de meterse en un cine y evadirse durante un par de horas. Se sentaría en la oscuridad entre desconocidos y se reiría con ganas, quizá demasiadas, de los ridículos andares de Charlie Chaplin, su bastón, su valentía, su rebeldía y aquella individualidad suya que nadie aplastaría jamás. Chaplin era el arquetipo del hombre insignificante. O se reiría con Fatty Arbuckle y sus peleas de tartas de nata cuya fantástica coreografía las asemejaba a un ballet.

O tal vez sería más divertido presenciar un auténtico melodrama. Alguien le había dicho que Theda Bara era la protagonista de El jorobado de Notre-Dame. Seguro que era algo digno de verse.

Matthew cruzó la calle. Recibió un golpe sorprendentemente fuerte y trastabilló, perdió el equilibrio y cayó de la acera a la calzada. Se oyó un chirrido de neumáticos y frenos. Notó que le tiraban tan fuerte del hombro que se le torció por la articulación, y acto seguido se encontró despatarrado en la acera, jadeando para recobrar el aliento.

Un motor aceleró y los neumáticos chirriaron de nuevo. Comenzó a incorporarse sintiéndose magullado y bastante ridículo. La ira se apoderó de él.

Alguien le tendió una mano y le ayudó a levantarse. Era un caballero de edad avanzada con bigote blanco y porte militar.

—Le ha ido de un pelo, señor —comentó, negando con la cabeza—. ¡Maldito conductor salvaje! Debía de ir borracho como una cuba. ¿Se encuentra bien? Parece un poco aturdido.

Matthew tenía la ropa mojada, pues había caído en un charco, y manchas de barro en los codos y las rodillas. El pie izquierdo se le había empapado al pisar la alcantarilla, pero, salvo por la torcedura del hombro y algunas magulladuras, estaba ileso.

—Sí, señor, gracias. No lo he visto venir. —Se sentía tonto de remate.

—No me extraña, señor —dijo resueltamente el anciano—. ¡El tipo ha doblado la esquina conduciendo como un poseso! Directo a la acera. Si no fuera absurdo, diría que iba a por usted. Dé gracias a su buena estrella, señor, váyase a casa, dese un baño caliente, si le es posible, y tómese un buen vaso de whisky.

—Gracias —repitió Matthew con sinceridad—. Me parece que eso es exactamente lo

que voy a hacer.

Pero una vez de regreso en su piso, sentado en el sillón con una única lámpara encendida para iluminar tenuemente el salón, y con un vaso de whisky en la mano, seguía teniendo frío, y su mente no dejaba de hacerse preguntas. ¿Cabía la posibilidad de que el incidente de la calle no hubiese sido un accidente?

Por supuesto que no. Sólo era alguien que estaba borracho, o trastornado, quizá por una mala noticia. Desde luego, las malas noticias abundaban esos días. Matthew estaba enfadado porque, por un momento, le habían metido miedo haciéndolo sentir vulnerable y ridículo.

Telefoneó a Aidan Thyer y concertó una cita con él para el día siguiente. Habría sido una pérdida de tiempo ir hasta Cambridge para luego encontrarse con que Thyer estaba demasiado ocupado para recibirle o incluso ausente. Pero con una llamada garantizaba que estuviese advertido. Si en efecto Thyer era el Pacificador, a estas alturas ya sabría qué estaba haciendo Matthew y cuál era el motivo de su visita.

Si resultaba ser Thyer, Joseph lo pasaría mal. Le tenía aprecio y confiaba en él. Supondría una doble traición, puesto que la muerte de Sebastian Allard, y el modo en que se produjo, se sumaría al asesinato de John y Alys Reavley.

Matthew repasó mentalmente por enésima vez el curso que había seguido en su búsqueda del Pacificador. Tenía que tratarse de alguien relacionado con las familias reales tanto de Gran Bretaña como de Alemania. Aunque dado que el káiser y el rey eran primos hermanos, cuya abuela común era la reina Victoria, el contacto con una familia bien podría abrir la puerta a contactos con la otra. El Pacificador debía de estar dotado además de una inteligencia extraordinaria y una ambición sin límites, un buen conocimiento de la política mundial y un idealismo que lo llevara a obrar con dedicación despiadada, pasando por alto las consecuencias.

Como John Reavley había encontrado una copia del tratado que proponía esa monstruosa alianza, y lo habían asesinado por intentar sacarla a la luz, el Pacificador tenía que ser alguien que lo conociera lo bastante para prever su conducta e incluso estar al corriente de su rutina cotidiana.

Ahora bien, Matthew y Joseph habían sospechado de Aidan Thyer, director de Saint John's; de Dermot Sandwell, ministro del Gobierno y confidente de la realeza; y de Ivor Chetwin, agente secreto de Inteligencia y viejo amigo de John Reavley hasta que ciertas diferencias de índole ética sobre la dudosa moralidad del espionaje los distanció. Matthew había temido una vez que el Pacificador fuese Shanley Corcoran, destacado científico y amigo de toda la vida de John Reavley. Ni siquiera se había atrevido a insinuárselo a Joseph. Le habría dolido en lo más vivo. Pero entonces la traición de Corcoran el verano anterior le había causado una herida aún más profunda. Y ahora el científico estaba muerto, ahorcado por traidor.

Matthew tomó otro sorbo de whisky y no notó su sabor. Apenas sintió el fuego que le bajó por la garganta. Él mismo había estado convencido de que el Pacificador era Patrick

Hannassey y lo había visto morir. Hasta hacía un par de semanas escasas, había creído que era él. Pero esta nueva conspiración se asemejaba demasiado al modo de obrar del Pacificador como para seguir aferrándose a ese falso consuelo.

Y, por supuesto, siempre estaba su superior, Calder Shearing. Matthew simpatizaba con él. Comprendía sus repentinos arrebatos de genio cuando la estupidez ocasionaba pérdidas innecesarias. Admiraba tanto su inteligencia como su energía emocional, la fuerza de voluntad que lo empujaba a trabajar hasta el agotamiento, la paciencia para seguir cada cadena de razonamientos, para aguardar, para vigilar y repasar los detalles minuciosamente una y otra vez. Era lo bastante honesto para admitir sus errores y jamás se arrogaba los méritos que correspondían a otros. Pero, por encima de cualquiera de estas cosas, a Matthew le complacía su agudeza, la chispa de humor que veía brillar en los ojos de su jefe cuando se expresaba sin palabras.

Ninguna de esas cosas cambiaba el hecho de que incluso después de los cinco años que llevaba trabajando con él no supiese nada sobre Shearing más allá del ámbito estrictamente profesional. Era como si de él nadie conociese más que el presente.

¿Podría ser él el Pacificador? Sí, claro que era posible. La idea llenaba a Matthew de espanto y pesadumbre, como tantas otras cosas.

—¡Matthew! Qué alegría verte.

Aidan Thyer entró en el salón de la casa que ocupaba como director y le tendió la mano. Era un hombre delgado de cabello muy rubio que le caía sobre la frente y cuyo rostro denotaba sensibilidad y una viva inteligencia. Era de natural comedido; Matthew nunca lo había visto reír más que por lo bajo, con intensa satisfacción. En realidad, jamás lo había oído levantar la voz. De pronto recordó con una punzada de pena que la bella esposa de Thyer, Connie, había amado a otro hombre. El honor y seguramente el afecto la hicieron mantenerse leal a Thyer. Pero eso no era amor, y él lo sabía.

—¿Cómo va todo, señor? —preguntó Matthew, estrechándole la mano. Se había dirigido a él con el tratamiento de cortesía de manera espontánea. Matthew no había estudiado en Saint John's, pero el respeto por un director de Colegio Universitario era algo innato en él.

—Bien, gracias —contestó Thyer—. Aunque las listas de bajas son peor que cualquier pesadilla. El otro día me enteré de que Nigel Eardslie falleció en Passchendaele. Fue alumno de Joseph.

—Lo siento. —No había nada más que decir.

—Siéntate. —Thyer le señaló una butaca y se acomodó en la de enfrente—. Seguro que tú también habrás perdido a muchos amigos. En toda Inglaterra no hay nadie a quien no le haya ocurrido. Europa se ha convertido en un matadero. Pero dudo que hayas venido a verme para hablar de eso. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Hace algún tiempo, Alan Wheatcroft fue estudiante suyo —comenzó Matthew. Thyer sabía que trabajaba en Inteligencia; no tenía sentido conducirse con una discreción

excesiva.

Thyer suspiró.

—Pobre desgraciado —dijo en voz baja—. Sí, ya me he enterado, por supuesto. Qué insensatez. Adiós a una prometedor carrera.

—¿Piensa que es culpable? —preguntó Matthew, sorprendido de que Thyer no se indignara ni lo negase. Sentado en su butaca en la silenciosa habitación con las cristaleras abiertas al cálido invernadero cargado de aromas, el sol de agosto revelaba el cansancio de su rostro, las finas arrugas que delataban sus aflicciones íntimas.

—Seguro que todo es fruto de una indiscreción —contestó Thyer—. Y de una asombrosa ingenuidad. ¿Qué se imaginaba que hacía un muchacho guapo vagando cerca de unos baños públicos? Tendría que haber eludido al chico, no dirigirle siquiera la palabra, y mucho menos entablar conversación.

—¿Y Corracher?

—¿Corracher? ¿Tom Corracher? —Thyer enarcó las cejas rubias—. ¿Está implicado? Eso me resulta más difícil de creer.

—La defensa de Wheatcroft se basa en que todo el episodio fue un montaje para hacerle chantaje urdido por Tom Corracher —contestó Matthew.

Thyer se mostró incrédulo.

—Santo cielo, ¿por qué? ¿Por dinero?

—Sí, de entrada. Una vez que has pagado dinero para que no se revele cierto asunto, sientas un precedente. Prácticamente equivale a admitirlo. Después de eso, pueden pedirte otras cosas: tráfico de influencias, información, votos. La lista es interminable.

—Qué asunto tan deplorable. —El rostro de Thyer reflejaba disgusto, pero sus ojos no se apartaron ni por un instante de los de Matthew—. ¿Qué supones que puedo hacer yo para ayudar al Servicio de Inteligencia?

—Wheatcroft piensa arrastrar a Corracher consigo —comenzó Matthew.

—¿O sea que no crees que Wheatcroft sobreviva a esto? —preguntó Thyer—. No, seguro que no. Este tipo de barro se queda pegado cuando se hace público. —Torció las comisuras de los labios—. Aun así, si iba tan descaminado como para exponerse a que lo pillaran en semejante situación y lo extorsionasen, ya sea culpable o inocente del cargo de abordar al muchacho, es culpable de una estupidez imperdonable.

—Según parece su esposa es muy guapa y una rica heredera con quien ha tenido dos hijos — señaló Matthew.

—Sí, claro —asintió Thyer con cautela, y un atisbo de pena asomó a su semblante—. Si la ama a ella y también a sus hijos, tal vez le preocupen mucho más los sentimientos y la confianza de su esposa que el futuro de su carrera política. Culpar a Corracher quizá le parezca la escapatoria más fácil.

Matthew lo observó. Si realmente era el Pacificador y había tramado toda aquella tragedia conociendo los puntos flacos de cada hombre, entonces poseía unas dotes de actuación espléndidas. Pero el Pacificador era un hombre fuera de serie. Una y otra vez había quedado demasiado patente.

—¿Piensa que miente deliberadamente para salvarse? —preguntó Matthew—. Sería bastante indecente por su parte.

Thyer se levantó, caminó hasta las cristaleras y echó un vistazo al exterior. Las abejas zumbaban en las matas de lavanda, el aroma de flores y hierbas preñaba el aire. Más allá de los setos, las paredes añejas de Saint John's se alzaban hacia el cielo azul. Presentaban el mismo aspecto que en 1914 y, seguramente, que en 1614.

—Si no sabes que los hombres mienten y traicionan cuando tienen miedo de perder lo que más precian, Matthew, es señal de que no estás preparado para trabajar en el Servicio Secreto, ni en tantas otras cosas —murmuró Thyer—. Cualquiera sacerdote o maestro de escuela te diría lo mismo.

—¿No se le ha ocurrido que quizá Corrachier sea culpable de chantaje? —preguntó Matthew.

—Pues francamente, no. Conozco a Wheatcroft. Es muy... susceptible —dijo Thyer a regañadientes—. ¿Puedes ayudar a Corrachier? ¿Es eso lo que te interesa?

—En parte.

¿Debía revelar la verdad a Thyer y ver cómo reaccionaba? Salvar a Corrachier era importante, pero dar con el Pacificador podía ser vital. ¿O acaso estaba permitiendo que su vendetta personal nublara su juicio, prevaleciendo sobre el resto de sus ideas y sentimientos? ¿Había perdido la perspectiva?

Thyer no insistió y aguardó tranquilamente, con las yemas de los dedos juntas; el sol brillaba en su pelo rubio.

Matthew decidió ir a por todas. La cautela no lo había conducido a nada.

—También me interesa saber si considera usted probable que haya alguien más detrás de este asunto, moviendo los hilos, por así decirlo.

Thyer se sobresaltó.

—No tengo ni idea. ¿Con qué fin? ¿Supones que Wheatcroft es tan importante que alguien se ha tomado la molestia de organizar todo esto para librarse de él? ¿Por qué, en nombre del cielo?

—Para librarse tanto de Wheatcroft como de Corrachier —respondió Matthew—. Creo que Corrachier seguramente es el más importante.

Thyer de pronto se quedó inmóvil. Matthew oyó los pájaros que cantaban fuera.

—¿Te refieres aun alemán, o a un simpatizante? —preguntó Thyer lentamente.

—Ambos se contaban entre quienes más se oponían a que se firmase un tratado de

paz antes de la aniquilación total de un bando o el otro —le recordó Matthew.

Thyer suspiró.

—¿De verdad piensas que eso es realista, Matthew, después de todo lo que hemos perdido? ¿Acaso hay alguna región del país que no haya ofrecido su sangre por la victoria y que no se sentiría traicionada por cualquier gobierno que se conformase con menos?

—¿Y eso les da la razón? —replicó Matthew.

Thyer lo observaba casi sin pestañear, con un brillo en sus ojos claros.

—Los convierte en la voz de la mayoría —dijo—. Y tanto si es lo correcto como si no, es lo ético, puesto que somos una democracia.

—¿El Gobierno tiene que someterse en vez de dirigir? —preguntó Matthew.

Thyer meditó por unos instantes.

—En asuntos en los que es el pueblo quien ha luchado y entregado la vida, sí, pienso que quizá deba ser así. El Gobierno podría propugnar otra postura, o exponer argumentos, datos y motivos, pero al final debemos acatar la decisión de la mayoría. Y antes de discutir este punto, imagina la naturaleza de un liderazgo desvinculado de la voluntad popular. ¿No sería una dictadura? Me figuro que casi todos los dictadores se creen poseedores de anhelos superiores a los del pueblo y, sobre todo, de más y mejor información. Incluso es posible que sea cierto al principio, pero con el tiempo conduce a gobernar mediante la opresión más que con el consenso y, en última instancia, a la tiranía. —Flexionó los dedos como si los tuviera entumecidos—. Además, es sumamente poco práctico —agregó con una sonrisa curiosamente amable—, salvo que tengas a tus órdenes una gran fuerza militar o policial. Y créeme, no podemos permitirnos más derramamientos de sangre. No necesitamos una guerra civil después de esto..., si es que hay un después. Por lo que he leído, pensar en una victoria alemana no es del todo descabellado. Nada indica que estemos más cerca de derrotar al káiser que en 1914, y la mitad de una generación entera está mutilada o muerta. ¿Qué hombre que haya vivido esta guerra y sus atrocidades regresará de ella con la mente intacta aun cuando su cuerpo parezca ileso?

Matthew no contestó. O la filosofía de Thyer distaba mucho de la del Pacificador, o su máscara era impenetrable. Matthew se vio empujado de nuevo a considerar sospechosos a Dermot Sandwell o a Shearing. Ya había descartado a Sandwell una vez porque, ateniéndose a las pruebas, parecía imposible que desempeñara ese papel, pero de un modo instintivo se negaba a creer que fuese Shearing.

Y, sin embargo, a su manera, el Pacificador había comenzado como un idealista. No era su objetivo final, la paz, lo que resultaba intolerable, sino los medios que estaba dispuesto a emplear, incluso desde el principio, para alcanzarlo: traicionar a Francia y después a los Estados Unidos de América, ejercer un dominio, fruto de una paz impuesta, que se extendería por medio mundo. ¿Era eso peor o mejor que la guerra?

—¿Es posible que haya alguien detrás de la acusación de Wheatcroft contra Corrachar? —preguntó Matthew a Thyer.

—Claro que es posible. Pero no se me ocurre quién. Podría indagar un poco con absoluta discreción, si así lo deseas.

¿Cuánto había que ganar o perder? Matthew ya se había puesto en evidencia.

—Gracias —aceptó—. Sí. Pero vaya con cuidado. No se lo pensarán dos veces antes de matarle si consideran que usted es una amenaza.

Thyer esbozó una sonrisa.

—La muerte impera en tiempos de guerra —aseveró muy quedamente—. Son gajes del oficio.

Puesto que se encontraba cerca, Matthew tomó un tren local hasta Selborne Saint Giles y pasó la noche en la casa familiar con Hannah. Su marido, Archie MacAllister, había capitaneado el Cormorant en la batalla de Jutlandia, en la que Matthew había matado a Patrick Hannassey justo antes de que el barco incendiado se hundiera. Había perdido y recobrado varias veces el sentido antes de que lo rescatasen. Todavía se despertaba en plena noche sin aliento, luchando por emerger de una oscuridad que amenazaba con aplastarle los pulmones, el rostro, todo lo que en su ser ansiaba vivir.

La experiencia había estrechado sus lazos con Archie y le había dado una mejor comprensión tanto del horror como de la camaradería entre los hombres que se enfrentaban a la violencia real de la guerra, no sólo al miedo apabullante que causaba el hecho de conocer las cifras de bajas mejor que la mayoría de la gente. Matthew tenía acceso a informes que el público desconocía y estaba al tanto de las escaseces, de las siempre cambiantes alianzas y amenazas internacionales. Leía comunicados de agentes destacados en Europa y el resto del imperio.

Antes de la batalla de Jutlandia, sólo se había imaginado el horror abrumador que Joseph presenciaba a diario en las trincheras. No había experimentado en primera persona la agitación y el horror real de la batalla, no tenía la menor idea del efecto que producía en el cuerpo y la mente ver a otro ser humano, un hombre con quien había compartido bromas, comida y la prolongada tensión de la espera, reducido a un amasijo sanguinolento e irreconocible a tus pies. Jamás había imaginado un dolor físico de esa magnitud, el ruido indescriptible, el olor a sangre y chamusquina.

Aquella noche, después de cenar, se sentó tranquilamente con Hannah a respirar el acariciador aire veraniego y observar cómo se desvanecía la luz al otro lado de los olmos. Los campos se extendían amplios y serenos. El jardín estaba lleno de maleza. Hannah no había tenido tiempo de arrancar malas hierbas ni de podar, y no quedaban hombres a los que contratar. Los que no habían muerto estaban en el extranjero o, como Archie, embarcados. Ya no había repartidores, casi no se veían hombres en las tiendas, en los bancos, ni siquiera en el campo, sólo aquellos demasiado viejos o enfermos para combatir. Ahora el trabajo en los hospitales, las fábricas y las granjas estaba en manos de mujeres, que no disponían de tiempo para ocuparse de los jardines particulares. Conducían autobuses e iban en bicicleta por todo el condado repartiendo toda suerte de cosas. Matthew veía a decenas de ellas circulando por las carreteras vecinales y labrando la tierra.

Hannah le preguntó por qué estaba allí. Sabía que no era simplemente por gusto.

—¿El Pacificador otra vez? —inquirió con una sonrisa forzada. Hacía punto con gestos mecánicos; las agujas se movían de un modo casi inaudible.

Matthew no le había contado lo de Hannassey, al menos no todo. Aún le costaba hablar de ello. Parte del dolor que lo embargaba se debía al precio que Detta había pagado. Ella se había dedicado al espionaje por una causa propia, al igual que él. Uno de ellos tenía que perder. Si hubiera sido él, y lo hubiese hecho deliberadamente, se habría traicionado a sí mismo y a su país.

—Creía que había muerto —contestó a la pregunta de Hannah.

—Ya lo sé —dijo ella. A medida que avanzaba en la treintena, cada vez se parecía más a su madre. Parte de la paz interior de Alys Reavley se apreciaba en sus rasgos serenos. Esto le agradaba a Matthew, pero le suscitaba recuerdos de una vieja seguridad que jamás volvería a tener.

—Entonces, ¿por qué preguntas? —dijo en voz alta.

—Te veo inquieto y tenso —señaló Hannah—. ¿Y qué otra razón podrías tener para venir aquí en estos momentos? —Hay un sinfín de razones —repuso Matthew. Hannah levantó la vista de su labor.

—Has mencionado Saint John's. ¿Tiene algo que ver con Aidan Thyer? ¿Todavía crees que podría ser él?

Matthew se sobresaltó. ¿Tan transparente era?

Hannah seguía tejiendo, y el rumor de las agujas resultaba reconfortante en el silencio de la habitación. Los tres niños estaban arriba, acostados o leyendo.

Matthew decidió negarlo.

—No importa —dijo Hannah, pasando página—. Entiendo que no puedas contármelo. Pero no me mientas.

—No sé si es él o no —reconoció su hermano—. El año pasado creí saber quién era y lo di por muerto después de la batalla de Jutlandia. Ahora han ocurrido cosas que hacen pensar que me equivoqué y que sigue vivo.

Hannah buscó sus ojos con la mirada.

—¡Ten cuidado, Matthew! —Había miedo en su voz, así como en sus ojos negros, tan parecidos a los de Alys.

Él no volvió a pensar en sus palabras hasta dos días después. Tras regresar a Londres la mañana siguiente, buscó toda la información adicional que pudo. Fue una tarea ingrata; la investigación sobre quién había ofrecido o aceptado tratos sexuales ilícitos según testigos era uno de los aspectos más tristes y repugnantes del trabajo policial. No obstante, Matthew necesitaba saber si Wheatcroft había intentado escapar del escándalo culpando a Corracher, asegurando que éste le había tendido una trampa ex profeso con vistas a hacerle chantaje, y

convirtiéndolo así en víctima absoluta. En el mejor de los casos, parecía indudable que Wheatcroft había actuado con una estupidez indecible. Pero ¿la acusación contra Corrachier era un ardid que había tramado por su cuenta, o una tercera persona le había sugerido la idea, directa o indirectamente?

El único modo de saberlo era entrevistarse con Wheatcroft, pese a que éste se escudaba en su supuesta enfermedad y alegaba que no tenía nada que declarar. Matthew se sirvió de la autoridad que le confería su pertenencia al Servicio Secreto para forzar la situación. Cuando llegó a casa de Wheatcroft, el criado que abrió la puerta, un hombre entrado en años y obviamente lisiado, le impidió el paso.

—No, señor —dijo categóricamente—. El señor Wheatcroft no se encuentra bien, señor. No recibe visitas. Órdenes del médico.

—Pertenezco al Servicio de Inteligencia, y mis órdenes tienen precedencia sobre las de cualquier médico —le informó Matthew—. Puedo regresar con la policía, si me obliga a recurrir a tales extremos, pero estoy convencido de que, siendo usted tan patriota como el que más, deseará que el señor Wheatcroft ayude a las fuerzas de la nación tanto como él mismo, cuando sepa que se trata de eso.

—Bueno... —dijo el hombre, ostensiblemente confundido—, yo... estoy seguro de que estaría dispuesto a colaborar, pero he recibido instrucciones, señor. ¡No debo dejar pasar a nadie sólo por que lo pida!

Sin embargo, el criado retrocedió unos pasos para que Matthew entrase al zaguán y cerró la puerta principal a su espalda. Era una casa grande, amueblada con buen gusto. Aun en esos tiempos de restricciones, los signos de elegancia saltaban a la vista: los cuadros, los espejos con marcos dorados, el jarrón de cristal con rosas frescas en la mesa próxima al pie de la escalera, bajo el poste de arranque tallado en madera noble.

—¡Señor! —protestó el criado levantando un poco la voz al ver que Matthew se adentraba en el vestíbulo.

Se abrió una puerta, y una mujer esbelta con un vestido azul a la moda se detuvo en el umbral. Era una rubia atractiva de apariencia frágil, pero Matthew no cometió el error de confundir la delicadeza de su tez y el color de su cabello con una mente o una voluntad débiles.

—¿La señora Wheatcroft? —preguntó, sorteando al criado.

—Por supuesto —contestó ella con frialdad—. Tranquilícese, Dobson —dijo al criado—. Ya entiendo lo que ha sucedido. —Le indicó con un ademán que se retirase sin siquiera mirarlo, y se volvió hacia Matthew—. ¿Quién es usted? —Observó su uniforme con desagrado—. ¿Cómo se atreve a entrar en mi casa por la fuerza?

—Comandante Matthew Reavley, del Servicio Secreto de Inteligencia, señora Wheatcroft —se identificó—. Lamento mucho molestarles, pero han surgido asuntos de los que es preciso que hable con el señor Wheatcroft.

—¡Pues me temo que lo que quiera preguntarle tendrá que esperar! —repuso ella—.

Mi marido no se encuentra bien, como supongo que ya le habrá dicho Dobson.

—Se trata de información necesaria para el Servicio de Inteligencia, señora Wheatcroft Matthew—. No puede esperar.

La mujer clavó en él la vista con expresión gélida.

—Mi marido ha servido a su país durante toda su vida adulta y lo han recompensado por ello con viles acusaciones mortificantes para él y para toda su familia. Ahora usted se presenta aquí e irrumpe en su casa exigiendo que conteste a sus preguntas. Esto es una brutalidad, comandante... he olvidado su nombre. La respuesta es que no. Tendrá que volver en una ocasión más oportuna.

—Reavley —repitió Matthew—. Me consta que su esposo ha servido a su país, como todos. Algunos tenemos la suerte de que ese servicio no haya supuesto para nosotros más que molestias de poca importancia. Tengo un hermano en las trincheras de Passchendaele y una hermana que conduce ambulancias allí para transportar a los pocos heridos que pueden salvar. Ahora, hágame el favor de ir a ver al señor Wheatcroft a su dormitorio y dígame que necesito verlo de inmediato. Si no le viene bien bajar, ya subiré yo a hablar con él.

Ella lo fulminó con la mirada, temblando de la cabeza a los pies, buscando desesperadamente y en vano una respuesta para mantenerlo a raya. Dio media vuelta haciendo ondear la falda y se marchó con paso decidido.

Cinco minutos después regresó. Sin mediar palabra guió a Matthew escaleras arriba y a través de un espacioso descansillo cuyos altos ventanales se abrían a un césped bañado de sol. Entonces, tras dar unos golpecitos a la puerta, abrió la puerta del dormitorio principal. Miró fijamente a Matthew mientras lo dejaba entrar sin anunciarlo.

—Gracias —dijo Matthew en un tono sarcástico. Cerró la puerta a su espalda y no supo si ella se quedó aguardando al otro lado.

Alan Wheatcroft estaba sentado en una butaca junto a la ventana, no en bata como Matthew imaginaba, sino completamente vestido. Tenía el rostro muy pálido y la piel brillante de sudor. Por un momento, Matthew se preguntó si no estaría enfermo de verdad, pero entonces reparó en las manos apretadas, con los nudillos blancos, y concluyó que seguramente era el miedo lo que le daba un aspecto tan desdichado.

—Perdone que le moleste, señor Wheatcroft, pero se trata de un asunto urgente —le dijo en voz muy baja, apenas audible, consciente de que la señora Wheatcroft podía estar escuchando detrás de la puerta.

—Eso me ha comentado mi esposa. —Wheatcroft también habló quedamente—. Aunque no acierto a figurarme qué puedo saber yo que sea de interés para los Servicios de Inteligencia. No ejerzo las funciones de mi cargo desde... desde hace varias semanas. —Apretó aún más las manos con que sujetaba la manta que le tapaba las rodillas.

Matthew se sentó en el borde de la cama, más por ponerse a la altura de él que por comodidad.

—Esto no tiene nada que ver con su cargo. Se trata de una posible traición —explicó Matthew.

—¡Traición! —Wheatcroft se quedó anonadado. Sus ojos no reflejaron comprensión, ni siquiera miedo, sino simplemente un desconcierto absoluto—. No sé nada sobre actos de traición ni cosa remotamente parecida. No he salido de mi casa desde...

Inhaló bruscamente y soltó el aire sin terminar la frase.

—Desde que le acusaron de pedir favores homosexuales a un muchacho en los baños masculinos de Hampstead Heath —la completó Matthew.

A Wheatcroft se le subieron los colores al cuello y el rostro. Abrió la boca para decir algo pero se interrumpió.

—Soy consciente de que tal acusación es de lo más humillante —afirmó Matthew con cierta compasión—. Repugnaría a cualquier hombre. ¿A quién se le ocurrió la idea de preservar su reputación acusando a Tom Corrachier de organizar todo el montaje con el fin de extorsionarle?

Wheatcroft lo miró horrorizado, como si Matthew le hubiese propinado un puñetazo.

—Presumiblemente el fin no era sólo salvar parte de su carrera sino también proteger los sentimientos de su esposa —agregó Matthew—. Que en efecto abordara al muchacho o que actuase con suma ingenuidad no es de mi incumbencia. Prefiero no saberlo.

—Está... está dando por sentado... —comenzó Wheatcroft.

—¿Que no fue idea suya? Sí, en efecto —reconoció Matthew—. Su historial anterior indica que es usted un hombre de honor y elevados principios, un hombre que no arrastraría a otro consigo motu proprio sino que encajaría su castigo, merecido o no, con la conciencia tranquila.

—Yo no abordé al chico —susurró Wheatcroft—. Quizá... quizá me comportara como un imbécil, ¡pero nada más! Aunque eso dice poco en mi favor. Tal vez merezca perder mi puesto en el Gobierno a causa de tamaña estupidez. Eso puedo aceptarlo. ¡Pero no he cometido ningún delito!

—No —corroboró Matthew—. Pero el chantaje lo es sin lugar a dudas, y usted acusa a Corrachier precisamente de eso. Si lo declaran culpable, él no sólo perderá su puesto sino que irá a la cárcel.

Wheatcroft presentaba tan mal aspecto que costaba creer que no estuviera realmente enfermo.

—¿Qué tiene que ver esto con el Servicio Secreto? ¿Qué piensa que sé? Por el amor de Dios, ¿no le parece que ya le he hecho bastante daño? No creo que sea un traidor. Y no tengo nada más que añadir al respecto.

—Yo tampoco lo creo —respondió Matthew—. No sé quién está detrás de la acusación, pero creo que usted podría ayudarme a averiguarlo.

Wheatcroft no levantó la vista.

—¡Si supiera de alguna traición ya la habría denunciado! No he caído tan bajo como para encubrir algo así.

Matthew se sentía cruel, pero no había alternativa. Ni el afecto ni la piedad eran excusas para aumentar la injusticia.

—¿Cómo se le ocurrió acusarlo de chantaje?

—Yo...

Se interrumpió.

—No lo acusó —dijo Matthew terminando la frase—. ¿Alguna otra persona se lo sugirió?

—¡No fue tan... simple! —Wheatcroft tenía la cara aún más blanca y sudorosa—. Corracher vino a verme un par de días después de... después del... suceso. Discutimos sobre otro asunto, una tontería. Iban a designar a un tal Jamieson para que me sustituyese durante un tiempo. Eunice, mi esposa, creyó, al parecer... supuso que la discusión se debió al incidente. Sacó sus propias conclusiones. Y yo... se lo permití. Fue...

Se vino abajo sin remedio. Su mirada le rogaba a Matthew que lo comprendiera sin obligarlo a expresarse con palabras.

A Matthew lo asaltó una mezcla de repugnancia y pena. Wheatcroft estaba acorralado. Era su cobardía al permitir que lo utilizaran para tenderle una trampa a Corracher lo que le parecía despreciable a Matthew.

—Retire la acusación —le aconsejó Matthew—. Dudo que pueda ayudar a Corracher a salvar su carrera. La gente no olvida. Pero así al menos usted recobraría parte de su honor.

—¡No puedo! —protestó Wheatcroft—. ¡Sería lo mismo que admitir mi culpabilidad! ¡Y juro ante Dios que no soy culpable!

—¿Y considera injusto que lo castiguen por algo que no hizo? —preguntó Matthew.

—¡Sí! ¡Y que lleven a mi familia a la ruina!

—Me imagino que Tom Corracher opina lo mismo.

Wheatcroft lo miró como si se hallara al borde de un abismo. Matthew se disponía a disculparse, pero se calló. No podía retirar lo dicho. Era la verdad. Wheatcroft albergaba una angustia, un sentimiento de culpa, un temor por sí mismo o por los demás, que no podía compartir, pero Matthew no iba a dejarlo escapar, habida cuenta de las posibles consecuencias.

¿Sabía Wheatcroft quién había manipulado a su esposa? Seguramente no. Desde luego no iba a decírselo a Matthew. Éste recordó el semblante gélido de ella, el miedo que la atenazaba y la prontitud con que se ponía a la defensiva. Ella tampoco abriría la boca, y quizás incluso alertaría al Pacificador, a sabiendas o no.

Matthew salió de casa de Wheatcroft con una agobiante sensación de opresión y regresó a su despacho.

Trabajó hasta tarde para averiguar lo posible sobre Eunice Wheatcroft y buscar una conexión con cualquiera de los sospechosos de ser el Pacificador, esperando no encontrar un vínculo que lo relacionara, aunque indirectamente, con Shearing. Sin embargo, si lo hallaba, por más que le doliese, no podría pasarlo por alto.

Cuando se marchó estaba cansado, el cuello y los hombros le dolían por la tensión y tenía la boca seca. Caminó por la calle oscura hasta la parada del autobús que lo llevaría a casa. Se apeó a dos o tres calles de distancia y tomó un atajo por un callejón para ahorrarse un centenar de metros.

Oyó un ruido detrás de él. No era más que una piedrecilla suelta a la que alguien había dado un puntapié, pero Matthew se volvió en redondo, perdiendo un poco el equilibrio. Una figura se le echó encima con brusquedad y se oyó un golpe metálico contra el suelo.

El recuerdo de los últimos minutos a bordo del Cormorant le trajo a la memoria la fuerza implacable de Hannassey cuando forcejearon junto a la barandilla mientras el destructor alemán surgía de las tinieblas. Lanzó un directo con el puño izquierdo, poniendo en ello todo su peso. Alcanzó el rostro de su agresor y notó que le rompía un hueso. Aun así, le arreó una patada en la entrepierna y el hombre se desplomó soltando un grito que casi al instante quedó ahogado en sangre.

Matthew vaciló. Sin duda le había fracturado la nariz. ¿Debía quedarse a comprobar si la herida revestía mayor gravedad? ¿Y si el tipo no podía respirar? ¿Y si se moría?

Bajó la vista hacia la figura, y vislumbró poco más que el movimiento. El agresor se retorció de dolor en el suelo. Quizás estuviera tratando de recoger lo que se le había caído con un ruido metálico. ¿Un cuchillo? Matthew dio media vuelta y arrancó a correr. Sus pasos resonaron sobre los adoquines del callejón hasta que salió a su calle.

Incluso una vez en su piso, con la puerta cerrada, constató que temblaba incontrolablemente. El recuerdo del violento incidente lo inundó hasta que le faltó el aire y comenzó a jadear. Era como si sintiese de nuevo la fuerza de Hannassey, como si reviviese el forcejeo y la inesperada victoria. En su mente vio a Hannassey caer girando con los brazos y las piernas extendidos hasta estrellarse contra el agua para, un instante después, morir aplastado como una mosca por el destructor alemán.

Matthew se sirvió un whisky, derramando unas gotas, y se lo echó al colete para que su ardor le calmara el estómago. No había matado al hombre del callejón; lo había visto moverse frenéticamente, buscando algo a tientas en el suelo. Si Matthew no le hubiese pegado, sería él quien estaría tendido sobre los adoquines, quizá desangrándose hasta morir.

¿Era eso lo que había ocurrido? ¿Habían intentado asesinarlo? ¿Era ésa la verdadera razón por la que estaba temblando como una hoja, porque sabía que no había sido un

atracos? Los ladrones, a lo sumo, te asestaban un golpe en la cabeza; normalmente se limitaban a quitarte la cartera sin que te dieras cuenta. Lo sucedido el otro día con el conductor borracho tampoco había sido un accidente. Matthew pensó en Owen Cullingford, Gustavus Tempny, Theo Blaine... Dios sabía cuántos más. Por encima de todo, su padre y su madre. A todos ellos los habían matado de tal manera que pareciera un accidente. ¿Por qué no habrían de intentar lo mismo con él?

¿Significaba eso que por fin se estaba convirtiendo en una molestia tal que valía la pena matarlo? ¿Que estaba demasiado cerca de la verdad para seguir con vida? El corazón empezó a palparle con fuerza en el pecho por la excitación, aunque sorprendentemente la idea apenas lo reconfortó.

¿Sería Aidan Thyer el Pacificador después de todo? ¿O Calder Shearing? La idea se le antojaba tan repugnante como dolorosa. Sintió náuseas y se puso a sudar por todo el cuerpo. Mantenía con Shearing una amistad extraña, casi tácita, y sin embargo de una profundidad que la hacía valiosísima. Los unía un mutuo entendimiento que no precisaba palabras, y el consuelo que eso le reportaba era inmenso; la traición sería infinita. Recordó lo ocurrido cuando Joseph descubrió la de Corcoran, y acto seguido apartó ese pensamiento de su mente.

El cerebro también podía ser Dermot Sandwell, pese a que Matthew lo hubiese descartado en su momento. Eso sería mucho más soportable. O podía tratarse de alguien de quien todavía no sospechaba pero al que se había acercado sin darse cuenta.

En Marchmont Street, el criado despertó al Pacificador a altas horas de la noche. Éste se vistió porque nunca recibía visitas sin llevar ropa de calle, lo que habría supuesto una desventaja para él.

En cuanto su invitado entró en— la sala de estar de arriba, acogedora en tamaño y amueblada con sobria elegancia, el Pacificador supo que le traía malas noticias. El hombre que se plantó en medio de la estancia olía a fracaso.

El Pacificador aguardó a que hablara él primero.

—Se ha escapado —dijo éste escuetamente—. Pensaba que mi hombre era bueno, pero me ha dicho que Reavley ha peleado como un tigre. Le ha roto la nariz y le ha reventado el bazo. Tiene suerte de seguir vivo.

El Pacificador se quedó pasmado.

—¿Seguro que no se equivocó de objetivo? Reavley es un pensador, no un hombre de acción.

—Sí, señor, estoy totalmente seguro —contestó el hombre— Lo hemos seguido ocasionalmente durante semanas. Con discreción; nunca se ha dado cuenta.

El Pacificador enarcó las cejas con aire escéptico.

—No se habría metido en un callejón de noche si hubiese sido consciente de que le seguían..., señor —respondió el hombre.

El Pacificador estaba molesto consigo mismo. Había permitido que el intento fallido de matar a Reavley le hiciera perder la calma, y ahora acababa de evidenciar su flaqueza razonando delante de aquel hombre, un canalla a quien más le valía controlar rigurosamente. Detestaba tener que recurrir a tales sujetos casi tanto como la necesidad que lo empujaba a ello.

—Ha fallado dos veces —señaló—. No puedo permitirme un tercer error. Déjelo correr. Ya pensaré en una manera de ocuparme de él que no dependa de usted y su dudosa habilidad. Ya le avisaré cuando vuelva a necesitarle.

El hombre abrió la boca para discutir, pero al reparar en la mirada del Pacificador cambió de parecer. Se marchó sin añadir nada más.

El Pacificador volvió a acostarse, pero el sueño le fue esquivo. Impedir que los Reavley dominaran sus pensamientos y se convirtieran en una obsesión le exigía toda su concentración y disciplina mental. Eran un estorbo, pero secundario a su actividad principal. La gran causa era la paz: primero con Alemania, luego con el mundo. Nunca volvería a haber una matanza como la que se estaba produciendo en aquel momento en Passchendaele. Bastaba con pensar en ello para que la humanidad entera temblara y llorase.

Fue la noche siguiente, con una atmósfera bochornosa que dejaba pegajosa la piel y anunciaba tormenta, cuando Richard Mason regresó del Frente Occidental y se presentó en la sala de arriba. Tenía el rostro gris de cansancio. Obviamente se había afeitado con prisa pues se había hecho un corte en el mentón. Pero fue su tensión, el pesar en sus ojos, el tic en la sien lo que suscitó la compasión del Pacificador al darle una idea de la enormidad del horror. Mason había estado en casi todos los campos de batalla de la guerra, no sólo en Europa sino también en Rusia y Oriente Medio. El Pacificador nunca lo había visto tan angustiado como ahora.

—Siéntese —lo invitó en voz baja—. ¿Quiere whisky? ¿Té? ¿Ha comido? ¿Qué puedo ofrecerle?

Mason sonrió con aire sombrío. Fue poco más que una leve torsión de los labios, apenas perceptible.

—Un té me vendría muy bien. No puedo permitirme que el alcohol me aturda. Y un bocadillo. De pan que no tenga moho. Y una taza limpia para el té.

El Pacificador llamó al sirviente y se lo pidió. Hablaron de trivialidades hasta que llegó el tentempié y cerraron la puerta sabiendo que nadie perturbaría su intimidad. El Pacificador concedió tiempo a Mason para que comiera y bebiera antes de abordar la cuestión de su informe.

—Gracias —dijo Mason, haciendo un gesto de amargura pero con gratitud en la voz. Miró al Pacificador a los ojos—. Es indescriptible. Trasciende el sufrimiento humano, es el mismísimo infierno.

—Pero ha venido con algo que contarme. —Lo había percibido en la paciencia y el aplomo de Mason. Llevaba años observándolo cuando informaba Sobre una atrocidad tras

otra; conocía sus estados de ánimo y sabía descifrarlos en su rostro. Mason poseía unos rasgos delicados y reflexivos, poderosos y no obstante más expresivos de lo que quizás él mismo supiera. Reflejaban la profundidad de sus emociones con suma claridad.

Ahora Mason le contestó despacio, midiendo sus palabras. Le describió a Howard Northrup y su nombramiento para reemplazar al muy respetado Penhaligon. Con apenas un rastro de ira, le habló de su testaruda incompetencia. Observándolo con detenimiento, el Pacificador vio en Mason no sólo furia sino también piedad por un hombre con un cargo que le venía grande tanto por su falta de experiencia como por su carácter.

A continuación, todavía encorvado en su butaca, Mason refirió el hallazgo del cuerpo de Northrup con un tiro limpio en el cráneo, disparado exactamente desde delante de él, y los vanos intentos de Reavley por convencer a los hombres de que le contaran qué había sucedido.

—¿El capellán Reavley?

El Pacificador hizo un gran esfuerzo por mantener la voz desprovista de toda emoción. No había olvidado que Mason había arrojado al mar su artículo sobre la pesadilla de Gallípoli, pese a su alto valor propagandístico, a causa del fútil y limitado patriotismo de Reavley. ¿Qué había dicho o hecho éste? Se preguntaba con frecuencia si habría removido algún resto de superstición religiosa que quedara en Mason. El Pacificador no podía arriesgarse a despertárselo de nuevo.

—¿Y qué ha averiguado Reavley? —preguntó, poniendo mucho empeño en disimular sus sentimientos.

Mason se rió. Fue una carcajada entrecortada que manifestó con más viveza que las palabras lo desgarrado que estaba en su fuero interno.

—¡Nada! Y me figuro que es lo que quería y se había propuesto. Ha aprendido mucho desde la muerte de Prentice. Está investigando porque no le queda más remedio. Ni él ni el coronel desean inculpar a nadie. En esa zona, todo el ejército se enfrenta a una matanza. Harán falta mucho carácter y una buena dosis de locura para que sigan plantando cara y saltando el parapeto. ¡Que Dios los asista! ¡Y que nos perdone!

Dejó que un silencio crispado flotara en el aire, guardándose de agregar que podrían haber evitado todo aquello si alguno de sus planes hubiese tenido éxito. ¡Habían visto las posibilidades, creído en el horror y su enormidad! Tendrían que haber hecho algo al respecto; aquél había sido su único propósito.

—La tropa habla abiertamente de motín, y no costará mucho provocarlo —prosiguió—. Entonces se verán obligados a disparar contra sus propios hombres. No tendrán elección. —Había una certeza absoluta en sus ojos—. La idea de Reavley sobre el bien y el mal, y su instinto de supervivencia, le impedirán descubrir nada.

El Pacificador supuso que llevaba razón, pero no era la posibilidad de que Reavley averiguase algo y estuviese dispuesto a revelarlo lo que ahora ocupaba su mente, sino algo que quizá podría provocar él mismo, con la ayuda de Mason.

—Escriba su artículo —dijo con seriedad—. Redacte el suceso en que el médico salvó a sus hombres. Con las propias palabras de la tropa: destacando su compañerismo, la lealtad mutua, su valentía y la decepción ante un jefe incompetente. Relate esa tragedia, el sacrificio. Describa las desgracias tal como las vio. Sea sincero. Todos, en Francia, en Flandes y aquí, todos lo merecemos. Quizá sea lo único que nos quede.

Mason lo miraba fijamente con ojos melancólicos e indecisos.

—El ruido, el barro y la masacre superan lo que cualquiera haya podido imaginar.

—Por supuesto —asintió el Pacificador con gravedad—. Si supiéramos realmente lo que pasa, sin poéticas palabras de sacrificio y honor para dorarnos la píldora, jamás consentiríamos que eso continuara. Estaríamos muertos de vergüenza por haberlo tolerado desde el principio. Sentados en pulcros salones de casas silenciosas, nos enjugamos las lágrimas con pañuelos y hablamos sobre la gloria. ¡Escríballo tal como es, Mason! ¡Por el amor de Dios, escriba la verdad!

Mason permaneció inmóvil, todavía sumido en su profunda preocupación.

El Pacificador se inclinó hacia delante.

—Estoy al tanto de las cifras, Mason. Me consta que apenas hemos conquistado unos metros de barro a costa de cien mil vidas. Hay que poner fin a todo eso. El Gobierno no lo hará; han apostado demasiado por la victoria como para que ahora se conformen con menos. Son hombres mayores, entregados a la guerra. Necesitamos hombres nuevos con una visión de la paz y con el coraje necesario para sacrificar el orgullo. —Por un instante pensó en Wheatcroft y Corrachet, que se interponían en el camino, hombres jóvenes con mentalidad de ancianos. ¡Pero ya se había encargado de ellos! El orgullo de Eunice Wheatcroft le había sido muy útil—. Pero no lo conseguirán sin la verdad —prosiguió, centrándose de nuevo en Mason—. ¿No cree que la inmensa mayoría de nuestro sufrido pueblo tiene derecho a decidir basándose en la verdad, no en mentiras? Si no lo hace por ellos, hágalo por los hombres a quienes ha visto pagar el precio de tanta insensatez. ¿Acaso su verdadero enemigo es el soldado alemán que tienen delante, que padece la misma hambre, el mismo horror, la misma angustia? ¿O son los ciegos cobardes que tienen detrás, instándolos a avanzar: cobardes incompetentes cautivos de su propio mito, alentados por un gobierno obsesionado con una única idea y mantenidos por un pueblo al que han mentado con bonitas palabras sobre el valor cuando no tienen idea de lo que significa realmente? Escriba la verdad y concédales la dignidad de elegir.

Los reparos se desvanecieron de los ojos de Mason. El Pacificador se percató de ello y supo que había vencido. Se relajó en su sillón y sonrió, exhalando despaacio. No añadió una palabra más, pues temía alterar el precario equilibrio que había establecido entre los dos.

Matthew tomó una decisión. No había conseguido nada con sus pesquisas, salvo que estuvieran a punto de matarlo dos veces. La investigación de los contactos de Eunice Wheatcroft no le había aclarado nada. Seguía sin tener pruebas sobre la identidad del Pacificador. Le plantearía la situación a Sandwell, lo que quizá lo impulsaría a actuar, cosa que demostraría su inocencia o culpabilidad.

Se las ingenió para conseguir que lo invitaran a la cena que iba a dar Sandwell en su casa con vistas a debatir asuntos del Servicio de Inteligencia, lo que formaba parte de las responsabilidades de Sandwell como ministro. Fue una reunión muy elegante con todo el glamour y el discreto buen gusto de los años previos a la guerra. Se sirvió un ágape frugal, como correspondía a los hombres que dirigían un país donde los más pobres pasaban hambre de verdad. La conversación fue poco animada. Nadie fingió en ningún momento estar seguro de la victoria, pero todos se mostraron de acuerdo en que la rendición era impensable. Los muertos habían pagado un precio muy alto para que ahora los vivos los traicionaran.

Una vez servido el café y el coñac, Sandwell se puso de pie. Estaba flaco, casi descarnado, y el cabello rubio le relucía a la tenue luz de las lámparas. Pidió a los demás que le disculparan e hizo una seña a Matthew para que le siguiera a un pequeño despacho contiguo.

Era un espacio ordenado, de decoración refinada pero sobria. Sandwell se sentó en un sillón e invitó a Matthew a ocupar el otro. El ministro cruzó las piernas, y sus zapatos lustrosos destellaron por un instante al moverse. Sus ojos eran de un azul casi eléctrico, curiosos, con chispa. Aguardó a que Matthew hablara.

Éste ya había planeado lo que iba a decir, palabra por palabra.

—Gracias, señor. No perderé el tiempo con evasivas. Me figuro que está al corriente de la acción judicial contra Alan Wheatcroft primero y ahora también contra Tom Corrachier.

—Naturalmente —corroboró Sandwell—. ¿Y eso interesa al Servicio de Inteligencia?

—En efecto. Corrachier no es culpable de intentar chantajear a Wheatcroft. Esa acusación es un ardid de Wheatcroft para eludir las consecuencias de lo que fue un acto ingenuo o quizás una ofensa menor, pero que afectará seriamente a su carrera y, lo que es más importante para él, a su matrimonio.

Sandwell miraba a Matthew de hito en hito. Matthew trató de identificar alguna emoción en sus brillantes ojos, pero no lo logró.

—¿Quiere decir que Wheatcroft presentó falsos cargos de chantaje con el fin de convertirse en víctima en vez de infractor? —Sandwell lo había entendido de inmediato—. Me sorprende. Demuestra más agilidad mental de la que yo le atribuía.

Matthew sonrió a su pesar y leyó la reacción de Sandwell en su rostro.

—Sí, señor, así es. Por eso creo que la idea quizá no fuese suya.

—Supongo que se lo habrá preguntado, ¿no?

—Sí. Me dijo que se lo había sugerido su esposa. Sandwell esbozó una sonrisa.

—Ah, la temible Eunice.

—¿La conoce?

De repente la atmósfera se electrizó. ¿Se había puesto tenso Sandwell? ¿Acaso Matthew se encontraba por fin cara a cara con el Pacificador en un juego de evasivas ridículamente civilizado y letal? ¿O estaba perdiendo el tiempo hablando en clave con un hombre inocente?

El Pacificador era un idealista: apasionado, despiadado, con una fe ciega en su causa. Aplastaría a Matthew tal como había hecho con su padre, con pesar pero sin titubeos.

—¿Conoce a la señora Wheatcroft, señor? —repitió Matthew.

—La he visto alguna vez —contestó Sandwell—. Pero aludía a la fama que tiene. Elegante pero fría como un témpano.

—Justo la impresión que me dio —convino Matthew—. Me parece que si yo fuese Wheatcroft, tendría miedo de incurrir en su desagrado y sobre todo en su desdén.

—¿Hasta el extremo de acusar de chantaje a un amigo, en falso? —preguntó Sandwell con cierta sorpresa—. Hacer algo así me parece especialmente infame.

—Los cargos contra Wheatcroft también son especialmente infames —comentó Matthew.

—Aun así, no veo en qué atañe al Servicio de Inteligencia —señaló Sandwell—. Ni qué puedo hacer para serles útil.

Matthew había esperado que la pregunta surgiera y estaba preparado para responder.

—Tom Corrachier es un hombre de muchos recursos, con contactos únicos en Hungría. No podemos permitirnos perderlo con tanta facilidad; por no hablar del daño a la moral que tan sórdido escándalo causaría precisamente ahora, cuando el ejército está sufriendo las más espantosas bajas. Necesitamos hombres con entereza y honor en Inglaterra.

—Entiendo.

Sandwell permaneció un rato sentado en silencio. En el pasillo sonaban pasos, y oyeron un estallido de risas procedentes del comedor, donde los hombres seguían sirviéndose oporto y brandy.

En algún lugar, un reloj dio las siete.

—Lo que usted desea es que intervenga en defensa de Corrachier. Supongo que lo considera inocente. Tiene razón, un escándalo sería desastroso para la moral en un momento en que somos demasiado vulnerables para sobrellevarlo. —Sandwell sonrió y se puso de pie, tendiendo su mano nervuda.

Matthew se la estrechó sin estar muy seguro de qué había averiguado.

—Gracias, señor.

Se quedaron un momento de pie, sin moverse. Entonces Sandwell le soltó la mano y se volvió hacia la puerta. ¿Su sonrisa delataba cierta inseguridad, o un simple cambio de luz había excitado la imaginación de Matthew?

Se levantó un poco tarde al día siguiente, y aún estaba comiendo una tostada cuando sonó el teléfono. Descolgó y oyó la voz de Shearing, tensa y muy formal, como si temiese que alguien más estuviese escuchando.

—Buenos días, Reavley. ¿Podría ir a casa de Wheatcroft, por favor? De inmediato. Lleve sus identificaciones consigo.

Matthew tomó aliento para preguntar por qué, pero lo soltó sin más.

—Sí, señor.

Esta vez decidió ir en su coche. Un taxi habría tenido que bregar con el tráfico igualmente, y él conocía Londres casi también como cualquier taxista. Tardó media hora pese a que se saltó el límite de velocidad en varios lugares.

Lo recibió en la puerta de casa de Wheatcroft un policía veterano que ya había rebasado de sobra la edad de jubilación. Parecía afligido, lo que, considerando que debía de estar acostumbrado a las noches de bombardeo y sus efectos, bastó para advertir a Matthew que lo que había ocurrido era muy grave.

—¿Sí, señor? —dijo el sargento con fría formalidad. —Comandante Reavley, Servicio de Inteligencia —se presentó Matthew.

—A sus órdenes, mi comandante. Sargento Roberts. Le esperaba. El señor Wheatcroft está en el dormitorio, señor. Pero queda muy claro lo que ha sucedido.

—¿Y eso? —preguntó Matthew.

Roberts tragó saliva.

—Suicidio, comandante. Hay una carta. La esposa dice que es su letra, y la hemos comparado con otros papeles que nos consta que eran suyos. No hay duda.

A Matthew lo invadió un sentimiento de culpa y se le hizo un nudo en la garganta. Notaba tal opresión en el pecho que apenas podía respirar. Se dio cuenta de que jadeaba para que el aire le llegara a los pulmones.

—¿Se encuentra bien, señor? —La voz de Roberts le llegó distante.

—Sí. Sí, gracias. ¿Qué decía la nota?

Que era inocente pero que no podía enfrentarse a la humillación del juicio. Que lo habían metido en un lío por una estupidez, que su carrera estaba acabada y que ya no tenía objetivos ni esperanzas. Por el bien de su familia, renunciaba a bajar por una cuesta que no conducía a ninguna parte.

Matthew carraspeó.

—¿Con esas palabras?

—Sí, señor. La nota está arriba, a su lado. La habitación, cerrada. El médico se encuentra con la esposa. Es una mujer muy fuerte, lo está encajando con mucho valor, sin asomo de histeria, aunque por su aspecto se diría que habría que enterrarla con él. No es de

extrañar, pobrecita.

—Gracias.

Matthew tendió la mano para que Roberts le entregara la llave, luego se volvió y subió la escalera dejando al sargento abajo. Sabía dónde estaba el dormitorio. Parecía que hubiese estado allí hacía solamente unas horas.

Abrió la puerta después de tantear por un momento la cerradura, luego entró y la cerró a sus espaldas. Las cortinas corridas sumían la habitación en la penumbra, pero en vez de descorrerlas encendió la luz eléctrica.

Wheatcroft yacía encima de la cama. Al parecer no se había desvestido la noche anterior, o se había levantado y vestido aquella mañana. A juzgar por el aspecto de su cara, también se había afeitado. Matthew le tocó el semblante exangüe. Estaba frío. ¿Llevaba horas muerto? Se lo veía consumido y demacrado, como si acusara los estragos de una larga enfermedad.

¿Lo había empujado a aquello la desesperación? ¿Y qué repercusiones tendría para Corrachier? ¿Sería éste otro golpe que encajar? Desde luego no bastaría para detener la acción judicial contra Wheatcroft.

Matthew cogió la nota. Era bastante larga y no iba dirigida a nadie en concreto, ni siquiera a su esposa, como habría cabido esperar. En ella, Wheatcroft mencionaba su trabajo y su entrega a él, y decía que su sucesor, Marlowe, carecía de contactos para llevarlo a buen puerto.

Después de eso, el contenido concordaba a grandes rasgos con lo que le había dicho Roberts. Wheatcroft proclamaba su inocencia y se declaraba incapaz de hacer frente a la humillación. Decía que no entablaría batalla en público sabiendo que no podía ganarla; pero no culpaba a Corrachier, lo cual era significativo.

Matthew dobló la carta y se la guardó en el bolsillo. Revolvió los papeles, cartas, notas de reuniones y diarios, pero no encontró nada más que pudiera ayudar ni perjudicar a Corrachier.

Finalmente se marchó para informar a Shearing. Se sentía desdichado, abrumado por la culpa y sin embargo confundido sobre qué podría haber hecho de otra manera. Tal vez Wheatcroft fuese culpable, después de todo, y todo el asunto se redujese a una serie de errores pequeños y profundas tragedias. Quizás el Pacificador se había limitado a aprovechar la oportunidad para servirse de su debilidad y utilizarla con el fin de destruir a Corrachier.

¿Era ese suicidio resultado de los remordimientos de Wheatcroft por haber acusado a Corrachier? No había admitido abiertamente la mentira —quizás eso fuese pedir demasiado, pues habría puesto en peligro el bienestar de la familia—, pero la acción judicial contra Corrachier tendría que abandonarse.

Otra víctima del Pacificador, intencionada o no.

¿Había suscitado la entrevista de Matthew con Wheatcroft ese sentimiento de culpa?
¿O la había ido alimentando Sandwell, sutil y despiadadamente, después de su conversación de Matthew la noche anterior? Seguramente nunca lo sabría.

* * *

6

A esas alturas Joseph había concluido su infructuosa investigación sobre la muerte de Northrup. Cumplió con las formalidades para que Hook pudiera decirle al general Northrup con toda sinceridad que se había hecho lo posible por determinar la verdad acerca de la muerte de su hijo y que si había alguien que supiera más y estaba dispuesto a hablar, tenía que contarse entre las miles de bajas que se producían a diario.

Transcurridas setenta y dos horas Joseph fue a ver a Hook a su refugio. Hacía otra mañana gris; un velo lloroso de nubes cubría el cielo. La lluvia parecía haberlo mojado todo. No quedaba un palmo de suelo seco; ni un alimento o equipo intacto. Todo goteaba, rezumaba, patinaba y resultaba pegajoso al tacto. El pan se ponía mohoso antes de llegar a las trincheras de vanguardia, las guerreras no se secaban jamás, las botas y calcetines estaban siempre empapados. Los hombres iban con el pelo pegado al cráneo, y su pálida piel brillaba por la humedad, manchada de barro y sangre.

Joseph resbaló en un escalón y se dio un golpe contra el dintel de madera cuando bajaba al refugio. Hook levantó la vista al oírlo y lo invitó a entrar.

—Buenos días, Reavley —dijo con voz ronca, con el rostro pálido y surcado de arrugas por el agotamiento.

Joseph dejó caer la arpillera sobre la entrada y se puso firme.

—Buenos días, mi coronel. —Dio el parte de bajas según le constaba y mencionó los nombres de los fallecidos que sabía que Hook había conocido en persona. Luego pasó a zanjar la cuestión de la muerte de Northrup.

»He efectuado cuantas indagaciones he podido, mi coronel. Si ocurrió lo que temíamos, nadie dice nada. Por supuesto, no tendría que haber sucedido pero, habida cuenta de las circunstancias, recomiendo encarecidamente que cerremos el caso. A mi juicio hay dos respuestas posibles: o bien todo el asunto no es más que una indiscreción fuera de lugar por parte de hombres enojados y desmoralizados, cosa que sería lo mejor para todos, y especialmente para el propio general Northrup, o bien se dio un caso muy lamentable de indisciplina pero los implicados han muerto a su vez. No hay modo de determinar cuál de estas dos opciones es cierta y, por respeto al comandante Northrup, que no puede defenderse por sí mismo, no debería hablarse más de ello.

Hook le dedicó una mirada cargada de amargo humor.

—¿De verdad ha interrogado a la tropa?

—Sí, mi coronel.

Lo había hecho, por más que no hubiese esperado ni deseado hallar la respuesta.

—Gracias, Reavley. Informaré al general Northrup. Supongo que no quedará complacido pero tendrá que resignarse.

Sólo que Northrup no se resignó. Mandó llamar a Joseph y le exigió una explicación

más detallada, sin que Hook pudiera hacer nada para proteger al capellán de él. La reunión se celebró otra vez en el refugio subterráneo de Hook, a primera hora de la tarde. Joseph había pasado casi veinte horas seguidas atendiendo a los heridos y los moribundos, acarreando parihuelas sin cesar, abriéndose paso con dificultad en el barro y en las tortuosas trincheras aún transitables pese al agua cada vez más profunda. Había visto morir entre dolores indescriptibles a jóvenes que conocía y apreciaba.

Se las había arreglado para hurtarle un par de horas al sueño, con el cuerpo magullado, calado hasta los huesos y tiritando de frío. Ahora procuró alisarse la ropa con las manos entumecidas, se refrescó la cara con agua relativamente limpia y fue a presentarse de nuevo ante Hook. No disponía de tiempo para afeitarse, ni siquiera para intentar encender una llama y calentar agua con que preparar una taza de té.

Fuera, la tierra olía a muerte. La luz era gris y el aire bochornoso.

Dentro del refugio había una lámpara de aceite encendida; la llama se reflejaba roja y verde en los lomos de unos libros apilados. Joseph vio al general Northrup de inmediato. Estaba delgado y un poco encorvado, con el rostro crispado de ira.

Joseph se puso firme irguiendo la espalda con esfuerzo. Los músculos del torso se le contrajeron con una punzada de dolor que le impidió llenar los pulmones de aire.

Hook habló con voz áspera.

—He transmitido su informe al general Northrup, capitán. No obstante, él ha hecho ciertas averiguaciones por su cuenta y no está de acuerdo en que hayamos agotado todas las posibilidades.

—No se me ocurren otras, mi coronel —dijo Joseph con testarudez. Le constaba que Hook estaría dispuesto a respaldarlo a él y a los hombres.

Northrup no aguardó a que Hook contestara y se le adelantó, dirigiéndose directamente a Joseph. Su voz destilaba dolor y desprecio a la vez.

—Puedo entender su deseo de proteger a sus hombres, capellán. Incluso me parece comprensible su renuencia a creer que alguno de ellos sea capaz de cometer semejante crimen. Pero si queremos tener derecho a afirmar que luchamos por unos valores civilizados, un estilo de vida aceptable para el hombre y para Dios, entonces no podemos apartar los ojos de la verdad sólo porque no es como deseamos o nos resulta más cómodo no enfrentarnos a ella.

La rabia dejó a Joseph sin habla. La palabra «cómodo» era una blasfemia en aquella puerta del infierno anegada en sangre. La repitió con voz áspera, apenas inteligible, como el graznido de un animal que le surgía del fondo de la garganta.

Hook percibió la advertencia que encerraba; Joseph estaba al borde de perder el dominio de sí mismo. El coronel se apresuró a intervenir.

—Capellán, el general Northrup ha estado hablando con la tropa y cree que el cabo Fuller puede estar implicado en el suceso y saber qué ocurrió. Insiste en que lo

interroguemos, presionándolo si es necesario.

—¿Punch Fuller? —Joseph se extrañó—. Hace días que no lo veo. Debe de estar... —pestañeó, tratando de contener su emoción— ... entre los muertos.

Punch siempre le había caído bien, con su cara tan fea pero simpática y su inagotable memoria para las letras de las canciones, ya fuesen originales o inventadas.

Un nervio tembló en la mejilla de Northrup.

—¡No está muerto, capellán! Ni siquiera herido. El cabo Fuller está de permiso en París, sin duda pasándolo en grande. Si luchamos por algo, tiene que ser por el honor. Si ya lo hemos perdido, no queda nada que ganar o que perder que valga la pena. —Enronqueció al proseguir—. No voy a enterrar a mi hijo como víctima de un asesinato cobarde y guardar silencio al respecto. No sé si usted lo haría, tampoco es asunto mío, pero si así fuese le compadezco, y aún compadezco más a quienes le quieren y confían en usted. ¿Qué servicio va a prestar a sus hombres, capellán, si no tiene el valor ni la fortaleza de respetar y defender la verdad o el honor del Dios al que eligió servir?

—General... —comenzó a protestar Hook, inclinándose un poco hacia delante, de modo que la luz de la lámpara le iluminaba la amarilla piel.

Joseph no podía permitir que el coronel se lanzara a una defensa que no estaba dispuesto a hacer para sí mismo.

—General Northrup —dijo Joseph volviéndose hacia él—, si el cabo Fuller sabe algo sobre la muerte del comandante Northrup, iré a París, con el permiso del coronel Hook, para encontrarlo y averiguar de qué se trata. Siempre y cuando, claro está, usted considere que así rendiré mejor servicio a mis hombres que quedándome aquí.

No lo formuló como una pregunta, más bien como un desafío. Clavó la vista en los ojos cansados y doloridos de Northrup.

El general pestañeó.

Fue Hook quien contestó.

—Me parece que debería intentarlo, Reavley. Podrá dormir un poco en el tren, ponerse ropa seca y quizá comer algo caliente. Tómese un par de días para ello, de todos modos.

—Sí, señor. ¿De inmediato?

—Más vale —contestó Hook—. Si Fuller regresa sin que haya dado usted con él, quizá no se presente otra ocasión.

Miró a Northrup de reojo pero éste ni se inmutó. Para el general no existía otra cosa que la justicia; parecía inmune a la cercana certidumbre de la muerte en batalla.

—Sí, mi coronel.

Joseph saludó y se marchó.

Estaba tan cansado que durmió durante casi todo el viaje desde Ypres hasta París, apretujado en un asiento entre soldados que se iban de permiso, unos cuantos oficiales del Estado Mayor y varios civiles silenciosos e incómodos. Los traqueteos y las sacudidas del tren no perturbaban su sueño, ya que prácticamente no los notaba. El agotamiento le concedió unas pocas horas de inconsciencia, y cuando por fin se apeó en la estación y puso en orden sus ideas fue para plantearse a cuál de las numerosas zonas en que solían alojarse los soldados de permiso en París debía dirigirse para comenzar la búsqueda de Punch Fuller.

Había oído a muchos hombres bromear sobre los music halls que seguían abiertos, los clubes nocturnos, los cafés y los burdeles.

Joseph se quedó plantado a la salida de la estación contemplando la calle, oyendo el trote de los caballos y el rumor de los neumáticos sobre el adoquinado húmedo, las bocinas estridentes de los coches y los alaridos desafinados de alguien que cantaba a voz en cuello, borracho perdido. Un chaval con una gorra que le quedaba grande vendía periódicos; negros titulares que contabilizaban más bajas en Passchendaele, en Verdún, en el Somme y a lo largo del resto del Frente Occidental. Un grupo de marineros iba caminando con brío, con los bajos del pantalón golpeteándoles los tobillos. Pasó una ambulancia conducida por una mujer.

A Joseph lo invadió la abrumadora sensación de estar perdido pese a que había visitado París muchas veces, antes de la guerra y también de permiso. Hablaba francés pasablemente desde el colegio. No era que no le importara Francia o que no apreciara su genio, su historia y su cultura, sólo que añoraba el terruño, los modismos de su propia gente. Echaba en falta cosas en las que no tenía que pensar, lugares a los que sus pies lo llevaban sin necesidad de que él los guiase. Estaba demasiado cansado para ponerse a buscar a un hombre en aquella ciudad agotada y triste que había vivido los tres últimos años con el enemigo a la vuelta de la esquina, procurando mantener la compostura riéndose del desastre, fingiendo que éste nunca llegaría. Sólo Dios sabía cuántos de sus hijos no regresarían jamás. ¿Oían los cañonazos mientras dormían?

Pronto anochecería. Tenía que buscar alguna clase de alojamiento para pasar la noche, a lo sumo dos más, y luego se daría por vencido. En realidad no tenía ganas de encontrar a Punch Fuller, pero debía intentarlo. Maldito fuese el comandante Northrup por su ciega y arrogante estupidez, y maldita la obstinación de su padre, que en vez de dejarlo descansar en paz se empeñaba en descubrir una verdad que arrancararía las costras de sus heridas cuando la conociera.

Joseph encontró una habitación; era pequeña y cara pero estaba bastante limpia. La patrona le hizo una tortilla a las finas hierbas por la que le cobró un precio de extorsión. Pero fue lo mejor que él había comido desde principios de primavera y así se lo hizo saber lleno de gratitud. No había té, y el café era amargo, pero al menos se lo sirvieron en taza, no en una perola, y no dejaba el consabido regusto a aceite.

Joseph durmió hasta tarde, vagamente desasosegado por la comodidad de la cama y

el silencio reinante comparado con el ruido de las armas al que estaba habituado. Tendría que haberse sentido arropado por la tranquilidad, pero no fue así.

Volvió a salir a la calle y lo primero que hizo fue preguntar en una media docena de hoteles modestos donde sabía que los hombres se hospedaban cuando iban a París. Se dejó puesto el alzacuello para que nadie sospechara que su búsqueda ocultaba alguna mala intención, aunque de poco le sirvió. Daba el nombre de Punch Fuller y lo describía con bastante detalle: la nariz larga y el mentón afilado, sus andares un tanto bamboleantes, su agudeza mental. Los hombres a quienes interrogaba lo miraban inexpresivos o con manifiesta hostilidad.

Luego probó suerte en los cafés, los bares y otros establecimientos, sin éxito. Hacia la medianoche se encontró por enésima vez con una copa de tinto peleón en la mano, en un club nocturno en el sótano de un hotel antiguo. Entre los parroquianos había un buen puñado de soldados británicos. Parecían resueltos a permanecer despiertos cada hora de su breve permiso, a saborear hasta la última bocanada de atmósfera cargada de humo y olor a vino, a escuchar cada nota que tocaran los tres músicos del escenario. Una mujer muy delgada de mediana edad cantaba con una voz lánguida y llena de congoja que parecía reflejar los sentimientos de pérdida de aquel grupo de jóvenes cansados y asustados, y de todos los demás que había en la ciudad e incluso por toda Francia.

De pronto Joseph no pudo seguir apartando de su mente la conciencia de cuánto había cambiado todo desde que había estado allí durante un permiso demasiado breve para irse a casa. Sólo habían transcurrido tres meses, pero todo parecía más desastroso, había más sillas rotas sin componer, más marcas en las mesas, ventanas resquebrajadas, lámparas a las que les faltaban trozos de cristal coloreado. Desde su asiento no veía más que aquella habitación, pero en su mente trasladaba sus observaciones a todo lo demás. El café era aguado y amargo. Los rostros de las mujeres, tristes, desconsolados. La gente llevaba ropa remendada y parcheada, con restos de estilo un poco más desesperados que no representaban un canto a la alegría sino un grito de desafío. En la calle la basura sin recoger se amontonaba en las alcantarillas, y varias ventanas estaban cerradas con tablas porque no había cristal para arreglarlas.

La camaradería seguía estando presente, así como la ira, el dolor y algún retazo de sentido del humor irónico. Pero el caparazón era fino y en cualquier momento se podía romper.

Joseph tomó un sorbo de vino y observó al grupo de soldados del bar. Ninguno de ellos aparentaba más de veinte años; varios parecían tener bastantes menos, quizá dieciséis o diecisiete. Se reían demasiado. Pensaban que fingían ser valientes, conscientes de que uno o dos días después regresarían a que los mataran. Joseph sabía que su valentía era real. Detrás de los chistes malos, de los rostros blanquecinos y brillantes por el sudor del miedo y el disimulo, del olor a humo de cigarrillos —Gauloise y Woodbine mezclados—, detrás de los uniformes sucios, del vino barato, cada hombre estaba desesperadamente solo.

El líder de la orquesta presentó una canción de Cole Porter. El joven compositor

estaba en algún lugar de París llevando una vida mundana, según había oído Joseph, pero sin duda se encontraba en un lugar mejor que aquél, más sofisticado.

Joseph decidió que debía reanudar la búsqueda de Punch Fuller. Tenía que decirle al general Northrup que lo había intentado. Qué estúpido. La verdad sólo haría daño a todo el mundo, a él más que a nadie.

No obstante, al capellán no le cabía la menor duda de que un inglés había disparado contra el comandante Northrup a propósito para evitar que sus órdenes acarrearán más destrucción y más sacrificios inútiles entre sus camaradas. ¿El deber exigía que uno muriera sin sentido? Si Punch se lo preguntara, ¿qué le contestaría Joseph?

No tenía ni idea. Muchas de las viejas certidumbres se habían esfumado. Antes habría sabido qué decirle exactamente a Morel sobre el honor y la autoridad. Ahora entendía que Morel creyera que su deber era proteger a los hombres cuyas vidas tenía a su cargo, salvarlos de los incompetentes que no dudarían en abusar de su lealtad de la manera más espantosa a cambio de nada, sin saber siquiera lo que les estaban pidiendo.

Había intentado discutir otra vez con Morel. Recordaba la conversación al pie de la letra.

—¡No puedes incitarlos al amotinamiento! Piensa en las consecuencias. Los ejecutarán.

—Qué horror —había dicho Morel con sarcasmo—. Hombres valiosos ejecutados.

Joseph se había quedado perplejo, buscando algo que decir, un núcleo de fe en su interior al que aferrarse y que le diera ardor y convicción. Por descontado, no había hallado nada, y Morel lo supo tan bien como él. Había fracasado.

Notó una mano en el hombro y al volverse vio a un hombre que le sonreía. Era alto y moreno, con la nariz larga y los ojos chispeantes de vivo e irónico ingenio. Justo ahora había una extraña ternura en él, un instante de emoción descarnada.

—¿Sam? —dijo Joseph con voz ronca, presa del asombro y la alegría. Era Sam, ¿cierto? Sam Wetherall, sobre cuya tumba había llorado aun cuando sabía que no era el cuerpo de su amigo el que yacía enterrado, sino el de otro soldado que llevaba sus chapas. Lo habían arreglado entre los dos. Fue la única salida tras la muerte de Prentice una vez que Joseph se enteró de lo ocurrido.

Sam sonrió de oreja a oreja.

—Tienes un aspecto horrible, Joe. Pero aun así me alegra verte. No armes un alboroto.

El corazón de Joseph latía aceleradamente a causa del sobresalto, pero también con esperanza y una intensa sensación de alivio. Ya no cabía ninguna duda. Sam estaba vivo.

—¿Qué haces aquí? —consiguió preguntar Joseph aunque tenía los labios secos y un nudo en la garganta. Sam no iba de uniforme—. ¿Estás de permiso?

Seguro que había sido incapaz de abandonar el ejército a pesar de su nueva identidad.

¿Acaso había desertado? Era imposible, si seguía siendo el Sam que él había conocido. Joseph se dio cuenta de que temblaba de miedo. Su fe en Sam era una de las pocas certidumbres en las que confiaba. No quería ponerla a prueba.

Sam se acomodó en el taburete vecino.

—Seguí el ejemplo de tu hermano —dijo en voz muy baja.

Joseph lo miró fijamente, tratando de comprender. ¿El Servicio de Inteligencia? Pero Sam era zapador, especialista en cavar túneles bajo las líneas enemigas, escuchar, colocar minas, hacer saltar por los aires las defensas enemigas. Tal vez los espacios angostos y la claustrofobia le habían afectado finalmente. Tarde o temprano le sucedía a la mayoría de los hombres. Demasiados acababan enterrados vivos a causa de los derrumbamientos, ahogados en el fango y los escombros, aplastados por los desprendimientos.

Joseph se percató de que sonreía simplemente porque Sam estaba vivo. Rememoraba conversaciones que habían mantenido en el frente en 1915, cuando la guerra acababa de estallar. Entonces pensaban que duraría menos de un año. Se hablaba de gloria, de heroísmo y de sacrificio. Ahora sólo había muerte, una muerte incesante y absurda. Y los soldados aún eran más jóvenes.

—¿Aquí, en París? —preguntó en voz alta, casi neutra.

—Principalmente. —La mirada de Sam se perdió en el infinito—. ¿Cómo está el regimiento?

No preguntaba por nadie en concreto, pero Joseph pensó en los hombres que Sam había conocido y que ahora estaban muertos. No había necesidad de entrar en detalles.

—Nunca se te dio bien mentir, Joe —dijo Sam interrumpiendo sus esfuerzos por inventar una buena respuesta—. ¿Quiénes han muerto? ¿Todos?

—¡No! —contestó Joseph demasiado deprisa, pensando en aquellos cuya camaradería había sido tan valiosa—. Sólo unos cuantos: Tucky Nunn, Eardslie, Chichen Hagger, Lanty y Bibby Nunn, Doughy Ward y los dos hermanos Arnold.

La mano de su amigo le apretó el brazo. Sam no dijo nada. Nunca había sido de los que hablaban de más.

El camarero le sirvió un poco de absenta a la que no hizo el menor caso.

—Estoy buscando a Punch Fuller —dijo Joseph en voz baja.

—¿Ha desertado? —preguntó Sam un tanto sorprendido—. Pobre diablo. ¿Es ésta la mejor misión que pueden asignarte, enviarte a París en pos de los desdichados que han llegado al límite de su resistencia? —Frunció el ceño—. Si realmente se ha largado, Joe, no tiene sentido que lo busques. Es una víctima de la guerra. No puedes salvarlo.

—No, no ha desertado —repuso Joseph despacio. Quizá no debiera contárselo a Sam, pero sabía que de todos modos lo haría. No tenía idea de qué había hecho éste en los espantosos años transcurridos desde que se separaran, justo después de que Sam saltara el

parapeto aquel día de la primavera de 1915. Pero era el mismo hombre con quien había compartido galletas de chocolate, sentado en el refugio mientras intercambiaban anécdotas y recuerdos de los buenos tiempos, de la Inglaterra que amaban y de un pasado que devenía más remoto día tras día.

Sam aguardaba, observándolo. Tenía el rostro más delgado que antes, las arrugas más marcadas. Joseph a duras penas alcanzaba a figurarse el dolor que le habría causado perder su identidad, dejando huecos inimaginables de soledad, personalidad y pesar. Nunca podría regresar a Inglaterra, a sus colinas y campos, sus pueblos, el ritmo y la musicalidad del habla, la historia común que enmarcaba hasta las cosas más simples.

¿Se había equivocado Joseph al ofrecerle aquella salida? Había deseado tanto que Sam sobreviviera, que en su momento la decisión le pareció la acertada, la única posible.

—Mataron a un oficial —dijo en voz alta, mirando a Sam otra vez—. El caso podría haberse cerrado sin armar un escándalo, habida cuenta de las bajas, pero otro maldito corresponsal de guerra lo descubrió y no me dejó alternativa. El padre del muerto es un general y está empeñado en que se haga justicia, en limpiar el nombre de su hijo y, por supuesto, en que juzguen y fusilen a quien lo asesinó.

—¿Qué pinta Punch Fuller en todo esto? ¡No me digas que vuelves a jugar a los detectives, Joe!

—No por gusto —contestó Joseph, casi ahogado por los recuerdos. Si la última vez hubiese sido más sensato, Sam aún serviría en el Ejército británico bajo su propio nombre y, si sobrevivía a la guerra, sería libre de regresar a casa a reunirse con su hermano.

Sam lo leyó en su mirada. Sonrió.

—No te culpes por ser quien eres, Joe. Yo no lo hago. Nunca quise que te traicionaras a ti mismo, y eso es lo que habría pasado.

—No quiero saber quién mató a Northrup —replicó Joseph—. Además, sé por qué lo mató. Ese hombre era un idiota, y peligroso.

—El viejo dilema de la lealtad —comentó Sam en voz baja—. ¿Debes violar los viejos principios para salvar a tus amigos, o responder a tu conciencia y dejarlos morir?

—Antes pensaba que estaba seguro de muchas cosas —se lamentó Joseph—. Ahora sólo estoy seguro de los valores de la humanidad, de la valentía, el honor y la compasión. Mantener la palabra dada, cueste lo que cueste. Mirar adelante aunque estés tan aterrado que se te suelte el vientre. Ayudar a quien puedas, a cualquiera, sea quien sea, sin importar lo que creas que haya hecho. No pensar, sólo aliviar el dolor. Quedarte a su lado, no abandonarlo. No juzgar. Sam lo miraba con ternura.

—¿Y qué pasará si regresas sin encontrar a Punch Fuller? —preguntó.

—Que el general Northrup seguirá buscando a quienquiera que haya matado a su hijo e intentando demostrar que fue un asesinato, hasta que un día descubra que su hijo era un idiota y que los hombres lo odiaban. Entonces hará que alguien cargue con la culpa y verá

satisfechas sus ansias de venganza.

—¿Quieres decir que se conformaría con mentiras con tal de conseguir el resultado que desea?

—Algo por el estilo.

—Supongo que ya se te habrá ocurrido echarle la culpa a un muerto —dijo Sam—. Dios sabe que los hay de sobra. Joseph sonrió, consciente de la ironía.

Sí, lo he pensado. Pero no tengo demasiadas posibilidades de salir airoso de eso si no sé qué ocurrió realmente. Punch Fuller quizá pueda contármelo.

Sam puso los ojos en blanco.

—¡Vamos, Joe! ¡Si lo hace, será a título de confesión! No te servirá de nada. ¡Por el amor de Dios, ten un poco de sensatez!

—No me servirá para demostrar nada —convino Joseph con una sonrisa lastimera—. ¡Pero el caso es que en realidad no quiero hacerlo!

Sam enarcó las cejas.

—¿En serio? ¿Vas a dejar que se salgan con la suya tras asesinar a un oficial porque pensaban que era un incompetente? ¡Caramba, sí que has cambiado! —Había algo de humor sarcástico en su expresión, pero también inquietud, un brillo de miedo en el fondo de sus ojos.

Joseph se dio cuenta, no sin cierto asombro, de que a pesar de las mofas, las bromas y la risa, Sam quería que se aferrara a sus creencias. Que él no las compartiera, o fingiese no compartirlas, era irrelevante. Quizá mientras Joseph actuase así, Sam tendría la impresión de que había alguna certeza en el mundo; como último recurso, algo en que confiar. Cuando todo lo demás quedase destruido, quizás aquello perduraría.

Tal vez en eso consistía realmente la tarea de un capellán, no en enseñar a los demás a creer sino en mostrarse como creyente. Defender no tanto una fe en concreto como la fortaleza de la fe, su capacidad de durar más que lo demás. Tenía que hacerlo ahora, a modo de regalo para Sam, después de todo lo que le había arrebatado.

—Es una cuestión de sopesar las lealtades —comenzó con delicadeza—. Por un lado está la lealtad de los hombres entre sí, después de pasar tres años en las trincheras viviendo juntos y, antes de que esto acabe, muriendo juntos. Contrapongo eso a la indudable incompetencia de Northrup y no estoy muy seguro de que quien lo hiciera obrase mal ni de que yo esté dispuesto a forzar las cosas para asegurarme de que lo ahorquen por ello. Sobre todo ahora. Tal vez no lo sepáis quienes estáis aquí, en París, pero todo el frente británico está al borde del amotinamiento y dudo que tenga estómago para digerir una injusticia tan flagrante como ésta. No sé si llevo razón, Sam. Hay muchas cosas por las que no sé si pediría a otro hombre que pagara. Pagaré yo mismo. Quiero saber qué ocurrió. Cuando lo averigüe, regresaré y se lo contaré al coronel Hook... Y al general Northrup, si quiere saberlo.

—¿Estás seguro de que el oficial muerto era un imbécil, más que la mayoría? —preguntó Sam meditabundo.

—Sí, lo estoy. Fui testigo de algunas de sus chapuzas. Nigel Eardslie murió como resultado de ello. Edgar Morel está dispuesto a encabezar un motín, me parece.

Sam sonrió y sus ojos refulgieron de forma asombrosa.

—Mis disculpas. No has cambiado un ápice. Sólo te has vuelto un poco más complicado, nada más. Serías un buen jesuita, si sobrevives a la guerra.

—Los jesuitas son católicos —señaló Joseph, aunque reconfortado por la reacción de su amigo—. ¿Me ayudarás a buscar a Punch Fuller? Seguro que conoces París mucho mejor que yo. ¿Se te ocurre a quién puedo preguntar? Dispongo de poco tiempo para investigar.

Sam permaneció inmóvil por unos instantes.

—Sí, hay alguien a quien puedo preguntar —respondió al fin—. Si le digo que necesitas saberlo por una buena razón, te ayudará. Pero tendrás que fiarte de mí, Joe. Nada de preguntas, nada de informar a nadie, ni para demostrar nada, ni para salvar una vida. Hay muchas más vidas que dependen de ello. ¿Me das tu palabra?

—Te doy mi palabra —prometió Joseph sosteniendo la mirada de Sam.

Éste echó un vistazo a la absenta y optó por no tocarla. Dejó unas cuantas monedas sobre la barra, se levantó y Joseph salió tras él del club por la empinada escalera que conducía a la calle. Era de noche y seguía cayendo una lluvia muy fina, una especie de neblina que lo cubría todo de un resplandor húmedo bajo las pocas luces que aún había encendidas.

—¿Estás en condiciones de caminar? —preguntó Sam en voz baja—. Casi todo son callejones. Hay que cruzar el río.

—¡Claro que puedo caminar! —dijo Joseph de manera enérgica aunque sin aspereza—. ¡Podría llevarte a hombros si fuese necesario!

—Tenemos algunos problemas —le advirtió Sam alegremente, a punto de echarse a reír en la oscuridad—. No siempre sabemos quiénes son nuestros amigos. Sígueme y no digas nada.

Atravesaron juntos la parte vieja de la ciudad recorriendo callejones y callejas de épocas anteriores a la gran reforma urbanística de Napoleón: lugares con ecos de los pasos de los revolucionarios y por los que había corrido la sangre. Ahora guardaban los susurros furtivos de otros secretos, temores y pesares.

Cruzaron el río hasta la Ile de la Cité. Había dejado de llover y el agua relucía bajo la pálida luz de la luna. Una hilera de barcazas se perfilaba en negro sobre la superficie brillante. Todo estaba mojado. El aire trajo unas notas de saxofón y se las llevó. En algún sitio se oyó una carcajada.

Sam habló con alguien en murmullos, y pocos minutos después Sam y Joseph

cruzaron el río de nuevo hasta la margen izquierda. Hubo otros intercambios de palabras murmuradas, algunos muy breves.

Debían de ser más de las dos de la madrugada cuando por fin Sam bajó a un sótano por una escalera empinada y desvencijada. Una única llama ardía en una lámpara de cristal dejando casi toda la habitación en penumbra.

—¿Monique? —dijo Sam en poco más que un susurro.

Ella le contestó en francés, sólo una palabra para hacerle saber que estaba allí. Joseph, forzando la vista para discernir algo entre las sombras, estuvo seguro de que allí había al menos otra persona más.

—Tenemos que encontrar a un soldado británico —le explicó Sam a la mujer y a quienquiera que estuviera con ella—. Éste es el capellán Joseph Reavley. Lo conozco desde el quince. Es de fiar.

—¿Desertor? —preguntó Monique—. Si es así, me sorprende que hayáis venido. No puedo hacer eso, y lo sabes. Sobre todo si tiene información sobre los planes de los alemanes. ¿Es zapador?

Joseph tomó aire para hablar pero entonces recordó que había prometido a Sam que permanecería callado.

—Sabe la verdad sobre una ejecución —contestó Sam—. Mi amigo quiere evitar que fusilen al hombre equivocado. Hay que aclarar el asunto cuanto antes. El tipo que busca es de un regimiento de Cambridgeshire, se llama Punch Fuller. Ahora mismo está en París de permiso.

La mujer se volvió hacia Joseph, acercándole un poco la lámpara para estudiar su rostro. El capellán no apartó los ojos sino que le sostuvo la mirada. Era hermosa, de una belleza dulce y rotunda a la vez, con la nariz pronunciada y la boca grande y delicada. Una nube de pelo negro acentuaba la palidez de su piel y las sombras que le circundaban los ojos.

La mujer miró a Sam.

—¿Respondes por él?

Sam no vaciló.

—Sí.

Monique dirigió la vista al hombre que estaba a su lado y por un momento el haz de luz se balanceó un poco hacia él. Joseph vislumbró unos grandes ojos grises y un rostro enjuto que denotaba una inteligencia extraordinaria. Luego Monique apartó la lámpara y los rasgos del hombre volvieron a ser indistintos.

—Si sigue en París, lo encontraremos —aseguró Monique—. Mañana a la una almorzad en el café Parnasse.

Sam le dio las gracias y agarró a Joseph del codo para conducirlo hacia la escalera y

salir de nuevo a la calle.

—¿Dónde te hospedas? —preguntó.

Joseph se lo dijo.

—Te acompañaré hasta un sitio desde donde sepas llegar solo. El café Parnasse está en la Rue Mazarin, cerca del río. Procura estar allí a la hora convenida. Es lo más que puedo hacer por ti.

—Gracias.

Sam no le preguntó qué haría si descubría que Punch Fuller estaba implicado en la muerte de Northrup. Había un delicado equilibrio entre ambos, el acuerdo tácito de que aunque lo estuviera, Joseph no promovería un consejo de guerra que pudiera salpicarlo. El éxito de la red de inteligencia para la que Sam trabajaba dependía de la libertad de información y de que nunca se usara con fines policiales, en beneficio personal ni para vengarse.

De lo poco que Sam había dicho, Joseph dedujo que se dedicaba mayormente a recabar información sobre los movimientos de las tropas alemanas. Sam había aludido en broma a las palomas mensajeras, y Joseph sabía qué utilidad tenían éstas en la guerra. Sólo le cabía imaginar el valor y la paciencia del sinfín de personas apostadas por toda Europa que vigilaban, escuchaban, tomaban notas y se jugaban la vida para informar a una única fuente, aquí en París, donde sus datos contribuirían a crear una visión general.

Caminaron uno al lado del otro, casi sin hablar. Había demasiado que decir y no tenían tiempo ni para empezar. Quizá la mayor parte de ello quedase implícito y el resto careciera de importancia esa noche. Los datos, los detalles, eran irrelevantes. Compartían la misma opinión acerca de la enormidad del cambio que habían sufrido desde la relativa inocencia de la época en que combatían en la misma trinchera, codo con codo.

Joseph hizo unas cuantas preguntas acerca de París, nada que pudiera ser un secreto; simplemente quería formarse una idea de cómo era la vida de Sam.

—¿Consigues comida decente?

Sam se encogió de hombros.

—Casi siempre. ¡Desde luego, mejor que la tuya! ¡Siempre defenderé a cualquier francés vivo contra un cocinero del ejército!

Joseph sonrió pese a que la voz empañada de Sam delataba su pena. Recordó las galletas de chocolate que el hermano de Sam había enviado y el té ardiente e imbebible.

—Es una labor importante —comentó para acto seguido preguntarse si había sonado condescendiente—. Y peligrosa. Debe de ser difícil saber en quién puedes confiar. Yo al menos sé dónde está el enemigo.

Entonces deseó no haber dicho eso tampoco. La vieja camaradería era tan valiosa que ahora en su recuerdo aquellos días casi parecían una época dorada, cuando en realidad

habían sido una espantosa pesadilla en todo momento.

—Trabajamos para averiguar hacia dónde irá Jerry a continuación —dijo Sam secamente—. Es como resolver una especie de puzle mental. Hay un puñado de tíos competentes, y mujeres también. La suya es otra clase de valentía. París no es mi hogar, pero tiene su encanto, como una mujer guapa a quien amabas antes de que enfermara. Merece la pena luchar para verla recuperarse, recobrar el color y el ingenio, vestirse otra vez con clase.

—¡Nos vemos en el café Parnasse después de la guerra! —propuso Joseph llevado por un impulso.

Sam le dio una palmada en el hombro.

—¡Hecho! —convino—. En el primer aniversario.

Ya divisaban el hospedaje de Joseph. Sam se despidió con un gesto leve, sonrió y, sin decir una palabra, se esfumó entre las sombras. La noche volvió a quedar vacía, desprovista de afecto y seguridad.

Joseph fue a su habitación. El frío que le atravesaba la piel hasta los huesos no tenía nada que ver con el tiempo, ni siquiera con su cansancio: era su manera de reaccionar a la pérdida.

Punch Fuller estaba en el café Parnasse a la una en punto. Flirteaba desvergonzadamente con una chica francesa que no tendría más de catorce años, aunque era guapa, con una magnífica melena rizada, y se la veía dueña de sí misma. Se mostraba muy paciente, haciendo caso omiso de él con desenfadada soltura.

—Hola, Punch —saludó Joseph cuando estuvo casi a su lado—. ¿Me serviría sopa y pan, por favor, mademoiselle? Se sentó en el asiento contiguo al de Punch.

Punch se sobresaltó.

—¡Hola, capellán! ¿Ha venido a apartarme de los caminos del pecado? Eso es muy poco solidario por su parte.

Miró a Joseph entrecerrando los ojos para ver si captaba que era una forma educada de pedirle que se marchara.

Joseph sonrió.

—No te he encontrado por casualidad, Punch. Me envía el coronel Hook.

Punch se quedó paralizado, ni siquiera volvió la cabeza hacia Joseph. Era un hombre de veintitrés años, poco agraciado con su nariz aguileña y su mentón prominente, pero no le faltaba ingenio y era un amigo leal.

—¿Y eso por qué? —preguntó precavido.

Joseph se había propuesto ir al grano; necesitaba que Punch le creyera.

—Pues porque el padre del comandante Northrup, el general Northrup, está haciendo

estragos en el regimiento, empeñado en descubrir quién mató a su hijo —contestó.

—No tengo ni idea de quién fue, señor —le aseguró Punch de inmediato.

—No, claro que no —dijo Joseph—. Yo tampoco. Ni siquiera estoy seguro de querer saberlo. Ese hombre era un imbécil. Pero el caso es que el general no se marchará hasta que tenga una respuesta, aunque sea equivocada y un hombre inocente termine ante un pelotón de fusilamiento.

Punch posó en él sus ojos azules y turbados.

—¿Y qué espera que yo haga al respecto, capellán? Su rostro traslucía la sospecha de que Joseph estaba tratando de manipularlo para que denunciara a alguien. Joseph tenía su respuesta preparada.

—No se marchará hasta que obtenga una explicación. Quiero encontrar una que resulte aceptable y me permita dejar de investigar.

—¿Como cuál, capellán? Si no lo hizo un Jerry tuvo que hacerlo uno de los nuestros.

—Cierto —concedió Joseph—. Con el número de bajas que tenemos a diario, seguramente fue alguien que a estas alturas ya está muerto también.

—Claro —dijo Punch asintiendo con la cabeza—. Aunque eso no será de mucho consuelo para la familia, ¿no? ¿Y cree que el general se lo tragará? Aparte de eso, capellán, ¿quién va a contarle una mentira? ¡Usted no!

Joseph se sintió a la vez complacido y frustrado por la fe de Punch en él. La siguiente parte de su plan estaba cuidadosamente planeada.

—Me consta que tú no sabes exactamente qué sucedió en realidad, Punch —comenzó—. Pero hagamos una especie de versión alternativa, algo lo bastante próximo a la verdad para que la gente se lo crea. El comandante era un lastre. No sabía lo que hacía y se negaba a aceptar consejos. Su actitud les costó la vida a varios hombres competentes, por no mencionar piernas y brazos destrozados, y alguna que otra amputación.

—Es verdad —confirmó Punch con cautela—. Todos lo sabemos.

—Por el momento, el general Northrup no —puntualizó Joseph—. Sigue negando tales acusaciones.

—¿Y por qué piensa que lo matamos, entonces? —inquirió Punch razonablemente.

—Buena pregunta —dijo Joseph con vehemencia—. Puedo encontrar toda clase de indicios de eso con suma facilidad. Y cuando lo haga, las personas que más sufrieron, o cuyos amigos murieron, se convertirán en sospechosas. Por eso no me he puesto a investigar a fondo todavía. Esperaba hacerle ver que la cosa va a ponerse fea y la reputación de su hijo quedará tan dañada como la de los demás. Pero no me hace caso.

—¡Pues déjelo correr! —protestó Punch—. ¡No puede señalar a un hombre u otro basándose sólo en quién fue la víctima!

—Eso ya lo sé.

—¡Pudo haberlo hecho mucha gente! —insistió Punch. Una idea cristalizó en la mente de Joseph.

—¿Te refieres a muchas personas juntas, Punch, o sólo a una entre un montón?

Joseph aguardó mientras Punch se devanaba los sesos.

—¿Qué pasaría... —dijo éste lentamente— ... si le dijera que fue un grupo de hombres, una docena o más; no un hombre enloquecido con ganas de matarlo, sino una docena que ya se había hartado y temía que seguirían muriendo hombres inútilmente si el comandante no se dignaba escuchar a alguien con más experiencia? Tal vez su intención era sólo darle un susto para hacerlo entrar en razón.

—¿Cómo iba a entrar en razón si le pegaban un tiro? —preguntó Joseph con desconfianza.

—No iban a matarlo, capellán, sólo a montarle un juicio, por decirlo así. Declararlo culpable de incompetencia, de ser el causante de la muerte de otros hombres, y fingir un fusilamiento para que se cagara de miedo.

Punch estudió el rostro de Joseph con seriedad, buscando su comprensión.

Las cosas empezaban a quedar bastante claras.

—¿Te refieres a un consejo de guerra con un tribunal irregular y arbitrario? —dijo Joseph en voz muy baja.

—¡Sólo es una suposición! —protestó Punch—. ¿Piensa que el general se lo creería?

—¿Que un tribunal formado por soldados pretendía juzgar a un oficial?

—No sólo soldados y cabos.

—¿Oficiales? —En realidad Joseph no estaba sorprendido—. ¿El capitán Morel?

—Y el capitán Cavan. Fue él quien tuvo que amputarle la pierna al pobre Matheson, sólo porque ese idiota le ordenó acarrear un maldito cañón de campaña a través del barro. ¡Todo el mundo le advirtió que era muy peligroso!

Tenía la voz tomada y el rostro pálido salvo por dos manchas de color en las mejillas. Miraba fijamente al capellán, retándolo a discutir.

Joseph estaba como atontado, ajeno a cuanto lo rodeaba. Era peor de lo que se había figurado. En teoría, hablaban hipotéticamente, pero ambos sabían que en realidad lo que Punch decía era la verdad. Si Cavan había estado implicado y Northrup llegaba a enterarse, se celebrarían un consejo de guerra que acabaría con algo más que con el regimiento. Cavan era uno de los mejores cirujanos de Ypres Salient y uno de sus hombres más valientes. Su recomendación para la Cruz Victoria había alegrado a cuantos hombres lo conocían. Si ahora le formaban un consejo de guerra por el asesinato de Northrup, les resultaría tan doloroso y absurdo a algunos que podría ser la gota que colmara el vaso y les quebrantara el espíritu, al tiempo que inflamaría los ánimos de otros propiciando el motín que estaba gestándose de manera latente en el fuero interno de hombres como Morel. No habría un

solo hombre en todo el frente que no considerase a Cavan diez veces mejor que Northrup, dijera lo que dijese la ley.

—¿Capitán Reavley? —dijo Punch angustiado.

—Sí. Sí, entiendo. Fue una farsa para asustar al comandante Northrup. ¿Qué salió mal?

—No lo sé, mi capitán. Se lo juro.

—Gracias.

—No iré a contarle al coronel Hook lo que le he dicho, ¿verdad? Lo negaré todo, señor. —Su mirada reflejaba tanto enojo como miedo.

—No, descuida —dijo Joseph con sequedad—. Ya te lo había prometido. Pero no puedo inventarme una historia que le parezca creíble al general si no sé la verdad. De esta manera ninguno de los hechos que puedan salir a la luz servirá para desmentirla.

—De acuerdo. Sí, lo entiendo. Gracias, capellán.

Oscurecía cuando Joseph encontró sitio en un coche del Estado Mayor que regresaba al frente. El aire bochornoso parecía adherirse a la piel. El cielo descolorido extinguía los últimos tonos cálidos de la tierra anegada. Tenues vapores de neblina le conferían una curiosa suavidad aunque sin ocultar en absoluto su desolación: los árboles desmembrados, los restos desnudos y chamuscados de las casas y las granjas. A ambos lados de las carreteras había desperdigados vehículos y cañones abandonados.

Joseph intentó preparar mentalmente lo que le diría a Hook. Le habría gustado no tener que proporcionarle detalles, pero comprendió que era inevitable que el coronel estuviese al corriente, pues de lo contrario no podría defenderse ante Northrup.

El coche avanzaba por una carretera llena de socavones, y Joseph percibió el hedor que le era tan familiar mucho antes de que llegaran a los puestos de avanzada más retirados de la línea de fuego. Estallaban las primeras bengalas, y gradualmente los estampidos de la artillería pesada marcaban los intervalos entre una incursión y otra. Un obús extraviado que explotó a unos cincuenta metros sacudió la tierra y levantó la pesada arcilla de Flandes hacia lo alto del cielo oscuro, como en una erupción. Casi todo sucedía a lo lejos, delante del coche, al otro lado de los bosques del mismo Passchendaele.

Tras dar las gracias al conductor que se había ofrecido a llevarlo y apearse, Joseph se alegró de que aún tuviese que caminar unos cientos de metros. Se sentía atacado por el ruido, casi agredido físicamente, pero necesitaba tiempo para acabar de poner sus ideas en orden.

Encontró a Hook en su refugio. Estaba estudiando unos mapas, aunque sin duda conocía todo el territorio de Ypres Salient mejor que su propio jardín. Había apartado el retrato de su esposa poniéndolo encima del gramófono, como si tuviera que dejar los dos de lado por el momento.

—Hombre, adelante, Reavley —dijo levantando la vista como aliviado de olvidar los

avances y retrocesos durante un rato—. ¿Ha descubierto algo?

—Sí, mi coronel —contestó Joseph dejando que la arpillera cerrara la entrada y cuadrándose tan bien como pudo. Fuera volvía a llover, las botas embarradas le pesaban y tenía las piernas mojadas hasta la rodilla—. Encontré a Punch Fuller y me contó buena parte de lo sucedido.

El semblante de Hook no se iluminó.

—¿A título de confesión?

Saltaba a la vista que deseaba que así fuese ya que entonces Joseph no se lo podría revelar.

—No, mi coronel. Más o menos hipotéticamente, me contó los hechos tal como podrían haberse producido —contestó Joseph con tristeza. Se mantuvo en posición de firmes, rehusando sentarse—. Lo cierto, mi coronel, es que pienso que el general Northrup preferiría no saber esto — afirmó con toda claridad —, y que no servirá de nada decírselo. El comandante era un oficial arrogante y con poca experiencia que sin querer causó la muerte de varios hombres competentes y heridas graves a otros. Suscitó mucho rencor entre casi todos los hombres, no sólo en unos cuantos. Cualquiera medida que tome usted afectará como mínimo a una docena de hombres, señor. Y tengo motivos para pensar que la muerte del comandante no fue intencionada sino accidental.

Hook estaba cansado. Indicó a Joseph que se sentara en un cajón de munición.

—Las dos cosas juntas no casan, Reavley —observó—. O bien una docena de hombres estuvo implicada porque él los enfureció hasta hacerles perder el control, o bien su muerte fue un accidente. ¿En qué quedamos? Y si va a decir que fue un accidente, no tendrá más remedio que presentar al hombre que realizó el disparo y demostrar que en efecto fue accidental. ¿Qué demonios hacía apuntando con un arma cargada a un oficial, en cualquier caso?

—No sé quién lo hizo, mi coronel —dijo Joseph con sinceridad. Era la única parte de la historia que no tenía que disfrazar.

—¡No intente jugar conmigo, Reavley! —le espetó Hook. Llevaba el uniforme arrugado y manchado de sangre. Tenía el semblante demacrado y ojeroso por el agotamiento—. ¡Ahí fuera mueren cientos de mis hombres a diario! —Le temblaban las manos—. ¡Tengo que quitarme a Northrup de encima para poder hacer mi trabajo! ¡O sabe usted lo que ocurrió o no lo sabe! ¿Qué le contó Fuller? Ha mencionado una docena de hombres. ¿Se refiere a un consejo de guerra arbitrario?

No tenía sentido negarlo. Era obvio que Hook lo sabía. Joseph sintió que la red de circunstancias se estrechaba en torno a él, pero estaba decidido a facilitar a Hook una salida.

—Sí, mi coronel, pero sólo con la intención de asustarlo para que aceptara consejos en el futuro. No para matarlo.

Hook tenía la tez pálida y la boca torcida hacia abajo con disgusto y pesar.

—¿Quién participó, Reavley? —Bajó la voz—. Tengo que saberlo.

Joseph lo miró de hito en hito. No cometería la misma equivocación esta vez. Estaba dispuesto a mentir, a servirse de evasivas, a lo que hiciese falta; y a cargar con su conciencia.

—No lo sé, mi coronel. Fuller me contó lo que ocurrió sin revelarme quiénes estuvieron implicados. Y le prometí que no lo traicionaría. A mi entender, es posible que los hombres lo sepan, señor, pero nadie dirá nada. No se les puede reprochar que su lealtad mutua prevalezca sobre un principio militar de obediencia a un oficial incompetente cuya estupidez va a costarles la vida a sus amigos. —Elijo las palabras deliberadamente—. Les debemos algo más que eso.

Hook se pasó ambas manos por la cara. Joseph llegó a oír el roce de la piel seca contra las mejillas sin afeitarse.

—No puedo permitirme el lujo de elegir mi propia moralidad, Reavley. Puedo contarle esto a Northrup pero no me creará de ninguna manera, pues esto convertiría a su hijo en una vergüenza para él. Y sentaría un precedente que nos haría la vida imposible. Verdad o mentira, el ejército no puede aceptar que eso sea justo.

—Entonces dígame que fue un accidente —le indicó Joseph—. Dejemos que el comandante Northrup siga enterrado con algún resto de honor. Será lo mejor para todos.

Hook soltó una carcajada que más bien sonó como un rugido seco.

—¡Lo intentaré!

Joseph pasó la noche trabajando con Cavan en el puesto de socorro, al que llegaban sin cesar casos de urgencia. Durmió unas pocas horas y luego fue a hacer compañía a los heridos y a los agonizantes y a ayudarlos en la medida de lo posible. Esencialmente se trataba de no dejarlos morir solos.

A las diez en punto Barshey Gee se personó para comunicarle que el coronel deseaba verle, y diez minutos más tarde Joseph se hallaba de nuevo en el refugio subterráneo de Hook, ahora ante el general Northrup, que estaba lívido y tan envarado que parecía tener la espalda arqueada.

—¿Está diciendo, capitán Reavley, que mi hijo fue asesinado de común acuerdo por una docena o más de sus propios hombres? —La voz le raspaba en la garganta como si le costara hacer llegar aire a los pulmones—. ¿En qué se ha convertido este ejército? ¿Somos un hatajo de bárbaros que no saben lo que es la ley? ¡No pienso renunciar a la humanidad ni a la decencia, capitán, por culpa de un puñado de vándalos tan desmoralizados por la bebida y el terror que se vuelven contra sus oficiales! ¿Qué ha sido de la integridad? ¿Cómo se atreve a plantarse ahí con el uniforme de un hombre de Dios y aprobar semejante... semejante iniquidad? —El cuerpo le temblaba y saltaba a la vista que le costaba controlar la voz.

—No, mi general, no he dicho que lo asesinasen —contestó Joseph con la mayor serenidad posible.

—¿Cómo llama usted a eso, entonces? —inquirió Northrup apasionadamente—. ¿Una docena de hombres armados contra un oficial desarmado? ¿Cómo se denomina esto en su terminología, si se puede saber?

—Obviamente usted conoce más detalles que yo, mi general —dijo Joseph fríamente—. Lo que me han contado es que los hombres suplicaron al comandante Northrup que tomara en consideración el consejo de soldados más experimentados aunque fuesen inferiores en rango. Como no entraba en razón y su actitud estaba costando vidas innecesariamente, emplearon la fuerza para obligarlo a escuchar, a fin de salvar su propia vida y la de sus compañeros. Su muerte fue accidental, no intencionada. No sé qué ocurrió ni quién estuvo implicado.

—Las listas de muertos y heridos bastarán para esclarecerlo —contestó Northrup—. Estos hombres proceden todos de los mismos pueblos, jugaban en los mismos equipos de fútbol, tocaban en las mismas bandas de música o lo que sea. Hasta un tonto podría averiguar quiénes tomaron parte en la conspiración, si se lo propusiera. ¡Da igual cómo empezara; terminó en asesinato! Y me encargaré de que se haga justicia.

—Mi general... —comenzó Hook, pero su rostro dejaba patente que ya había intentado exponer todos los argumentos a su alcance, sin éxito.

—Terminó en tragedia —corrigió Joseph—. Aquí casi todo termina igual, mi general. Creo sinceramente que sería mucho mejor para todos que dejáramos el asunto en una tragedia honorable. El comandante Northrup era un hombre respetado por sus hombres, que lamentan su pérdida. ¿En qué beneficiaría a nadie decir que era tan incompetente que sus hombres temían por su propia vida, y que lo mataron, desde su punto de vista, en defensa propia?

Northrup torció el gesto como si Joseph le hubiese asestado un golpe, pero no dio el brazo a torcer.

—No dudo que eso sea lo que usted preferiría, capitán, pero no es la verdad —dijo con voz ronca—. Todo indica que lo asesinaron unos hombres que perdieron la disciplina, presas del pánico. ¡Descubriré quiénes son! ¡Y si usted no me ayuda, lo haré yo solo! El cuartel general sabrá que usted intentó por todos los medios encubrirlo, y cargará con ese deshonor toda la vida. — Tragó saliva—. Me veo obligado a sospechar que su actitud se debe a que el capitán médico Cavan está involucrado, y a que la posibilidad de que el regimiento en el que usted sirve gane una Cruz Victoria provoca celos en usted. El capitán Morel, que es un renegado de la cabeza a los pies, fue alumno suyo en Cambridge, y usted lo está protegiendo deliberadamente. ¡No creo que me cueste mucho descubrir a los demás y, cuando lo haga, no tendrá más remedio que arrestarlos! —Se puso firmes, saludó a Hook y empujó a Joseph para tomar la escalera y salir al barro.

Hook se sentó y hundió la cara entre las manos.

Joseph no dijo nada. Sabía que como mínimo Cavan y Morel serían arrestados por la mañana y el resto seguramente en las siguientes veinticuatro horas. Lo había hecho tan bien como sabía y había fracasado.

* * *

7

Judith se despertó sobresaltada. Estaba tendida sobre una manta de ambulancia en el suelo de la tienda donde se había quedado dormida. No tenía la menor idea de cuánto tiempo había transcurrido. En su memoria, el día y la noche se confundían en un prolongado estruendo gris de cañones y motores, una oscuridad empapada de lluvia, rota por las bengalas y el resplandor de las explosiones.

Ahora, al parecer, hacía un día nublado y reinaba una relativa tranquilidad, pues sólo se oía un ruido sordo distante. Judith se estremeció porque tenía la ropa húmeda y le dolían los huesos a causa de la dureza del suelo.

—¿Ya es la hora? —preguntó automáticamente, pestañeando y procurando despejarse.

Wil Sloan, agachado junto a ella, aún le sujetaba el hombro con firmeza. Tenía el rostro pálido y reluciente de lluvia, y el pelo le goteaba. El agotamiento acentuaba sus ojeras.

—Ha ocurrido algo terrible —anunció con voz áspera.

El miedo se apoderó de Judith junto con una sensación de náusea. ¿Iba a comunicarle Wil que Joseph había muerto? Era lo que ella más temía. Se le hizo un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—Han arrestado a doce hombres por matar al comandante Northrup —dijo Wil—. Harrison ha venido a decírmelo.

—¡Doce! —La noticia la alivió y consternó a la vez—. ¿Doce? —Se apoyó en un codo—. Es ridículo. ¿Cómo es posible que doce..., todos a la vez?

—Por celebrar un consejo de guerra arbitrario —contestó Wil, justo cuando ella lo deducía por sí misma.

—¿Y lo fusilaron? —susurró Judith.

—Eso es lo que se dice. Pero el caso es que... Cavan estaba entre ellos.

Ahora Judith comprendió el horror de Wil.

—¿Cavan? —Era demasiado terrible para aceptarlo—. ¡Pero no pueden llevarse a nuestro médico! ¡Eso sería... monstruoso! ¡No es... no es posible!

—Ya lo han hecho —dijo Wil—. Y al capitán Morel.

Al incorporarse, Judith notó punzadas de dolor en los músculos.

—¿Por qué? ¿Cómo saben que fueron ellos?

Wil tenía una expresión sombría.

—Lo siento, Judith. El capellán fue a París, localizó a uno de los hombres que estaban enterados de lo ocurrido y, de un modo u otro, le sonsacó la información.

—¡No me lo creo! —soltó rotundamente. Joseph no haría algo así, menos aún después del incidente de Eldon Prentice y todo lo que había acarreado—. Seguro que te equivocas —insistió—. ¡Además, si ese soldado se confesó con un sacerdote, lo que haya dicho no puede usarse en su contra! Joseph jamás revelaría un secreto de confesión. ¡Sería incapaz!

—No dio nombres. —Wil negó con la cabeza—. Sólo dijo que fueron doce. Northrup averiguó quién le tenía más tirria al comandante y comenzó a tirar del hilo.

Judith se puso de pie con dificultad.

—Tenemos que hacer algo. Esto es terrorífico.

Wil también se levantó.

—Ahora mismo estamos de servicio y tendremos que transportar a los heridos hasta el hospital de campaña porque no habrá nadie capaz de hacer gran cosa en el puesto de primeros auxilios.

—Qué maldita pesadilla. —Judith suspiró—. ¡Habrá que hacer algo al respecto! No podemos dejar que esto quede así, Wil. ¡La tropa se amotinará! ¡Encerrar a nuestro mejor cirujano por culpa de un idiota como Northrup...! ¿Acaso intentamos perder esta guerra?

—No te alteres, Judith —dijo Wil con inquietud—. Sería un error precipitarse. No podemos permitirnos acabar encerrados también. De nada serviría. Voy a por una taza de té, nos espera otra mala noche.

Lo fue. Judith conducía aturdida, esforzándose por mantener la ambulancia en el camino lleno de socavones de obús y no quedarse atascada en el fango de ambos lados ni romper un eje al pasar por uno de los cráteres. Le costaba todas sus fuerzas sujetar el volante, y en dos ocasiones tuvo que apearse y darle a la manivela para arrancar de nuevo el motor tras un frenazo particularmente violento.

En todo momento su mente batallaba con la idea de Cavan en la prisión militar a la espera de juicio. Lo imaginaba tan claramente como si lo viese. Oía su voz. Si declaraban a los doce culpables de amotinamiento y del asesinato de Northrup, acabarían en el paredón. No había otra alternativa. Lo peor era que ella consideraba a Cavan capaz de hacer algo así. Le importaban los heridos por encima de todo lo demás; los antepondría a cualquier otra cosa. Estaba furioso y era valiente.

¿Cómo había permitido Joseph que aquello ocurriera? Tendría que haber sabido que el general Northrup estaba sediento de venganza. ¿Por qué no se había limitado a decir que no había dado con el culpable? Ni siquiera el general Northrup podría arrestar a todo el regimiento.

Judith escudriñaba la oscuridad a través del parabrisas, tratando de discernir qué eran las formas oscuras que tenía delante. El bombardeo se estaba intensificando. El último obús había caído a sólo unos cincuenta metros, y los detritos habían llovido sobre el techo de la ambulancia.

A lo mejor, si ella averiguase cada una de las estupideces temerarias que había

cometido el comandante Northrup, se ampliaría la lista de hombres que probablemente querían verlo muerto, hasta tal punto que resultara imposible arrestarlos a todos. Era inconcebible que sólo doce hubiesen perdido a alguien. ¿Cómo sabían los responsables que los doce detenidos estaban en el ajo? ¿No había algún principio legal según el cual era mejor dejar a diez culpables libres que castigar a un inocente?

Sin duda el general no querría que el nombre de su hijo pasara a la historia como el de un oficial tan incompetente que sus hombres tuvieron que matarlo para salvar el pellejo. Ahora se negaba a creerlo, pero si hubiese pruebas no le quedaría otro remedio. O al menos sabría que los demás lo creían, y eso era lo que importaba.

Estaban cerca de la línea de frente. Judith hizo un viraje brusco para detenerse al ver a dos soldados que corrían hacia ella; sus brazaletes de la Cruz Roja reflejaban la luz de los faros. Wil saltó a tierra y abrió las puertas de la ambulancia. Alguien avanzaba con dificultad por el barro, patinando y dando traspiés, agitando los brazos hacia los camilleros. Otro cruzó por delante de los faros, tambaleándose, con la cabeza y los ojos vendados, y las manos ensangrentadas.

Judith procuraba mantener el motor en marcha mientras notaba que el peso que cargaban en la trasera alteraba el equilibrio del vehículo. Un obús estalló tan cerca que la metralla que salió disparada repiqueteó contra un lado de la ambulancia. Una bola de fango se estrelló contra la ventana y le salpicó la cara.

Otras siluetas pasaron por delante de los faros, borrosas por la lluvia y el barro, y al subir al vehículo causaron una nueva sacudida.

Entonces Wil apareció junto a la portezuela.

—¡Vamos llenos! Tendrás que dar marcha atrás. ¡Hay agua por todas partes! Que no se apague el motor; igual no vuelve a arrancar con este tiempo. Subiré cuando hayas dado la vuelta. —Y desapareció.

Judith tardó diez minutos, con mucha ayuda, en enfilear de nuevo la carretera, esta vez en la dirección opuesta. Oyó el portazo de la trasera y abrió el acelerador manual para revolucionar el motor al máximo. La ambulancia dio una sacudida hacia delante, salpicando gran cantidad de agua, se quedó casi inmóvil por unos instantes hasta que los neumáticos se agarraron al barro y la grava, y aceleró.

Judith conducía lo más deprisa posible pues sabía que, como Cavan estaba encerrado en alguna granja francesa de la retaguardia, tendrían que recorrer más kilómetros para llegar al primer puesto de auxilio.

Reinaba la oscuridad salvo por las ocasionales bengalas, y la lluvia arreció. Se metieron en uno de los profundos cráteres abiertos en el barro y que por estar llenos de agua no se veían hasta que era demasiado tarde. Por suerte, no se rompió el eje. En esos casos no había más remedio que apagar el motor y apearse.

Wil fue a su encuentro desde la trasera. Le bastó con echar un vistazo para ver qué iba mal, aunque el brusco frenazo ya se lo había dejado claro.

—Es demasiado profundo —se lamentó Judith desesperada, secándose la lluvia de los ojos—. Tendrás que hacer bajar al menos a unos cuantos. Veré si encuentro un tronco o alguna otra cosa que nos sirva como palanca mientras alguien más empuja.

Miró en derredor para ver si había alguna otra luz o indicios de movimiento.

Wil se pasó las manos por el pelo y se manchó la cara de sangre.

—Alf Culshaw está ciego, pero aún tiene piernas y brazos. Si le indicamos dónde poner las manos, podrá ayudar a levantar la ambulancia. Los demás están demasiado hechos polvo. Hay un pobre diablo que tendrá suerte si llega con vida. ¡Lo habría conseguido si Cavan hubiese estado aquí! —Se le quebró la voz—. ¡Por el amor de Dios, esto es un maldito sin—sentido!

Regresó caminando pesadamente por el barro hasta la trasera de la ambulancia y abrió la puerta.

Judith fue tras él. Tendrían que aunar fuerzas para ayudar a los heridos a apearse y así aligerar la carga lo suficiente para levantar el vehículo. Los hombres pesaban, se movían con torpeza y entre terribles dolores. A Judith se le resbalaban de las manos las empuñaduras mojadas de la camilla y la espalda le dolía lo indecible mientras pugnaba por mantener el equilibrio al trasladar los pesados cuerpos a un lado de la carretera.

—Lo siento —les decía una y otra vez—. Hay que descargarla para que podamos levantarla.

El primer soldado yacía plácidamente inconsciente, y la sangre rezumaba a través de los vendajes mojados por la lluvia.

—Descuide. Es menos terrible de lo que parece —aseguró el segundo, esforzándose por sonreír—. No se preocupe, señorita.

Judith notó las lágrimas calientes que le corrían por la cara al agacharse para tocarle la mano.

—Será un momento. Lo justo para salir del hoyo. Enseguida os volveremos a subir.

Junto con Wil sacó a otros dos, dejando dentro sólo a los que presentaban heridas más graves. Guió despacio a Alf Culshaw, advirtiéndole de los charcos y roderas, hasta que él y Wil estuvieron a ambos lados de la rueda atascada. Puso las manos de Culshaw bajo el borde del bastidor.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó—. No te lo pediría si no fuese necesario.

—Ya lo sé —contestó Culshaw en voz baja—. Pero luego no me pida que le indique el camino —agregó con una risa seca como una tos perruna.

—Tú levanta, que yo ya conduciré —replicó Judith—. Será lo mejor. ¡Se me da fatal levantar pesos! Gracias.

Ya tenía preparados trozos rotos de árbol muerto y unos retales de arpillera.

—Allá vamos, pues —anunció Wil—. ¡A la de uno, a la de dos y a la de tres!

La ambulancia cabeceó y quedó nivelada. Judith colocó los maderos y la arpillera debajo de la rueda mientras volvía a su posición inicial. Corrió al asiento del conductor y se montó. Wil apartó a Culshaw, hizo girar la manivela y por fin lograron avanzar.

—¡Muy bien! —exclamó Wil saltando hacia atrás—. ¡Volvamos a cargarlos!

Judith dejó el motor en marcha con el freno echado y fue en busca de la camilla entre gritos de ánimo y aplausos. Cargaron a los heridos y luego ella acompañó a Culshaw a su asiento.

Condujo y no se produjeron más incidentes durante el resto del camino. Les dio la impresión de que tardaban horas, aunque seguramente el trayecto sólo fuese cuarenta y cinco minutos más largo que el habitual hasta el puesto de socorro de Cavan. Un médico desconocido, pálido y visiblemente agobiado, se hizo cargo de los heridos. El último hombre ya había fallecido. Judith y Wil subieron de nuevo a la ambulancia y emprendieron el regreso hacia el frente. Esta vez Wil iba sentado al lado de ella.

—Cavan volverá —aseveró Wil cuando estaban a cosa de un kilómetro del puesto de socorro—. Encontraremos la manera. No es posible que haya sido él quien disparase contra Northrup. Tiene que estar encubriendo a alguien. Tarde o temprano se sabrá.

—¿Tú crees? —preguntó Judith mirándolo de reojo aunque no veía más que su silueta en la penumbra.

—¡Tenemos que conseguirlo! —dijo Wil con gravedad—. Si el general Northrup ha sabido averiguar quiénes son los doce sospechosos principales, nosotros también tenemos que ser capaces de averiguar por qué lo son. Jamás habrían hecho algo así sin una razón muy buena para ello. Hay que encontrar testigos dispuestos a declarar bajo juramento.

—¿Y notificar al general Northrup? —preguntó Judith. Sólo de pensarlo, se le revolvió el estómago por el miedo.

—¿Te apuntas? —dijo Wil tocándole el brazo ligeramente. Judith tragó saliva y se notó el pulso en la garganta. —Por supuesto.

En el último viaje de la noche, Judith se encontró a Joseph en el hospital de campaña. Éste la ayudó a acarrear la última camilla. El soldado ya había muerto a causa de sus heridas. Un sentimiento de derrota la abrumaba, como si todo escapara al último rastro de control que le quedaba.

—¡Si lo hubiésemos podido llevar al puesto de socorro de Cavan, habría sobrevivido! —se quejó con furia, ahogada en llanto—. ¡Pero estos hombres mueren desangrados porque el capitán Cavan está encerrado en alguna maldita granja esperando que lo juzguen y lo fusilen por culpa del idiota de Northrup! —Miró a Joseph, desafiante—. ¿Por qué no pudiste dejar tu estúpida conciencia al margen y mantener la boca cerrada? ¡No tenías que contarle al coronel Hook que formaron un consejo de guerra arbitrario! ¡Podrías haberte limitado a decir que no sabías nada! ¿Por qué nunca dejas que las cosas sigan su curso sin más?

Joseph parecía muy cansado, con la tez grisácea a la luz del alba y una sombra de

barba sin afeitar.

—Tenía que contarle algo que se aproximara a la verdad, pues de lo contrario le habría costado muy poco descubrir que le estaba mintiendo —arguyó Joseph.

—¡No había que decirle nada en absoluto! —replicó Judith gritando—. ¡No puede obligarte!

Joseph bajó la vista hacia el entablado cubierto de barro bajo sus pies.

—Pensé que si Northrup sabía que había al menos doce hombres implicados, que se trataba de un consejo de guerra, no de un asesinato obra de una persona, se avergonzaría tanto que lo dejaría correr para no desacreditar más a su hijo. Habría sido lo mejor para todos. De lo contrario, habría podido descubrir quién le tenía más animadversión, quién lo consideraba más injusto, y echarle la culpa a él. No está dispuesto a dejarlo correr.

—¡Ahora no, desde luego! —repuso Judith—. ¡Ha acusado a Cavan y hemos tenido que llevar a los heridos dos veces más lejos para que los atendiesen! Y se están muriendo, Joseph. ¡Mueren cuando no tendrían por qué morir!

—Lo sé... —Judith se sintió culpable por atacarlo cuando era evidente que ya se culpaba a sí mismo, pero estaba demasiado enfadada y asustada para suavizar el tono—. Tenemos que salvar a Cavan. ¿Cómo lo vamos a hacer? —Procuró bajar un poco la voz cuando se oyó chillar—. ¿De verdad quiere Northrup que salga a relucir que su hijo causó la muerte a toda esa gente? Si podemos demostrarlo, reunir todas las pruebas de lo idiota que era, determinar quién está muerto por su culpa y por qué había doce hombres dispuestos a arriesgar la vida con tal de librarse de él, ¿no querría Northrup que eso se silenciara?

Ambos oían ruido de actividad en el interior, voces que daban órdenes, murmullos contenidos de dolor.

—Supuestamente no iban a matarlo, sólo a meterle miedo —explicó Joseph.

—¿Y quién le disparó? —inquirió Judith.

—No lo sé.

—Entonces no se lo van a creer. Suena a excusa. ¿Realmente pensaban dejarlo en libertad, después de someterlo a un consejo de guerra simulado?

—No lo sé, Judith. Eso es todo lo que pude sonsacarle al hombre que me lo contó.

Llegó otra ambulancia. Vieron los faros y oyeron el chapoteo en el barro y gritos. Joseph se hizo a un lado y Judith lo siguió.

—¿Se encontraba presente? ¿Está arrestado ahora? —preguntó Judith con apremio—. ¿Por qué habrían de creerle? Y si te lo contó en confesión, ¿por qué hablaste de ello a tus superiores? ¡Traicionó a todos sus compañeros!

—No era uno de ellos —corrigió Joseph—. Lo sabe porque montones de hombres lo saben, o eso parece. ¡Piénsalo, Judith! Si el tribunal estaba formado por doce hombres y

éstos celebraron un juicio, tuvo que haber otros que montaran guardia y encubriesen lo que estaban haciendo. Hubo mucho más de doce hombres implicados.

Judith vislumbró un atisbo de esperanza, apenas un hilo.

—Tanto mejor. ¡Todo el mundo estaba de acuerdo en que el comandante Northrup era un desastre! ¿No podemos explicárselo al general y hacerle comprender lo que supondrá para la reputación de su hijo, o para la suya propia, ya puestos? —Varios hombres entraron con camillas al hospital de campaña. Judith se acercó más a Joseph—. Joe, ¿no renunciarías a la venganza para evitar que el nombre de un ser querido se viese arrastrado por el lodo y todos sus errores expuestos al público? Si se tratara de uno de nosotros, ¿no lo harías?

Él la miró de hito en hito.

—Sí, por supuesto que sí. La venganza no vale nada, además. Pero el general Northrup no opina lo mismo.

—¡Pues tendremos que echarle una mano!

El capellán siguió mirándola con aire ausente y el ceño fruncido de preocupación, pero no le replicó. Hasta ese momento Judith no había caído en la cuenta de que ésa era la intención de Joseph, precisamente; sólo necesitaba tiempo para reunir las pruebas pertinentes.

—¡Date prisa! —lo instó Judith—. El general podría marcharse y entonces será demasiado tarde. Te ayudaré. Me consta que Wil Sloan y los demás también.

Joseph tomó aire para discutir y, al darse cuenta de que sería inútil, lo soltó sin decir nada.

Judith era consciente de que no había tiempo para esperar a que Joseph se entrevistase con el general Northrup, pues éste se encontraba en algún lugar de la retaguardia. Ella y Wil, que sabían quiénes estaban implicados, disponían de transporte. Resultó harto sencillo organizarse de modo que les tocara llevar a varios pacientes al hospital de Lillers, y luego desviarse en el camino de regreso para buscar el cuartel general de Northrup. Sin duda estarían fuera más tiempo del debido, y tendrían que requisar gasolina para los kilómetros adicionales, pero no sería necesario pedir a nadie que los encubriera o que mintiera por ellos. Había un montón de hombres ansiosos por ayudar y que rivalizaban por el privilegio de hacerlo.

A ella le hizo falta un poco más de bravura y astucia cuando se encontró de verdad en presencia del general en la pequeña granja francesa que éste había convertido en su cuartel general. Era un lugar acogedor, agradablemente doméstico, pues había sido el hogar de una familia. El general iba impecable: llevaba botas lustradas, y el pálido rostro afeitado a la perfección.

—¿Dice que tiene más información sobre la muerte de mi hijo, señorita... señorita Reavley? —preguntó con fría formalidad—. ¿Está dispuesta a declarar en el consejo de guerra? No va a resultarle fácil. El regimiento entero tiene un carácter hosco y rebelde. Se

ha permitido que la disciplina se relaje hasta extremos de deshonor. Sus compañeros del DAV es posible que le pongan trabas. ¿Está preparada para afrontar eso?

Judith ya había sopesado las posibles respuestas. Se mantuvo en posición de firmes.

—Estoy preparada para decir la verdad, señor, porque es la verdad, y me da igual quién me aprecie o desprecie por ello.

Judith no apartó la mirada de la del general. Veía a un hombre cansado y afligido, que tenía la piel en torno a los ojos fina como el papel y los hombros erguidos por poco más que el orgullo.

Sintió una punzada de compasión por él, por su arrogancia y su ceguera, por la fragilidad que le impedía ver a su hijo tal como era, que lo forzaba a creer en una mentira y aferrarse a ella incluso a costa de la vida de otros hombres. Pero si ella no lograba prevalecer sobre Northrup, él aplastaría a Cavan y a todos los demás. Peor aún, quebrantaría la fe de todos los hombres en la justicia y los vínculos de lealtad aquí y ahora. Y aquí y ahora, ésas eran prácticamente las únicas cosas buenas que quedaban.

La voz de Northrup sonó ronca de emoción cuando habló.

—Es usted una gran mujer, señorita Reavley. Tiene más coraje y honor que el capellán de su regimiento. ¿Es pariente suyo?

—El capitán Reavley es mi hermano mayor, mi general.

Que Northrup insultara a Joseph le ponía las cosas más fáciles a Judith. También estaba enojada con él, pero eso era muy distinto. Lo habría defendido a muerte contra cualquiera. Con una sola frase, Northrup había evaporado su reticencia a asestarle el golpe.

—¿Qué es lo que sabe, señorita Reavley? —preguntó él. Judith contestó titubeando.

—Verá, mi general, a fin de probar incuestionablemente por qué estos doce hombres en concreto llevaron a cabo algo tan... tan peligroso y terrible, el tribunal tendrá que demostrar algo muy especial. Ninguna de las penurias y pérdidas que los hombres han sufrido durante los tres últimos años los ha llevado en ningún momento a... amotinarse. Y supongo que esto es lo que han hecho, ¿me equivoco?

—Eso es lo que han hecho, en efecto, señorita Reavley —corroboró Northrup—. Está usted en lo cierto.

Había llegado la hora de decir la verdad, antes de que alguien los interrumpiera.

—Bien, mi general, en el caso del capitán Morel, el detonante fue la orden que el comandante Northrup dio de trasladar un cañón de campaña de una posición a otra a través de casi un kilómetro de fango arado. Los hombres le advirtieron que se atascaría, que se exponían a perder la propia pieza de artillería, los carros y los caballos, quizás incluso a alguno de los hombres, si el cañón resbalaba.

Al fijarse en el semblante del general, Judith vio que los músculos del cuello se le tensaban. Northrup sabía que aquella había sido una orden estúpida, fruto de la

inexperiencia y de un orgullo demasiado grande para escuchar a los rangos inferiores.

—Discutieron su orden, quizá con insolencia —prosiguió Judith—. El comandante Northrup insistió. Obedecieron y se quedaron atascados. salvaron a los caballos, pero dos hombres resultaron heridos. Uno de ellos sufrió una fractura tan grave que el capitán Cavan tuvo que amputarle la pierna. —Detestaba tener que continuar pero era como operar un miembro gangrenado: había que seguir hasta el final, pues de lo contrario carecía de sentido haber empezado—. Y al capitán Morel le disgustó mucho la idea de enviar una partida de rescate a tierra de nadie un día despejado en que estarían totalmente a merced de los francotiradores alemanes. Algunos se negaron a ir, pero otros obedecieron. Varios hombres resultaron heridos. El capitán Eardslie murió. Fue alumno de mi hermano en Cambridge, y él y Morel eran grandes amigos.

Northrup tenía el rostro ceniciento. Judith se sintió como si estuviese dando el tiro de gracia a un hombre herido de muerte. Aun así, remató la faena.

—Tengo detalles sobre cada uno de esos casos, mi general, y hombres dispuestos a proporcionar bajo juramento información que demuestra la existencia de un motivo para cada uno de los doce, sobre todo para el capitán Cavan. Costó mucho que se le agotara la paciencia, pero puedo...

—¡Sí! —interrumpió Northrup—. Ya veo que se ha esmerado mucho en documentar cada caso, señorita Reavley, pero no será necesario. —La voz le temblaba, y tenía los músculos del cuello y la mandíbula tan tensos que no podía controlar el tic de la mejilla.

El nudo que se le había formado a Judith en el estómago la llevó al borde de la náusea.

—¿Quiere demostrar la culpabilidad de todos ellos —preguntó en voz baja—, o sólo la de quien apretó el gatillo? Es posible que simplemente le entrara el pánico. ¿Acaso los doce no son culpables por igual?

El general contestó en un tono apenas audible.

—¿Qué es lo que quiere, señorita Reavley? ¡Usted no tiene un pelo de tonta! ¿Pretende deshonar el nombre de mi hijo para vengar a sus... a sus amigos amotinados?

Judith tragó saliva.

—No, mi general. Como le he dicho al principio, y usted me ha alabado por ello, quiero que se diga toda la verdad para que se haga justicia con todos. Nadie creerá que unos buenos soldados, sobre todo algunos excepcionales como el capitán Cavan, se amotinaron, a no ser que demostremos el motivo que tenían... o creían tener.

El general la miró fijamente, consciente de que ella lo estaba manipulando. En el fondo estaba convencido de que era a Cavan a quien Judith intentaba salvar, y sin embargo no encontraba una salida, un argumento para acusarla.

—Ya se han presentado los cargos —señaló Northrup—. ¿Tan ansiosa está de venganza?

Judith vaciló. ¿Era necesario asestar el último golpe? Sí, lo era. No osó contenerse

estando tal vez tan cerca de la victoria.

—¿Venganza, mi general? ¿Acaso no se trata de justicia?

La voz de Northrup se redujo a un mero susurro.

—Mi hijo no merece que lo entierren con deshonor. ¿No les basta con que esté muerto?

—Es terrible que esté muerto, mi general. Al igual que el capitán Eardslie y todos los demás. Hay más de medio millón de bajas, según tengo entendido. Sin contar a los franceses ni por supuesto a los alemanes y a los austriacos, como tampoco a los italianos y los rusos. Y supongo que ahora también deberíamos comenzar a contar a los estadounidenses.

—Hablaré con el fiscal. Tal vez haya modo de rebajar los cargos.

Judith esbozó una sonrisa, temerosa de decir algo que lo estropeará todo.

—¿Permiso para regresar a mi ambulancia, mi general? —Concedido, señorita...

—Reavley.

—Sí, señorita Reavley.

Cuando Mason llegó de nuevo a Passchendaele, lo encontró en peor estado que antes. Había llovido casi sin cesar. No se recordaba un agosto tan lluvioso como aquél. Los hombres vivían y morían en un infierno que nadie en su sano juicio podría imaginar. Se prolongaba día tras día, noche tras noche, sin ninguna victoria ni final a la vista salvo la posibilidad de que no quedara el menor vestigio de vida humana, animal ni vegetal y que finalmente el barro se lo tragase todo.

Mason pensó en su amado Yorkshire, con sus páramos agrestes, sus relucientes lagunas de montaña bajo un cielo rasgado por el viento, las empinadas calles de adoquines de los pueblos. Pero el recuerdo también resultaba arrollador. No encontraba palabras lo bastante contundentes para captar la pasión y la ternura de un amor tan profundo. En cambio, optó por ponerse a escribir sobre Inglaterra en general.

«Parece imposible», escribió al principio del nuevo borrador.

En nuestro país los árboles se ciernen altos como nubes verdes sobre el dorado de los campos listos para la cosecha. Los caballos tiran trabajosamente del arado, y la fruta madura en las huertas. Las amapolas salpican de escarlata los maizales. Los hombres se han marchado. Ahora las mujeres se preparan para segar y agavillar, riendo entre ellas, acostumbrándose a sus nuevas tareas.

Aquí no hay árboles, sólo unos cuantos tocones desperdigados, y el escarlata es la sangre de hombres despedazados en la arcilla devoradora con la que nos dicen que nos modeló una deidad que se ha hartado de nosotros y nos ha vuelto la espalda. Estos pocos kilómetros contienen tanta carne humana que no puedes dar un paso sin pisar el cuerpo en descomposición de un hombre caído en combate.

Llegado a este punto rompió el papel y se preguntó cómo comenzar de nuevo. Necesitaba frases sencillas, desprovistas de todo sentimentalismo. Pero ¿qué quedaba por decir? Por primera vez en su vida las palabras en general se le antojaron gratuitas, y las suyas en particular demasiado banales y superficiales para el contenido que debían transmitir.

—Dios mío, haz que esto termine —susurró.

Pero al parecer no había ningún Dios escuchando.

Mason se había enterado del arresto de Cavan, Morel y los demás antes de llegar a la sección en que se había producido. Quería hablar con el coronel Hook en cuanto tuviera ocasión, así como con Joseph Reavley. Necesitaba todos los pormenores de la historia para poder redactarla, toda la información que fuese capaz de recabar antes de que se formara el consejo de guerra. Y, por supuesto, también quería ver a Judith. Pensaba más en ello que en cualquier otra cosa, casi demasiado últimamente para el bien de su equilibrio emocional.

Encontró la ambulancia aparcada delante de un puesto de socorro, justo detrás de las trincheras de avituallamiento. Estaba cubierta de barro; la carrocería presentaba varias marcas y abolladuras, y unos cuantos agujeros de bala. Era un día bochornoso, y el aire estaba lleno de moscas y del omnipresente hedor. La llovizna intermitente no hacía más que empeorar el ambiente.

El periodista preguntó por Judith y le dijeron que ella y Wil Sloan estaban dentro de la tienda provisional. Había un puñado de hombres con ellos, todos con heridas aparentemente leves, que estaban agrupados en torno a Judith, mirándola y riendo. La mayoría sostenía tazones de té, levantándolos como para un brindis.

La sombra de Mason desde el umbral hizo que uno tras otro se volvieran hasta quedar paralizados. Lo habían reconocido.

Mason entró. No pudo evitar mirar primero a Judith. Se la veía muy demacrada, como si debajo de la falda larga del uniforme gris del DAV su delgadez rayara en la fragilidad. Llevaba tres años en el frente. Sin duda estaría muy cansada de tanta suciedad y sufrimiento, de nunca tener tiempo para divertirse, de no vestirse jamás con ropa bonita, de no llamar la atención, de no coquetear ni enamorarse. Poseía una belleza tan singular como excepcional, una pasión latente que la guerra le había impedido vivir todavía.

Estaba sonrojada y los ojos le relumbraban. Los hombres estaban atentos a ella cuando habían alzado sus tazones. ¿Por qué? ¿Había ocurrido algo de lo que él no estuviera al corriente?

Wil Sloan fue a su encuentro, aún con media sonrisa pero no sin cierta reserva.

—Hola, señor Mason. ¿Busca a alguien? —preguntó. Mason se decidió de inmediato.

—Iba a escribir un artículo sobre su médico, el capitán Cavan. Ésa era mi intención la última vez que vine aquí, pero él estaba muy ocupado. Si aún lo está, se me ha ocurrido que podría hacer preguntas a otras personas acerca de él. Seguro que todos ustedes tienen historias que contar. Vendría muy bien para levantar la moral.

Tendría que mantener la mentira ante Judith y confiar en que nunca averiguara que estaba al tanto de los arrestos.

Lo miraron fijamente, y la alegría se borró de sus semblantes. Wil dirigió la vista a Judith como pidiéndole permiso para contestar.

—Me parece una idea excelente —dijo ella enérgicamente, mirando a Mason con aire desafiante—. El capitán Cavan es uno de los mejores hombres de todo el cuerpo médico del Ejército de Su Majestad, y conste que todos son buenos. Deberíamos relatarle con todo detalle cómo repelió el ataque alemán, que es lo que le valió ser nombrado para la Cruz Victoria. Aunque hay muchas otras historias dignas de mencionarse.

Hablaba en un tono encendido, vibrante de entusiasmo, con un destello en los ojos. Incluso se apreciaba un leve rubor en sus mejillas.

Un profundo abatimiento invadió a Mason, seguido de un inexplicable enojo. Maldito fuese Cavan. Incluso después de que lo arrestasen por motín y asesinato, Judith hablaba de él con un ardor que el periodista no le había oído usar al referirse a nadie más. Judith Reavley, la idealista, la patriota incondicional, dejaba a un lado todas sus convicciones por aquel hombre! ¿Qué diablos le pasaba?

Cavan tenía poco más de treinta años, era un hombre guapo, rubio, fuerte, de expresión inteligente. Mason recordaba haberlos visto trabajar juntos con desenvoltura, como si su entendimiento mutuo no precisara palabras. ¿Tendría que haber caído en la cuenta entonces?

Se sintió excluido, helado hasta la médula. Había pensado en ella con demasiada frecuencia, dejando que sus sentimientos por ella se hicieran más intensos. Fue consciente de hasta qué punto buena parte de sus esperanzas, de su paz interior, de las fuerzas para seguir adelante se basaban en la idea que se había formado de ella.

Todos aguardaban su respuesta. Debía dominarse, ocultar su espantosa vulnerabilidad.

—Gracias —aceptó—. Eso quedaría muy bien. Así me bastará con hacerle un par de preguntas.

No iba a dejar que lo embaucaran por completo. Al margen del orgullo, no podía permitirse parecer tonto de remate, que es lo que pasaría si escribía un artículo sobre Cavan fingiendo no saber que estaba acusado de motín y asesinato. Cuando comenzara el consejo de guerra se convertiría en la noticia más importante de todo el Ejército británico en el Frente Occidental. Lo único que podría robarle titulares sería que las tropas efectuasen un avance considerable. Y por el momento, estaban pagando cada metro con sangre.

Judith se puso a organizarlo todo de inmediato. Indicó a un hombre que refiriera sus recuerdos de cuando ayudó a Cavan a llevar heridos a cubierto para encajar huesos rotos allí mismo, en la trinchera de vanguardia, bajo un intenso fuego de mortero. A otro le pidió que repitiera las bromas y ocurrencias que Cavan contaba para mantener el buen humor durante las horas interminables que pasaba operando en el hospital de campaña, al tiempo

que enseñaba con paciencia a los nuevos reclutas cómo debían ayudarlo. El soldado añadió unos cuantos chistes bastante buenos para redondear su relato.

Mason escuchó a todos tomando notas, observando sus rostros enjutos y percibiendo la alegría y la pena que transmitían sus voces. Detestaba ser un espectador, había algo vagamente indecente en el hecho de recoger aquellos recuerdos de hombres cuya pasión y pureza de corazón quedarían extinguidas por la sangre y los bombardeos durante las siguientes semanas mientras él regresaba sano y salvo a Inglaterra.

Por otra parte, quienes leían sus artículos eran las familias de aquellos hombres, y de tantos otros como ellos. Merecían conocer la verdad.

Mason era muy consciente del entusiasmo con que lo retenían allí, y no tardó en averiguar el motivo. Judith quizá dirigiera la situación, pero los hombres estaban al tanto y más que dispuestos a secundarla. El asesinato del comandante Northrup era ya de dominio público. ¿De verdad imaginaban que podrían guardar en secreto el arresto de doce hombres? ¿Por qué intentarlo siquiera? Sin duda el consejo de guerra se celebraría en cuestión de días. Puesto que había en juego una pena capital y se trataba de doce inculpados, el Ejército enviaría a un fiscal militar designado desde Londres. Aun así, como cualquier sentencia de muerte, ésta tendría que remitirse al mariscal de campo Haig antes de ser ejecutada. Si esa norma era válida para cualquier soldado raso, con mayor motivo lo sería para un oficial propuesto para la Cruz Victoria.

¡Qué espantosa y absurda tragedia! ¿Por qué diantre habían hecho algo así? ¿Realmente llegaron a imaginar por un momento que se saldrían con la suya? ¿O se habían dejado llevar por un impulso ciego que les impidió pensar con claridad?

Mason prefirió no decidir enseguida qué clase de historia iba a escribir, pero las distintas posibilidades se agolpaban en su mente. La que sabía que contaría con la aprobación del Pacificador era la que pintase a Cavan como un héroe traicionado por un superior incompetente y cobarde. Habían puesto al mando a un mal oficial, y el médico había tenido que librarse de él para detener la escalada de la masacre sin sentido de sus hombres. Todos los testimonios sobre Cavan que estaba oyendo aportarían eso: buen humor y compañerismo, el ensalzamiento del heroísmo por encima de la sinrazón.

Lo anotaba todo cuidadosamente, apuntando el nombre y la graduación de quienes se lo contaban. Judith salió de la tienda para trabajar en la ambulancia y regresó al cabo de una hora. Seguía irradiando entusiasmo, y Mason comenzó a sospechar que estaba siguiendo algún plan muy bien trazado. En un arrebatado de ofuscación le pasó por la cabeza que era el mismo que el suyo y el del Pacificador: ella había visto demasiada carnicería y finalmente estaba dispuesta a dar un pequeño paso para contribuir a ponerle fin. Ahora ella lo observaba tomar los últimos apuntes. Se aproximó a él. Caminaba con garbo, manteniendo el cansancio a raya de manera tan estricta que lo disimulaba por completo. Mason se preguntó cuándo habría dormido como es debido en una cama de verdad o tomado una comida que no se hubiese guisado en una perola de hojalata. Sin duda estaba harta de la suciedad, de trabajar sin tregua y de los chistes sin gracia que ya casi nadie tenía

ánimos de reír. No obstante, la risa y la camaradería de quienes compartían la vida y la muerte eran los últimos restos de cordura que quedaban.

—¿Has conseguido buen material? —le preguntó Judith sentándose al otro lado de la mesa.

—Sí, gracias. Pero aun así me gustaría oír el relato de la resistencia que opuso el capitán Cavan al grupo de asalto alemán, ya que eso motivó su nombramiento para la Cruz Victoria. Tú estuviste presente, ¿verdad?

Judith lo miró con ironía.

—Sabes perfectamente que sí. ¿Quieres que te lo cuente ahora? No vuelvo a entrar de servicio hasta dentro de una hora. —Se apartó un mechón de cabello de la frente—. No tengo inconveniente.

—¿No te convendría dormir un poco?

—¿Insinúas que se me ve cansada?

Mason estudió su semblante. Se sorprendió al constatar una vez más su fortaleza y reparó en el brillo desafiante de sus ojos y la actitud defensiva que adoptó ante la pregunta. Qué diferente era de la chica que había lucido un vestido de satén azul en el Savoy con tanta feminidad. Seguro que ella era consciente de ello también, aunque con un pesar muy distinto del suyo.

—En realidad estás preciosa —aseguró con toda intención y, sin embargo, con sinceridad absoluta—. Pero la sensatez me dice que, como cualquier persona, sin duda necesitas dormir.

Por un instante, la mirada de Judith reflejó cierta confusión, la incertidumbre sobre si creerle o no. Luego, al verla ruborizarse levemente, Mason supo cuánto significaba eso para ella. Judith todavía creía que si alguna vez se restauraba la paz, podría volver a ser la mujer que llevaba dentro antes de la guerra.

—Dormiré en el próximo descanso —contestó Judith—. Quizá para entonces ya te hayas marchado, y necesitas esa historia.

Sin aguardar a que él le respondiera, le contó con todo lujo de detalles cómo se había desarrollado exactamente la incursión y cómo la extraordinaria valentía de Cavan había salvado la vida de todos. Mason podría limitarse a transcribir las palabras textuales de la propia Judith en la crónica, pues estaban llenas de fuerza vital. Ella no titubeó ni se repitió una sola vez.

Mientras escribía, Mason por fin comenzó a entender qué era lo que Judith estaba haciendo. Recreaba en la mente de los lectores la situación que había desembocado en la muerte del comandante Northrup, mostrando a Cavan como un hombre sin más alternativa moral que la de actuar tal como lo había hecho. Establecía un paralelismo entre su coraje y determinación en las trincheras y su decisión de dar un susto a Northrup para que obrara con más sentido común.

¿Realmente creía Judith que la intención de aquellos hombres había sido escarmentarlo, o la traía sin cuidado?

Cuando ella terminó, Mason le planteó la pregunta que lo rondaba desde el principio.

—¿Puedes conseguirme una entrevista con el propio Cavan, aunque sea muy breve? Debo incluir una declaración suya de primera mano. —La observó, preguntándose qué haría.

—No puedes.

Judith lo miró con socarronería, tratando de juzgar si la estaba poniendo a prueba o si realmente no lo sabía. Luego sonrió, relajándose un poco. Quizás estuviera recordando la ocasión en que él la rescató el año anterior al encontrarla en estado de shock, sentada a un lado de la carretera, incapaz de moverse. El semblante de Judith hizo patente su confianza en él y Mason se detestó a sí mismo por ello. Tuvo que morderse la lengua para no revelar la verdad, pero eso habría significado admitir que había mentido acerca de su ignorancia sobre el consejo de guerra, y no sólo a ella sino también a los hombres. Judith lo despreciaría, y él no estaba preparado para encajar un golpe así.

—¿No puedo? —dijo.

—No. Nadie puede —contestó Judith sin pestañear—. El general Northrup averiguó quiénes eran los doce hombres con más motivos para matar a su hijo y los mandó arrestar a todos, incluido el capitán Cavan. Nadie ha confesado, y nadie lo ha negado. No sabemos si son culpables o no. El general Northrup dijo que intentaría que los cargos de amotinamiento y asesinato se rebajasen a Insolencia, desobediencia de una orden y homicidio involuntario. Pero eso aún no ha pasado. Hay un caos de mil demonios. Cavan era nuestro mejor cirujano, y están muriendo hombres que él podría haber salvado.

El sufrimiento de su voz era descarnado. Mason entrecerró los ojos al oírlo.

—¿Por qué se avino a intentar reducir los cargos el general Northrup? —preguntó desconcertado.

Judith torció el gesto con desconfianza, incluso con orgullo.

—¡Porque para demostrar que fue un asesinato premeditado tendrá que presentar un móvil, por supuesto! ¿Por qué demonios doce leales soldados con un historial intachable iban a conspirar para asesinar a un oficial?

—¡Porque el oficial de marras era un idiota peligrosamente arrogante e incompetente! — contestó Mason.

—Exacto. Cosa que yo puedo demostrar. Pero el general Northrup no tiene demasiadas ganas de que eso se demuestre. Cuando se dio cuenta de cómo...

—Sí, ya lo entiendo —dijo Mason enseguida—. ¿Fuiste tú quien le señaló lo desafortunado que sería eso?

Sabía la respuesta. Ése era el origen del ardor de sus ojos y el motivo de que los

hombres le dedicaran un brindis con perolas de té. Sin duda también explicaba su entusiasmo ante la idea de que Mason escribiese un reportaje que exaltase la figura de Cavan. ¿Era porque sentía por éste, algo más que amistad, o simplemente porque era valiente y se dejaba llevar por la misma apasionada lealtad a sus amigos que tan estrechamente vincula a todos los hombres que luchan juntos? Se había lanzado al rescate a ciegas, sin pensar en el coste ni en las probabilidades de éxito. Así era ella, igual que Joseph: puro idealismo, con sueños tan frágiles como idiotas, y sumamente hermosos.

El mechón de cabello había vuelto a caerle sobre la frente. Sin pensarlo, Mason volvió a ponérselo en su sitio, y sólo después cobró conciencia de lo íntimo que había sido el gesto.

—Perdona —se disculpó, un tanto cohibido.

Ella también se ruborizó, súbitamente consciente de su proximidad física.

—¡Aun así, debes escribir sobre él! —le exigió—. Nada de lo que diga Northrup cambiará las cosas. Y es posible que Cavan no tuviera que ver con el caso. Simplemente han arrestado a los principales doce sospechosos.

En una época distinta, ella ya se habría casado con un buen médico o un terrateniente de su pueblo, y seguramente tendría un par de hijos. Habría repartido su tiempo entre una labor social digna de encomio, probablemente relacionada con la Iglesia, y alguna que otra fiesta de sociedad o baile ofrecido a los miembros de una partida de caza. Lo peor que llegaría a ocurrirle sería una serie de decepciones íntimas, quizá cierto desencanto mientras los sueños se desvanecían entre las garras de la realidad.

Pero habría sido una mujer amable, sensible a la debilidad, alguien que sabías que nunca te haría objeto de burla o traición. Mason se la imaginaba en otro tiempo, en una casa tranquila con jardín y unas ventanas por las que el sol entrase a raudales, quizás en la cocina. Tal vez no sería buena cocinera. Eso sólo lo aprendería por alguien a quien amase.

La vida de la gente podía ser así, no todo el tiempo pero sí buena parte de él, el suficiente para sobrellevar los espacios intermedios.

En cambio, ella estaba presenciando la matanza de toda una generación. No era la felicidad sino una especie de sublime locura lo que la mantenía en marcha. Aquello era un despropósito, y a la larga la hundiría. Eso era lo que Mason más temía. Sería como si se apagarán las últimas luces y las tinieblas lo devorasen todo.

La amaba por su espíritu. Era precioso, como el fulgor de un fuego distante, un calor que no podía tocar ni aprehender. Lo que ella creía era irreal, y sin embargo la belleza de su fe lo tenía obsesionado.

—Me aplicaré a fondo al escribir —prometió Mason—. Pero eso no cambiará nada, Judith. Ojalá pudiera decir lo contrario. Me parece que ahora ya no está en manos de Northrup.

Judith tensó la boca; se mordió el labio inferior.

—¿Me estás diciendo que me rinda? —preguntó con la voz tomada.

—Qué va —susurró Mason—. Yo nunca haría eso. Sólo... sólo te advierto que debes estar preparada para que te derroten, al menos esta vez. —Posó la mano sobre la que Judith apoyaba en la mesa. Tenía las manos muy finas, tensas ahora que estaba oponiendo resistencia—. Cavan no se libraré salvo si demuestra que no tomó parte en ello.

—¿Y abandonar a los demás a su suerte? —repuso Judith indignada—. Nunca haría algo así.

Por supuesto que no. ¡Cavan tenía una mentalidad como la de ella! Quijotesca..., absurda.

—¡Vamos, Judith! ¿No podrías...? —Se calló. Sería como pedirle que renegara de su propio carácter—. No, claro que no puedes.

Se puso de pie y se inclinó sobre la mesa para besarla en la boca. Por un prolongado instante de ternura infinita, como si un fuego nuevo derritiera cada doloroso pedazo de hielo de su fuero interno, se aferró a ella. Luego se retiró lentamente, dejándola atrás a ella pero nunca a su recuerdo. Dio media vuelta y salió a la incesante, pegajosa, asfixiante lluvia de Flandes.

Judith llevaba razón, por supuesto: a Mason no se le presentó ocasión alguna de hablar con el capitán Cavan ni con ningún otro de los hombres encarcelados. No se puso en evidencia ante las autoridades pidiendo algo que sabía imposible. En vez de eso avanzó hasta las trincheras de vanguardia y reunió todos los datos contrastables que pudo. Vio cómo se esforzaban los hombres que quedaban por arreglárselas sin Cavan, tal como le había referido Judith, y también sin Morel, que había sido un buen oficial.

Hizo algunas preguntas sobre él y obtuvo un retrato quizá ligeramente sesgado. Pero aun teniendo eso en cuenta, la figura del capitán emergía como la de un hombre valiente y de experiencia dilatada, algo insólito en unos tiempos marcados por las interminables listas de bajas. Ya no se veía por ahí a muchos oficiales de primera línea con tres años de servicio a sus espaldas. Los soldados bromeaban sobre él porque era la manera fácil de distender la emoción, aunque sabían que era un hombre irascible y emocionalmente inestable. No obstante, en ningún momento pusieron en duda ni su coraje ni su capacidad para juzgar una situación militar. Lamentaban profundamente su pérdida.

Aun así, Mason no podía limitarse a tomar nota de todo como una especie de demonio escriba; los ángeles quedaban fuera del alcance de su imaginación. Con la esperanza de resultar útil, se unió a los camilleros tal como había hecho en Gallípoli y en el frente italiano ante los austriacos, donde los muertos también se contaban por decenas de millares, en el gélido frente ruso en el este y en las arenas de Egipto y Mesopotamia. El clima y el territorio eran diferentes; la muerte era la misma.

Al tercer día, Mason vio a Joseph. Ambos habían regresado de tierra de nadie, recubiertos hasta los sobacos de barro por sacar hombres de los cráteres para tratar de llevarlos de regreso. Trastabillando bajo el peso de los heridos inconscientes, habían avanzado entre resbalones por el barro, cayendo cada dos por tres. Habían vuelto a ayudarse mutuamente con torpeza hasta que finalmente alcanzaron la trinchera de

vanguardia. Estaba anegada como un canal de agua estancada, y en ella flotaban trozos del entablado, cadáveres de ratas y de hombres.

Aunando esfuerzos consiguieron por fin llegar a un tramo más seco y entregar los heridos al personal de una ambulancia. Luego se sentaron tiritando de agotamiento en una de las tiendas del puesto de primeros auxilios. Alguien les tapó los hombros con unas mantas y les alargó sendas perolas de té caliente con un chorrito de ron.

Joseph miró a Mason y sonrió.

—¿Aún piensas que esto es una buena idea, capellán? —preguntó éste señalando lo que les rodeaba con un gesto amplio de la mano.

Joseph vio en el semblante de Mason una oscuridad que ahora no podría vencer con palabras o actos como había hecho a bordo del bote salvavidas en 1915.

—Pienso que es el infierno —contestó a la pregunta. Mason lo miró con curiosidad y cierta inquietud.

—Estuve hablando con Judith —comenzó. La timidez le hizo apartar la mirada por un instante—. Todavía cree que hay algún sentido en todo esto, algún propósito moral que hace que merezca la pena. ¿Tú también?

Joseph vaciló, inseguro respecto a la verdad que encerraría cualquier respuesta e incluso a cuán sincero debía ser con Mason. Había fallado a Morel y a los otros once, pues de lo contrario no estarían a punto de enfrentarse a un juicio y a su ejecución. Quizás ésa fuese la respuesta, y Mason sólo se lo preguntara para hacerla evidente. ¿Tría luego en busca de Judith para contárselo?

Joseph se obligó a sonreír.

—No habría cielo sin infierno. Aunque debo admitir que no había previsto pasar tanto tiempo en él.

Mason torció un poco los labios pero mantuvo firme la mirada.

—No estaba buscando una respuesta metafísica, Reavley, sino algo que surgiera más del corazón y las vísceras. ¡Eso es lo que quieres creer o lo que piensas que deberías creer! ¿Qué hay dentro de ti, en realidad?

—¿Cuándo? ¿Ahora? Sólo perplejidad y agotamiento —contestó Joseph—. ¿Mañana por la mañana, o la próxima vez que vea a un ser querido, o presencie un acto de generosidad sincera, o de una valentía muy superior a la que yo puedo mostrar? Entonces sí, creo que hay algo más sabio y mejor que yo, e infinitamente más importante. ¿Que si sé adónde voy? Pues no. ¿Tú sí?

—Dudo que exista el lugar al que me gustaría ir —respondió Mason.

—Pues entonces constrúyelo —repuso Joseph—. Si es que sobrevives, por supuesto —agregó con una sonrisa.

—¿Eso es lo que les dices a tus hombres cuando se están muriendo?

Mason no iba a rendirse.

—Cuando es lo adecuado, sí. Normalmente no lo es. Basta con permanecer a su lado, hablar de cualquier cosa para que no estén solos.

—Diciéndoles lo que quieren oír. —Mason dio vueltas a la frase sin dejar de mirar fijamente a Joseph—. ¿Porque no tienes nada más que decir? ¿Cargas las armas obedientemente, como la brigada ligera en Balaclava, porque no sabes qué otra cosa hacer? ¿Te ciñes a obedecer órdenes, capitán? ¿No se supone que deberías ser un guía?

Joseph percibió la rabia y el sufrimiento de Mason, la conciencia de que las tinieblas estrechaban el cerco, no sólo allí en Passchendaele sino en todas partes.

—Me parece que lo mejor que puedo hacer es seguir adelante —le dijo Joseph.

Mason permaneció callado un buen rato.

—Al menos eres sincero, cosa que te agradezco —dijo finalmente—. No entiendo cómo puedes sobrevivir con eso, no es suficiente.

—Mientras haya alguien a quien puedas tocar en la oscuridad, tiene que ser suficiente —señaló Joseph.

Mason no contestó. Lentamente se tomó el té que le quedaba.

Joseph también apuró el suyo. Había dicho lo que pensaba. El hecho de que también él necesitara algo más, sólo un rayo de esperanza de encontrar algún día una respuesta que pudiese comprender, no era asunto de la incumbencia de Mason.

—¿Y bien? —dijo el Pacificador, impaciente en cuanto Mason se sentó frente a él en el salón del primer piso de Marchmont Street—. Estoy informado sobre las bajas. Es precisamente lo que tanto queríamos evitar. Habría dado cuanto tengo, mi propia vida en caso necesario, con tal de que no hubiese sucedido. Ni siquiera usted tiene palabras para describir el horror y la absurdidad de esta contienda. ¿Qué hay sobre ese juicio por amotinamiento y homicidio? ¿Dice que hay doce hombres arrestados?

—Sí.

Mason levantó la vista. Estaba demacrado. Por contraste con su abundante cabello negro, la piel se le veía aún más pálida, casi sin vida, y en sus ojos se apreciaba una aflicción tan profunda que costaba creer que alguna pasión pudiera llegar a devolverles el ardor. El Pacificador estaba preocupado por él. ¿Era posible que un corresponsal de guerra padeciera fatiga de combate?

—A mi entender son los doce hombres con más motivos para desear ver muerto al comandante Northrup —contestó Mason—. O, para ser más exactos, apartado del mando. Y como sus superiores no sabían lo incompetente que era, o no les importaba, su muerte aparece como el único modo de conseguirlo. Me figuro que, siendo hijo del general, el coronel Hook carecía de autoridad para defenestrarlo. El caso es que el capitán Cavan, el médico propuesto para la Cruz Victoria, figura entre ellos.

—Perfecto. —El Pacificador soltó la palabra como un suspiro—. Es absolutamente ridículo que no hayamos podido crear condiciones que permitan que hasta el hombre más cuerdo y leal se rebele contra esta injusticia suicida. —Intuía que estaba ante algo que podría utilizar para que por fin se volvieran las tornas.

—Corre el rumor de que el general Northrup intentará que se reduzcan los cargos al de insubordinación, y que la muerte de Northrup se considere más un accidente que un homicidio premeditado —advirtió Mason.

—¡No me diga! —El Pacificador sintió un súbito escalofrío—. ¿Por qué?

Mason suspiró.

—Porque para demostrar que hubo premeditación tienen que probar la existencia de un móvil. Eso supondría sacar a relucir la desastrosa ineptitud del comandante Northrup. Su padre no quiere que eso suceda. Y créame, todos los hombres son leales a los amotinados. Si se mantiene la acusación de asesinato, ellos se encargarán de que el comandante Northrup quede como un trapo.

—¿Y el general lo sabe?

El Pacificador estaba fascinado. Aquello abría el camino para un motín ulterior que ni siquiera se había atrevido a imaginar.

—Sí, claro que lo sabe —contestó Mason.

—¿Y cómo se produjo este cambio de postura tan interesante?

—No lo sé.

El Pacificador observó el rostro de Mason y supo que mentía. Aun así, eso no importaba en realidad. Podría averiguar esa información con relativa facilidad si llegaba a cobrar relevancia.

—Bien. Esto va muy bien —afirmó con aire decidido—. Me aseguraré de que se designe a un fiscal partidario de la línea dura. El más severo posible. De hecho, ya tengo un nombre en mente. Se ocupará de mantener todos los cargos y llevará la acusación hasta sus últimas consecuencias. Debemos asegurarnos de que se dicte una sentencia capital. El capitán Cavan, con su Cruz Victoria, acabará ante el pelotón de fusilamiento. Será la chispa que por fin encienda la yesca. —Esbozó una sonrisa que acusaba un súbito pesar—. Las tropas británicas jamás consentirán una injusticia tan obscena. Y pienso que el país podría ponerse de su parte si manejamos el asunto con tino. El pueblo termina por sublevarse, ¿sabe, Mason? Llega un momento en que ya no se deja llevar al matadero como un rebaño de ovejas. Créame, los rusos están muy cerca de ese punto ahora mismo. Si Kerensky no firma la paz con Alemania, retira a las tropas rusas del frente e instituye una reforma social de gran calado en todo el país, el pueblo ruso se levantará en una revolución. No se habrá visto nada igual desde el Terror de 1793, cuando las alcantarillas de París se tiñeron de rojo.

—La política rusa no cambiará bajo el gobierno de Kerensky, ¡al menos no tanto! —Mason estaba atónito, casi asfixiado por la enormidad de la idea.

—Lo dudo —convino el Pacificador—. Lo dudo mucho. Creo que dentro de un mes, como máximo dos, veremos disturbios en las calles de Petrogrado, y correrá la sangre. —De pronto se sintió exultante—. ¡Esto es el principio del fin, Mason! ¡Habrá paz por Navidad! ¡Paz! ¡Dios mío, paz!

* * *

8

—¿Mi coronel?

Joseph acudió al refugio subterráneo del coronel Hook. Por el mensaje en que reclamaba su presencia, sabía que las noticias eran malas. Estaba preparado para que le comunicara que algún conocido cercano había muerto. Tenía un nudo en el estómago a causa del esfuerzo por apartar de su mente la posibilidad de que fuese Judith.

Hook levantó la vista del papel que estaba leyendo. Tenía la piel gris y el mentón ensombrecido por la barba sin afeitar.

—Ah, Reavley. Acaban de informarme de que Londres va a enviar a un fiscal para el consejo de guerra.

El alivio inundó a Joseph como una oleada cálida que le causó una sensación de mareo y le perló la frente de sudor.

—Esperaba que pudiéramos contar con alguien de los regimientos destacados aquí — prosiguió Hook sin percatarse del efecto de sus palabras en Joseph—. Al menos habría sido alguien que comprendería las... las presiones. Pero nos mandan a un hombre que se llama Faulkner. He oído hablar de él. —Miró a Joseph con el ceño fruncido—. Su fama le precede, es un hombre muy estricto, defensor de la pena capital como método disuasorio. Dudo que el muy cabrón haya combatido alguna vez. —Se pasó una mano por la cara—. Perdón. No debería hablar de él así, supongo... supongo que será capaz de... —Le falló la voz. Parecía totalmente desesperanzado.

Joseph se sentó sin que Hook lo invitara a hacerlo. Carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Qué posibilidades hay de que el general Northrup consiga rebajar los cargos?

Hook se mostró sorprendido.

—¿Con Faulkner? Ninguna. Impondrá un castigo ejemplar a Cavan y Morel. Reavley, me da miedo la reacción de los hombres cuando se enteren. Nos quedan poco más de tres días, luego será demasiado tarde.

A Joseph no le hizo falta preguntar a qué se refería. Una vez que acusasen a los doce hombres de motín y asesinato, salvo que al final los declarasen inocentes, cosa prácticamente imposible, la única sentencia posible era la de muerte. Entonces sería harto probable que se produjera un verdadero motín. En el mejor de los casos esto ocasionaría una desmoralización tan grande que aniquilaría el espíritu necesario para resistir la terrible masacre de la ofensiva alemana. Las líneas serían aplastadas, y las fuerzas supervivientes tendrían que replegarse detrás de las últimas defensas. Los alemanes avanzarían sin mayores obstáculos hasta París, y Francia caería.

Después de eso nada se interpondría entre el Ejército alemán y las playas de Inglaterra salvo veinte millas de mar llana, pues estaban en verano. La derrota sería cuestión de

semanas.

Joseph se volvió hacia Hook y su mirada le dijo que estaba pensando exactamente lo mismo.

—¿Vale la pena avisar a Faulkner de cómo reaccionarán probablemente los hombres? — preguntó.

—Valdría la pena si fuera a creérselo —contestó Hook—. Los hombres como él suelen tener una vía de escape excelente para eludir una situación de la que no quieren ser responsables: simplemente se niegan a creerla. Argüirá que el Ejército británico jamás se amotina ni se rinde. Que sólo lo hace algún soldado aisladamente y que hay que depurar las filas de esa clase de hombres... con severidad. Considerará que ésta es una ocasión excelente para imponer un castigo ejemplar.

—No será ejemplo de nada salvo de ignorancia y brutalidad —repuso Joseph, oyendo que la voz se le quebraba por la emoción y algo muy próximo a la desesperación—. No importa cuán buenos sean los hombres, o cuán valientes, llega un momento en el que estallan. ¡Después es inútil excusarse diciendo que has sido demasiado estúpido para darte cuenta!

—Ya lo sé. —Hook volvió a mirar el papel—. Intentaré apelar a Londres pero no creo que sirva de nada.

Era una forma de indicarle a Joseph que se retirase. Éste se levantó, se despidió de la seguridad claustrofóbica del refugio subterráneo y de los pocos objetos personales de Hook, y salió al exterior neblinoso bajo un tímido sol. Se sentía sumamente culpable. En algún momento sin duda había tenido ocasión de actuar de otro modo, de ocultar algo, incluso de mentir sin reservas para que nunca se llegara a aquella situación.

Anduvo despacio por el sendero, y sus botas hacían el típico sonido de succión al pisar el barro. En aquella zona ligeramente más alta el fango era menos profundo y el agua se encharcaba en lugar de correr. Los cráteres en tierra de nadie volverían a humear un poco bajo el calor de agosto o a rebosar gas mostaza. No siempre era fácil distinguir una cosa de la otra.

Si Mason no hubiese visto el cadáver de Northrup ni supiera que lo había matado un arma británica, nadie habría tenido por qué enterarse de que el comandante no era simplemente una víctima más de la guerra.

Joseph siguió avanzando y se dio un golpe contra un roblón roto allí donde la pared de tierra se había desmoronado.

Otra vez Mason. Aquello apuntaba directamente al Pacificador. ¿Estaría detrás del asunto? ¿O era que Joseph daba, rienda suelta a sus figuraciones? La última carta de Matthew decía que por fin estaba dando caza a su viejo enemigo. No había otro modo de interpretar aquello. Ahora daba la impresión de que, gracias a una serie de errores estúpidos, el Pacificador iba a vencer después de todo. Gran Bretaña se amotinaría y sería derrotada, con casi un millón de hombres muertos, muchos más soldados heridos y el

espíritu destrozado. Era una derrota que Joseph no habría podido imaginar siquiera cuando partieron hacia Francia por primera vez, hacía tres años, pensando que estarían de vuelta en casa por Navidad. Entonces los impulsaban el heroísmo y el honor, los sueños de gloria. Ahora sólo quedaba la desesperación.

Los pies le resbalaban y chapoteaban por el lodo.

Habría sido mejor pasar por alto el asesinato de Northrup, mejor incluso matarlo él mismo que acabar en aquella situación. ¿En qué momento había tomado la decisión errónea? Quizás en eso residía el secreto de la vida, en saber cuándo era el momento indicado para realizar una acción irrevocable en vez de comportarse como un cobarde, un hombre que piensa demasiado, siempre a punto de tomar una determinación pero sin llegar nunca a tomarla.

Joseph se acostó en su refugio poco después de la medianoche y durmió más profundamente de lo que había esperado. Se despertó sobresaltado, con el corazón palpitando y el cuerpo bañado en sudor. Todo le resultaba familiar: los libros, el retrato de Dante, su silla y su escritorio, pero tenía un fusil al alcance de la mano y oía voces agudas de hombres que gritaban.

Se dio la vuelta en el catre y se levantó, tiritando de la cabeza a los pies. Sonaron más gritos y varios disparos seguidos que a juzgar por su rapidez no se efectuaban con precisión.

Se oyó un ruido muy cerca de la entrada, luego alguien abrió la cortina de arpillera de un tirón y una figura se plantó en el umbral. Por un momento Joseph temió que vería el casco rematado en punta de un oficial alemán. Cuando hizo el esfuerzo supremo por serenarse y mirar, descubrió que se trataba de un soldado británico con la cabeza descubierta.

—¡Capitán Reavley! ¿Está aquí dentro, señor?

—Aquí estoy. —Joseph tragó saliva—. ¿Qué ocurre, Tiddly Wop?

—Se han marchado, mi capitán. Todos excepto Cavan. ¡Dios sabe cómo lo han hecho, pero se han largado! —le informó Andrews.

Joseph tuvo que esforzarse para entender el significado de aquellas palabras. Era imposible que fuese verdad.

—¿Se han largado? —repitió tontamente—. ¿Quieres decir que los han trasladado a otra parte? ¿Se les formará el consejo de guerra en otro regimiento?

—¡No, mi capitán, no se los han llevado a ninguna parte, se han marchado por su cuenta! Nadie sabe dónde están. Se han escapado. Pueden haber ido a mil sitios.

Joseph estaba aterido de frío; sentía que las manos y los pies no eran suyos.

—No había manera de que salieran de la granja. ¿Qué le ha pasado a la guardia? ¿Cómo han hecho para escapar?

—Los guardias estaban atados como pavos de Navidad, pero no les han tocado ni un pelo.

—¿Dices que el capitán Cavan sigue allí? —Joseph estaba tremendamente decepcionado. Por un momento había creído lo imposible y ahora la realidad lo hundía todavía más—. Eso no tiene sentido, Tiddly Wop.

—¿Desde cuándo hay algo que tenga sentido en esta maldita guerra, capellán? Si para usted lo tiene, ¿por qué no se lo cuenta a los demás?

—¿Los otros once se han ido? ¿Cómo han conseguido salir?

—Ni idea —dijo Tiddly Wop con un atisbo de rabia—. Y si lo supiera no se lo diría. Sólo he pensado que le gustaría saberlo.

—¡Y así es! Lo que pasa es que... Ojalá el capitán Cavan también hubiese huido.

Un rayo de luz se reflejó en la reluciente dentadura de Tiddly Wop cuando sonrió.

—Perdón. No debería haber dicho eso, capellán. Claro que se alegra.

Fuera seguían oyéndose gritos, pero los disparos de fusil habían cesado. Tiddly Wop se volvió y salió con Joseph pegado a los talones. Las noches de verano eran cortas, y el cielo ya había adquirido un tono gris al este. Reinaba un ambiente relativamente tranquilo, la artillería sólo disparaba esporádicamente. Joseph miró en derredor y avistó unas figuras que corrían en campo abierto y otras de pie, cruzadas de brazos. Había un vehículo militar aparcado en la zona más seca de terreno. Junto a él, un hombre con uniforme de oficial gesticulaba enérgicamente, al parecer dando órdenes a los demás.

—Tenemos que dar la impresión de que queremos encontrarlos —dijo Tiddly Wop en tono sentencioso.

—¿Cuánto hace que han huido? —preguntó Joseph. Tiddly Wop se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? Podrían ir camino de París a estas alturas. Aunque es más probable que se dirijan a Suiza. Es lo que haría yo.

—La frontera suiza queda a cientos de kilómetros de aquí —observó Joseph.

—Pues entonces espero que alguien los lleve. ¡Aunque no creo que lo encuentren, por supuesto! —agregó con premura, echando una mirada nerviosa a Joseph.

—Es posible que hayan optado por hacer justo lo contrario. —Joseph se unió sin vacilar a la conspiración—. Quizá vayan hacia el mar.

—¿De vuelta a casa?

—No, más bien hacia Suecia. —Joseph cayó en la cuenta de que sonreía. Sabía que era estúpido que le hiciera gracia. Los encontrarían y los traerían de regreso. Probablemente Cavan estaba demostrando más sentido común al quedarse. Y quizás así ganaría tiempo para los demás. Quizá tardarían varios días en atraparlos a todos, si es que lo conseguían. Tal vez alguno moriría a causa de la propia guerra—. Me pregunto si podemos ayudar de

alguna manera —agregó en voz alta.

—Buena idea —convino Tiddly Wop—. Iré a ver si el teniente Moore necesita algo. Ése no distingue el norte del sur. ¡Si alguien no le echa una mano, será él quien termine en Suiza!

Joseph se ofreció a buscar a los evadidos y pasó las dos horas siguientes hasta el alba fingiendo que se entregaba a esa tarea. Al igual que el resto de los hombres, lo que hizo a grandes rasgos fue asegurarse de borrar cualquier rastro en los caminos que hubiesen podido seguir los fugados.

Él y el coronel Hook compartieron una perola de té sentados en unos sacos terreros en la parte de atrás de una tienda de avituallamiento.

—¿Algún indicio? —preguntó Hook enarcando las cejas.

—Ninguno —contestó Joseph de inmediato. Miró a Hook a los ojos con absoluta franqueza.

—No, claro —comentó Hook—. Ya me lo figuraba.

Hacia mediodía el panorama era muy distinto. El general Northrup había regresado y en las líneas de vanguardia corría el rumor de que el teniente coronel Faulkner llegaría antes del anochecer. Northrup estaba furioso.

—¿Cómo puede ser tan absolutamente incompetente? —le gritó a Hook. Tenía la cara transida de amargura y dos manchas de color en las mejillas—. ¿Por qué ha fallado la vigilancia? ¡Por el amor de Dios, su autoridad se está viniendo abajo! ¡Espabile de una vez, coronel!

Se encontraban en el pequeño puesto de mando habilitado en una granja. Se trataba de poco más que una habitación en una edificación anexa con una mesa y media docena de sillas. Northrup iba de acá para allá, y el entarimado crujía bajo sus botas.

La acusación era de todo punto excesiva, aparte de trágica y absurda. Joseph intervino pese a ser el oficial de menor rango.

—Los hombres están agotados, mi general —le explicó a Northrup—. Nadie duerme más que unas pocas horas cada noche. No paran de llegar heridos del frente de combate y apenas damos abasto para trasladarlos al hospital y mantener el suministro tanto de alimentos como de munición. Los únicos hombres disponibles para vigilar a los prisioneros eran heridos. No sabemos qué ha sucedido, y culparlos es prematuro y sumamente injusto. En otras circunstancias estarían rebajados de servicio para que los atendiesen como es debido en un hospital.

—Sé muy bien que las condiciones son duras, capitán Reavley —aseveró Northrup con una sonrisa forzada—. Éste no es el único tramo de la línea que está a punto de romperse, aunque le aseguro que es el peor. Por eso es aún más importante que mantengamos nuestro nivel de exigencia, pues de lo contrario minaríamos la moral de la tropa.

—Si se declara culpable a alguien, tomaremos las medidas pertinentes —aseguró Hook, poniendo fin a su prolongado silencio. Se puso de pie y recogió un montón de papeles—. Ahora, mi general, si me dispensa, tengo que ir a atender otros asuntos.

En cuanto se hubo marchado, Northrup miró de hito en hito a Joseph.

—Esta situación es ridícula, capitán. Me consta que sus simpatías están con sus hombres, y quizá sea así como cree que debe cumplir con su deber, pero esto no puede pasarse por alto como si no fuese un delito capital. —Clavó en Joseph una mirada acusadora—. ¿Es que no se da cuenta? Ahora más que nunca debemos mantenernos firmes en nuestros principios para no caer en la tentación de rendirnos o de salir huyendo. Los oficiales deben dar ejemplo. Para eso estamos aquí.

Joseph tomó aliento para replicarle con energía cuán absurda, cruel y carente de sentido era su posición y hacerle ver que había perdido todo contacto con la realidad. Cualquiera día de aquéllos perderían la batalla de Passchendaele, y el Frente Occidental entero podría ceder y romperse. Lo último que el ejército necesitaba era el enjuiciamiento de uno de sus pocos héroes aún con vida.

De repente, vio al general Northrup como un anciano, quizá de no más de cincuenta años, pero rendido de corazón y mente, empeñado en conservar una imagen de su hijo que en el fondo sabía que era falsa. Quizá lograrse engañar a los demás, o tal vez le diesen la razón por miedo o por respeto, incluso por compasión, pero al final se quedaría a solas con la verdad. Miraba al frente y hablaba del sentido del deber porque era el único camino que le quedaba en un mundo que se le escurría entre los dedos arrebatándole todo aquello en lo que había creído.

—Sí, mi general —dijo Joseph con suavidad—. En mi opinión todos los hombres están tratando de hacer lo que consideran correcto. Cuando ves la muerte tan cercana eso cobra mucha importancia. Sabes que no habrá una segunda oportunidad.

Northrup, que no apartaba de él la vista, pestañeó varias veces seguidas.

—¿Qué está diciendo, capitán Reavley? ¿Que hay otra clase de justicia aparte de un consejo de guerra?

—Lo que digo es que los hombres tienen miedo de que si declaran culpables y fusilan al capitán Cavan y a los demás, la moral sufra un revés que no seamos capaces de soportar, mi general, y que quizás incluso brinde a los alemanes la ocasión de penetrar en nuestras defensas y marchar sobre París. Hemos combatido demasiado duro durante demasiado tiempo, y perdido a demasiados amigos, como para permitir eso.

—¿Debemos tomar un camino fácil —repuso Northrup—, un camino equivocado, porque no podemos enfrentarnos al enemigo y atenernos a nuestros principios, a la justicia y el imperio de la ley, y a que cada hombre responda de sus pecados? ¿Es esto lo que propone?

—Ningún camino es fácil, mi general —contestó Joseph—. ¿Y quién puede juzgar lo que es pecado y señalar a los pecadores? Rara vez hay un solo culpable, de lo que sea.

Northrup se balanceó ligeramente, con expresión firme y preocupada. Parecía ansioso por rebatir lo que había dicho Joseph en cuanto encontrara las palabras apropiadas.

—La guerra despoja a los hombres de todas las ideas que le inculcaron pero en las que en realidad no cree —prosiguió Joseph. Se veía obligado a discutir, por si aún cabía la posibilidad de que Northrup pidiera clemencia para Cavan, y para los demás hombres si los aprehendían. Quizá fuese en vano, pero no podía dejar de intentarlo—. Estos hombres, en última instancia, se mantuvieron leales a sus camaradas, así como a la voluntad de vencer, más que a una obediencia ciega.

Northrup apretó los labios con fuerza. Sus ojos reflejaban la actividad de su mente, y su rostro evidenciaba la turbación, la confusión y la presión de la ira y la duda en su fuero interno. Seguía sin hallar las palabras que buscaba.

—Legalmente el comandante Northrup llevaba razón —comenzó Joseph de nuevo—. Era el oficial de mayor rango, y eso le confería el mando con independencia de que sus órdenes fuesen brillantes o suicidas. Pero eso no lo convertía en un buen militar. Los hombres que lo obedecían hacían lo correcto desde el punto de vista legal, pero resulta que la obediencia les acarreó la muerte o la mutilación. Quienes no obedecieron están vivos, pero al parecer los mataremos nosotros mismos. Y al hacerlo hundiremos la moral de quienes esperan que los guiemos porque no tienen otra elección.

Northrup se estremeció de forma apenas perceptible; apenas un tic en la sien derecha, un temblor de las manos.

—El rango de oficial conlleva el deber de hacer lo correcto —agregó Joseph, plenamente consciente de lo que le estaba haciendo al hombre que tenía delante—: anteponer la vida de sus hombres a su propia vanidad. En tiempos de paz uno puede exigir obediencia sean cuales sean sus propias cualidades, pero en la guerra hay que ganarse el respeto. Se requiere valentía moral además de física, tanto más si se es oficial.

Northrup bajó la vista.

—No es preciso que se extienda en sus opiniones, capitán. Me he visto obligado a reconocer que las cualidades de mi hijo no estaban a la altura del mando que ejercía, y que el ejército no ofrece a sus hombres más alternativa que la obediencia o la rebelión. —Se quedó casi inmóvil—. Y yo soy responsable ante Dios de cualquier aspecto de su carácter que lo llevara a despreciar el consejo de subordinados que sabían más que él gracias a su experiencia. Si era débil, el fallo fue mío, quizá más que suyo. Tal vez permití que creyera que estar al mando era una cuestión de rango, no de conocer su trabajo, o que el honor radica en lo que otros hombres dicen de ti, no en lo que es cierto cuando te quedas solo. Si tal es el caso, responderé ante Dios y ante mi hijo, pero no pienso hacerlo ante usted, capitán.

Pestañeó varias veces con el rostro congestionado y los ojos brillantes de llanto contenido.

Joseph sentía la necesidad, casi dolorosa, de decir algo que lo consolara. El único

modo de aliviar su pena sería negar que el general había desempeñado un papel en la tragedia privada de un hijo que se había revelado incompetente para afrontar la prueba final. De nada serviría ahora añadir que había sido el fracaso de Northrup hijo lo que había derribado la última barrera contra la derrota. La guerra en su conjunto, un sinfín de factores, muertes, sacrificios, cálculos erróneos y circunstancias ajenas a todo control, había abonado el terreno para que eso ocurriese.

Pero ¿qué podía decir ahora sin faltar a la verdad? ¿Había una respuesta limpia que no implicase distanciarse de aquel hombre diciéndole mentiras ni a tratarlo con condescendencia eludiendo la realidad?

—Al final, lo único que cuenta para todos nosotros es el juicio de Dios —dijo—. Y parece que el final puede llegar bastante pronto.

Northrup inspiró bruscamente como para negarlo, pero se limitó a suspirar y no dijo nada. Era como si ya no tuviera nada dentro y sólo quedara un caparazón que guardaba las apariencias como un acto de voluntad. Si se había equivocado y, sin darse cuenta en su momento, había destruido al hijo a quien había amado a su manera, ahora se aferraba a la única virtud de la que estaba convencido: su coraje.

—Seguro que tiene obligaciones que atender, capitán. Gracias por venir. Joseph saludó y se retiró.

Faulkner llegó antes del anochecer, tal como había anunciado. Joseph no lo vio pero oyó los comentarios de la tropa.

—Parece un perro guardián que no encuentra comida —comentó Alf White agriamente—. ¡Seguro que su cena seremos nosotros!

Barshey Gee negó con la cabeza haciendo una mueca. Llevaba un vendaje muy grande en el brazo derecho, pero la herida no era lo bastante grave para mandarlo a la retaguardia.

—¿Por qué será que envían a los tíos más cojonudos aquí con armas para disparar contra Jerry, pobre diablo, y dejan a los verdaderos cabrones detrás de las líneas para que disparen contra nosotros? ¿A quién suponéis que se le ocurrió organizar así la cosa?

—Al mismo tipo al que se le ocurrió lo de darnos comida seca y obligarnos a hacer ejercicio los domingos... —aventuró Alf.

—¡Y seguro que su madre tejió los calcetines que llevo! —agregó George Atherton con su característica risa entrecortada—. Tienen más bultos que unas gachas de casa bien.

—Eso sí que me lo comería —suspiró Barshey con nostalgia y ojos soñadores—: un buen tazón de gachas de avena con nata y azúcar.

George le tiró una pella de barro.

Bert Collins se presentó para comunicarle a Joseph que el coronel Hook deseaba verlo. Hizo una mueca de asco.

—Está con el nuevo, capellán, el teniente coronel Faulkner. Enseguida lo reconocerá,

señor, pues parece que se haya tragado una avispa, si no fuera porque con esta humedad no hay avispas. Si no deja de llover pronto acabaremos todos ahogados. Lo que quiero saber, capellán, es por qué no construye un arca, ¿eh?

—No hay madera —dijo Joseph con cara de circunstancias—. Ni animales que meter en ella.

—Ni mujeres —apostilló Barshey—. ¡O sea que aún tiene menos sentido!

Algunos hombres se rieron.

Joseph siguió a Bert Collins hasta el puesto de mando y entró en la pequeña estancia escasamente amueblada. Olía a humedad, como todo lo demás. Se puso firmes y aguardó.

Hook estaba recién afeitado. Tenía el uniforme relativamente limpio, con sólo un par de manchas de sangre en las mangas y salpicaduras de barro hasta las rodillas. Seguramente sólo se lo había puesto un día.

A su lado estaba Faulkner. Llevaba el pelo rubio cortado a cepillo, y su rostro enjuto era prácticamente todo frente y huesos. Tenía una expresión dura que no suavizaba el menor rasgo de humor. Sin embargo, era un semblante que denotaba imaginación y cierto grado de emoción. Faulkner lucía un uniforme immaculado, cortado a la medida de sus anchas espaldas y su esbelta figura.

—Capitán Reavley —comenzó Hook con voz formal y una mirada de advertencia—. Le presento al teniente coronel Faulkner, que se encargará de llevar la acusación contra los hombres que presuntamente mataron al comandante Northrup.

—Sí, mi coronel —respondió Joseph.

—Como bien sabe, en estos momentos sólo tenemos a uno de esos hombres bajo custodia.

Faulkner emitió un ruido con la garganta. Fue un gruñido ininteligible que sin embargo dejaba tan patente su desagrado como si hubiese hablado.

—A menos que logremos encontrar a los huidos en un plazo de dos días, vamos a tener que posponer el consejo de guerra... —comenzó Hook.

—Podemos juzgar a Cavan —interrumpió Faulkner—. Y también a los demás in absentia por desertión. No hay lugar a duda de que es culpable de dicho delito.

—No, no juzgaremos al capitán Cavan por separado —sentenció Hook de manera terminante—. Y tampoco juzgaremos a los demás hombres por delito alguno en su ausencia. Todo hombre tiene derecho a carearse con sus acusadores y a defenderse a sí mismo.

—Son ellos quienes han decidido no hacerlo —señaló Faulkner—. Han renunciado a ello; nadie les ha denegado nada.

—Sea como fuere, no los juzgaremos en su ausencia —repitió Hook—. Usted es el fiscal designado, no el juez. El capitán Reavley hará todo lo posible por rastrear el paradero

de esos hombres, y...

—¡Por el amor de Dios! —espetó Faulkner—. ¡Han desertado! Seguramente estarán a medio camino de Suiza a estas alturas.

—Puede que sí —admitió Hook—. Y puede que no. Lo único que sabemos es que no están aquí, con la excepción de Cavan. —Miró a Joseph.

—Sí, mi coronel —dijo éste enseguida—. Haré cuanto esté en mi mano para determinar qué ocurrió exactamente y, si es posible, encontraré a esos hombres y los traeré de vuelta. Otras consideraciones aparte —se guardó bien de mirar a Faulkner—, será extremadamente difícil juzgar al capitán Cavan si ninguno de los demás hombres está presente para declarar acerca del asunto. No habrá nadie que pueda presentar pruebas o dar testimonio. Tengo entendido que él no ha confesado... ¿Es cierto?

—No, no ha confesado —dijo Hook al instante—. Tiene razón, capitán Reavley. Comience de inmediato. Si necesita cualquier clase de ayuda, me encargaré de que se la presten.

—Infórmeme dentro de veinticuatro horas, capitán —dijo Faulkner fríamente—. Aunque no acierto a comprender qué espera descubrir. Han desertado todos con la salvedad de Cavan. Y a lo mejor éste también es culpable de complicidad y encubrimiento de la huida de los demás. Desde luego, se ha negado a contarnos nada.

—O quizá sea inocente —dijo Joseph con acritud, en un tono que dejaba traslucir su enojo— y crea que tendrá una audiencia justa y que será capaz de demostrarlo.

—Puede retirarse, capitán —le indicó Faulkner—. Cuanto antes comience sus pesquisas, antes podremos proceder.

Joseph saludó, dio media vuelta y se marchó. No tenía la menor intención de investigar adónde habían ido los hombres, ni aunque existiera la más remota probabilidad de averiguarlo. En el fondo pensaba que Faulkner llevaba razón y que casi con toda seguridad se dirigían hacia la frontera suiza. Sin embargo, le daba miedo que el conjunto del regimiento sufriera las consecuencias, sobre todo aquellos hombres que los hubiesen ayudado activamente o hubiesen hecho la vista gorda. Y ante todo no quería que juzgaran a Cavan. Si era inevitable, esperaba que sólo le imputaran cargos menores, simplemente por haber tenido conocimiento de que parte de la tropa estaba descontenta con el comandante Northrup y no haber dado parte de ello. El general quizás aún lograría rebajar los cargos.

Asimismo, estaba convencido de que Hook era de su mismo parecer y de que le había pedido que hiciera averiguaciones precisamente para que pareciera ocupado en ello aunque en realidad no hiciese nada.

Algunos hombres se mostraron recelosos al principio, rencorosos al verlo dar muestras de colaborar con Faulkner, pero bastaron un par de palabras tajantes de Barshey Gee y Bill Harrison para que recuperasen la confianza en el capellán. Algunos incluso se sumaron al juego de fingir que le prestaban ayuda.

Sin embargo, como es natural, no engañaron a nadie. Joseph fue a dar parte a

Faulkner veinticuatro horas después.

—Lo lamento, mi teniente coronel —dijo afectando tanta pesadumbre como fue capaz—. Ninguno de los hombres parece saber nada útil. Me inclino a pensar que los acusados pusieron mucho cuidado en guardar su secreto.

Faulkner lo escuchó sin ocultar su incredulidad, pero no podía demostrar nada.

A mediodía del día siguiente, Faulkner dispuso que arrestaran a Joseph por no obedecer una orden directa de un superior y lo encerraran en la misma granja de la que se habían escapado los once.

Esta vez la custodia corría a cargo de la policía militar, no de un puñado de hombres heridos, y a fin de preservar su propia libertad, estaban decididos a evitar que se produjeran nuevas fugas.

Les avergonzaba encerrar a un capellán y se disculparon con torpeza. Lo trataron con sumo respeto. Joseph no quiso contribuir a su mala conciencia obligándolos a ser algo más que cortesés.

Hacia las dos estaba sentado en el suelo de lo que antaño había sido uno de los dormitorios más pequeños de la granja. La única ventana daba al tejado, y desde allí había una caída de varios metros hasta el suelo, donde un soldado montaba guardia con el fusil al hombro. No es que Joseph pensara escapar. Eso sólo serviría para empeorar una situación ya de por sí desesperada.

No había nada que hacer. El tiempo transcurría despacio. Se levantó y caminó de un lado a otro de la habitación. ¿Dónde estarían los fugados? ¿Se habrían ido hacia el este, en dirección a Suiza? Quizá pensaran que los alemanes iban a romper las defensas y que la guerra estaba perdida de todos modos. Resultaba doloroso aceptar que Morel fuera capaz de desertar justo ahora. Joseph habría esperado de él algo más espectacular, más imaginativo, más afín a sus raíces y su carácter que salir huyendo. Podría haber saltado el parapeto en un gesto grandilocuente para entregar la vida de un modo que ninguno de sus compañeros olvidaría jamás.

Aquella fuga era trágica, deslucida, desdeñable, y el sufrimiento que causaba dolía en lo más vivo.

Le llevaron la comida a las seis en punto. Era rancho seco, lo mismo que si hubiese estado en libertad. El joven soldado parecía compungido cuando la depositó en el suelo cerca de la puerta para luego retirarse.

—No voy a hacerte daño —dijo Joseph cansinamente—. No tienes por qué poner esa cara.

—Ya, mi capitán, pero tengo que ir con cuidado. No puedo permitir que nadie más se escape o será a mí a quien fusilen.

—¿Por qué? ¿Fue culpa tuya?

—¡No! —exclamó indignado y nervioso.

—¿Cómo se escaparon? —preguntó Joseph más por curiosidad que por ansia de saberlo.

El soldado negó con la cabeza.

—No va a poder imitarlos, capellán. Por favor, no lo intente. De verdad que no quiero disparar contra usted. Estamos en el mismo bando, señor. Todos lo estamos.

Joseph levantó la vista hacia él.

—¿A quién retenéis aquí?

—Aparte de usted, a Treffy Johnson, y al médico, por supuesto.

—¿Treffy? ¿Por qué lo han encerrado? —Joseph estaba perplejo.

—Por insubordinación. Poca cosa. Seguramente le soltarán mañana.

—¿Y lo enviarán de vuelta al frente?

—Sí, claro. Pobre chaval.

Joseph aguardó.

El soldado adoptó una expresión de lástima.

—Sólo tiene quince años. Está muerto de miedo y no es capaz de disparar a otro hombre, ya sea un Jerry o no.

Varias ideas para intentar ayudar a Treffy Johnson se agolparon en la cabeza de Joseph: mantenerlo allí bajo algún otro cargo, buscar un motivo médico para declararlo inútil, incluso, como último recurso, ponerlo bajo la tutela de alguien que cuidara de él y lo protegiera. Todo sería inútil. Era uno entre miles. Quizá sobreviviría, pero aun en ese caso nunca volvería a ser el chico que era antes. Ninguno de ellos lo sería.

—Cómaselo —le aconsejó el soldado—. Es un asco, pero seguramente está más bueno que lo que les dan en primera línea. Y aquí al menos no llueve.

Salió y cerró la puerta. Un instante después oyó correrse el cerrojo.

Joseph volvió a asomarse a la ventana por pura curiosidad. ¿Cómo se las habían arreglado los once reos para salir, atar a los guardias y marcharse? Cuanto más pensaba en ello más obstáculos parecía encontrar.

Echó un vistazo al tejado. A un hombre que no padeciera vértigo seguramente le sería bastante fácil desplazarse hasta donde hubiera un canalón por el que descolgarse, de no ser porque todo el edificio estaba en un estado tan lamentable tras tres años de abandono y algún que otro bombardeo muy cercano que no parecía haber ningún canalón que ofreciera garantías de estar bien sujeto a la pared. El peso de un hombre, por no hablar del de once, uno tras otro, lo arrancaría de cuajo. El patio de abajo estaba pavimentado. Lo más probable era que quien cayese en él se rompiese un tobillo como mínimo.

Joseph intentó recordar las otras paredes que había visto al llegar. No había nada lo bastante firme para bajar agarrándose a ello, tampoco un edificio contiguo, una leñera, un

pajar, ni corrales, nada de una altura inferior que facilitara un aterrizaje más seguro. Por descontado, no se veía ni un árbol en un kilómetro a la redonda. Y eso significaba que tampoco había dónde esconderse a la horade escapar. Por otro lado, los acusados se habían fugado de noche. Aun así, el fuego de la artillería a lo lejos iluminaba el cielo y habría hecho que cualquier figura destacara en el paisaje yermo como una mosca en un muro encalado.

Allí había habido doce hombres retenidos, sin contar a Treffy Johnson. ¿Cómo los habrían agrupado? No había trece habitaciones en la casa, así que al menos algunos tenían que estar encerrados juntos. En el cuarto de Joseph no había ninguna manta, sólo un jergón de paja. Aunque en realidad tampoco había mantas en las trincheras. Y era agosto. ¿Cabía la posibilidad de que hubiesen usado su propia ropa para fabricar una cuerda con la que descolgarse por la ventana? ¿Todos ellos? ¿A la vez? ¿Tenían siquiera alguna manera de comunicarse entre ellos?

En el exterior la luz se extinguía y comenzaba a llover otra vez. Joseph oía las gotas golpetear la ventana.

Se sentó en el jergón a oscuras. Cuanto más vueltas daba a lo que sabía, más imposible veía que todos los hombres hubiesen salido al mismo tiempo y reducido a los guardias. ¿Cómo habían escapado por la tierra baldía hasta alejarse lo bastante para que cuando se descubriera su ausencia ya fuese imposible seguirles la pista, a no ser que les hubiesen ayudado? Además, tuvo que ser una ayuda bien planeada y organizada, y seguramente se usó un vehículo lo bastante grande para llevar a once hombres.

¡Como una ambulancia! Ésa era la idea que quería apartar por completo de su mente, pero cuanto más lo intentaba, más se resistía a desvanecerse.

Al final, Joseph se tumbó. Tenía frío pese a que el aire era templado. Probablemente se debía a que estaba cansado, se sentía desdichado y, por más que se esforzara por evitarlo, temía por Judith.

Si el consejo de guerra contra Cavan seguía adelante y lo declaraban culpable, la pena sería, indefectiblemente, el pelotón de fusilamiento. Naturalmente, el mariscal de campo Haig tendría que ratificarla, pero el daño a la moral vendría de la mano de la sentencia. Si iba a estallar un motín, sería entonces.

A Joseph se le ocurrió otra posibilidad. Quizá Morel al menos no se había marchado a Suiza, sino en busca de otros hombres de ideas afines en algún otro lugar del frente. Quizá si declaraban culpable a Cavan, Morel encabezaría la revuelta contra la injusticia.

¿Lo sabía Cavan? ¿Qué había ocurrido exactamente en el simulacro de juicio de Northrup? ¿Quién era el cabecilla? Punch Fuller le había dicho que los hombres no tenían intención de matarlo, sólo de darle un buen susto. ¿Era eso cierto o solamente una excusa?

Por la mañana, Joseph tendría que hallar la manera de convencer al guardia de que le dejara ver a Cavan. ¡Éste era médico, y Joseph sacerdote! ¡Tenía que existir algún pretexto para que uno de ellos necesitara ver al otro!

Cuando le sirvieron el desayuno, el té al menos estaba caliente, y de nuevo el guardia se mostró incómodo.

Joseph detestaba mentir, pero no se le ocurrió una alternativa mejor. Se sentó encorvado, puso mala cara y procuró que un hombro le quedara más bajo que el otro.

—¿Qué le ocurre, capellán? —preguntó el soldado.

—Creo que es una contractura —dijo con voz lastimera—. Ayer pensé que se me pasaría pero me ha tenido despierto toda la noche. —Esbozó una sonrisa—. Es la primera vez en mucho tiempo que tengo ocasión de tumbarme durante más de un par de horas. ¿Podrías dejarme ver a Cavan? Enciérranos en un cuarto sin ventanas, si quieres. No me importa. A lo mejor él me lo puede arreglar.

El guardia titubeó.

—No soy peligroso —insistió Joseph—. Por Dios, soy sacerdote y Cavan es médico. Ninguno de los dos va a atacar a nadie. Y el hecho de que Cavan siga aquí demuestra que no pretende escapar. A mí sólo me han acusado de no buscar con suficiente empeño a los hombres que huyeron.

—De acuerdo. El doctor es buena gente. —El guardia se encogió de hombros—. ¡A fin de cuentas, me da que todo esto es una farsa! ¡Encerramos al doctor y al cura y dejamos que los chalados dirijan el ejército! Vamos. ¿Puede levantarse? Le llevaré con él. ¿Quiere tomarse el té primero?

—Por favor. —Joseph se acordó de beber usando la mano izquierda y de dejar el tazón para coger con la misma su tostada cada vez que quería un bocado—. Gracias —dijo cuando terminó. Se puso de pie con torpeza, procurando no usar el brazo derecho para nada.

Cavan estaba sentado en el suelo cuando el soldado abrió la puerta e hizo pasar a Joseph.

El médico levantó la vista sorprendido y, al reconocer a Joseph, se levantó. Reparó en que Joseph se sujetaba el brazo derecho.

—¿Le duele el hombro, capellán? —inquirió con curiosidad mirando alternativamente a Joseph y al guardia.

—Sí. Quería ver si usted podría recolocármelo o hacer algo para aliviarme —contestó Joseph.

—¿No hay médicos en el exterior? —preguntó Cavan con una sonrisa sardónica que por poco le pasó inadvertida a Joseph. Tenía aspecto cansado y hastiado, y las arrugas del rostro y las ojeras muy marcadas. Debía de saber que su sentencia de muerte no era ya algo probable, sino una certidumbre. Sería una muerte ignominiosa, además, y supondría la pérdida de la Cruz Victoria que tan merecidamente había ganado. Para su familia supondría una verdadera vergüenza que se sumaría a su inimaginable aflicción.

A Joseph lo acometió de repente una ira ciega ante tamaña injusticia.

—No dudo que sean muy buenos —respondió con voz temblorosa y más tensa de lo que hubiese querido. La descarnada emoción que lo embargaba lo asustó—. Pero ya que estoy aquí dentro y no puedo salir, esperaba que usted me asistiera.

Cavan se quedó perplejo.

—¿Aquí dentro? ¿Usted? Santo cielo, ¿por qué?

—Me ordenaron que buscara a los hombres que han huido —explicó Joseph—. El teniente coronel Faulkner considera que me he demorado demasiado en el cumplimiento de mi deber o que incluso estaba obstruyendo la investigación ex profeso.

—¿Qué absurdo! —exclamó Cavan negando con la cabeza.

—En realidad, no iba errado —le dijo Joseph—. Si hubiese dado con ellos no se lo habría dicho. ¡Tampoco es que tuviera esa suerte! Me figuro que ya estarán a kilómetros de aquí. Al menos eso espero.

El guardia carraspeó.

—Dejaré al capellán con usted, capitán Cavan, si no tiene inconveniente. A ver si puede componerle el hombro. —Salió y cerró la puerta.

Una vez más, el ruido del cerrojo recordó a Joseph que el guardia no quería exponerse a que lo culparan de haber dejado huir a los prisioneros.

Joseph enderezó el hombro. Empezaba a dolerle de tanto forzar la postura.

Cavan se dio cuenta.

—Gracias por curarme tan deprisa —dijo Joseph con una media sonrisa. Se acomodó en el suelo, a poca distancia de donde Cavan había estado sentado—. A lo mejor regresa enseguida — prosiguió—. Espero que no, pero no podemos fiarnos de él. Al menos me imagino que usted no puede.

Cavan estaba confundido. También se sentó pero guardó silencio.

—He estado pensando cómo escapar —dijo Joseph con toda naturalidad—. Cuantas más vueltas le doy al asunto, más difícil me parece lograrlo sin la osada y bien estudiada ayuda de al menos una persona del exterior. Aunque lo más probable es que fuesen dos.

Cavan adoptó un aire circunspecto.

—¿En serio? ¿Se está planteando intentar escapar? Lo veo algo fuera de lugar. Dudo mucho que los cargos contra usted tengan consecuencias serias. Faulkner lo ha mandado encerrar en un arranque de ira.

—Sí, ya lo sé —admitió Joseph—. Incluso confío en que me dejen salir hoy. Por eso tenía que hablar con usted cuanto antes.

Cavan puso cara de pocos amigos.

—Si cree que a cambio de alguna clase de indulgencia voy a revelarles cómo escaparon los demás o quién les ayudó, es que es mucho más tonto de lo que pensaba, y también un

canalla. ¿Cómo se atreve a creer que voy a traicionar a mis amigos?

—Lo que creo es que está demasiado cansado para pensar con claridad —contestó Joseph—. Y en realidad no le he preguntado quién les ayudó. Prefiero infinitamente no saberlo. Aunque tengo una vaga idea de quién pudo ser y, si llevo razón, se trata de la última persona de este mundo a quien yo traicionaría.

Cavan pestañeó varias veces seguidas, consciente de que se había delatado. Intentó disimular bajando la vista.

—Si no quiere saber eso, ¿qué quiere de mí? —preguntó en voz baja—. ¡Aunque supiera dónde están los hombres no se lo diría! Además, no lo sé.

—Quiero que me explique qué ocurrió en el falso juicio de Northrup —contestó Joseph—. Alguien me dijo que no tenían ustedes intención de matarlo. El general Northrup está razonablemente dispuesto a pedir que se reduzcan los cargos a insubordinación y muerte accidental.

—¡No diga tonterías! —Cavan irguió la cabeza con los ojos muy abiertos—. Su hijo está muerto. No sólo quiere vengar su muerte, es un militar tirano. La disciplina es su catecismo.

—Es un hombre orgulloso —puntualizó Joseph meditabundo—. Y limitado. Tiene poca imaginación y quizá poca inteligencia o ingenio. Pero en el fondo no es deshonesto. Y desde luego no carece de coraje. Sabe que su único hijo era incompetente y un peligro para sus hombres, cosa muy difícil de reconocer para un padre que a la postre es militar.

—¿Y por qué tendría que hacerlo? —preguntó Cavan.

—No tiene elección —respondió Joseph—. Si se presentan los cargos que él pretendía en un principio, la acusación tendrá que demostrar un motivo muy poderoso para que doce hombres conspirasen para asesinar a un oficial.

—Teníamos uno —arguyó Cavan, un poco impaciente—. Por culpa suya algunos hombres morían y otros quedaban lisiados innecesariamente. Era extremadamente incompetente y demasiado orgulloso o demasiado estúpido para dejarse guiar por quienes llevaban aquí meses, o incluso años, y que sabían cómo evitar la mayor parte de las bajas.

—Exacto. —Joseph asintió con la cabeza buscando en la mirada de Cavan algún indicio de que lo entendía—. ¿Cree que eso es algo que su padre desearía demostrar más allá de toda duda en un consejo de guerra?

Una chispa de comprensión brilló en los ojos de Cavan.

—¿Alguien se lo ha señalado? ¿Está seguro?

—Absolutamente.

Cavan se mordió el labio.

—Entiendo. ¿Por qué quiere conocer más detalles? ¿De verdad piensa que servirá de algo? Me gusta el optimismo, pero no las esperanzas infundadas. ¿Usted no tendría que

estar ayudándome a afrontar la verdad, quizás a ponerme en paz con Dios? ¿No es así como lo llaman ustedes?

—Es un poco pronto para eso —comentó Joseph secamente—. Excepto si es una manera indirecta de darme a entender que fue usted en persona quien mató a Northrup deliberadamente.

—¡No tengo ni idea de quién disparó a Northrup! —dijo Cavan con aspereza—. Sólo sé que tuvo que hacerlo uno de nosotros doce y que no fui yo.

Joseph hizo la pregunta cuya respuesta más temía.

—¿Usaron balas de fogueo o dispararon apuntando a otra parte?

Cavan lo miró fijamente.

—Supongo que quiere saber la verdad.

—Sí.

—¿De dónde íbamos a sacar balas de fogueo? —A los ojos de Cavan asomó un amago de sonrisa—. El ejército sólo suministra munición de verdad.

—No las conseguirían en el polvorín —señaló Joseph—. Usarían unos alicates para quitarle el núcleo a unas balas de verdad para luego volver a cerrar los casquillos.

—De ese modo haríamos nuestras propias balas de fogueo. Sí, supongo que podría haber sido así.

—Bueno, habría sido un poco imprudente permitir que todos disparasen balas de verdad, por más que no tuviesen la intención de acertarle —dijo Joseph sin apartar sus ojos de los de Cavan—. Sería muy fácil que alguien cometiera un error e hiriese al hombre por accidente. Tendría usted suerte si alguna vez llegara a saber quién había sido...

—Sí, sería temerario —reconoció Cavan—. Ni yo ni Morel somos imprudentes. Él y yo vaciamos las balas.

—Pues entonces alguien cambió la suya y utilizó una de verdad.

La respuesta era inevitable: homicidio intencionado.

—Eso me temo.

—Pero no sabe quién fue.

—No. De verdad que no. Dudo que fuese Morel, pero no lo sé. Estoy seguro de que no fui yo, y diez de los otros tampoco.

Joseph le creyó. En ningún momento lo había considerado culpable de nada excepto de querer asustar a Northrup para que se aviniera a aceptar consejos y así reducir el número de muertes inútiles. Y ahora, por supuesto, de negarse a delatar a quien había ayudado a los demás a escapar.

—¿Por qué no huyó usted cuando tuvo ocasión? —preguntó con curiosidad, cambiando ligeramente de postura en el suelo duro.

—No podía —dijo Cavan encogiéndose un poco de hombros—. Había dado mi palabra.

Joseph lo comprendió. La palabra de un oficial era vinculante.

¿Y los demás?

—No di mi palabra de no ayudar a nadie a escapar. Cavan sonrió.

Joseph tenía que preguntar:

—¿Morel? —También era oficial.

—Se negó —contestó Cavan—. Lo encerraron con los hombres. Había seis en una habitación, cinco en la otra. Por eso me quedé solo aquí.

—¿De modo que él los ayudó y no se fue con ellos?

—Sí. —El rostro de Cavan se llenó de súbita emoción, como si sus defensas se hubiesen venido abajo por un momento—. Interceda por ellos, capitán Reavley. Northrup era un hombre peligroso, débil y arrogante. Su insensatez ya había costado vidas, y habría costado más. Incluso cuando sabía que se equivocaba, se negaba a escuchar. Los hombres habían llegado al límite de su aguante. Alguien tenía que actuar. —Su voz era apremiante, suplicante—. Sólo se trataba de darle un buen susto para que se dignara escuchar. No eran malos hombres, sólo estaban desesperados por salvar a sus amigos. La lealtad de un regimiento consiste en algo más que en compartir comida o noticias de casa, calor corporal, horas de miedo y desesperanza. Se da la vida por la vida de otro, si es preciso.

—Lo sé —murmuró Joseph—. Somos de los mismos pueblos. Conozco a muchos de esos muchachos desde que eran unos críos. Morel fue alumno mío en Cambridge. —Suspiró profundamente—. Judith es mi hermana.

Cavan cerró los ojos por un instante. Cuando volvió a abrirlos los tenía brillantes y tristes, pero no dijo nada.

Un momento después el guardia abrió la puerta, advirtió que el hombro de Joseph parecía estar bien y se lo llevó de nuevo a su cuarto.

A media tarde liberaron a Joseph y lo condujeron al refugio subterráneo de Hook.

—A sus órdenes, mi coronel —saludó el capellán en posición de firmes.

—¡Siéntese! —ordenó Hook impaciente. Daba la impresión de haber dormido muy poco desde la última vez que Joseph había estado allí—. ¡No se quede ahí como un pasmarote! Faulkner se ha ido, al menos por el momento.

Joseph obedeció, sentándose en un cajón de munición.

—¿Sigue insistiendo en formarle consejo de guerra a Cavan?

—He conseguido evitarlo, al menos durante una semana o dos —contestó Hook—. Piensa que podemos descubrir cómo escaparon.

A Joseph se le hizo un nudo en el estómago. ¿Sospechaba Faulkner de alguien en

concreto?

—¿En serio? —dijo con voz ronca—. ¿Cómo?

Hook levantó las manos bruscamente en un gesto irritado de negación.

—Él no conoce a los hombres. Nadie va a decirle nada. ¿Ha visto a Cavan en la granja?

—Sí. No sé si lo sabe o no, pero aun si lo sabe, desde luego no va a admitirlo.

—Supongo que no se lo preguntaría usted, ¿verdad?

—No, claro que no.

—¿Usted podría haber escapado? —Hook lo observaba con curiosidad.

—No..., aunque tampoco lo intenté.

—Pues ahora le pido, oficialmente, que lo intente.

—¿Oficialmente? —Joseph quería que este punto quedase bien claro.

—Sí. —Hook le dedicó una breve sonrisa, tan breve que bien podría haber sido una ilusión causada por la luz.

—Sí, mi coronel. Por supuesto. —Joseph se levantó del cajón de munición—. Le informaré en cuanto me entere de algo.

—No es preciso que aguarde tanto, Reavley. Venga dentro de un par de días. Yo hablaré con Faulkner.

—A sus órdenes, mi coronel. —Joseph fue hasta la escalera y entonces, con una mano en la arpillera, se volvió—. Sólo uno de ellos es culpable, ¿sabe? Había once balas de fogeo y una de verdad.

—No tenemos balas de fogeo —señaló Hook.

—No, mi coronel. Se las fabricaron ellos. Es bastante sencillo. Los demás son inocentes.

—Inocentes, no —repuso Hook con una mueca—. Culpables de insubordinación, aunque no de asesinato. Pero me alegra oír eso.

—Eso cambia las cosas, señor. Si los juzgaran y declararan culpables de insubordinación, quizás usted mismo podría ocuparse del asunto. No habría que elevarlo a instancias superiores. Se resolvería todo dentro del regimiento.

—Eso de poco servirá a quienes les ayudaron a fugarse, Reavley. Faulkner insistirá en formarles consejo de guerra y es probable que los fusile.

Joseph notó que la congoja le oprimía el estómago otra vez.

—Sí, mi coronel, soy consciente de ello. De todos modos, me figuro que será muy difícil descubrir quiénes fueron. Prácticamente imposible.

—Sí —asintió Hook con firmeza—. Es lo mismo que pienso yo. Con todo, debemos complacer al teniente coronel Faulkner. Encárguese de ello, Reavley. Buena suerte.

—Gracias, mi coronel.

Joseph salió del refugio rezando para que la buena suerte consistiera en un fracaso absoluto en su búsqueda de pruebas.

Resultó complicado incluso hallar un hombre a quien interrogar sobre la fuga. No era sólo que nadie quisiera ayudar a encontrar a los hombres huidos, sino que aún estaban menos dispuestos a hundir aún más la moral general delatando a quien había sido tan listo, y sobre todo tan valiente, para liberarlos. El número de bajas seguía aumentando, no de dos en dos o de tres en tres, sino por decenas o incluso cifras más grandes. A veces la lluvia cesaba, pero no tardaba en caer de nuevo hasta dejar las trincheras como canales; los cráteres de obús eran lo bastante hondos para que un hombre se ahogara en ellos, cosa que ocurría con frecuencia; y el agua que rebosaba de las acequias corría por las pendientes con fuerza suficiente para derribar a una persona.

Joseph llevaba camillas cuando las había disponibles; cuando no, cargaba a hombros con los heridos. Como siempre, hacía lo que podía por los agonizantes y los fallecidos. Los conocía, había compartido con ellos chistes y alimentos; se habían hecho compañía mutuamente en las noches interminables. Estaba familiarizado con su sentido del humor, sus puntos flacos y su sufrimiento. Había leído las cartas que recibían de casa y compartido recuerdo con ellos. Apenas había tiempo para pensar en otra cosa.

Aun así, con la máxima discreción posible, empezó a indagar dónde se encontraban determinadas personas la noche de la huida. No comenzó por Judith, consciente de que quizá Faulkner le seguiría los pasos. Si él podía averiguar algo, otros también.

Esperaba descubrir que su hermana había estado a kilómetros de allí, en compañía de un puñado de testigos, tal vez oficiales nuevos en la zona sin vínculo personal alguno con los hombres que habían huido. Cuando hacía preguntas percibía el enojo de los hombres, las miradas recelosas, la renuencia a responder. Dejaban de hablar entre sí cuando él se acercaba a ellos, los chistes se quedaban a medio contar. No le ofrecían té ni cigarrillos, cosa que antes solían hacer aun sabiendo que no fumaba.

La mayoría se limitaba a decir que no tenía ni idea. La habían visto, no la habían visto. ¿A qué hora? No lo sabían. A juzgar por sus declaraciones, Judith se hallaba en al menos media docena de sitios a la vez en el momento de la huida, todos situados a kilómetros de la granja. Ella y Wil fueron los únicos sobre quienes se dijeron tantas mentiras bajo juramento. Todos los testimonios sobre el paradero de los demás voluntarios coincidían.

No se les daba muy bien mentir. Si Joseph podía seguir aquel hilo con tanta facilidad, Faulkner haría lo mismo en cuanto supiera dónde buscar. Entonces sólo habría un desenlace posible: Wil y Judith serían arrestados y acusados. De nada servirían todas las mentiras del mundo porque la verdad resultaba evidente. Joseph pensaba no hacía demasiado que quien había ayudado a los presos a huir era una persona en extremo inteligente; ahora pensaba que quizá sólo fuese sumamente valiente y con una confianza

ciega en la lealtad de la tropa. Quizás hasta los guardias estuvieran implicados.

Joseph caminaba por la neblina del atardecer chapoteando en el barro con las botas empapadas. Avanzaba despacio porque no tenía ganas de llegar. El fuego de la artillería sonaba remoto, al otro lado de la colina y los bosques que lindaban con el Passchendaele propiamente dicho, o lo que quedara de él. A lo largo de todo Ypres Salient había kilómetros de barro y tocones de árboles quemados, cráteres con cadáveres flotando en el agua estancada, algunos aún envueltos en gas venenoso. El aire apestaba a muerte.

El capellán se imaginaba la escena nocturna: Judith y Wil Sloan habían llegado en una ambulancia, quizás en dos. Se habían detenido. Uno de los dos se había apeado, probablemente Judith, cansada, tensa, con el rostro pálido a la luz de los faros, la falda pesada y oscurecida por el barro. Había subido en busca del guardia para pedirle algo: agua potable, una manta o cualquier otra cosa.

Wil había esperado a que el guardia estuviese entretenido ayudándola para subir a hurtadillas. ¿O acaso habían obrado sin disimular, diciendo abiertamente qué querían y pidiendo ayuda? Joseph quizá nunca lo sabría, y además poco importaba. Estaba convencido, sin necesidad de reflexionar sobre ello, de que declararían que se habían servido de la violencia y el engaño. Se encargarían de que nadie más cargara con la culpa.

Pero había que evitar a toda costa llegar a ese extremo. Joseph debía sacarla del atolladero. Ni siquiera tendría que mentalizarse para mentir; lo haría al instante y con toda naturalidad. No necesitaba ningún otro plan que ser lo bastante astuto para conseguir su propósito. La verdad más grande —mayor que la de quién había dicho o hecho qué, prescindiendo de que a veces Judith fuese impulsiva y presurosa al juzgar— era que se mantenía leal al bien último, costara lo que costase. El honor y la compasión del compromiso humano era lo que la movía. Seguramente estaba aterrada. Sin duda sabía el precio que le tocaría pagar pero no se había amilanado ni había involucrado a nadie más. Lo había hecho ella sola, salpicando únicamente a Wil Sloan, y sólo porque no tenía elección.

Joseph llegó al refugio del coronel Hook. Apartó la arpillera y vio que había una luz encendida. Dio unos golpecitos al dintel.

Hook levantó la vista y le hizo señas de que entrara. El miedo asomó a los ojos del coronel por un instante, pero él lo dominó enseguida.

—¿Y bien, capitán Reavley? ¿Ha descubierto algo sobre la fuga?

—No, mi coronel, nada de nada —dijo Joseph de inmediato, sin la menor vacilación en la voz—. Cualquiera puede haberlos ayudado. Creo que la única solución será tratar de encontrar a los hombres que huyeron. Estoy bastante seguro de que sólo uno de ellos es culpable de asesinato. Los otros no hicieron más que... insubordinarse debido a circunstancias extraordinarias. Si damos con ellos podremos formarles un consejo de guerra justo y razonable... mi coronel.

—Es casi imposible que encontremos a esos hombres, Reavley. Podrían estar en

cualquier parte. A no ser... —Hook se calló—. ¿Se considera usted capaz de conseguirlo?

Arrugó la cara demacrada por el cansancio. No se atrevía a decirlo explícitamente, pero le estaba pidiendo a Joseph que no le revelase lo que no quería oír ni podía permitirse saber.

—Creo que sí, mi coronel —respondió Joseph todavía en posición de firmes—. Con su permiso, me gustaría intentarlo. De inmediato.

—Le llevan varios días de ventaja —señaló Hook.

—Lo sé. Pero se me ocurre que el Real Cuerpo Aéreo quizá me preste ayuda si les explico la situación. Y si usted me da las órdenes pertinentes..., mi coronel.

—Inténtelo —dijo Hook en voz baja—. ¡Y que Dios le asista!

—Sí, mi coronel. Gracias, mi coronel.

* * *

9

El día siguiente de la muerte de Wheatcroft, Dermot Sandwell convocó con urgencia a Matthew. Éste le había pedido ayuda a Sandwell, pero no esperaba recibir noticias suyas tan pronto. Acudió ansioso, incluso con cierta excitación. El corazón le latía a toda velocidad mientras caminaba por la acera, disculpándose por chocar sin querer con los demás peatones. Había dedicado tres años a descubrir la identidad del Pacificador, pasando de una sospecha dolorosa a la siguiente, esperando y a la vez temiendo el momento en que ya no podría negar que era alguien a quien conocía y apreciaba. Debía de tratarse de una persona en quien su padre había confiado, cosa que le costó la vida.

Era un día bochornoso de agosto. El aire parecía atorarse en la garganta y adherirse a la piel. El cielo estaba gris, y hacia el este empezaban a formarse densos nubarrones. Caería una tormenta a media tarde. Los ejércitos del Frente Occidental volverían a empaparse.

Matthew iba a pie porque le parecía ridículo intentar encontrar un taxi para recorrer el par de kilómetros que lo separaban de la oficina de Sandwell. Tendría que esperar junto al bordillo quizás hasta media hora, y, con el recuerdo del intento de atropello en la memoria, eso era algo que prefería no hacer. Optó por andar a paso vivo sin salir de las calles principales.

Todo escaseaba en aquellos momentos, la gasolina, la comida, otros combustibles, la ropa. Las pérdidas de material y provisiones en el mar habían restringido drásticamente las importaciones. No obstante, en Londres, si tenías dinero, podías conseguir casi de todo, pero en algunas regiones del país la gente incluso pasaba hambre.

Matthew llegó a Whitehall y, tras entrar en el edificio gubernamental, dio su nombre y le dijo al oficial de servicio que el señor Sandwell lo esperaba.

Éste lo recibió de inmediato. Se levantó de detrás de su escritorio y fue a su encuentro tendiéndole la mano. Parecía cansado. Tenía las arrugas del rostro más marcadas, tanto en la frente como en torno a la boca. El cabello rubio se le había vuelto casi plateado en las sienes pero sus ojos seguían siendo del mismo azul intenso de siempre, y su mano igual de firme.

—Le agradezco que haya venido con tanta rapidez, Reavley. —Le indicó una butaca—. Siéntese. Desde que me mencionó el desdichado asunto de Corrachier y Wheatcroft no he parado de darle vueltas. —Se sentó en la butaca de enfrente y cruzó las piernas con un gesto inconscientemente elegante. Miró a Matthew de hito en hito—. Una verdadera desgracia, el suicidio de Wheatcroft. ¿Tuvo ocasión de sonsacarle algo útil?

—No, señor. —Instintivamente, Matthew decidió reservar para sí su impresión de que había alguien más detrás de la acusación de Wheatcroft contra Corrachier—. Me temo que no. —Demasiado escueto—. Volvió a protestar su inocencia pero daba por hecho que nadie le creería.

—¿Piensa que ésa fue la razón por la que se suicidó? —preguntó Sandwell.

En aquel preciso instante Matthew supo qué pensaba en realidad; la idea fue tomando forma mientras la negaba.

—Posiblemente. Desde luego es lo que su nota insinuaba.

—¿Insinuaba? —Las connotaciones de la palabra no le habían pasado inadvertidas a Sandwell.

—Decía —se corrigió Matthew.

—También está la traición de que fue objeto por parte de Corrachier —añadió Sandwell en voz muy baja—. Pobre hombre.

Matthew no dijo nada. Era la traición de Wheatcroft a Corrachier la que él tenía en mente, y algo más que se le escapaba, el recuerdo de algo que no acababa de encajar.

Sandwell se inclinó hacia delante. Sus ojos azules estudiaban el semblante de Matthew.

—Me temo que he llegado a unas conclusiones sumamente alarmantes. Antes de exponérselas, debe jurarme que las guardará en secreto. Seguro que lo entenderá en cuanto las oiga.

—¿En secreto para quién, señor? —preguntó Matthew perplejo ante semejante petición; de hecho, más bien parecía una condición. Creía que si le contaban algo era para que se lo refiriese a Shearing.

—Para todo el mundo, al menos de momento —contestó Sandwell—. Lo que he descubierto es más peligroso de lo que se imagina, y no tengo idea del alcance que puede tener. Una palabra o un susurro al oído equivocado y podrían matarnos a los dos, si estoy en lo cierto. —Sonrió con pesadumbre aunque un destello de humor le iluminó los ojos—. ¿He conseguido captar su atención?

Matthew se puso rígido.

—Sí, señor.

—Me lo imaginaba. —La sonrisa de Sandwell se tornó más espontánea—. Pese a la lealtad que guarda a su país, un hombre como usted no podría resistir la curiosidad que suscita un asunto como éste. Si hubiese optado por marcharse de aquí sin enterarse, yo habría recomendado que lo apartaran del Servicio de Inteligencia.

—¿Por qué a mí? —preguntó Matthew. Era una pregunta atrevida, y planteársela a un superior del calibre de Sandwell quizá fuera una impertinencia, pero no estaba fuera de lugar.

Sandwell abrió un poco los ojos en señal de admiración por su perspicacia.

—Su posición es ideal —fue cuanto dijo—. Creo que lo entenderá cuando le cuente lo que sé y lo que temo.

—Sí, señor.

Sandwell juntó las yemas de los dedos como para representar un tejado y miró a Matthew por encima de ellos.

—Usted dijo que al principio creía que Corrachet no era culpable de intentar chantajear a Wheatcroft aunque éste en efecto pudiera haber actuado con poca discreción. Contemplé la posibilidad de que llevara razón. De ser así, sólo hay una conclusión que dé sentido a todos los hechos, y es que exista una conspiración detrás de ello, instigada y llevada a cabo por terceros. — Seguía mirando a Matthew fijamente—. He sopesado la probabilidad de que se tratase de algo estrictamente personal, motivado bien por la ambición, bien por el ansia de venganza. No encontré indicios que sustenten esta suposición, que me parecía menos probable que la voluntad de apartarlos a los dos de sus puestos privándolos de poder político. Comparten opiniones sobre varias cuestiones, sobre todo en lo que atañe a la naturaleza de la paz que acordemos con Alemania una vez que la guerra haya terminado.

Los músculos de su rostro se tensaron como si por un instante la realidad de las muertes y la furia de la destrucción le enturbiaran el pensamiento, como si la tranquila habitación cuya ventana daba a Horse Guards Parade fuese en aquella mañana de agosto una isla, un refugio temporal en medio de la debacle.

Matthew aguardó.

Sandwell recobró la compostura pero no se disculpó por su estallido de emoción.

—He reparado en que también hemos perdido a otros dos políticos en alza que mantenían puntos de vista semejantes. ¿Comienza a ver por dónde voy, Reavley?

Matthew inspiró profundamente, como si se hallara al borde de un precipicio y tuviera que mirar hacia abajo.

—Sí, señor. Alguien está... preparando el terreno, maniobrando para, cuando llegue el momento, tener el control sobre quien esté en posición de acordar los términos de la paz.

Por fin ya no era el único que lo sabía, aunque Sandwell sólo había vislumbrado una mínima parte del plan del Pacificador, el trabajo de aquellos últimos meses. ¿Debía explicar algo más Matthew? Todavía no. Se imponía la prudencia. Escuchar, sólo escuchar. Por otro lado, estaba aquel cabo suelto que no lograba identificar y que persistía en un rincón de su mente.

—Justamente —confirmó Sandwell—. Y lo está haciendo con suma habilidad. Lo que me lleva a preguntarme por qué hace esto precisamente ahora.

Matthew estuvo a punto de señalar lo evidente, que ahora había mayores esperanzas de que la guerra terminara. Pero no era verdad. Llevaban esperando el final desde el otoño de 1914. Se mordió la lengua. De pronto se quedó sin aliento al darse cuenta de lo que Sandwell quería decir en realidad. Si alguien albergaba esas esperanzas y planes ahora, ¿qué había estado haciendo durante los últimos tres años?

Sandwell le leyó el pensamiento como un libro abierto.

—Exacto —dijo en poco más que un susurro—. ¿Qué más hay? ¿Qué ha estado ocurriendo estos años, desde el principio del conflicto, que hayamos pasado por alto?

Las ideas se agolpaban en la mente de Matthew. ¿Había encontrado un aliado por fin? De súbito volvió a oír la voz de su padre advirtiéndole que la conspiración salpicaba a las altas esferas, incluso a la familia real. Ahora sabía que se refería al tratado que el Pacificador había querido que firmara el rey.

—¿Reavley?

La voz de Sandwell arrancó a Matthew de una desolación tan profunda como la que lo embargó el día que John Reavley murió y lo devolvió al presente con brusquedad.

—Sí, señor. La idea es... abrumadora. Es posible que sea su primera acción..., pero...

—¿«Su» primera acción? —repitió Sandwell—. ¿De quién? ¿Piensa que es un hombre solo?

Matthew habló despacio. Sin haber tomado una decisión consciente todavía, no podía arriesgarse a confiar en Sandwell por las buenas. Debía medir sus palabras. Era plenamente consciente de que Sandwell poseía una inteligencia extraordinaria.

—No, desde luego que no actúa solo —contestó—. Pero podría haber un líder al que los demás siguieran. Sería bastante coherente. Perdóneme, señor, si voy un poco lento. La idea es de una enormidad aplastante, e increíblemente inquietante.

—Pero no es nueva para usted —señaló Sandwell.

¿Debía admitirlo Matthew? Los ojos de Sandwell daban a entender que lo sabía. Como mínimo en parte, tenía constancia de que Matthew estaba convencido de que era una conspiración. Pero ¿en qué medida y cómo se había enterado? ¿Por boca de Shearing o de algún otro miembro del Servicio de Inteligencia?

—Siempre andamos buscando conspiraciones —dijo Matthew afectando un tono atribulado—. Y aun así uno se sorprende cuando las encuentra. Es cierto que sospechaba que Corrachier era inocente y que, en ese caso, Wheatcroft estaba implicado, aunque sólo fuese otra víctima con menos honor que Corrachier, dispuesta a arruinar a otro hombre con tal de salvar su propio pellejo. Es la otra idea, la de que el hombre que está detrás de esto haya hecho o planeado otras cosas, la que me deja aturdido.

—No es para menos. —Sandwell se reclinó en el respaldo sin apartar la mirada del rostro de Matthew—. Y eso es lo que debemos encarar, Reavley. En comparación con esto, salvar a Tom Corrachier pierde importancia. Descubrir a este... este architraidor es lo principal. Mientras permanezca oculto, con el poder que tiene, cuya magnitud desconocemos, seguiremos siendo desesperadamente, tal vez fatalmente, vulnerables.

—Y lo hemos sido siempre —agregó Matthew.

Sandwell exhaló un prolongado suspiro.

—Sí. ¿Es consciente de la enormidad de la cuestión? Dígame, Reavley, usted que ha

estado en el Servicio de Inteligencia desde el principio de la guerra y sin duda se ha formado una idea bastante ajustada de cómo trabajan nuestros enemigos: ¿cuál es nuestro principal punto débil? Si usted fuese este... este hombre, ¿por dónde habría atacado? ¿Y por dónde atacaría la próxima vez?

Matthew percibió el calado y las implicaciones de la pregunta. Si no contestaba, haría patente que no se fiaba de Sandwell. Y si lo hacía mostraría que confiaba en él sin reservas, quizá más de lo que un oficial de Inteligencia debería confiar en nadie, sobre todo si ese alguien era ajeno al servicio, aunque ocupase el cargo de ministro en el seno del Gobierno. Era una posición irónicamente delicada. ¿Lo sabía Sandwell? Matthew no se atrevió a pensar lo contrario. Estaba obligado a decir la verdad, o algo muy próximo a ella.

—En el pasado —comenzó con cuidado—, habría atacado con propaganda para minar la moral, sobre todo entre la tropa. Me habría dirigido en concreto a los centros de reclutamiento. A continuación habría atacado a la armada. Sin poderío en el mar perderíamos en cuestión de semanas. Ser una isla supone tantas ventajas como inconvenientes.

Sandwell asintió con la cabeza.

—¿Y ahora? —dijo en voz muy baja, casi como si temiera que alguien lo oyera, aunque no había nadie más en la habitación.

—Intentaría neutralizar la influencia de algunos de nuestros ministros con sólidos vínculos diplomáticos en el exterior, especialmente en países a los que cabría persuadir para que se pusieran en contra de Alemania y sus aliados, como por ejemplo Hungría. O para acelerar la retirada de Rusia.

—Sí. —Los ojos de Sandwell parecían más claros y de un azul más brillante mientras se clavaban en Matthew—. Eso sería lo natural.

—Y, por supuesto, si fuese posible, intentaría debilitar el Frente Occidental. —Matthew oyó su propia voz, muy alta, rompiendo el silencio absoluto—. Passchendaele está resultando ser la batalla más cruenta que hemos librado jamás. A este paso habrá otro cuarto de millón de muertos antes de que termine.

Sandwell estaba pálido como la nieve; la angustia parecía impedir que la sangre le llegara a la cara.

—Lo sé...

—La moral está al borde del marasmo —agregó Matthew—. Una crasa injusticia, incluso un error garrafal, bastarían para provocar un motín. Entonces las líneas quizá no resistan.

En cuanto lo hubo dicho se preguntó si no había ido demasiado lejos. Sandwell parecía transido por un padecimiento tan intenso que se había vuelto físico. Le faltaba el aire y se le agarrotaron los músculos como si sufriera un espasmo. Tenía la tez cenicienta.

Matthew aguardó. Oía el tictac del reloj colocado encima de la repisa de la

ornamentada chimenea y el golpeteo de las primeras gotas de lluvia contra la ventana.

—He hecho bien en fiarme de usted. —Sandwell suspiró y relajó los hombros—. Me ha entendido a la perfección. Se ha producido un incidente. Un oficial incompetente murió a manos de sus propios hombres. Se sabe quiénes son los culpables y van a formarles consejo de guerra. — Hablaba con cierto desenfado—. Por desgracia, dos de ellos son oficiales, ambos han servido desde el principio de la guerra con honor, demostrando gran valía. De hecho, uno está propuesto para la Cruz Victoria. Si lo declaran culpable y acaba frente al pelotón de fusilamiento por lo que en esencia fue salvar la vida de sus hombres deshaciéndose de un oficial desastroso, ahí tiene la injusticia a la que ha aludido hace un momento. Incluso podría considerarse una traición, si uno cree que enviar hombres valientes a combatir bajo las órdenes de un idiota es abusar de su confianza. ¡Y Dios sabe que no se merecen algo así!

Matthew le sostenía la mirada. ¿Era posible que por fin tuviera un auténtico aliado? ¡Uno con poder! Recordó a Cullingford con tan agudo pesar que le entraron náuseas.

—¡Tenga cuidado! —dijo con súbito apremio, incapaz de reprimir la advertencia.

—Lo tengo, Reavley, créame. Desde que he descubierto esa posibilidad, incluso probabilidad, he extremado precauciones. —Frunció el ceño—. Pero ¿por qué lo dice? ¿Es que se ha sentido en peligro, personalmente, quiero decir?

Matthew vaciló por una fracción de segundo. Una vez más, no podía permitir que Sandwell lo pillara diciendo una mentira. Pero ¿era posible que éste supiera la verdad? No, ésa no era la cuestión. Matthew le había hecho una advertencia. Tenía que justificarla.

—Sí, en dos ocasiones —contestó—. Una pudo tratarse de un accidente; la segunda fue una clara intentona de matarme. Sandwell pestañeó.

—¿Está seguro? ¿O es una estupidez que se lo pregunte? Matthew esbozó una sonrisa.

—Si ese hombre es capaz de traicionar a su país y causar la muerte de miles, decenas de miles de personas, ¿por qué no iba a matar a una sola, si ésta constituyera un peligro para él?

Sandwell parpadeó de nuevo.

—Causar la muerte de... Más bien estaba pensando en alguien que busca la paz, aunque sea la paz de la derrota, con tal de no proseguir con esta... carnicería... —Soltó la palabra con una explosión de sentimiento que sólo pudo controlar con un supremo esfuerzo de voluntad. Se mordió el labio—. Lo siento. Supongo que carezco de pruebas de que sea así. Sólo tengo... — Suspiró profundamente—. Me da mucho miedo la identidad de ese hombre, lo elevada que sea su posición para permitirle hacer lo que ha hecho. No he tomando en consideración sus motivos. Debo admitir, Reavley, que todo este asunto me resulta... demoledor.

—¿Tiene alguna idea de quién puede ser? —preguntó Matthew incapaz de evitar que le temblara la voz.

Sandwell apartó la mirada.

—Preferiría no decir nada todavía. Es tan... tan atroz... Pero le proporcionaré toda la información de que dispongo, aparte, claro está, de guardar copias en mi caja fuerte donde estarán disponibles para el primer ministro en caso de que me ocurra algo malo. Pero es su seguridad lo que ahora me preocupa, Reavley, porque será su habilidad la que desenmascare a ese hombre, si es que alguien puede hacerlo. ¡Y al parecer, ya le han agredido dos veces!

—¿Tiene alguna idea de quién puede ser? —insistió Matthew.

Saltaba a la vista que Sandwell estaba consternado, pero miró a Matthew a los ojos sin pestañear.

—Sigo prefiriendo que lo descubra por su cuenta. Quizás al examinar los mismos hechos que yo les dé una interpretación distinta de la mía. Pero no voy errado en lo que atañe a la catástrofe que está a punto de ocurrir en el Frente Occidental cuando se forme ese consejo de guerra. Empezé por investigar el historial del fiscal militar designado para el caso.

—Sí —dijo Matthew muy despacio, captando de súbito una realidad concreta, un camino que seguir—. Sí, señor. Empezaré de inmediato. —Se puso de pie.

—¡Reavley! —Sandwell también se levantó—. ¡Tenga cuidado! Nadie debe enterarse de lo que está haciendo, ni siquiera en su oficina. Sobre todo... —suspiró—, sobre todo en su oficina.

De repente la temperatura pareció descender en la habitación a pesar del bochorno de aquella tarde de agosto.

—Sí, señor. Entendido.

—¿Seguro? —cuestionó Sandwell—. Espero, por su propio bien, por su vida, que así sea.

Matthew se ciñó a lo que Sandwell le había advertido y no informó a nadie de que visitaría a la señora Wheatcroft de nuevo. Al igual que la vez anterior, se vio obligado a nombrar a Sandwell para ser recibido.

Aguardó incómodo en el salón. Las ventanas en saliente daban al jardín con su esplendor de final de verano, inmaculadamente cuidado: los arbustos estaban podados, los senderos bien delimitados. No tenía nada de la exuberancia informal del hogar de sus padres en Saint Giles. La señora Wheatcroft lo saludó apenas con un gesto y permaneció de pie, pálida y elegante con su vestido largo de muselina. Los delicados bordados disimulaban las formas naturales de su cuerpo. Matthew reparó en los huesos marcados bajo la piel, que daban una impresión no de fragilidad sino de dureza en lo que quizá sólo fuese una ilusión poco atractiva, un modo de protegerse.

—No sé qué más piensa que puedo hacer por usted, comandante Reavley —dijo fríamente—. Si no fuese porque al parecer tiene cierta relación con el señor Sandwell, no le

habría recibido.

—Eso ya me lo ha dejado bien claro, señora Wheatcroft —contestó Matthew—. Sin embargo, me figuro que si hubiera una conspiración para arruinar la carrera tanto de su marido como del señor Corrachier en beneficio de una victoria alemana, tendría tantas ganas de sacarla a la luz como el señor Sandwell y yo.

Ella se mordió el labio, momentáneamente confundida.

—¿Creen que se trata de algo semejante? Había dado por sentado que todo se debía simplemente a la avaricia y a la ambición del señor Corrachier.

—El señor Sandwell sí que lo cree —contestó Matthew—. Si tiene usted alguna duda, llame y pregúntele. Tengo entendido que se conocen.

—Tenemos trato social —dijo, de nuevo con fría formalidad—. Me gustaría creer que puedo confiar en un oficial de nuestros Servicios de Inteligencia, pero quizá sea prudente efectuar una comprobación. Si tiene la bondad de aguardar aquí, haré una llamada al señor Sandwell y veré qué me aconseja.

—Una idea excelente —respondió Matthew, y se sentó en un sillón antes de que ella saliera de la habitación. La expresión de la señora Wheatcroft reflejó su desaprobación ante semejante desenvoltura.

Media hora después, cuando regresó, parecía considerablemente escarmentada. Ahora la hostilidad insinuada había desaparecido, sustituida por el miedo, y por primera vez ella lo miró a los ojos con franqueza.

Matthew se había levantado al verla entrar, pero ella le indicó con una seña que volviera a sentarse y se dejó caer en la butaca de enfrente, apenas molestándose en alisarse la falda.

—Mis disculpas —dijo brevemente—. El señor Sandwell me ha aconsejado que le cuente toda la verdad, sin reservas ni temores por mi propia seguridad... De modo que eso es lo que voy a hacer. —Suspiró profundamente—. Mi marido tenía una debilidad. Yo no lo sabía cuando me casé con él pero me enteré en los primeros años de nuestro matrimonio. Si divulga usted algo de esto, diré que es un mentiroso. —Por un instante el desafío reapareció en sus ojos.

—No tengo la menor intención de divulgarlo, señora Wheatcroft —le aseguró Matthew—, como tampoco de juzgarlo. Me contento con aceptar la historia de que sólo pecó de inocente y tuvo mala suerte. Lo que no acepto es que Tom Corrachier tratara de sacarle dinero a cambio de guardar silencio sobre el asunto. Como tampoco que se le ocurriese a él alegar semejante defensa.

La observaba atentamente y percibió el parpadeo de sus ojos.

—Su carta... —comenzó ella pero calló de inmediato.

Entonces Matthew recordó el elemento que no encajaba. Era una cuestión del momento en que se había producido cada acontecimiento. Se le heló la sangre cuando la

confusión se disipó dando paso a una imagen aún más inquietante.

—La leí —dijo Matthew—. Obviamente él había escrito algo, pues la pluma estaba allí, y también la tinta, recién derramada y secada. Pero la carta que encontré se había escrito días atrás, antes de que él supiera que iban a trasladar a Marlowe.

La señora Wheatcroft se mostró confundida.

—¿Quién es Marlowe? ¿Qué tiene que ver con la muerte de Alan?

—Nada. Marlowe era el hombre que él pensaba que iba a ocupar su puesto, pero dos días antes de que muriera, cuando yo lo vi, supo que sería Jamieson.

Ella lo miró de hito en hito, incapaz de disimular su miedo.

—Usted destruyó su carta verdadera, ¿no es cierto? —señaló Matthew con gravedad—. Porque en ella admitía que Corrachier era inocente y que lo había acusado para salvarse a sí mismo... y, por supuesto, a usted. Pero no podía vivir con la mentira ni podría mirarla a usted a la cara si contaba la verdad.

La señora Wheatcroft abrió la boca para protestar, pero el sentimiento de culpa era patente en su cara, y ella comprendió que no había escapatoria. Había algo más en sus ojos, un odio ácido y corrosivo.

Matthew se alegró de verlo. Ahora le resultaría más fácil aplastarla.

Debió de relajar sus facciones y ella lo interpretó como una retirada.

—No puede demostrarlo —señaló—. Quemé la segunda carta, y la primera es de su puño y letra, aunque no la escribió en ese momento. Le será imposible hacer nada al respecto.

—¿De quién fue la idea, señora Wheatcroft?

—Mía —contestó ella en voz baja.

—Si hubiese dicho que fue de él no la habría creído —le dijo Matthew—. Tuvo que obligarlo a escribirla, si no por su propio bien, al menos por el de sus hijos.

—¡Como quiera! —Ella había recobrado el aplomo—. Pero cuando Alan se dio cuenta de las consecuencias que su ignominia tendría para ellos, estuvo dispuesto a hacerlo.

—Lo dudo —dijo Matthew secamente—. Aunque ahora poco importa. Fue el sentimiento de culpa por mentir lo que lo mató.

—¡Fue el sentimiento de culpa por ser tan egoísta e increíblemente estúpido! —espetó ella.

—¿Cómo se le ocurrió echar la culpa a Tom Corrachier en vez de a cualquier otro?

Matthew recordó lo que Sandwell había dicho sobre ideología política y el plan del Pacificador para perjudicar a los cuatro hombres.

La señora Wheatcroft vaciló por un momento hasta dar con una respuesta.

—Eso fue idea de Alan. Yo sólo le dije que pensara en alguien.

—Alguien con las mismas convicciones políticas acerca de un posible tratado de paz con los alemanes —puntualizó Matthew.

La confusión asomó otra vez a los ojos de ella, seguida por una súbita chispa de comprensión.

—Trabajaban juntos. Tenía sentido.

Era una conjetura. En realidad no habían trabajado juntos, simplemente defendían las mismas opiniones. Alguien había sugerido a la señora Wheatcroft la idea de culpar a Corrachier. Tal vez ella supiera quién era y por qué lo había hecho. Lo más probable, no obstante, era que sólo se hubiese prestado a que la utilizaran por estar dispuesta a cualquier cosa con tal de salvarse junto con sus hijos. Lo de menos sería la víctima propiciatoria, y daba igual cuál fuese la causa mayor.

—¿Hay alguien más al corriente de esto, señora Wheatcroft? —preguntó Matthew con indiferencia, como si sólo fuese una idea pasajera.

Ella volvió a vacilar por unos instantes para acto seguido negarlo.

—No, por supuesto que no.

Matthew observó los rasgos de su rostro. Poseía una belleza dura, quebradiza, pero desprovista de complacencia y perdón. Tal vez fuese un instrumento consciente, después de todo. Al proteger a los suyos, no podía permitirse caer en la vulnerabilidad de la compasión y la conciencia.

—Gracias, señora Wheatcroft. —Matthew se puso de pie—. Agradezco su cortesía. No será preciso que vuelva a molestarla.

Un amago de sonrisa se dibujó en los labios de la mujer. —Lo cortés sería decir que lo lamento, comandante Reavley, pero no es así. Buenos días.

Matthew también siguió el otro consejo de Sandwell y efectuó indagaciones acerca del hombre enviado a enjuiciar a los doce soldados acusados de asesinar al comandante Northrup. La respuesta que obtuvo fue exactamente la que Sandwell le había advertido. Faulkner tenía fama de extremadamente purista a la hora de aplicar la ley. Creía que el mejor modo de servir a la justicia, y por consiguiente a la sociedad, consistía en seguir el procedimiento al pie de la letra. La protección de los inocentes emanaba del castigo indefectible de los culpables, y no había lugar para la interpretación personal de la ley.

Matthew se citó con un viejo amigo, Errol Lashwood, para almorzar juntos en el restaurante The Ivy, en Covent Garden. Les sirvieron una comida excelente pese a los tiempos de escasez que corrían, y el ambiente fue distendido y cordial. Era un local muy popular entre toda clase de gente, sobre todo del mundo del teatro. En una ocasión Matthew había visto allí a George Bernard Shaw, y hacía cosa de un año a Ellen Terry y Gladis Cooper, cuando actuaban en El admirable Crichton, de J. M. Barrie, en el teatro Wyndham.

Esa vez Lashwood sonrió y le hizo reparar en el asombroso perfil de Ivor Novello, que estaba sentado a una mesa a un par de mesas de la suya.

—Faulkner —dijo Matthew volviendo al tema que los ocupaba.

—No es mala persona —dijo Lashwood irónicamente—. Sólo que no tiene mucha imaginación ni sentido del humor para lo absurdo. Personalmente, pienso que le dan bastante miedo los cambios y, por consiguiente, se siente amenazado por cualquier cosa que no comprende. —Se encogió de hombros—. Aunque es posible que me esté excediendo en mis apreciaciones. Ese hombre me enfurece. Podría ser mucho mejor de lo que es. Me parece que una vez se enamoró de una mujer muy poco recomendable y que esa experiencia le amargó la vida para siempre. Su padre tenía la misma cara de pocos amigos que él. —Sonrió—. Pero su madre no podría ser más diferente. Era una mujer deliciosa, encantadora y excéntrica, de una vitalidad desbordante. Sigue poniéndose ropa pasada de moda, casi de antes de la guerra, muy femenina. Jamás llevaría una de esas faldas más cortas tipo sastre. Tiene una famosa colección de espléndidos parasoles y sombreros con flores. Le encantan las carreras de caballos... y el buen champán.

—¿Cómo demonios se entiende con su hijo? —preguntó Matthew asombrado—. Supongo que lo escandaliza.

—Al contrario —le aseguró Lashwood sonriendo—. Es el único rasgo que lo redime; la adora.

—¿Y nunca ha conseguido contagiar a su hijo su alegría de vivir?

—Nunca. —Lashwood pinchó un pedazo de carne de su plato y se lo llevó a la boca—. Faulkner considera un deber y un privilegio cuidarla y mimarla, cosa que ella acepta con suprema elegancia. Como he dicho, es su única concesión a su condición humana.

A Matthew se le cayó el alma a los pies. La información que estaba recabando era demasiado escasa para servirle de algo.

—¿Cómo han podido endilgarnos a un tipo así para que procese a los hombres acusados de matar a Northrup? ¿Y cómo podemos reemplazarlo por alguien con un poco más de compasión y de imaginación, quizás incluso dispuesto a tomar en consideración las circunstancias del caso?

Lashwood hizo una mueca de disgusto.

—Lo veo difícil, colega. Es amigo de tu jefe. Lo siento, pero por lo que sé, es posible que lo haya elegido él mismo. De repente un escalofrío recorrió a Matthew.

—¿Elegido? ¿Quieres decir para este juicio?

¿Era eso finalmente lo que Sandwell había querido que descubriera por su cuenta? Era el miedo que había permanecido como un veneno en un rincón de su mente desde el principio de todo: el Pacificador era el propio Shearing. Había odiado al Pacificador por matar a John y Alys Reavley y a todas las víctimas que vinieron después: buenas personas, hombres que habían confiado en él.

Pero ¿cuántos más habían sufrido muertes horribles en los campos de batalla de todo el mundo? ¿Cuántos acribillados, congelados, gaseados, ahogados en lodo o arrastrados al fondo del mar con los millones de toneladas de cargamentos hundidos? ¿Cuántos habían perecido de hambre, incluso en la propia Inglaterra? ¿Cuántos más habían quedado lisiados de cuerpo y mente, o traumatizados por la aflicción?

El Pacificador había querido evitarlo y, cuando fue demasiado tarde, ponerle fin a toda costa. Era un idealista que había perdido el equilibrio. Había trabajado para salvar vidas pero arrogándose la facultad de decidir el precio que había que pagar.

Matthew podía odiar a un hombre así, pero también podía comprenderlo.

—¡Reavley!

La voz de Lashwood interrumpió sus pensamientos. Matthew regresó al presente con un sobresalto. —Sí. ¿Estás seguro? ¿No hay posibilidad de error? Lashwood frunció el ceño.

—Hace muchos años que conozco a Faulkner y a su madre. —Se inclinó sobre la mesa—. ¿Te encuentras bien? Tienes mala cara, muchacho.

Matthew se esforzó por recobrar la compostura y pensar en alguna evasiva inteligente con que responder.

—Así pues, ¿no ves ninguna posibilidad de reemplazarlo?

—Más bien no. Qué mala pata. Ojalá se me ocurriera algo útil. Aunque, según tengo entendido, en realidad fue él mismo quien pidió que lo asignaran al caso. Como he dicho, tiene amigos en muchos puestos influyentes.

—No le demos más vueltas, no nos vaya a estropear una comida tan buena —dijo Matthew procurando sonreír. Debía dejar de lado las ideas que se le arremolinaban en la cabeza y hablar de trivialidades, de cualquier cosa, hasta que se le presentara la ocasión de escapar y hallar cierta intimidad para pensar.

La encontró dando un paseo por el parque. Tuvo que recorrer tres kilómetros más de lo necesario, pero aún no soportaba la idea de enfrentarse a Shearing. Lashwood no le habría mentado, y difícilmente estaría equivocado. Shearing conocía a Faulkner, sabía de su rigidez y había permitido que lo designasen, quizás incluso había movido algunos hilos para ello. ¿Acaso Sandwell sabía de antemano que Matthew también lo descubriría, viéndose así conducido a una inevitable y espantosa conclusión?

Casi inconscientemente, enfiló otro sendero a través del césped, no hacia su oficina sino de nuevo hacia la de Sandwell.

Tuvo que aguardar casi toda la tarde para verlo, pero a las cuatro Sandwell regresó de una reunión del gabinete en Downing Street y recibió a Matthew de inmediato.

—Su expresión me revela que ha seguido la pista hasta su amarga conclusión —murmuró. Se dirigió a la mesa situada en la otra punta del despacho y cogió una licorera de cristal. Sirvió un par de copas de brandy y le ofreció una a Matthew—. Lo siento. Es la peor respuesta posible.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó Matthew aceptando el brandy—. ¿Quién es? ¿Qué es? En su despacho no hay nada, ni fotos, ni... recuerdos, ¡nada que remita a su pasado! Nunca habla de parientes, ni siquiera de amigos, de dónde fue al colegio ni a la universidad, de ningún lugar que sea importante para él.

Sandwell lo miró con expresión adusta.

—Lógicamente —contestó indicando con una seña a Matthew que se sentara y haciendo lo propio—. Habla un inglés impecable porque se ha esforzado por aprender, y si tiene una cualidad es la de ser meticuloso. En realidad es un judío austriaco. Se estableció aquí hace treinta años. No se sabe qué fue de sus familiares. Ninguno de ellos ha vivido ni vive en Gran Bretaña. —Tomó un sorbo de brandy—. A no ser que vinieran con papeles falsificados, pero estoy razonablemente seguro de que no fue así. Su nombre original era Caleb Schering. —Deletreó el apellido alemán.

Matthew bebió un buen trago de brandy. No era la mejor manera de paladear aquel licor de primera, pero necesitaba más su fuego que su sabor.

—¿Cómo es posible que haya llegado a infiltrarse en el Servicio Secreto de Inteligencia y que, para colmo, sea el mismísimo director?

—Porque empezó cuando no teníamos ningún motivo para recelar de Alemania y mucho menos del Imperio austro—húngaro —dijo Sandwell simple y llanamente—. Y no se tiene constancia de que haya cometido un solo error o descuido de ninguna clase. ¡El concepto inglés del juego limpio, supongo! —Se encogió un poco de hombros—. A lo que cabría añadir que está al tanto de unos cuantos trapos sucios. Nadie querrá ser el primero en insinuar nada contra él. La gente lo aprecia. Uno no quiere que lo tomen por paranoico o lo acusen de ver fantasmas donde no los hay.

—¡Santo cielo! —exclamó Matthew—. ¡Ha sido... un maldito error de principiantes!

Sandwell sonrió con una súbita expresión de afecto y extraordinario encanto.

—El mal inglés —dijo atribulado—. Y en ocasiones nuestra virtud.

Matthew cerró los ojos.

—Desde luego, no en este caso.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Sandwell al cabo de unos instantes.

—Reunir pruebas —contestó Matthew—. No puedo hacer nada más.

—¿A quién se las presentará? —El rostro de Sandwell se ensombreció—. Tenga cuidado, Reavley. Ya se han cometido varios homicidios. No sé cuántos, pero él actúa en nombre de imperios, de millones de vidas. Para él, matarle a usted será un precio muy barato que pagar por la victoria.

Matthew hizo una mueca.

—Lo tendré presente.

Pasó una noche espantosa, incapaz de conciliar el sueño, buscando una manera de

eludir la única conclusión posible.

¿Por qué era tan cobarde? Joseph se había enfrentado a la desilusión más amarga el verano anterior sin siquiera inmutarse. Ambos quedaron destrozados, pero Joseph aún más, dado que fue a él a quien correspondió asestar el golpe final. No había rehuído su deber, no se había engañado a sí mismo ni buscado compasión.

Matthew estaba tumbado mirando el techo, a salvo y cómodo en su cama. El silencio lo envolvía, resguardándolo del mundo. En kilómetros a la redonda, por toda la ciudad, otros dormían, unos felices, otros afligidos. Algunos estarían tan solos como él, otros en brazos de quienes amaban, o quizá de quienes no, aprisionados en una desdicha de por vida. Sin embargo, a no ser que se produjera la incursión de un zepelín y que acabaran entre el puñado de víctimas que dejarían las bombas, todos estaban a salvo.

Joseph, suponiendo que estuviera durmiendo, estaría acostado dentro de un agujero excavado en la tierra empapada de Flandes. Allí no habría silencio. Las detonaciones de los cañones nunca cesaban del todo, y menos ahora con la batalla de Passchendaele en su punto culminante. Por todas partes se percibía la muerte, su hediondez, su sabor a sangre, letrinas y descomposición..., y ahora, por supuesto, de cuando en cuando, el olor de los fosgenos y el gas mostaza. Aquellos con quienes Joseph compartiera el té y Chistes malos esa noche podrían terminar desmembrados por la metralla al día siguiente, y él enterraría sus restos.

Y allí estaba Matthew, envuelto en silencio y sábanas limpias, dando vueltas en la cama porque al día siguiente comenzaría a demostrar que Calder Shearing era el Pacificador, el idealista convertido en traidor que había matado a John y Alys Reavley.

Finalmente renunció a dormir y se preparó una taza de té. Luego se sentó en su sillón a apuntar lo que sabía por el momento y lo que tendría que averiguar de fuentes fidedignas que no fueran a informar de sus investigaciones a Shearing.

Lo segundo era lo más difícil. Recordó la advertencia de Sandwell a propósito de que Shearing no vacilaría en matarlo si se convertía en una amenaza. Matthew ya lo sabía. Nunca había olvidado a Cullingford, y su pérdida aún le dolía. Visto con perspectiva, ahora estaba seguro de que el episodio del callejón, en el que tan poco le había faltado para acabar apuñalado, no había sido un intento de robo sino un asesinato frustrado, más por la suerte que por su destreza.

¿Por qué? Entonces no sospechaba de Shearing. De hecho, apenas hacía veinticuatro horas que habían tomado juntos una cena rápida a base de emparedados de jamón y café para pasar la noche en vela revisando mapas de pisos francos y rutas de escape para los saboteadores. Podía recrear la escena mentalmente con toda claridad: la luz de la lámpara en la mesa, la cabeza morena de Shearing inclinada sobre los diagramas, su repentina sonrisa cuando dio con la solución y luego el entusiasmo de su voz. Había sido una de las raras veces en que había manifestado una emoción. Matthew había sentido una estrecha camaradería con él en ese momento. Incluso habían bromeado después; Shearing le contó un chiste interminable sobre un perro y un periódico. Ambos rieron de buena gana,

mayormente a causa del alivio.

En realidad sólo había una persona con quien Matthew pudiera hablar sin tapujos, y ésa era el almirante Blinker Hall, el director del Servicio de Inteligencia Naval. Ya había ido a verlo con anterioridad para informarlo de cuestiones delicadas y comprometedoras. Estaba acostumbrado a guardar secretos que podían crear o destruir naciones, y que no debían revelarse jamás.

Poco después de la una de la tarde siguiente, hicieron pasar a Matthew al despacho del almirante Hall. Éste se encontraba sentado tras el escritorio, ante un montón de papeles esparcidos. Era un hombre bajo y fornido de rostro aguileño y abundante pelo blanco. Guiñaba los ojos entrecerrados rápidamente de vez en cuando, como si no pudiera evitarlo.

—Bien, Reavley, sin preámbulos. No hay tiempo. ¿Qué tiene que decirme que sea tan urgente?

—Decirle no, señor, preguntarle —lo corrigió Matthew.

—Más vale que tenga una buena razón para esto. Siéntese, hombre. ¡No voy a pasarme el rato estirando el cuello para verle la cara! Dispare.

Matthew se sentó obedientemente.

—Verá, señor, ha llegado a mis oídos, de fuentes situadas en las altas esferas, cierta información que pone en tela de juicio algunos actos y decisiones del coronel Shearing. — Se sintió como un traidor al decirlo en voz alta.

—¿Por ejemplo? —preguntó Hall pestañeando varias veces.

—Su aprobación explícita del teniente coronel Faulkner como acusación en el consejo de guerra contra el capitán Cavan y los demás hombres, si es que los atrapan —contestó Matthew—. Faulkner es un acérrimo partidario de la línea dura, y si se declara culpable a Cavan y lo fusilan, será un desastre para la moral, hasta tal punto que la situación quizá se nos escape de las manos. Incluso podría convertirse en un amotinamiento a gran escala. — No era preciso que entrara en detalles sobre lo que vendría después de dicho desastre.

—¿Se lo ha preguntado usted? —Hall enarcó las cejas.

—No, señor. Soy consciente de que no sé nada sobre el coronel Shearing salvo que es un inmigrante judío austriaco. Llegó hace unos treinta años y, que nosotros sepamos, ningún miembro de su familia está en el país.

—Así es —corroboró Hall echándose un poco hacia atrás y juntando las yemas de los dedos con los codos apoyados en el escritorio. Observó a Matthew por encima de sus manos—. Toda su familia ha muerto. La policía austriaca mató a sus padres. La mujer a quien amaba, Ingrid, creo que se llamaba, fue violada y asesinada durante un episodio especialmente brutal en la frontera con Serbia. Él y su hermano, Baruch Schering, huyeron a Inglaterra, pero Baruch regresó, ya como agente de la Inteligencia británica, para recabar información sobre las alianzas políticas que a la sazón se estaban fraguando en los Balcanes. Le preocupaban mucho los tratados de Austria con Rusia que pudieran

afectarnos en el futuro. —Ahora mantenía la mirada firme, sin rastro de pestañeo—. Lo apresaron y torturaron, pero murió sin delatar a ninguno de nuestros hombres aunque conocía los nombres de al menos seis de ellos. Fue por Baruch y por nuestra deuda para con él por lo que confiamos en Caleb... Calder Shearing. Nunca nos ha defraudado. Estoy dispuesto a dejar en sus manos la vida del capitán Cavan, y el resultado del consejo de guerra en Passchen-daele, pues tengo una fe absoluta, si no en su buen juicio, sí en su honor en este asunto. Suponiendo que en efecto fuese él quien propuso a Faulkner.

Matthew se quedó inmóvil, rojo como un tomate, tratando de asimilar lo que había oído para decidir qué parte creer. Había acabado por aceptar que Shearing era el Pacificador. Por más que le doliera, había dejado de rechazar dicha idea. Ahora todo volvía a sumirse en la confusión.

Hall sin duda lo vio en su semblante.

—Entiendo su preocupación, Reavley. Tal como están las cosas, enviar a Faulkner parece la peor elección posible. Tal vez tenga motivos que desconocemos. Averígüelo y tráigame la respuesta.

—No tengo autoridad para interrogarlo, señor —comenzó Matthew.

—He dicho que lo averigüe, Reavley, no que se lo pregunte —le espetó Hall—. Descubra lo que pueda sobre la amistad entre ambos. ¿Es posible que Shearing esté tan ocupado en otros asuntos que haya sido descuidado, o que se haya dejado engañar o utilizar por un tercero? Y hágalo cuanto antes. No hay tiempo que perder. Quiero un parte de novedades dentro de cuarenta y ocho horas. O antes, si encuentra una respuesta satisfactoria.

Matthew se levantó.

—Sí, señor.

La cabeza le daba vueltas. Oía cada tictac del reloj del escritorio como si estuviera consumiendo los segundos que faltaban para el fusilamiento de Cavan y el desmoronamiento de todo el Frente Occidental.

Judith también durmió muy poco, e incluso en esas breves horas de sueño arañadas de aquí y de allá la asaltaban recuerdos y temores. Estaba acostumbrada al agotamiento físico y a la incomodidad de verse magullada por las constantes sacudidas de la ambulancia, al dolor de los músculos tras abrirse camino en el barro y pugnar por levantar camillas o atender a los hombres heridos. También estaba acostumbrada, como los demás, a ir casi siempre empapada y con los pies doloridos por las rozaduras que le hacían los zapatos allí donde el cuero se había arrugado y endurecido de tanto mojarse en agua fangosa. Se sentía permanentemente mugrienta. Como todo lo demás a lo largo del Frente Occidental, casi con toda seguridad olía a rancio y a suciedad. Se sentía tan femenina como un peón, un fogonero... o un soldado.

Durante el último año esto no le había importado. Al ver a los heridos y pensar en la guerra en general y en aquella zona de combate en particular, nadie tenía tiempo salvo para

asistir a los amigos, y los amigos eran quienesquiera que estuvieran cerca de ti. Pero Mason la había mirado con aquella tierna y dolorosa intensidad, con una dulzura tan desnuda en los ojos que la atravesó como el fuego y destruyó toda seguridad en sí misma y todo equilibrio. Todos los cuentos de hadas que se contaba a sí misma para reforzar su creencia de que estaba a gusto sola desaparecieron, y saber que sin duda había consternado profundamente a Mason la hacía sufrir.

Antes de la guerra había sido guapa. Lo sabía por la forma en que la miraban los hombres. Ahora la veían como a uno de los chicos, incluso como una especie de mascota: una buena conductora, una buena amiga, valiente, responsable, alguien de fiar. Y sin embargo, en el fondo no acababa de ser uno de ellos. Desde que Mason la había besado ya no le bastaba con todo aquello.

Estaba acurrucada en la trasera de la ambulancia tratando de dormir. Apenas entreveía la silueta de Wil Sloan en la litera de enfrente. Wil respiraba acompasadamente; casi con toda certeza estaba dormido. Judith nunca había apreciado tanto a nadie. Él era valiente con un aire de desenfado como si fuese lo más natural, bromeaba de un modo nada convencional, contaba largas historias sobre el Oeste americano que nadie más entendía. Por otro lado, se reía con chistes ingleses que sin duda encontraba tanto o más crípticos. Compartía su comida y las mantas, cuando las había, y nunca se quejaba. Judith le habría confiado cualquier cosa salvo la vulnerabilidad de su carencia afectiva y la confusión que la embargaba en ese momento.

Wil la había ayudado a liberar a los reos de la granja, y eso podría haberle costado la vida. Aún corría el riesgo de perderla, a decir verdad. El coronel Hook había pedido a Joseph que averiguara cómo se había llevado a cabo la fuga, y éste se había demorado tanto en la tarea que Faulkner insistió en arrestarlo a su vez.

Judith se dio la vuelta en la cama con cuidado para evitar pellizcarse los músculos. Pobre Joseph. Fue un golpe muy duro para él constatar que a Northrup lo habían matado sus propios hombres, aunque esta vez no estaba en su mano evitarlo. Mason lo sabía y eso acababa con cualquier posibilidad que tuviera Joseph de ocultarlo.

Esta vez su hermano no tenía la menor duda sobre a quién debía lealtad. La primera vez, con Prentice, en 1915, su franqueza sobre el hecho de que se trataba de un homicidio había sido más fruto de la ceguera que de la malicia. No previó el curso que seguirían los acontecimientos inevitablemente. Si lo pensaba bien, Judith siempre había conocido ese rasgo del carácter de Joseph. En ocasiones podía resultar pomposo, incluso farisaico, pero era leal hasta la médula. Moriría antes que traicionar a cualquiera. No era siquiera una cuestión de amor u odio, sino de honor.

La última vez que Judith había visto a Mason había percibido cierto enojo en él. Habían mantenido una breve charla bajo la lluvia, compartiendo una perola de té. Él se había situado a barlovento de Judith, ofreciéndole el resguardo de su cuerpo. Le había sonreído con la misma delicadeza, como si por unos instantes no hubiese nada más allí: ni soldados, ni trincheras rebosantes de barro, ni cañones a lo lejos.

Pero sus palabras estaban empañadas por la amargura, una ira que no dirigía contra los alemanes del otro lado de las colinas ni contra las circunstancias que los habían llevado a todos ellos allí. Era como si hubiese esperado encontrar ineptitud e impotencia y no abrigara esperanzas de nada mejor. Ya no había ningún faro que sirviese de guía. Todos seguían adelante porque era lo único que valía la pena. Gracias a eso, eran quienes eran, quienes deseaban y necesitaban ser.

Judith se arrebujó con la manta recordando su conversación.

—¿Has leído Alicia a través del espejo? —le había preguntado él con ironía.

—Sí, por supuesto —había contestado Judith. Le había encantado, quizás incluso más que Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas. Lo absurdo se sumaba a la lógica y la poesía permanecía en su recuerdo, sobre todo la canción del Caballero Blanco: «... meto / los dedos en cola, / o el pie derecho / en un zapato izquierdo». En voz alta preguntó —: ¿Por qué?

—«La Morsa y el Carpintero» —había contestado Mason—. Caminando por la playa, «lloraba a mares al ver / semejante cantidad de arena».

Judith prosiguió.

—«Si siete doncellas con siete escobas / la barrieran durante medio año, / ¿supones, dijo la Morsa, / que la barrerían toda?»

—«Lo dudo —dijo el Carpintero, / y derramó una lágrima amarga» —terminó Mason—. ¿Cuántas mujeres, en cuántas fábricas, con dolor de espalda y de pies, trabajan día y noche para hacer los obuses que destrozan esta tierra formando nuevos montones de barro, para que otros bombardeen de nuevo un lugar ligeramente distinto mañana, volando en pedazos unos cuantos cuerpos humanos más en su empeño? Esto sí que es verdaderamente absurdo, y sin una pizca de humor ni de encanto. Un mundo que no tiene sentido.

Judith había deseado replicar algo que le explicara la voluntad de luchar, el amor por todas las cosas buenas de la vida: cosas pequeñas como un paseo por el bosque en la época de los jacintos silvestres, el canto de la alondra al despuntar el día, el sol sobre los campos segados en otoño cuando el aire se tiñe de dorado, y cosas grandes como la risa entre amigos y la fe en el mañana. Pero no quería que Mason le hiciera daño con su incredulidad ni que pintara sus sueños de gris. Eran demasiado valiosos para arriesgarse a perderlos. Sin ellos quizá no lograría sobrevivir.

Ahora el pesimismo de Mason no le permitía conferir un sentido a sus esfuerzos, casi como si a su manera él los ridiculizara. Judith recordó lo que el periodista le dijo cuando estaban juntos a oscuras, hablando entre los estallidos del fuego de mortero y los obuses que explotaban a menos de dos kilómetros de ellos. Pese a que era una noche nubosa alcanzaban a vislumbrar los grandes montones de barro y tierra que salían despedidos por los aires. Judith percibió su enojo, no sólo por lo que decía sino por el tono desesperado de su voz.

Fue en ese momento cuando se percató de lo insignificante que era el papel que ella representaba en su vida. Sí, Mason era capaz de reír, de necesitar y de dar, como cualquier otra persona. Pero ¿cuánto coraje tenía para concebir esperanzas cuando de tan difícil resultaba casi imposible, para exponer el cuerpo a las tinieblas aun a sabiendas de que éstas quizá no tuvieran fin? Toda la inteligencia, la imaginación y la compasión, los momentos de ternura, no bastaban si no había esperanza.

Por fin Judith se sumió en una especie de sueño y hacia las cinco se despertó bajo la luz gris del alba. Un poco de agua fangosa y amarga en la cara acabó de despejarla. Wil le alargó un tazón de té bien caliente, y Judith sacó del líquido un par de chinches antes de bebérselo. Era tan fuerte que apenas distinguía el sabor de la extraña mezcla de cosas que se habían cocido en la perola antes de hervir el agua del té.

Estaba ocupándose del mantenimiento de la ambulancia cuando oyó unos pasos que cruzaban el patio adoquinado de la granja. Al principio supuso que sería Wil, que regresaba de un mandado, pero cuando oyó la voz dio media vuelta, asombrada de ver a Joseph. Parecía cansado, como siempre, y las sombras que le circundaban los ojos los hacían parecer aún más oscuros.

—Perdona —se disculpó—. No era mi intención asustarte.

Judith advirtió una intensidad en él que la llenó de temor. Pese a sus esfuerzos por no descubrirla, ¿acaso tenía Joseph pruebas irrefutables de que era ella quien había organizado la fuga de los prisioneros? A fin de protegerla, ¿mentiría deliberada y descaradamente? Quizá no podría. Tal vez había hecho un voto sacerdotal o una alianza con Dios que le impedía mentir. Y Joseph no rompería un voto ni por ella ni por nadie.

—Hola, Joseph —lo saludó con voz áspera.

—Sé que interrumpo pero tengo que hablar contigo —dijo—. Es importante.

Judith dejó el trapo con el que estaba limpiando el carburador.

—Sobre la fuga —agregó Joseph.

Judith puso cara de no entender por qué le preguntaba a ella pero enseguida se dio cuenta de la inutilidad de su intento. Joseph sonrió con tristeza, el rostro tenso, la mirada amable.

—Ten cuidado con lo que me dices —la previno—. De momento sólo tengo ideas sobre quién los ayudó a escapar, pero no lo sé a ciencia cierta, y si no tengo pruebas no diré una palabra.

—Vaya. —Judith suspiró—. Muy bien. ¿Qué es lo que no quieres preguntarme? —Estaba desconcertada—. No te diría quiénes fueron, suponiendo que lo supiera.

—Por supuesto que no —repuso Joseph precipitadamente—. Me imagino que te inspiran una admiración inmensa. Fue un plan inteligente y simple; requirió mucho coraje y, por descontado, un sentido de la lealtad tan profundo como el de los soldados de primera línea. —Seguía mirándola de hito en hito, pero el cansancio que le empañaba los

ojos impedía que Judith descifrara su expresión—. Dispuestos a dar la vida por otro. Y así es como pueden terminar. Si se descubriera la identidad de esa persona, o probablemente de esas dos personas, acabarían... —se le quebró la voz— frente a un pelotón de fusilamiento. No te pediría que los delataras... aunque lo supieras. Sería una traición inconcebible.

Judith tenía la boca seca y el corazón le latía con fuerza. Joseph estaba jugando con ella, pero ¿a qué? ¿Y para qué? —Joseph...

—Pero quiero que uses la imaginación —la interrumpió él para impedir que dijese cualquier otra cosa—. He pasado un tiempo en la granja donde estaban retenidos y he tenido ocasión de ver a Cavan. Me he formado una idea más ajustada de lo que ocurrió en realidad. Pienso que sólo uno de ellos es culpable de asesinato. Al resto, por así decirlo, sólo se les puede acusar de «conducta impropia».

—¿En serio? —dijo Judith con escepticismo, resistiéndose a pensar que realmente lo creyera.

—Sí —respondió él con firmeza pero sin dejar de sonreír.

Judith no supo cómo juzgar su expresión. ¿Hablaban en serio o era sólo una pose? Carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Y eso supone alguna diferencia?

—Creo que sí. Voy a ir tras ellos para ver si logro convencerlos de que regresen y se enfrenten al consejo de guerra.

—¡No lo harán! —La ingenuidad de su hermano la dejó pasmada—. ¡Por el amor de Dios, Joseph, los fusilarán! ¡Culpables o inocentes, el ejército pide sangre! No comprendo cómo no te das cuenta.

—No si regresan por voluntad propia —arguyó Joseph—. Si siguen en fuga serán desertores y fugitivos. Peor que desertores, en realidad: amotinados y asesinos.

—¡Pues entonces se quedarán en Suiza! O... —Se calló de golpe, consciente de que le había revelado hacia dónde se dirigían. Pero le llevaban una ventaja de tres días como mínimo. Nunca les daría alcance—. O allí adonde vayan —añadió de manera poco convincente.

—Sí. En Sudamérica o algún otro lugar donde no existan tratados de extradición por homicidio —dijo Joseph con gravedad—. Nunca podrán regresar a Inglaterra, no volverán a ver a sus familias, ni sus pueblos o granjas. Nunca harán carrera, nunca dejarán de mirar por encima del hombro, nunca serán sinceros con nadie. Es un yugo muy pesado para cargar con él toda la vida.

Ella pensó en señalar que quizá no habría una Inglaterra a la que regresar, pero ése era un pensamiento que se negaba a albergar. Luego comenzó a asimilar la gravedad de la situación: la interminable sensación de no encajar en ningún sitio; la soledad de no ser para nadie más que un mero conocido, de saber que uno siempre será un ave de paso.

—Piensa en sus familias —le pidió Joseph en voz baja—. No son cobardes, tampoco unos tipos despiadados ni sin honor. Creo que les irá mejor si regresan y tratan de demostrar los motivos que los llevaron a hacerlo que hicieron y su inocencia de los cargos de asesinato, en lugar de seguir huyendo hasta el fin de sus días.

—Tal vez. Pero para eso hace falta... una valentía extraordinaria.

—Si hay alguien en este mundo que la tenga, son los hombres que han combatido aquí —sentenció Joseph.

La embargó una profunda emoción por todos los actos de trágico y desesperado heroísmo que había presenciado, incluso por parte de chicos que aún tenían edad de estar en el colegio: se habían adentrado en el infierno y continuaban avanzando con los ojos abiertos.

—Sólo quiero darles una oportunidad, Judith —aseveró Joseph—. ¿Hacia dónde se proponían ir? ¿Iban a viajar por separado, en grupos o todos juntos?

Judith no se molestó en seguir disimulando.

—A Suiza —contestó—. En principio, todos juntos, aunque si alguno resultaba herido o decidía separarse, el resto seguiría adelante. Iban a pie para parecer soldados corrientes en la medida de lo posible. No había manera de hacerlos pasar por civiles. No tenían ropa, sólo Morel habla bien francés y, además, todos están en edad militar y obviamente en forma para combatir, de modo que no habría manera de explicar qué hacían sin uniforme, excepto en un país neutral.

Joseph la abrazó de repente, estrechándola con fuerza.

—Gracias —dijo con ternura—. Muchas gracias.

—Ten cuidado, Joseph —le rogó Judith aferrándose a él. Siempre estaban en peligro, así era su vida cotidiana, pero aquella no era una despedida corriente. Esta vez Joseph se marchaba de Passchendaele hacia un territorio que ninguno de los dos conocía. Estaría entre extraños, nadie traería noticias de él—. ¡Ten cuidado! —repitió con más apremio.

—Lo tendré —prometió Joseph. Luego la soltó y apartó la mirada con el rostro transido de emoción. Se despidió con un ademán contenido—. Tú también —agregó con voz ronca. Y se marchó cruzando el patio adoquinado sin volver la vista atrás.

* * *

10

Joseph planificó en la medida de lo posible su persecución de los fugitivos. Al menos habían emprendido la huida a pie, y le pareció improbable que corrieran el riesgo de pedir a nadie que los llevara en algún vehículo. Además, pocos de los que se dirigían al este estarían en situación de ayudarlos. Todos los transportes de tropas y las ambulancias circularían de un lado a otro entre las líneas de combate y la retaguardia.

Aun así, los hombres le llevaban varios días de ventaja y le sería imposible alcanzarlos si también iba a pie. Sólo tendría una posibilidad de interceptarlos antes de que cruzaran la frontera suiza si contaba con la ayuda de un avión de reconocimiento del Real Cuerpo Aéreo. De ese modo podría cubrir la distancia en cuestión de horas, y un piloto avezado no tendría dificultad en detectar a un grupo de hombres que avanzara hacia el este, a diferencia del resto de las tropas.

Para ello, por supuesto, Joseph tenía una carta de autorización firmada por el coronel Hook. Aparte de eso sólo se llevó consigo los útiles de afeitado, un cepillo de dientes, un par de mudas, calcetines de repuesto, una edición de bolsillo del Nuevo Testamento y el botiquín reglamentario de primeros auxilios con las correspondientes raciones secas.

Cuando el coche del Estado Mayor lo dejó en el aeródromo del Real Cuerpo Aéreo, el sol estaba disipando la neblina, lo que anunciaba un buen día para el reconocimiento aéreo. Joseph se despidió del conductor con un repentino optimismo y echó a caminar hacia los barracones que obviamente albergaban el cuartel general.

Joseph habló con el primer oficial que encontró, un joven apuesto de cabello negro peinado hacia atrás, mirada penetrante y sonrisa tímida. En ese momento sujetaba una pipa con los dientes.

—¿Se ha perdido, padre? —preguntó mirando el alzacuello de Joseph con los ojos entornados para protegerlos del sol—. ¿O es usted la respuesta a las oraciones de alguien?

—¡Lo dudo! —dijo Joseph secamente—. Espero recibir ayuda más que darla. ¿No tienen a su propio capellán? Aunque si me necesitan haré lo que esté en mi mano.

Era lo último que quería pero no podía negarse. El joven le tendió la mano.

—Capitán Jones—Williams.

—Capitán Reavley —se presentó Joseph estrechándole la mano.

—¿En qué puedo servirle, capitán Reavley? —preguntó Jones—Williams—. ¿Busca un viaje a las alturas para encontrar a Dios?

Sonrió señalando con un gesto el azul lechoso del cielo.

—En realidad me conformaría con once prisioneros fugitivos —contestó Joseph encogiéndose de hombros con expresión compungida—. Suena poco respetuoso, pero me quedan unas cuantas cosas por hacer antes de reunirme con Dios. Todavía no estoy preparado para eso.

Jones—Williams se rió de buena gana.

—Un sacerdote que prefiere encontrar a once fugitivos antes que a Dios es alguien a quien vale la pena conocer más a fondo. ¿Le vendrían bien once cualesquiera o tiene en mente a un grupo concreto?

—Lo siento, pero busco a un grupo muy concreto —contestó Joseph—. Estaban presos en una granja justo a este lado de Passchendaele y...

Jones—Williams adoptó una expresión muy seria.

—¿De ese desdichado regimiento que están masacrando allí abajo? ¿Por qué no deja que se marchen? ¿No podría hacer la vista gorda? ¿Acaso como sacerdote no está obligado a mostrar misericordia?

—Se les acusa de motín y asesinato, capitán —explicó Joseph.

—Lo siento, amigo —dijo Jones—Williams con una breve sonrisa—. Andamos bastante escasos de personal. Hemos perdido a unos cuantos hombres últimamente. Debo reservar los recursos disponibles para vigilar a Jerry y averiguar qué se propone. Los movimientos de tropas se ven muy bien desde allí arriba. —Se encogió ligeramente de hombros—. Yo en su lugar, me daría por vencido.

Joseph conocía el motivo exacto de la renuencia de Jones—Williams y comprendía la compasión y la repugnancia que se ocultaban tras ella. Ahora le caía aún mejor.

—Ésa es una visión parcial del asunto —dijo Joseph mirando a Jones—Williams a los ojos—. Serán fugitivos el resto de sus días. Nunca regresarán a casa. Y pienso que todos menos uno son inocentes. Desde luego fueron muy irrespetuosos con un oficial incompetente pero eso no debería ser un delito capital...

Jones—Williams frunció el ceño.

—Pensaba que su fe era más bien estricta con esa clase de cosas. Sobre todo frente al enemigo.

—Mi fe me permitiría hacer un poco la vista gorda —observó Joseph con media sonrisa—. El oficial era idiota. Quiero encontrarlos y darles al menos la oportunidad de regresar y limpiar sus nombres.

—¿Se les acusa de asesinato y motín? —Jones—Williams enarcó las cejas con incredulidad—. Los fusilarán. No tendrán elección.

—Creo que el padre del oficial, que es general, presionará para que se retiren los cargos.

—¿En serio? —repuso Jones—Williams con sumo escepticismo.

—Una acusación por un delito capital debe quedar demostrada de forma fehaciente —señaló Joseph—, y la defensa tiene todo el derecho a exponer sus argumentos.

El zumbido de un avión, similar al de un insecto enojado, rompió el silencio en lo alto. Automáticamente Joseph levantó la vista y siguió el vuelo del aparato, que descendía hacia

la pista de aterrizaje petardeando de vez en cuando.

Jones—Williams mascó su pipa por un momento.

—Habría pensado que en este caso ambas cosas eran casi la misma. Argüir que ese hombre era un imbécil, y además un imbécil peligroso, es como servir en bandeja el móvil a la acusación. Pero eso no justifica que le disparasen, ni siquiera para salvar sus propias vidas. ¡De ser así, podrían eliminar a la mitad de los oficiales que tenemos!

—La cuestión es —prosiguió Joseph pensativamente— que al general Northrup no le gustará que el consejo de guerra se prolongue para demostrar con todo detalle la incompetencia de su hijo sacando a relucir la cifra de lisiados y muertos que cabe atribuirle.

El avión por fin aterrizó y Joseph relajó los hombros, aliviado de que sus tripulantes ya estuvieran a salvo.

—Vaya. —Jones—Williams se sacó la pipa de la boca—. Entiendo. Sí, está claro que preferirá evitarlo. ¿Piensa que es incentivo suficiente para que los hombres regresen? No deja de entrañar cierto riesgo, ¿verdad?

—Sí —dijo Joseph contestando a las dos preguntas— Quiero darles la oportunidad. Por otra parte, tampoco podré hacerlos volver por la fuerza.

—Quijotesco —comentó Jones—Williams—. Pero me gusta. ¿Qué quiere de nosotros? ¿Que lo llevemos a sobrevolar las líneas para intentar localizarlos? No es probable que usted distinga gran cosa desde el aire, pero desde luego nosotros podemos intentarlo.

—Gracias, eso es exactamente lo que me gustaría —aceptó Joseph—. Soy consciente de que tengo pocas probabilidades de encontrarlos, pero merece la pena probar. Más vale que le muestre mi autorización. —Extrajo la carta de un bolsillo.

—¿Qué?

Joseph sonrió.

—Bueno, ¡yo mismo podría ser un desertor que busca que alguien lo lleve al este!

—Ni hablar —repuso Jones—Williams devolviéndole la sonrisa—. Su alzacuello será auténtico o no, pero con su edad tendría derecho a pedir la licencia absoluta.

Joseph hizo una mueca.

—Depende de lo desesperados que estemos. Quizá no los haya en el Real Cuerpo Aéreo, pero en Infantería tenemos a chicos de catorce años. Mienten a propósito de su edad, por supuesto, pero lo sabemos. Tarde o temprano dicen algo que los delata.

Optó por callarse de golpe al ver que se le quebraba la voz, ya que no deseaba manifestar sus sentimientos. Tenía favores importantes que pedir, una tarea que llevar a cabo con la mente despejada y las tripas en orden.

—Lo siento —se disculpó Jones—Williams—. Ha sido una falta de tacto por mi parte. Venga conmigo, buscaré a alguien que le suba a echar un vistazo y le deje tan cerca de la frontera suiza como usted quiera.

Se volvió y enfiló con aire despreocupado hacia la hilera de hangares situados detrás de los barracones de las oficinas y la torre de control.

Joseph apuró el paso para alcanzarlo. Echó una ojeada a los tres aviones alineados junto a la pista, incluido el que acababa de aterrizar.

—Me encargaré de que le lleven en uno mucho más grande que éstos —dijo Jones— Williams jovialmente—. Un biplaza de observación. Vuela bajo casi todo el tiempo. «Salto de setos», lo llamamos. ¿Sabe cómo huyeron sus amigos? ¿Iban en coche?

—A pie, al menos al principio —contestó Joseph caminando a su lado.

—Siendo así, no habrán ido muy lejos. ¡Eh, Vine!

Llamó a un joven bien plantado con uniforme del Real Cuerpo Aéreo, gafas y bufanda de aviador al cuello, cazadora de piloto al hombro y el casco colgado de la mano.

—A sus órdenes, capitán.

Vine siguió andando hacia ellos y se detuvo a pocos metros, más o menos en posición de firmes.

—El capellán es de Infantería —explicó Jones— Williams—. Necesita que le echen una mano para encontrar a unos tipos que se han ausentado sin permiso. Piensa que si regresan tendrán la oportunidad de acabar mejor que si siguen huyendo. No te importaría darle un paseo a lo largo de las líneas, ¿verdad?

—Al contrario —aceptó Vine amablemente volviéndose para mirar a Joseph con curiosidad—. ¿Hasta dónde, capellán?

—Hasta que los encontréis. O hasta llegar a Suiza —dijo Jones— Williams con buen humor—. Bien. Todo arreglado, pues. —Se volvió hacia Joseph—. Vayamos a tomar una taza de té. El casino de oficiales está allí. Le encontraremos unas gafas decentes y una cazadora. Hace frío ahí arriba. Vine vendrá a por usted en cuanto esté todo listo.

—Gracias.

Joseph se quedó desconcertado ante la rapidez de la decisión pero no podía permitirse cuestionarla. Dio las gracias a Vine y siguió a Jones—Williams hacia el laberíntico complejo de barracones. Se alegraba de disponer de tiempo para prepararse para el vuelo.

Pero todo lo que había imaginado se quedó corto comparado con la realidad. Primero había que encaramarse al ala, encajonarse en el angosto asiento y abrocharse el arnés de seguridad. El motor arrancó con un estrépito ensordecedor, mucho más ruidoso que el de un coche; un momento después, el minúsculo y frágil aparato corría a toda velocidad por la hierba, dando un bote cada vez que topaba con una mata, y de repente despegó y ascendió con un rugido. Dio algunos tumbos empujado por la brisa y sobrevoló la arboleda vecina salvando su altura por lo que a Joseph le parecieron unos palmos.

Era una sensación espantosa perder contacto con el suelo y aparentemente fuera de todo control. Estaba prisionero. De ninguna de las maneras podría marcharse, ocurriese lo

que ocurriera.

Iba sentado detrás del piloto. Llevaba montada a su lado una ametralladora ligera, una Lewis para ser exactos. Le habían comentado alegremente que sólo era por si se tropezaban con algún enemigo.

Mientras ganaban altura efectuaron un viraje bastante cerrado. Joseph temió salir despedido en cualquier momento y precipitarse en el vacío. ¿Estaría a suficiente altura para matarse en el acto? ¿O quizá quedaría tullido pero vivo? ¿Por qué demonios no se las había arreglado por su cuenta y permanecido en tierra firme?

Por añadidura, estaba la cuestión de mantener el estómago en su sitio.

Ahora se encontraban a varios cientos de metros y estabilizándose. Joseph no acertaba a ver más que árboles a lo lejos. El aeródromo y la torre de control quedaban en algún lugar a su izquierda.

Se armó de valor para mirar hacia abajo con miedo a que se apoderase de él una inaguantable sensación de vértigo pero, en cambio, debajo y extendiéndose en la distancia, vio un paisaje que lo dejó sin aliento. Había una franja de desolación de unos pocos kilómetros de ancho, devastada, se diría, sin arreglo, cuajada de cráteres de obús que humeaban con el calor agosteño, o quizá fuese gas venenoso que se elevaba amarillento y blancuzco de los socavones.

Troncos de árboles chamuscados se alzaban aquí y allí. Los restos de vehículos y cañones se distinguían por su silueta más que por ser de color distinto. Todo era gris parduzco, desprovisto de vida. La forma también diferenciaba entre sí los cadáveres de hombres y los de animales, demasiados para contarlos. Desde las alturas, la enormidad de la debacle resultaba abrumadora. Innumerables muertos, los suficientes para poblar ciudades enteras, y todo destruido.

Un tímido sol relucía en la superficie acuosa de las trincheras excavadas en zigzag para bloquear las líneas de fuego. Dos largos tramos estaban anegados, como sendos lodazales grises, salpicados de cadáveres.

Joseph alcanzaba a ver hombres moviéndose, escorzados, pardos como la arcilla. Desde allí arriba resultaba ridículo lo anónimos que parecían y, sin embargo, lo más probable era que Joseph los conociera a casi todos. Identificaba sus actividades sólo porque las conocía; él mismo había hecho todo aquello: apuntalar paredes, acarrear provisiones, limpiar armas o acurrucarse para echar una cabezada de un par de horas. Unos pocos vehículos avanzaban trabajosamente por caminos llenos de agujeros soltando nubecillas de gases por los tubos de escape. Judith podría estar dentro de cualquiera de los que parecían ir a paso de tortuga comparados con la alocada velocidad que ahora llevaba el avión. Las ambulancias se distinguían con claridad. Columnas de hombres marchaban a pie, los refuerzos hacia el frente, los heridos hacia la retaguardia. Los cañones de campaña también eran fáciles de reconocer, así como los barracones y las tiendas, los hospitales de campaña y los puestos de primeros auxilios. Sabía que algunos de los montículos del suelo eran refugios subterráneos.

El avión ganó más altura y Joseph también alcanzó a divisar las líneas alemanas. Sabía que sus trincheras eran más profundas, que sus refugios subterráneos estaban mejor organizados y también mejor amueblados, según le habían dicho. Pero el terreno estaba igual: destrozado y envenenado. Los hombres, al menos los que veía, se dedicaban a exactamente las mismas tareas que sus enemigos. También ellos, cuando permanecían inmóviles para descabezar un sueño, se confundían con la tierra y devenían casi invisibles.

Los rasgos del paisaje perdían definición a medida que subían más alto.

Más allá, en ambas direcciones, volvía a verse verdor: los árboles tenían hojas, había manchas de hierba. Hacia el horizonte, por el sureste, se avistaban las cicatrices oscuras de las carreteras y las vías de tren, pero allí discurrían entre maizales y prados, atravesando bosques borrosos. Aquí y allá Joseph vislumbraba la serpiente plateada de algún río.

Era como seguir con la vista el recorrido de una herida que surcaba la tierra o el chamuscado desgarrado de la metralla, que dejaba el resto de la piel extrañamente ileso.

Durante tres prolongados y terribles años habían combatido por aquellos pocos miles de metros de suelo, dispuestos a matar, matar y matar. ¡Era una locura! En el vacío de las alturas, con sólo el viento, el sol y el ensordecedor rugido del motor, resultaba tan evidente que a Joseph le vinieron ganas de asomarse y gritarles que estaban locos, desprovistos de raciocinio y dignidad, que habían perdido el juicio por completo. Pero, por supuesto, nadie le oiría. Sería como gritarle a un hormiguero.

Se dirigían hacia el sureste. Veía vías férreas y centros de clasificación. Creyó identificar algunos de los rasgos distintivos del paisaje, como el meandro de un río en torno a una colina. Vio lo que supuso que sería Lille aunque no sabía qué distancia habían recorrido.

Transcurrió media hora en silencio. Joseph escrutaba el cielo con nerviosismo, pero no había ningún aeroplano a la vista. Debajo, las líneas francesas presentaban el mismo aspecto que las británicas y las canadienses: sólo barro gris, restos de vehículos, lo que uno acertaba a distinguir de los hombres que iban de aquí para allá enfrascados en las mismas tareas diurnas.

¿Cuándo iba a descender lo suficiente para intentar localizar a un puñado de hombres que avanzaban hacia el este? Hasta entonces habían seguido la línea de combate, que se curvaba hacia el sureste, retrocediendo ante el avance del Ejército alemán.

¿Habían ido ya lo bastante lejos? Joseph había perdido toda noción de dónde se hallaba. El suelo quedaba tan lejos que apenas distinguía las carreteras, por no hablar de lo que circulara por ellas. Quizás aquello fuese un acto desesperado, además, y Jones—Williams sólo le hubiese dejado subir al aeroplano porque sabía que no tenía la más remota posibilidad de éxito.

El capellán se inclinó hacia delante y le gritó algo a Vine. Cuando éste se volvió por un momento, Joseph señaló hacia abajo.

Vine levantó la mano con el pulgar en alto y obedientemente descendió en picado

hasta una altura apropiada para el «salto de setos», como lo había llamado Jones—Williams. Los detalles se perfilaron y cobraron nitidez; las carreteras, los uniformes, los caballos y la artillería, pero Joseph no vio el menor indicio de que sus once hombres anduvieran por allí. Con la ventaja que llevaban, seguramente ya estarían mucho más al este. Podrían haber cubierto entre treinta y cincuenta kilómetros al día con un poco de ayuda, algún que otro viaje en un vehículo. Estaban en buena forma y acostumbrados a marchar.

De súbito y sin previo aviso el aeroplano se puso a cabecear y dar guiñadas como un cascarón de nuez en alta mar. De pronto el cielo estaba encima de ellos, y al poco rato giraban de modo que la tierra daba vueltas en derredor, sobre sus cabezas, luego a izquierda y derecha, enloquecidamente. Al fin, el suelo pareció alejarse hacia abajo cuando el avión ganó altura casi en vertical, disparado hacia los jirones de nubes que aún quedaban bastante más arriba.

Joseph pensó que iba a caerse. Sólo el arnés que le daba violentos tirones lo mantenía sujeto al asiento. Magullado e impresionado, se inclinó sobre un costado para devolver. Seguían ascendiendo. Se aferró al fuselaje con los nudillos blancos. Ni siquiera el día anterior se le había ocurrido que pudiera morir de semejante manera.

Efectuaron un viraje y bajaron en picado para acto seguido volver a remontarse. Entonces fue cuando Joseph los vio, siluetas negras recortadas contra el cielo como libélulas, cayendo en picado y subiendo de nuevo. Parecían enojados, girando sobre sí mismos para luego regresar al corazón del enjambre. Era un gran combate aéreo, muy por encima de ellos, casi en lo más alto del cielo.

Vine mantenía bajo su avión, seguramente esperando que resultara casi invisible contra el fondo más oscuro de los campos y el entramado de trincheras de avituallamiento. Los pilotos del combate aéreo estarían concentrados, pendientes de a quién tenían en el punto de mira y a quién en la cola.

Los segundos parecían prolongarse una eternidad. Vine se elevó un poco. Joseph no sabía por qué, pero supuso que su intención era tener espacio para bajar rápidamente y evadirse si los avistaban.

Joseph trató de familiarizarse con la ametralladora Lewis. Era un no combatiente: un hombre que servía a los soldados pero que no iba armado. No obstante, si ahora los atacaban, no sólo la vida de Joseph sino también la de Vine dependerían de que el capellán disparase y de que lo hiciese con eficacia. Ni siquiera se le pasó por la cabeza tratar de eludir esa responsabilidad.

El combate aéreo seguía librándose encima de ellos y sólo un poco más atrás.

Vine inició un nuevo ascenso intentando ganar altura por si necesitaban la velocidad de una caída en picado para huir del enemigo.

En la vorágine del combate, un avión explotó, envuelto en llamas rojas y una humareda negra que mancharon el cielo. Los restos del aparato cayeron a plomo. Otro

dejaba tras de sí una larga estela de humo que embadurnaba el azul. Luego entró en barrena, girando horriblemente despacio.

Vine seguía subiendo. Entonces, de improvviso, otro avión pasó rugiendo encima de ellos. Seguramente estaría a unos ciento cincuenta metros pero daba la impresión de estarlos rozando. Se hallaba tan cerca que Joseph llegó a ver el rostro del piloto un instante: tenía los músculos tensos, la cabeza gacha. Acto seguido desapareció dando un brusco viraje hacia lo alto. Pegado a su cola llevaba un triplano de alas rojas que disparaba sin tregua.

Vine de repente describió también un giro muy abierto y, por un momento, visto y no visto, Joseph tuvo el avión de alas rojas en el punto de mira. El aeroplano desapareció de inmediato y el capellán se quedó mirando el cielo azul.

Se mareó mientras remontaban vertiginosamente y entonces advirtió que otro avión los seguía un poco más arriba. Las balas acribillaron el borde del ala mientras se deslizaban hacia un costado para luego virar y subir aún más alto.

Ahora estaban rodeados de aviones por todas partes. La vorágine había descendido. Una ráfaga de balas les pasó por encima y alcanzó la cola de otro avión.

Joseph por fin se sintió impulsado a hacer algo y reaccionó agarrando el arma. La próxima vez que tuviera algo a tiro, si era alemán, abriría fuego. Siempre y cuando le diera tiempo de asegurarse.

La necesidad llegó antes de lo que esperaba. Vine efectuó un viraje en redondo ladeando tanto el avión que poco faltó para que quedaran cabeza abajo y Joseph se viese arrojado al vacío. Éste se enderezó, magullado y con el corazón palpitante, y levantó el cañón de la ametralladora. Le resultó fácil manejarla. Comprobó que podía seguir la trayectoria de un avión durante unos segundos, lo suficiente para darle.

Sólo que Vine no se estaba quieto ni por un instante. Surcaban el aire de aquí para allá como una exhalación. De pronto, Joseph estaba mirando los campos y acto seguido tenía ante sí las trincheras grises, luego el cielo. Otros aviones cruzaban su campo visual y, para cuando se cercioraba de que fueran alemanes, se esfumaban.

Las balas rasgaron el ala otra vez, y allí estaba el triplano rojo.

Joseph apretó el gatillo con fuerza y las balas salieron disparadas de la boca del cañón. Sólo alcanzaron el borde de la cola roja. Un instante después, el avión había desaparecido. Joseph se quedó abrazado al arma con el corazón desbocado. Era la primera vez que abría fuego contra un ser humano con la intención de matarlo. La sensación era extraordinaria: contundente, vergonzosa, excitante. Había cruzado una barrera. ¿Hasta qué punto importaba que no hubiese alcanzado al piloto? El viento soplaba con fuerza mientras el avión se ladeaba.

Estaban en medio de un enjambre, como avispones furiosos, rodeados por el rugido de los motores y el tableteo de las balas. Otro avión comenzó a dar vueltas de lado hasta entrar en barrena soltando una columna de humo negro en espiral. Joseph lo vio estrellarse

contra el suelo y estallar en llamas. Sólo entonces se percató de que no le había preocupado que fuese británico o alemán, sólo que el piloto iba a morir.

Oyó otra ráfaga de disparos. Varias balas impactaron tan cerca de él que se echó atrás sobresaltado, con la boca seca, jadeando para recobrar el aliento. Entonces asió la ametralladora con feroz determinación. Cuando el siguiente avión alemán se le puso a tiro, descargó una serie de disparos a su vez y se puso eufórico al ver que las balas trazadoras alcanzaban la parte trasera del fuselaje. El aparato se desequilibró por completo, dando bandazos como un velero en pleno temporal.

Vine aceleró en pos del avión averiado ejecutando un giro amplio para que Joseph tuviera ángulo de tiro. Éste vaciló, casi lo perdió, pero en el último instante apuntó y disparó contra el motor. Carecía de sentido diferenciar este acto del de abrir fuego directamente contra un hombre. Si el avión se desplomaba, el piloto moriría de todos modos. Semejante distinción sería una mera sofistería.

El combate proseguía como una especie de danza tridimensional. Allí arriba todo era ruido, motores, balas, el viento gélido en la piel, el cuerpo tiritando de frío, terror y emoción. Daban vueltas y ascendían, retemblaban en lo alto del ascenso, se zambullían de lado a toda velocidad, bajaban en picado, las ametralladoras tableteaban. Entonces aceleraron hasta que el viento bramó en sus oídos y el suelo pareció subir a toda prisa hacia ellos. Vine forcejeó para enderezar el aparato y ladearlo de nuevo, y Joseph puso al enemigo en el punto de mira y disparó.

Perdió la noción del tiempo. Lanzó breves ráfagas consecutivas contra otros aviones pero no supo si les había acertado o no. Al principio apenas se dio cuenta de nada cuando las balas los alcanzaron a ellos. Tuvieron que transcurrir unos instantes para que reparase en que el humo salía de su avión. Aquel prolongado descenso, a diferencia de los otros que habían efectuado, no iba a terminar con un rápido viraje que nivelaría el aparato para iniciar un nuevo ascenso.

El suelo se acercaba cada vez más. Joseph veía los árboles con toda claridad, y una granja. Entonces se percató de que Vine se dirigía a los campos que había al otro lado. Iba a intentar un aterrizaje forzoso.

Los segundos parecían interminables. Joseph no tenía duda de que iba a morir en cuestión de unos momentos. Había contado con no salir vivo de Ypres, desde luego, pero aquello era Francia, un maizal listo para la cosecha. Casi como los de Cambridgeshire. Casi como los de su tierra.

Ahora ya no tendría tiempo de hacer las cosas mejor, de esforzarse más. Pronto conocería la verdad, fuera cual fuese. Se le partió el corazón al pensar en lo que dejaría atrás.

El avión se enderezó, a una altura inferior a la de los árboles. Delante no había más que campos. Algo chocó con las ruedas y la sacudida fue tan violenta que por un momento Joseph sólo pudo pensar en la contundencia del golpe. Se notaba todo el cuerpo magullado. Seguían avanzando, aplastando el maíz, abriendo un camino hacia la pequeña arboleda del

final.

Luego se impuso la quietud y un silencio que resultaba inquietante después del ruido.

Joseph oyó la voz de Vine gritar:

—¡Salga de allí! ¡Corra! ¡Aléjese, Reavley! —Se apreciaba miedo en ella, el agudo y afilado tono del miedo.

Joseph salió de su estupor. Con torpeza, haciendo caso omiso del dolor, se apresuró a soltarse y salir de la carlinga. Se encaramó al borde y cayó sobre el maíz. Del motor aún salía humo negro.

¡Por supuesto, estaba en llamas!

Se puso de pie, tambaleándose. Tenía que alejarse cuanto pudiera. Tras dar un par de pasos se volvió. Vine seguía en su asiento.

—¡Vamos! —chilló Joseph—. ¡Salta ya!

—¡No puedo! —respondió Vine a voz en cuello—. Tengo una pierna rota, viejo. Váyase mientras esté a tiempo. Esto puede explotar en cualquier momento. Buena suerte.

Era imposible. Costara lo que costase, sin detenerse a pensarlo dos veces, Joseph tenía que intentar sacarlo. No podía echar a correr para ponerse a salvo dejando que el piloto muriera abrasado. Si Vine estaba allí era sólo por él. Joseph retrocedió trastabillando, trepó al ala y alcanzó la carlinga.

—¡Lárguese! —dijo Vine con dureza—. ¿No lo entiende? ¡Esto se inflamará en cualquier momento! Además, no puedo andar, tengo la pierna destrozada. ¡Váyase!

—Estoy acostumbrado a transportar heridos —le dijo Joseph—. Quítate ese arnés y agárrate fuerte a mí.

Vine vaciló.

—¡Vamos, maldita sea! —gritó Joseph de repente—. No te hagas el puñetero héroe. ¡Conseguirás que muramos los dos! ¡Agárrate a mí!

Vine se desabrochó el arnés y se aferró a Joseph. Tenía el rostro blanco bajo las manchas del humo y la piel perlada de sudor.

Joseph bajó la vista para observar la pierna empapada en sangre. Esperaba causarle el menor dolor posible. Era espantosamente consciente de que en cualquier momento el motor podía incendiarse y hacer explotar los depósitos de combustible, matándolos a los dos. Sujetó a Vine e intentó tirar de él. Le costó mucho más trabajo de lo que había supuesto. Sabía que le estaba haciendo daño a Vine, pero la única alternativa era huir y dejarlo morir. Notaba que sus propios músculos se le desgarraban debido a la tensión, y que el sudor del miedo le empapaba el cuerpo.

Vine se levantó ligeramente. Pasaban los segundos. El motor despedía nubes de un humo caliente y de olor acre.

Joseph volvió a tirar con todas sus fuerzas. ¡Dios quisiera que lo lograra! ¡Tenía que conseguirlo!

Con un alarido de dolor, Vine salió de la carlinga. Joseph cayó de espaldas sobre el ala y se deslizó por ella hasta desplomarse sobre el maíz con Vine encima de él.

Entonces notó que unas manos tiraban de él y oyó voces. Por un instante no entendió nada. Entonces, con un alivio infinito, comprendió que había acudido gente de la granja y que lo estaban poniendo de pie sin demasiados miramientos debido a la premura. Se los llevaron a él y a Vine medio arrastrándolos, medio en volandas, por entre las espigas maduras de maíz, cuyos tallos los azotaban y pinchaban.

Se hallaban a unos setenta metros del avión cuando éste explotó. La onda expansiva los derribó a todos chamuscándolos con su calor.

Joseph se incorporó lentamente, al principio sin ver gran cosa entre las plantas de maíz. Luego vio las llamas y la columna de humo negro.

—Gracias —dijo Vine con voz ronca a su lado—. Gracias, camarada. No me habría gustado nada estar ahí dentro. Menudo follón, ¿eh?

Tenía el rostro tan ceniciento que parecía gris, y obviamente sufría un dolor tan intenso que apenas se mantenía consciente.

A un par de metros de ellos un hombre de avanzada edad se puso de pie mascullando palabrotas en francés. Tenía el pelo cano, iba encorvado y la barba sin afeitar le oscurecía el mentón. Meneó la cabeza lamentándose al contemplar el campo pisoteado y quemado, luego se volvió hacia Vine y chapurreó una disculpa en inglés.

El piloto estaba tendido boca arriba. Se le veía encogido, menguado. Tenía los ojos cerrados y daba la impresión de que el dolor de la pierna finalmente lo había vencido.

Una mujer guapa y ancha de espaldas, quizá la hija del anciano, se acercó caminando a trompicones, levantándose la falda con impaciencia, hacía chasquear la lengua con cara de preocupación.

Joseph se dirigió a ella en francés.

—Hay que cortar la hemorragia y ver si podemos entablillar el hueso roto —dijo en tono apremiante—. Me figuro que habrá un hospital militar no muy lejos de aquí, pero morirá si no lo atendemos de inmediato.

—Sí, sí —dijo la campesina—. Tiene mala pinta. Pobre hombre. ¿Y usted, se encuentra bien?

—Sí. Sólo tengo algunas magulladuras —contestó Joseph—. Ha hecho un buen aterrizaje. Lo siento por su maizal.

La mujer le quitó hierro al asunto con un gesto de la mano. Luego levantó la vista al cielo, donde aún se alcanzaba a ver el hervidero de aviones que se perseguían unos a otros.

—¡El circo del Barón Rojo! —exclamó indignada—. Supongo que han tenido ustedes

suerte de salir con vida.

Joseph se acordó del triplano rojo. ¡Lo había alcanzado con su ametralladora! Incluso le había arrancado un trozo de cola. Al mismísimo Manfred von Richthofen. Aunque ya habría ocasión de pensar en eso más tarde. Ahora tenían que curar a Vine.

Fue una ardua tarea pero al menos Joseph estaba acostumbrado a realizarla. Con la ayuda del granjero francés y la joven que resultó ser su hija, le entablillaron la pierna a Vine y lograron contener lo peor de la hemorragia, al menos por el momento. Luego lo subieron al único carro en condiciones que les quedaba y lo engancharon al viejo caballo.

Tardaron dos horas, avanzando por caminos llenos de rodadas, en llevarlo hasta el hospital militar de campaña francés de la retaguardia, pero Vine seguía vivo y de nuevo consciente cuando por fin llegaron. El cirujano le examinó la pierna y dijo que creía poder salvarla.

—Gracias —murmuró Vine cuando se quedó a solas con Joseph, una vez que el granjero y su hija se hubieron marchado. Estaba tendido en un catre de hospital, tapado con una sábana hasta el cuello—. Buena suerte en la búsqueda de sus compañeros. Dígales de mi parte que más vale que vuelvan a casa y apechuguen con las consecuencias. Están en deuda con usted.

—Contigo es con quien están en deuda —lo corrigió Joseph—. Me aseguraré de que lo sepan. Buena suerte.

Vine hizo una mueca de dolor pero enseguida se relajó y sonrió.

—Esperaba que me dijera «Dios sea contigo, hijo mío», o algo por el estilo.

—Dios sea contigo —respondió Joseph irónicamente—. Confío en Dios. ¡De lo que no estoy tan seguro es de la suerte!

Fue a ver al oficial al mando de aquella sección, cuyo cuartel general quedaba a poco más de un kilómetro del hospital.

—Me encargaré de que alguien le lleve de vuelta con su regimiento, capitán —dijo en un inglés excelente. Era un hombre delgado de tez morena y expresión inteligente. Tenía un aire de aburrida resignación que no impidió que se mostrara cortés en todo momento.

—Gracias, señor —contestó Joseph, también en inglés—, pero iba de camino a Suiza, o al menos en esa dirección.

Explicó su misión y mostró al oficial francés la carta del coronel Hook a modo de prueba. Sin ella era harto probable que prácticamente todo el mundo lo tomara por un desertor. Dijo que se había ordenado la búsqueda y captura de aquellos hombres por la muerte del comandante Northrup, un oficial en extremo incompetente, pero que el creía que en realidad sólo uno de ellos era culpable. Orilló la cuestión del motín, consciente de que podía ser un tema delicado para un oficial francés, sobre todo si lo planteaba un inglés. Además, no sabía con quién estaban las simpatías de aquel hombre en concreto. Cayó en la cuenta de que sus explicaciones sonaban poco naturales. Entonces reparó en la sonrisa del

francés y comprendió que éste lo había entendido bastante mejor de lo que se había figurado. Pero disculparse sólo empeoraría las cosas. En cambio, Joseph se limitó a devolverle la sonrisa.

—¿Así que irá hacia el este en busca de los once hombres? —preguntó el francés.

—Sí, señor.

—Pues antes permítame ofrecerle una buena cena y una noche de descanso —propuso—. Luego, si desea seguir adelante, ¿puedo recomendarle un cambio de atuendo? Me ha parecido que habla francés aceptablemente. —Torció un poco el gesto—. No lo bastante como para pasar por francés, a no ser que asegure ser oriundo de otra región; ¿Marsella, quizá? —Su tono dio a entender que para él Marsella era primitiva, a duras penas francesa—. ¿Habla algún otro idioma? ¿Alemán, tal vez?

—Sí. Y bastante mejor —admitió Joseph—. Pero no creo que hacerme pasar por alemán sea una solución muy inteligente.

El francés se encogió de hombros en un gesto típicamente galo.

—Claro que no. Estaba pensando en un suizo de habla alemana —repuso—. Eso explicaría su acento. Sacerdote protestante, suizo, y por tanto neutral.

La idea resultaba muy atractiva, salvo porque si capturaban a Joseph sin uniforme podrían considerarlo un espía en lugar de prisionero de guerra. Le expresó sus dudas al francés.

—En efecto —concedió éste—. Estaba pensando en sus posibilidades de pasar desapercibido al viajar para buscar a sus once hombres. Podemos proporcionarle ropa adecuada. Si permanece a la altura de las trincheras de avituallamiento, o incluso más lejos de la línea de combate, será muy improbable que caiga preso de los alemanes. Haga lo que considere oportuno.

Cuando a la mañana siguiente Joseph partió en un coche del Estado Mayor había cenado bien, para lo que era habitual en las trincheras, y descansado lo suficiente.

No llovía y era un día plácido y luminoso de finales de verano. Joseph estaba tan acostumbrado a los olores causados por el hacinamiento, las letrinas al aire libre y el exceso de muertos por enterrar, que ya apenas los notaba. En cambio, con el sol en la cara, se permitió divagar sobre aquella tierra donde, al menos hacia el sur, aún resonaban los ecos de un esplendor anterior a la guerra. Las granjas estaban en ruinas, los pueblos bombardeados y quemados como todo lo demás, pero a lo lejos se divisaban árboles y colinas que extendían su verdor hasta el horizonte. Incluso llegó a ver ganado pastando en los prados cuando comenzó a alejarse de las trincheras y del incesante estruendo de los cañones.

Como en las líneas de Ypres Salient, allí había hombres que regresaban al combate tras un breve permiso, con frecuencia debido a una lesión. En las transitadas carreteras, columnas de heridos marchaban penosamente hacia los hospitales de campaña, y circulaban camiones cargados de víveres y munición, así como ambulancias.

El coche lo dejó a cincuenta kilómetros. Después tuvo que caminar.

Sólo se detenía para pedir indicaciones o preguntar por cualquiera que hubiese visto a un grupo de hombres que avanzaba a lo largo de las líneas en lugar de dirigirse hacia el frente o la retaguardia. Lo horrorizó la facilidad con que se inventaba mentiras para explicar su misión. La única parte que no variaba era la descripción física de los hombres de rasgos más peculiares, sobre todo de Morel, el único de quien sabía a ciencia cierta que hablaba francés con soltura y que por ende sería el jefe natural.

Durmió donde pudo. Los soldados, como siempre, se mostraron dispuestos a compartir sus escasas raciones. Cualquier agradecimiento era insuficiente, pero la gratitud era cuanto Joseph tenía.

La primera vez que se encontró con alguien que al parecer los había visto el día anterior se quedó un tanto dudoso. La descripción que le dieron podía corresponder a casi cualquier soldado con escaso dominio del francés y más bien reacio a hablar de sí mismo. El hombre estaba buscando comida. Dijo que tenía a un amigo herido y que necesitaba víveres para más de un hombre. El único aspecto esperanzador de la historia era que había muy pocos soldados británicos tan apartados hacia el sureste.

Aquella noche la perspectiva cobró tintes mucho más prometedores. En cuclillas en una de las trincheras de apoyo, Joseph estaba en compañía de un grupo de soldados franceses que le describieron a alguien perdido y muy asustado. Al parecer ese hombre había admitido haber pensado en amotinarse, granjeándose así sus simpatías sin reservas. Había añadido que estaban bajo el mando de un oficial idiota y que se habían rebelado contra sus órdenes. Como resultado, ahora era un fugitivo, aislado de sus amigos y sin ningún contacto con su hogar. Lo peor de todo era que aunque ganaran la guerra, seguramente no podría regresar jamás. Había aguantado tres años en el frente viviendo un auténtico infierno, y un estúpido oficial inútil lo había echado todo por la borda.

Puesto que Joseph fingía ser suizo, los soldados franceses no pensaron que tuviera un verdadero interés en el asunto, de modo que le hablaron sin reservas del hombre en cuestión, y él no los sacó de su error. Reanudó la marcha con renovada confianza y a paso más ligero que antes, impulsado por la creencia de que los prófugos no estaban demasiado lejos de él.

Directamente hacia el este se encontraba la frontera alemana. Había dejado atrás el campo de batalla de Verdún, donde más de medio millón de franceses habían caído muertos o heridos el año anterior. Joseph no sabía cuántos austriacos y alemanes habían perecido allí, pero le constaba que como mínimo otros tantos. Del frente ruso sólo tenía información de segunda mano, así como del frente italiano y de las zonas de guerra en África, Egipto, Palestina y Mesopotamia. Prefirió no pensar en ello. Lo único que podía hacer era aquella minúscula contribución: dar a Morel y a los demás fugitivos la oportunidad de regresar. Quizás incluso eso estuviera fuera de su alcance, pero intentarlo había devenido casi tan importante para su propia cordura como para la supervivencia de los reos. Significaría que en medio de aquella destrucción interminable aún había algo bajo

su control.

Finalmente los encontró en las ruinas de un pueblo bombardeado del que quedaba tan poco en pie que hasta su nombre había sido borrado.

Se había guiado por un rumor: una anécdota sobre alguien cuyo francés era endiabladamente malo. Un joven soldado, agotado y con barba de varios días, había preguntado por una granja donde él y sus amigos pudieran pasar la noche. Sólo que lo había pronunciado mal, diciendo une femme, una mujer, en vez de une ferme, cosa que había dado pie a un montón de bromas subidas de tono y comentarios sobre los diez.

Le habían referido la anécdota con lástima por la desesperación de esos hombres, pero, por otro lado, todos se hallaban en situación semejante. No era que no estuvieran dispuestos a compartir lo que tenían sino que tampoco ellos tenían nada. Aquellos muchachos demacrados por el agotamiento mantenían la mirada perdida en un infierno que no olvidarían jamás, que permanecía detrás de sus párpados durante el sueño y la vigilia, había penetrado en su cerebro y palpitaba en su sangre. El ruido de los cañones nunca cesaba; incluso en los raros momentos de silencio seguía retumbándoles en la cabeza.

Los fugitivos avistaron a Joseph en el mismo instante en que él los vio a ellos. Reconoció a Morel en el acto, aunque sólo divisaba su silueta recortada contra un muro bañado de sol que todavía se tenía en pie. Estaba flaco y llevaba el uniforme mugriento, tal vez a propósito, para disimular sus insignias. Pero su porte era característico. Ni siquiera ahora lo habían abandonado la gallardía, la elegancia natural que siempre había tenido. Trotter y Snowy Nunn estaban sentados sobre unos montones de escombros. Snowy bebía de una perola. Los demás no estaban a la vista. Quizá todavía durmieran en algún escondite.

Morel vio a Joseph y se quedó paralizado, con la mano sobre el revólver.

Joseph se detuvo. Iba desarmado, pero aunque hubiese llevado un arma no la habría utilizado. Dio un paso al frente para ver qué ocurría.

Morel levantó el revólver.

—Eso lo cambiaría todo —dijo Joseph en voz baja. Morel se puso tenso al reconocerlo, a pesar de que iba vestido de civil y estaba a contraluz.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Quién se enteraría? Joseph se quedó quieto.

—Tú —contestó—. Quizá logres olvidar que me has matado, aunque lo dudo. Así, en caliente, puede que no pase nada, pero tarde o temprano llegará la paz, de una clase u otra...

—He perdido la cuenta de los hombres que he matado —le dijo Morel con hastío—. Casi todos ellos eran alemanes perfectamente decentes que sólo hacían lo mismo que yo, luchar por su país. ¿Qué alternativa tenían, alguna más que yo?

—Ninguna —respondió Joseph con franqueza—. Me imagino que les duele tanto

como a la mayoría de nosotros. Pero tú me conoces. Formo parte de tu pasado, tanto en tiempos de paz como de tu guerra. Pero aunque tú puedas vivir con esa carga, ¿podrá Snowy? ¿Crees que alguna vez podrá regresar a Saint Giles, a su tierra, con su familia, si me matas?

Morel soltó una carcajada amarga.

—¿Qué demonios tiene usted de especial? ¡Es ridículo! —Su rostro reflejaba un pesar hondo e hiriente—. Ha muerto un millón de ingleses, y Dios sabe cuántos franceses y alemanes. ¿Qué diferencia supondría que muriera usted también?

—No se trata de que sea yo —puntualizó Joseph—. Como bien dices, eso no importa. Es la manera en que muera lo que será diferente. Matar a un soldado armado es una cosa, por más que sea una imagen reflejada de ti mismo. Matar a tu párroco es distinto. Pregúntaselo a Snowy.

Snowy se puso de pie lentamente. El sol relucía en su cabello de color claro. Parecía mayor, llevaba la tragedia grabada en el semblante.

—Quieto ahí —le ordenó Morel.

—¿O qué? —preguntó Snowy levantando los hombros y dejándolos caer—. ¿También me matarás a mí?

—¡Te he dado una puñetera orden! —espetó Morel.

—¿Qué pasa, capitán? —dijo Snowy con bastante desenvoltura aunque la voz le temblaba un poco—. ¿No apruebas que los hombres piensen por sí mismos cuando se trata de una cuestión moral? ¿Qué es entonces? ¿Amotinamiento?

Dio un paso hacia él, luego otro.

Morel levantó un poco más el revólver.

—¡No seas estúpido! —le advirtió—. Sea cual sea la razón por la que ha venido, no ha desertado. Intentará convencernos de regresar, y sabes tan bien como yo que si lo hacemos nos formarán un consejo de guerra y nos fusilarán. Por nada del mundo van a permitir que la muerte de Northrup quede impune.

—¿Lo mataste tú? —preguntó Joseph con voz dubitativa.

—¡No fui yo! —replicó Morel con repentino enojo—. Pero es pura retórica. Yo organicé la parodia de juicio y la dirigí. Es mi responsabilidad. Así funciona el ejército. Así funciona la vida. Si quieres ser líder tienes que asumir la gloria y la culpa.

—Cierto —concedió Joseph—. De no obrar así, carecerías de honor. ¿Mató Snowy a Northrup? ¿Lo hizo Trotter?

Éste seguía sentado en los escombros, mirando alternativamente a uno y a otro. Llevaba en el brazo un vendaje empapado en sangre.

—No —contestó Morel.

—¿Estás seguro?

—¡Sí, claro que estoy seguro, joder!

—¿Cómo puedes estarlo tanto? —insistió Joseph.

—¡No sea idiota! —La paciencia de Morel se estaba agotando—. Ya conoce a Snowy. Dispara al aire cuando tiene delante a los malditos alemanes. Si ha matado a alguien habrá sido por casualidad.

—¿Y Trotter? —La voz le tembló ligeramente a Joseph por su miedo a fracasar ahora que el éxito estaba al alcance de su mano.

Hacía calor allí, bajo el sol, y reinaba el silencio. Se hallaban a varios kilómetros de los cañones que apenas se oían en la distancia.

—¿También estás convencido de su inocencia?

—¡Sí, lo estoy! Fue Geddes quien mató a Northrup.

—¿Por qué? —Tenía que decir algo y además quería estar seguro.

—Ni lo sé ni me importa —dijo Morel sin soltar el arma—. Y al consejo de guerra también le traerá sin cuidado. No mancille su alzacuello con mentiras, capitán. Prefiero buscarme la vida en Suiza que regresar y morir a manos de los míos. De todos modos, no puedo volver a casa, así que todo da igual. Y si usara usted el cerebro que se supone que tiene, lo vería tan claro como yo.

Snowy dio otro paso hacia Joseph.

—¡Quieto! —le espetó Morel apuntándole con el revólver—. ¡Piensa, Snowy! Puede que resulte muy heroico y honesto volver, pero si nos matan, ¿qué efecto crees que tendrá sobre la moral, eh? ¿Quieres un motín de verdad? ¿A lo largo de todo el frente? —Se le quebró la voz. Le resbalaban lágrimas por la cara—. Los alemanes harían picadillo a todos los que queden de Cambridgeshire. ¿Es eso lo que quieres?

Snowy se quedó inmóvil.

—Matarán a Cavan de todos modos —señaló Joseph.

Se impuso un silencio tan absoluto que se oía el canto de los pájaros en el cielo veraniego.

Snowy Nunn caminó lentamente hasta donde estaba Joseph. No se volvió ni una vez para mirar a Morel.

—Quiero irme a casa —dijo sin más.

Joseph aguardó.

Morel bajó el revólver.

—Nos matarán a todos —aseveró otra vez, aunque con tal agotamiento que Joseph se compadeció de él.

—El general Northrup quiere rebajar los cargos —le informó Joseph con la voz tomada, embargado de emoción. Explicó lo que el general le había dicho.

Morel se encogió de hombros.

—Dudo que sirva de nada. Menudo fiasco. Debemos de ser los hombres más estúpidos de la tierra. No le va a resultar fácil hacer volver a Geddes, suponiendo que lo encuentre.

¿Dónde está el resto de vosotros? —preguntó Joseph. —Les repetiré lo que nos ha dicho usted —aseguró Morel con una sonrisa triste—. Dejaré que cada cual decida por sí mismo. Usted vaya a por Geddes, es a él a quien busca.

—¿Continuó el camino hacia Suiza?

—Eso dijo. —Morel vaciló—. Mire, Reavley, usted es una buena persona y sé lo que intenta, pero no tiene la más remota posibilidad de llevarse a Geddes de vuelta. ¡Ni siquiera va usted armado, por Dios! Si se ve obligado, él no dudará en disparar contra usted para que deje de seguirlo. Iré con usted. Así al menos tendrá una oportunidad.

—No... —comenzó Joseph.

—Snowy y Trotter explicarán sus argumentos a los demás —lo interrumpió Morel bruscamente, sin rastro del respeto que en otro tiempo guardaba a su persona y jerarquía—. Los harán regresar. Daréis vuestra palabra, ¿verdad? —Se volvió hacia Snowy y luego hacia Trotter.

—Sí, mi capitán —dijo Snowy de inmediato. Trotter también se mostró de acuerdo. Al final se puso de pie, aunque con dificultad. Sólo entonces se percató Joseph de que también tenía una pierna herida.

—Le daría mi arma —prosiguió Morel mirando a Joseph—, pero me figuro que no sabría por qué lado dispara.

—Pues la verdad es que le hice una muesca al triplano del Barón Rojo —comentó Joseph con cierta dignidad. Morel lo miró de hito en hito.

—Desde otro avión, con una ametralladora Lewis —agregó Joseph—. ¿Cómo supones que he llegado aquí tan deprisa si no?

Morel se echó a reír. Se carcajeaba de manera desaforada, histérica, casi sin control.

Joseph tomó una decisión de inmediato que seguramente no era la más sensata. Alargó el brazo, señalando.

—De acuerdo. Snowy, tú y Trotter id a buscar a los demás o a tantos de ellos como podáis. Llevadlos de vuelta con el regimiento. ¡Aseguraos de entregaros antes de que os apresen! —Miró a Snowy atentamente con una expresión muy seria—. ¿Lo entiendes? ¡Todo podría depender de eso!

—Sí, señor. Claro que lo entiendo —dijo Snowy con gravedad—. No tendría que costarnos demasiado. Nadie estará buscando a un grupo que vaya hacia allí. Buena suerte,

capellán. Pero ándese con cuidado con Geddes, señor. Es duro de pelar y ahora no tiene nada que perder.

—Lo haré —prometió Joseph—. Buena suerte para vosotros también.

Los observó mientras se alejaban entre los montones de escombros. Trotter cojeaba de mala manera, pero rechazó el brazo que le ofreciera Snowy.

Joseph y Morel enfilaron hacia el sur y se dieron tanta prisa como pudieron. Joseph consiguió persuadir a Morel para que se intercambiara la ropa con un hombre de mediana edad licenciado del ejército por invalidez y que ahora remendaba zapatos en un pequeño taller. Así pudieron seguir sin que se notase demasiado que Morel era un oficial británico huido. Además, Joseph lo convenció de que hablara alemán y dijera que él también era suizo y que regresaba a su país. Nadie demostró suficiente interés en ellos para ponerlos en un aprieto. Todo el mundo tenía sus propios problemas.

Joseph y Morel estaban cansados, hambrientos y a menos de cincuenta kilómetros de la frontera suiza cuando perdieron la pista que habían estado siguiendo. El pueblo al que llegaron no había sufrido tanto como otros, y sus habitantes los trataron con cortesía aunque no con la sincera amabilidad con que Joseph se había encontrado antes, cuando aún iba de uniforme. La gente estaba hastiada de la guerra, despojada por las circunstancias de casi todo lo que tenía. Todavía se cernía sobre ellos la amenaza de una invasión y la posterior ocupación que les arrebataría lo único que aún poseían: la libertad física de ser ellos mismos, franceses amos de su tierra por más asolada que estuviera. Joseph comprendía que no se abriesen sin reservas a unos hombres que regresaban a un país que había optado por no luchar en ninguno de los dos bandos.

—Ni rastro de él —dijo Morel con desánimo.

A Joseph le dolían los pies y la espalda. El sol de finales de agosto apretaba, y él tenía tanta sed que habría agradecido un poco de agua de lluvia en una acequia limpia.

—No —convino con franqueza—. Me parece que lo hemos perdido.

Morel se sentó en la hierba y aguardó en silencio a que Joseph tomara una decisión. El sol en el rostro de Morel revelaba no ya los estragos de la tensión emocional sino el agotamiento físico que había consumido sus fuerzas. Estaba tan flaco que se le marcaban los huesos en la piel.

Joseph se dejó caer en la tierra polvorienta del camino. Estaba demasiado cansado para sostenerse en pie. Se sentía vacío. No se había permitido trazar un plan para la eventualidad de perder a Geddes. Habría debido hacerlo. Ahora no tenía una estrategia alternativa de la que echar mano. Si hubiese estado solo habría rezado, pero sería inoportuno hacerlo delante de Morel. Pondría en evidencia su desesperación y le constaba que Morel ya no tenía fe en Dios.

¿Acaso la tenía Joseph? ¿Qué significaba la fe? ¿Que al final todo saldría bien? ¿Qué era el final? ¿Existía algún designio superior que un buen día le daría sentido a todo?

¿O quizá sólo había personas como Joseph, que creían porque no podían enfrentarse a

la verdad desnuda y creaban un Dios a imagen y semejanza de como ellos querían que fuese? ¿Era aquello el caos que acabaría en el olvido? ¿O el fuego purificador que acabaría en un cielo inconcebible?

—No creo que se haya ido a Suiza después de todo —dijo Morel interrumpiendo sus pensamientos—. Una cosa sería que sólo fuese un desertor, pero lo buscan por asesinar a un oficial, y eso es bastante distinto. Cualquiera inglés que viva allí, y quizá muchos suizos, lo delatarían sin pensárselo dos veces.

—Bueno, los franceses desde luego lo harían, que no te quepa duda —corroboró Joseph.

—Sí, pero los alemanes no —señaló Morel.

A Joseph se le cortó la respiración.

—¿Ha atravesado las líneas? —dijo por lo bajo, comprendiéndolo al fin.

—¿Por qué no? —Los ojos negros de Morel le miraron resueltos—. La huida definitiva.

Joseph se puso de pie lentamente y se llevó las manos a los bolsillos. Escrutó las líneas a lo lejos y las trincheras alemanas que estaban al otro lado.

—Tal vez —murmuró—. Tú hablas alemán. Yo también. Morel se levantó a su vez con los ojos como platos.

—¿En serio?

Joseph entendió a qué se refería la pregunta.

—Quiero que vuelva para excusar al resto de vosotros. Sobre todo a Cavan. ¿Te apuntas a intentarlo?

—Por supuesto —respondió Morel. Soltó una súbita carcajada—. ¿Cómo pretende apañárselas si va solo?

* * *

11

Al caer la noche, Joseph se inquietó. Si cruzaban las líneas era probable que los mataran. Quizá Geddes ya estaba muerto y nunca llegarían a saber por qué había cargado su arma con munición de verdad y traicionado deliberadamente a sus compañeros ejecutando a Northrup en vez de limitarse a meterle miedo.

El único plan que fueron capaces de trazar consistía en permanecer tendidos hasta el primer ataque, y luego unirse a los soldados franceses que saltarían el parapeto, manteniéndose lo más alejados posible de las luces; separarse del grupo como arrastrados por el combate y aprovechar la confusión general para avanzar y adentrarse en territorio enemigo. Al menos sería improbable que viniendo de atrás levantaran sospechas entre los combatientes franceses.

Cuanto más pensaba Joseph en ello, más suicida le parecía el plan. Pero ¿sería una cobardía mayor echarse atrás para regresar con Morel y confiar en que le creyeran, o acaso le daba demasiado miedo la opinión que éste pudiera formarse de él como para atreverse a sugerirle algo así?

—Deberíamos ir ahora —dijo la voz de Morel en la oscuridad—. Puede que necesitemos toda la noche para llegar a las posiciones francesas y mezclarnos con la tropa. No sabemos cuándo comenzará la incursión. Me figuro que no lo saben ni ellos, pobres diablos.

La decisión estaba tomada. Discutirla ahora pondría de manifiesto su miedo. En el mejor de los casos, Morel seguiría adelante solo, y eso era impensable.

—De acuerdo —respondió Joseph como si Morel estuviera al mando. Tal vez debería. Joseph había estado en tierra de nadie en incontables ocasiones, pero siempre en calidad de capellán, para recoger los cadáveres que hallara y socorrer a los heridos. Después de los peores combates nocturnos había llegado a encontrarse a escasos veinte metros de las trincheras alemanas, pero nunca se había enfrentado a un soldado enemigo furioso, jamás había disparado contra un hombre.

—¿Se encuentra bien, capellán? —preguntó Morel. La mención de su profesión evidenciaba su poca confianza en el temple de Joseph.

—Sí, voy pegado a tus talones —contestó Joseph—. Si saltamos justo después del primer ataque, podemos pasar por camilleros. Llamaremos menos la atención y avanzaremos con menos tropiezos.

—No engañaremos a nadie por mucho tiempo —repuso Morel por encima del hombro—. Pero a lo mejor para cuando se den cuenta ya habremos cruzado. Confiemos en que no nos tomen por desertores.

—Los desertores suelen ir en dirección contraria —señaló Joseph—. Por eso el plan de Geddes era tan brillante.

—Desde luego es muy listo el cabrón —afirmó Morel con severidad, hablando en voz

baja en la penumbra pese a que los cañones retumbaban a lo lejos. No añadió una palabra más, y recorrieron el resto del camino en silencio, descendiendo por la leve pendiente hacia el hospital de campaña que quedaba a un kilómetro.

Una vez allí lo rodearon manteniéndose tan alejados de la luz como pudieron. Joseph, con su alzacuello, no tendría que explicar su presencia. Para Morel, la situación era más peliaguda. No llevaba fusil, sólo el revólver.

Estaban rodeados por soldados franceses, cuyas siluetas apenas se diferenciaban en la oscuridad de las de los hombres de los condados de Cambridge: cascos lisos, alguna que otra gorra de plato, fusiles al hombro. Hablaban en susurros un poco roncós por la tensión. Muchos fumaban, y el aroma de los Gauloises era distinto del de los Woodbine, pero los chistes interminables y ligeramente macabros eran muy semejantes: se burlaban de sí mismos con una risa fácil.

Sus perolas contenían café. Lo repartían con liberalidad y tanto Joseph como Morel tuvieron ocasión de tomar un poco. Era amargo como la hiel.

Dieron las gracias, rieron las bromas, se sumaron a las quejas. Allí el terreno era más seco y había absorbido mejor la lluvia que había caído, pero el hedor de las letrinas era el mismo, al igual que las ratas. El olor a muerte lo impregnaba todo.

Al cabo de poco más de una hora les llegó la orden de avanzar y, sin fusiles, Joseph y Morel se levantaron con los demás hombres y emprendieron el ataque. Como en el Ypres Salient que Joseph conocía tan bien, la tierra de nadie era yerma, aunque estaba más seca que la densa arcilla de Flandes. La cubría la misma película grasienta de residuos químicos resultante de los bombardeos y estaba sembrada de restos de cañones y vehículos medio hundidos. La misma peste que emanaba de los cadáveres despedazados inundaba la nariz y la boca. Hombres ahogados, hinchados hasta adquirir un aspecto inhumano, salían a la superficie de los cráteres llenos de agua cuando uno menos lo esperaba. Era verdad: se adivinaba la nacionalidad de un hombre muerto por el olor de su cadáver.

Avanzaban tan deprisa como les permitía el barro traicionero, echándose cuerpo a tierra de cuando en cuando para esquivar el fuego enemigo. Las bengalas iluminaban el cielo, altas y brillantes, para luego apagarse de nuevo. El estruendo de los cañones resonaba por doquier, y de vez en cuando algún obús hacía saltar tierra y fango por los aires que luego aplastaban y sepultaban lo que encontraran al caer.

Se lanzó una nueva ofensiva. En torno a Joseph había hombres corriendo, resbalando en el barro. Ocasionalmente uno daba un traspié y se caía. Unas veces volvían a levantarse, otras no. El instinto y la costumbre hacían que Joseph deseara retroceder para intentar ayudar. En una ocasión se detuvo y Morel se abalanzó sobre él y prácticamente lo arrastró hacia delante, de manera que faltó poco para que le dislocara el hombro.

Ahora se encontraban mucho más cerca de los alemanes. Cuando las bengalas se encendían, los veían con toda claridad, corriendo y disparando. Joseph cayó en la cuenta, con un horror repentino y angustioso, de que en cuestión de momentos estaría luchando por su vida. Tendría que matar o morir, y no sabía cómo hacerlo. No era soldado, sólo

jugaba a serlo: llevaba uniforme, comía rancho, compartía la aflicción y las penurias, pero nunca entraba en combate, nunca veía el propósito por el que un soldado vivía y moría.

Delante de él una figura dio un paso en falso y cayó de bruces al lodo. Automáticamente, Joseph se detuvo y se arrodilló a su lado, y Morel, que lo seguía de cerca, por poco tropezó con él.

—¿Estás herido? —gritó Joseph en francés al hombre tendido en el suelo. Cuando lo colocó boca arriba, vio que tenía el pecho destrozado.

—¡Vamos!

Morel corrió hacia él para levantarlo.

Joseph arrancó el fusil de las manos del soldado muerto.

—Merci, mon brave! —dijo sucintamente. También le quitó la cartuchera y se la puso con torpeza mientras se levantaba—. Pardon —añadió.

—¡Acabe de una vez! —le chilló Morel—. Tenemos cosas más urgentes que hacer que morir de un disparo o un bayonetazo. ¡Hay que conseguir que ese cabrón vuelva y que nos absuelvan a los demás!

Joseph reanudó el avance pisándole los talones a Morel. Se había criado en el campo; no le gustaba disparar pero sabía hacerlo. Entendía de sobra que un joven soldado prefiriera disparar al aire que contra un ser humano.

Al cabo de poco rato se encontraron prácticamente en las trincheras alemanas. El ruido era indescriptible: disparos, el silbido de los obuses y el rugido de las explosiones, metralla al vuelo y la alternancia entre resplandor y oscuridad.

De repente apareció un hombre delante de Joseph. Éste vio el destello en la hoja de la bayoneta y al intentar esquivarla resbaló en el barro y trastabilló hacia delante. Eso fue lo que lo salvó de morir despanzurrado. Inmediatamente después había alguien más delante de él. Al vislumbrar la punta que remataba el casco, levantó el fusil para disparar. El hombre se desplomó pero Joseph no supo si alcanzado por una bala suya o de algún otro combatiente. El fuego cruzado era muy intenso.

Se abrió camino como pudo, se deslizó hasta la trinchera y echó a correr por ella hacia la línea de aprovisionamiento que conducía a la retaguardia. Gritó en alemán a Morel que le siguiera.

La trinchera era más profunda de lo que esperaba y estaba más seca. Se sorprendió al sentirse asombrado y a la vez resentido. Tardó varios minutos en caer en la cuenta de que tenía que cambiar de identidad. Ahora debía ser alemán. Ir cubierto de barro constituía una ventaja. Se deshizo del fusil y miró en derredor buscando a un herido cualquiera para fingir que lo estaba socorriendo. Esto también lo avergonzó, pero tenía que centrarse en encontrar a Geddes y llevarlo de vuelta con su regimiento para juzgarlo por el bien de todos los demás.

¿Dónde diablos estaba Morel? No había tiempo para retroceder a buscarlo. ¿Y si en

aquellos últimos segundos le habían disparado? ¿Y si estaba herido, quizá desangrándose, justo al otro lado del parapeto, mientras Joseph se hacía pasar por un soldado alemán que corría por la trinchera de aprovisionamiento?

Se volvió justo a tiempo de ver a Morel saltar el parapeto y levantar el fusil para abrir fuego contra él.

Se quedó helado. Qué absurdo final. ¡Lo habían logrado y ahora Morel iba a matarlo! Joseph rompió a reír como si estuviera loco de atar.

Morel bajó el arma y se aproximó a él.

—¿Se encuentra bien? —preguntó con sequedad—. Capellán, ¿está bien?

—¡En alemán! —le espetó Joseph usando ese idioma para darle la orden—. ¿Estás malherido? —agregó.

—Qué va... —comenzó Morel. Entonces, al ver que un cabo alemán aparecía tras el recodo de la trinchera, se dobló y prácticamente se desplomó en los brazos de Joseph, que lo sostuvo con dificultad.

—No te preocupes, ya te tengo —dijo en alemán—. Te llevaré al primer puesto de socorro. ¡Vamos!

Cargó con Morel casi a hombros y, haciendo caso omiso del cabo, emprendió la marcha por la trinchera de avituallamiento.

—¿Puede usted solo? —gritó el cabo a su espalda.

—Sí, gracias —contestó Joseph—. Lo llevo al médico y vuelvo enseguida.

Morel le musitó algo al oído pero el capellán no lo oyó con suficiente claridad para entenderlo.

Joseph mantenía la cabeza gacha, llevando el peso de Morel más arriba, tanto porque así le resultaba más fácil caminar como porque le permitía esconder buena parte del rostro sin levantar sospechas. Se daba prisa, como si Morel se estuviese desangrando y tuviera que ponerlo a salvo del fuego enemigo para atenderlo.

Se cruzó con otras personas: camilleros, auxiliares sanitarios, incluso otro sacerdote. El fragor del combate impedía conversar, y cada cual tenía sus propias obligaciones. Aun así, Joseph recibió más ofrecimientos de ayuda que tuvo que rechazar.

De manera extraña e inquietante, el lugar era una imagen reflejada de las trincheras británicas con las que él estaba tan familiarizado: cada curva y recodo, cada bulto con el que tropezar y cada agujero en el que uno podía torcerse el tobillo. Conocía cada cornisa y concavidad lo bastante grande para que un hombre se acurrucase en ella a descabezar un sueño.

Aquellas trincheras eran más profundas y más secas. Pasó ante un refugio subterráneo provisto de luz eléctrica. Le costó acostumbrarse a la oscuridad otra vez. Morel comenzaba a pesar mucho.

De pronto, delante de él, había dos figuras negras en la penumbra que susurraban en alemán. Las brasas de sus cigarrillos se encendían vivamente por un instante y se volvían a apagar.

Joseph, presa de un pánico repentino, se paró dando un patinazo. Morel cayó por encima de sus hombros y aterrizó en el fango, maldiciendo de mala manera aunque sin olvidar hacerlo en alemán.

—¡Cielo santo! —contestó Joseph—. ¿Te has hecho daño?

—Menudo golpetazo. —Morel se levantó despacio torciendo el gesto de dolor—. Podría haberme avisado.

—Geddes —musitó Joseph tirando de Morel para apartarlo de los hombres—. ¿Hacia dónde?

Morel miró atentamente en derredor.

—Por ahí —señaló—. Habrá intentado resguardarse en la oscuridad, alejarse de las líneas lo más deprisa posible.

—¿Sabe alemán? Seguro que sí, pues de lo contrario no se habría atrevido a cruzar.

—Algo ha aprendido, pero no querrá ponerlo a prueba tan cerca de la línea de combate.

Morel echó a andar por la trinchera de nuevo y Joseph fue tras él a buen paso.

Se mantenían ocultos en la medida de lo posible pero siempre en su papel de sacerdotes, atendiendo a los heridos. A regañadientes, Morel también se había deshecho de su revólver. Resultaba demasiado peligroso conservarlo si pretendía seguir disfrazado.

Al amanecer se encontraban a cuatro o cinco kilómetros de las líneas. Alboreaba pronto en un cielo despejado salvo por unos pocos jirones de nubes grises iluminadas desde abajo por un pálido arrebol. La luz reveló una tierra devastada por la guerra; árboles astillados de troncos desnudos, sin hojas, algunos de ellos chamuscados por el fuego; granjas sin tejado y con los muros derruidos; campos pisoteados, cosechas arruinadas.

Joseph lanzó una mirada a Morel pero no dijo nada. Había llegado la hora de reflexionar con claridad. Ahora que habían cruzado las líneas alemanas necesitaban un plan, y antes debían deducir lo que Geddes habría hecho.

—Cambiar de ropa —dijo Joseph despacio, pensando en voz alta—. Comer y, lo que es más importante, beber. Bastaría con agua, aunque eso sí, limpia. —Se imaginó a Geddes atolondrado al verse libre pero tan cansado que apenas se tenía de pie, y con la conciencia de ser un fugitivo que ni siquiera hablaba el idioma y a duras penas lo entendía—. Quizás habrá que luchar más adelante —prosiguió—. Antes hará falta un lugar seguro para descansar y ver si se pasa el agotamiento. Hacer planes.

Morel lo miraba fijamente con el ceño fruncido.

—Tenemos que buscar a Geddes —dijo incómodo, torciendo el semblante con una

compasión repentina y desconcertante.

Joseph la percibió y se llevó una sorpresa. Morel lo había malinterpretado, pensando que hablaba de sí mismo. La compasión era por él, y quizá por lo que había sido en otra época, en Cambridge. Comprendió que algo se rompería entre ellos si ahora decía algo inoportuno. Había que reconocer el sentimiento y luego apartarlo como si nunca se hubiese manifestado. Miró hacia los campos y la carretera evitando los ojos de Morel.

—Tú lo conoces mejor que yo —prosiguió, adoptando un aire meditabundo—. ¿Cuál piensas que habrá sido su prioridad más acuciante?

Morel sólo titubeó por un momento y al contestar procuró que su voz sonase casi inexpresiva, como si hubiese entendido desde el principio lo que Joseph le decía.

—Alejarse al máximo del frente —dijo en un tono un tanto agudo, fruto del alivio—. No es ningún cobarde, pero habrá intentado no meterse en líos. Es fuerte. Si tiene algo que beber, se las arreglará sin comida por algún tiempo. Se crió en el campo. No conozco a un hombre que sepa mejor que él cómo sobrevivir con lo que ofrece la tierra.

Joseph apartó la vista de los campos y la posó en él por un instante.

—Ya lo sé dijo Morel bajando la voz casi como si estuviera en presencia de un difunto—. La cosa pinta muy mal, es verdad. Supongo que si había algo comestible, los lugareños habrán dado buena cuenta de ello_ Nabos, bayas silvestres, hasta raíces y ortigas. ¡Dios! Menuda... —Se le quebró la voz—. No lo sé. No encuentro una palabra que lo describa. «Tragedia» no me parece suficiente. —Se metió las manos en los bolsillos—. Cuando un hombre con potencial para hacer algo grande acaba de rodillas por una única debilidad, lo llamamos tragedia. No existe una palabra para un continente entero que se suicida.

—Es una mutilación, todavía no ha muerto —repuso Joseph en voz baja, deseoso de creerlo.

—¿En serio? —El rostro de Morel denotaba poca esperanza.

Joseph emprendió la marcha.

—Vayamos a ver si alguien ha visto a Geddes. ¿Qué fingirá ser? No puede declararse un desertor de ninguna clase. Si fuese uno de los suyos, los alemanes lo fusilarían. Les daría menos lástima un desertor que cualquier otra persona. Sienten tan poca admiración como nosotros por los cobardes y los traidores. O incluso menos.

Morel lo alcanzó.

—Pues se hará pasar por cualquier cosa menos por soldado —contestó—. Aunque salta a la vista que está en edad militar, de modo que más vale que tenga una excusa condenadamente buena. He visto soldados alemanes muertos de todo tipo: chavales de catorce o quince años, iguales que los nuestros; y hombres que normalmente se considerarían demasiado viejos: canosos, arrugados, cansados, que siguen acudiendo a luchar por su país.

—Es lo mismo en todas partes —corroboró Joseph—. ¿Te has fijado en los franceses? Viejos, niños, inválidos... —Se calló de repente al apagársele la voz.

Recorrieron en silencio otro par de kilómetros. Sólo se cruzaron con una persona: un anciano que conducía a un caballo percherón seguido por un perro.

—Ya que estamos —Joseph reanudó la conversación como si no la hubiese interrumpido—, ¿qué vamos a decir de nosotros? Yo soy sacerdote, debería ser capaz de convencer a cualquiera de ello. Y tengo casi cuarenta años. No dudarán que tenga esa edad.

Morel le dedicó una mirada irónica. Rondaba los veinticinco, pero estaba demacrado y profundas arrugas le surcaban la cara.

—O más —dijo lacónicamente—. Pero es la misma que tienen muchos combatientes. Más vale que se nos ocurra una idea, y antes de que lleguemos a esa granja. —Señaló un grupo de edificios situados a menos de un kilómetro. Un lado estaba renegrido a causa de un incendio.

—Cuanto más simple, mejor —dijo Joseph, que ya le había dado unas cuantas vueltas al asunto—. Tú también eres sacerdote.

Morel preguntó lo más obvio:

—¿Y mi alzacuello? Los curas alemanes también lo llevan.

—Suizos —lo corrigió Joseph—. Tu acento no es lo bastante bueno para pasar por alemán de nacimiento. Estabas asistiendo a alguien y te manchaste de sangre. Pudiste lavarte la cara y las manos, pero el alzacuello y la guerrera quedaron hechos una porquería. No te olvides de la guerrera, nadie se mancha sólo el alzacuello. Sabrán que mientes. Conseguir otra guerrera de un hombre muerto no representa un problema, pero los alzacuellos no son fáciles de encontrar. Gracias a tus estudios sabes lo bastante de lenguas bíblicas para dar el pego, siempre y cuando no intentes officiar una ceremonia.

Morel sonrió.

—Miente mejor de lo que me esperaba.

—¡Gracias, hombre! —dijo Joseph con sarcasmo—. Geddes no tiene esos conocimientos. ¿Qué harías tú en su lugar?

Ahora la granja quedaba a cien metros escasos. Presentaba un aspecto ruinoso. La habían arreglado con tablones viejos y cualquier otra cosa que habían pillado. Obviamente no había cristales para reemplazar los de las ventanas rotas, y quizá tampoco masilla. Sus habitantes debían de tener un gran coraje o una honda desesperación para haber permanecido allí.

—Sólo sabe unas cuantas palabras en alemán —dijo Morel con aire dubitativo—. Pero es muy espabilado, el cabrón. Se le habrá ocurrido algo.

—Cuando no entiendes nada lo mejor es fingir que no oyes —observó Joseph—. Quizás aparentará una neurosis de guerra acompañada de sordera por una explosión.

Morel lo miró con respeto pero no dijo nada. Llegaron a la entrada de la granja. Una mujer de edad avanzada estaba lanzando sobras a un puñado de pollos escuálidos. Era huesuda y delgada, y tenía el rostro transido de pena. Levantó la vista hacia ellos, alarmada.

Joseph le sonrió.

—Dios te bendiga, madre —dijo en alemán sin levantar la voz—. ¿Te sobra un poco de agua para que podamos beber?

La granjera se fijó en su alzacuello y el miedo se desvaneció de sus ojos. Joseph se avergonzó de la facilidad con que la había engañado.

—Por supuesto —contestó ella echando una ojeada a Morel—. ¿Quieren comida? ¿Tienen hambre?

La pregunta no era más que una cortesía. ¡Por supuesto que tenían hambre! Todo el mundo estaba hambriento.

Joseph vaciló. ¿Qué era peor: aceptar su comida o insultarla dando a entender que tenía demasiado poca para darles nada? Recordó sus visitas a Alemania antes de la guerra: la generosidad de la gente, su buena disposición, la amabilidad y el orgullo.

—Gracias —aceptó. Percibió la sorpresa de Morel aun sin mirarlo.

—Pasen —los invitó la anciana, y los guió a la cocina de la granja. Tenía el suelo de piedra, y el techo descansaba sobre unas pesadas vigas de madera de las que en tiempos mejores sin duda colgaban una pieza de panceta y ristras de cebollas, así como las pocas hierbas secas que había ahora. Como estaban a finales de agosto, no era preciso calentar la habitación, y la buena mujer sólo había dejado encendido un rescoldo en la gran cocina económica negra. Seguramente se habíaavenido a comerse frío el desayuno. Abrió la hornilla y se dispuso a meter un trocito de leña.

—Nos ha dado calor de tanto caminar —comentó Joseph enseguida—. El pastor Morel y yo agradeceríamos un poco de agua fría, si fuese posible. Me llamo Josef... —se quedó con el primer nombre que le pasó por la cabeza—... Bauer.

La granjera se presentó con timidez y centró su atención en cortar rebanadas de pan negro de centeno y sacar un pedacito de queso y media cebolla. Lo sirvió todo con esmero en platos relucientes y con vasos de agua fría, seguramente extraída del pozo. La granja quedaba lo bastante lejos del campo de batalla para que el agua no estuviese contaminada.

Joseph inició la conversación explicando su presencia en aquellos pagos. Dijo que buscaban a un joven, un feligrés suyo en tiempos de paz, que había quedado traumatizado por la explosión de un obús y se había dado a la fuga aterrorizado. Temían que si no le encontraban alguien lo matase al creerlo un desertor, pues desde el incidente se había quedado sordo y no entendía nada. ¿Por ventura había visto ella a ese hombre pasar por allí?

La granjera respondió que no pero que su vecino, que vivía unos cinco kilómetros más

al sur, le había hablado de un hombre así el día anterior. Joseph y Morel le agradecieron profusamente sus atenciones y se marcharon. Ella les había dado indicaciones para llegar al pueblo más cercano y desde allí a una pequeña ciudad. Estaba convencida de que cualquier persona en la situación de ese joven habría ido hacia allí con la esperanza de encontrar refugio y tal vez comida antes de emprender el regreso a su casa.

Se cruzaron con columnas de abastecimiento que se dirigían al frente, hombres que regresaban a pie después de disfrutar de un permiso o de recobrase de heridas leves, además de reclutas novatos que iban a reforzar las líneas. En su mayoría, estos últimos eran escandalosamente jóvenes y sus rostros tersos aún conservaban los rasgos de la niñez. Ahora se esforzaban por disimular el miedo y hacer honor a su compromiso y a la fe que sus familias habían depositado en ellos. Muchos habrían perdido a su padre y a sus hermanos mayores.

—¡Santo cielo! —masculló Morel—. ¡Ese chico rubio de la derecha era clavado a Snowy Nunn! ¿Qué diablos hacemos aquí, capellán? ¿Qué pintamos en cualquier otro sitio que no sea nuestro país?

Joseph no se molestó en contestar. Los lugares comunes servían de bien poco, y no quedaba nada que decir que no se hubiese dicho mil veces.

Encontraron cobijo para pasar la noche en un establo. Era un sitio seco, limpio y la mar de cómodo. El dueño se disculpó, si bien era innecesario, mofándose de sí mismo con sentido del humor. A la mañana siguiente les ofreció unas gachas a modo de desayuno. Las devoraron agradecidos y sin preguntar qué llevaban. Todas las personas con que se topaban, aunque hambrientas y asustadas, se esforzaban por conservar un poco de dignidad y un atisbo de esperanza.

Morel no sabía nada acerca del Pacificador. Por un instante, se apoderó de Joseph un vivo deseo de hablar con Matthew, de tratar de explicarle por qué al ver aquella tierra, a aquellas gentes, podía entender los sueños y el pesar que habían empujado a un hombre a desear la paz a toda costa. El mundo en el que el bien y el mal habían parecido tan evidentes había dejado de existir como una pompa de jabón cuando la intenta agarrar una mano.

Pero no podía comentarle nada de eso a Morel. Éste necesitaba que Joseph estuviera seguro al menos de una cosa; por tanto, debía aparentar que lo estaba.

Finalmente fue Morel quien rompió el silencio.

—¿Tiene intención de regresar a Saint John's? —preguntó, con la vista al frente, evitando la mirada del capellán.

Joseph se quedó consternado. ¿Era eso lo que Morel pensaba de él, que volvería al mismo redil de antes como si no hubiese ocurrido nada, que se refugiaría de nuevo en un mundo propio?

—Me parece que no quedará gran cosa a la que regresar —dijo Joseph con cierta aspereza—. Me cuesta imaginar que haya mucha gente interesada en aprender lenguas

bíblicas en el periodo que nos tocará vivir. ¿A ti no?

—Tienen su utilidad —dijo Morel frunciendo el ceño—. Tal vez si hubiésemos estudiado el pasado con más diligencia habríamos tenido una perspectiva más clara del futuro.

—Ésa es una actividad ociosa —afirmó Joseph sin pensar en todo lo que su aseveración implicaba—. Dudo que haya mucho tiempo para el ocio en los años que sigan a la guerra. Las cosas serán muy distintas.

Morel sonrió, pero la suya era una sonrisa atribulada, inquieta. Por primera vez desde el inicio de la conversación miró a Joseph a los ojos.

—Nada volverá a ser igual —confirmó con suma gravedad—. Las mujeres se encargan de la mitad de los trabajos que antes hacían los hombres. La vida de una mujer ya no la define el hombre con quien se casa. No volveremos a eso, ya no. Piense en su hermana.

Joseph sabía que se refería a Judith, pero incluso Hannah había cambiado. Por toda Europa había mujeres que habían aprendido a arreglárselas solas, a reunir valor y fuerzas y a desarrollar habilidades que habrían resultado impensables antes de la guerra.

—No se puede hacer retroceder el tiempo —reflexionó en voz alta.

—¡Por Dios, no! —saltó Morel con súbita vehemencia—. ¡En ningún aspecto! He luchado al lado de hombres que antes me servían la mesa y me lustraban los zapatos. No podemos ni debemos regresar a eso.

—No lo haremos.

Joseph iba pensando mientras hablaban. Tal vez porque había viajado tan pocas veces a Inglaterra de permiso, y en todas esas ocasiones a Saint Giles, donde las barreras sociales eran tan antiguas como la tierra, quienes la poseían y quienes la trabajaban, buena parte de los cambios acaecidos le habían pasado casi inadvertidos. Siempre había conocido a hombres como Barshey Gee, Snowy Nunn y los demás. Había jugado con chicos como ellos en la escuela del pueblo, sabiendo que luego ellos se dedicarían a trabajos manuales mientras que él ingresaría en la universidad.

Tal vez eso también cambiaría. No lo había tomado en consideración. Y tendría que haberlo hecho.

—Habrá un nuevo gobierno —dijo Morel pensativamente—. Si no se preocupan de los enfermos y los lisiados, ¡sabe Dios de qué nos preocupamos! Y si no lo hacen, los obligaremos a hacerlo. Se legislará para que todos los hombres tengan derecho al trabajo, y si no hay trabajo, a que los atiendan, a contar con medicinas, alimentos, un techo sobre su cabeza y la de sus hijos. Y el derecho a la enseñanza, porque tienen cabeza para aprender. —Caminaba encorvado, con los músculos tensos—. Pero no por caridad, sino porque es el derecho de todos. Nos faltó tiempo para llamarlos a filas y enviarlos a combatir en la sangría y la inmundicia de las trincheras, a que muriesen por su patria. Y vinieron por millones, sin una pregunta ni una queja. ¡Estamos en deuda, capellán! Y, por Dios que si

sobrevivo a esto, haré cuanto esté en mi mano para que la saldemos. No sólo por ellos, sino por nosotros. ¿De qué servimos si no cumplimos con eso?

Era un reto. Joseph sabía que hablaba en serio. Había sido por los hombres bajo su mando por los que se había mostrado dispuesto a amotinarse contra Northrup, ahora estaba claro como el agua. No se trataba de un caso aislado de ira ni de una rebelión personal. Era algo innato, y Morel se mantendría tan fiel a ello en la vida civil como lo era ahora. Joseph se lo imaginaba en el futuro: un activista político luchando por la justicia social, por un respeto a la humanidad que nada debería a la caridad. La lealtad ante el horror no se desvanecería sólo porque los cañones callaran.

Como tampoco el sufrimiento. Sólo un loco se imaginaría eso. Ni los muertos regresarían, ni los tullidos o los ciegos iban a sanar.

¿Estaba aguardando Morel a que él dijera lo que haría? El silencio en su propia cabeza así lo exigía. Sólo había una respuesta aceptable: reincorporarse al ministerio activo, si es que hallaba donde le quisieran. ¿Qué fe quedaría después de aquello? Habría millones de personas desesperadas por recibir ayuda, consuelo y esperanza en el futuro, por creer que había un sentido en la destrucción de tantas cosas. Pero ¿volverían los ojos hacia Dios? ¿O la Iglesia parecería un anacronismo anclado en el pasado, al igual que las tardes de criquet y té en el prado del último verano dorado de 1914?

¿Y podría hacerlo solo, sin una esposa que lo alentase, que le contase los chismorreos del pueblo y las relaciones que pasaría por alto, que le señalase sus errores y descuidos, que simplemente creyera en él?

No tenía una respuesta para sí, y mucho menos para Morel.

—No —dijo otra vez, más bruscamente—. Por supuesto que no regresaré a Saint John's.

—Ya me lo figuraba —dijo Morel sonriendo.

Caminaron bastante rato bajo el sol sin hablar. A Joseph le dolían los pies, y sin duda a Morel también. Tenían hambre y, peor aún, sed. Bebían agua de arroyos y cisternas confiando en que estuviera lo bastante limpia.

Fue la segunda noche, después de un encendido ocaso pintado en el suroeste del cielo, cuando llegaron a la parte bombardeada de la pequeña ciudad donde esperaban encontrar a Geddes. Se movían con cuidado, conscientes de que él era un fugitivo y de que aunque no contara con que ellos fueran tras él, se andaría con cautela. Hablaba poco alemán y sabía que estaba en territorio enemigo y que lo buscaban.

Como sacerdotes, Joseph y Morel no tenían excusa para llevar armas y mucho menos para usarlas. Geddes, por otra parte, se habría agenciado sin duda una pistola alemana para fingir de modo más convincente que era un soldado alemán, aunque sordo.

Quedaba poca luz en el cielo, y Morel necesitó unos momentos para estar bien seguro de que el individuo a quien habían divisado era Geddes. El capitán aguardó vigilante mientras el hombre miraba a ambos lados de la calle disponiéndose a tomarse un respiro

para descansar un rato. Tenía el rostro demacrado y una sombra de barba que le oscurecía las mejillas. Podría pasar fácilmente por lo que pretendía: un soldado con neurosis de guerra, agotado, aterrado porque no oía si alguien lo acechaba, incapaz de entender las palabras que conferían un significado y un sentido a las cosas.

Morel golpeó adrede con la bota el umbral de piedra de lo que quedaba de la entrada a la casa. El hombre se volvió, de cara a las últimas luces que se desvanecían por el oeste. Sólo vio la silueta de Morel en el vano sin dintel. Por un instante no supo qué hacer. Su movimiento había dejado patente que oía. Se había quedado sin coartada. No reconoció a Morel, que se había situado ex profeso de espaldas a la luz, con una mano cerca de la cadera, donde habría llevado el revólver si aún lo conservara.

Joseph estaba en el otro lado, más cerca de Geddes. Cuando vio asentir a Morel, avanzó hasta quedar lo bastante cerca de éste para colocarle un trozo de madera contra el costado como si fuese el cañón de un arma.

—No te muevas, Geddes —susurró—. Preferiría tratar contigo vivo pero, si es preciso, muerto me servirás igual.

Geddes se quedó helado. Quizá no reconociera la voz de Joseph, pero el hecho de que le hablara en inglés fue más que suficiente.

Morel se acercó y le quitó el arma.

—Gracias —dijo con serenidad—. Me parece que tendríamos que ir tirando hacia casa mientras aún sea de noche. Hay una buena caminata, pero si cruzamos las líneas antes del alba, quizá lo logremos.

—Yo no voy a ninguna parte —replicó Geddes cansinamente—. Pégame un tiro si quieres.

Morel no se alteró en absoluto.

—Lo cierto es que ganas no me faltan —dijo con bastante desenfado—. Si no hubieses matado a Northrup, ahora no estaríamos metidos en el pequeño problema que nos ocupa. ¿Por qué demonios lo hiciste? Habríamos conseguido lo que nos proponíamos sin hacerle daño.

—Tú igual sí —dijo Geddes con resentimiento—. Pero ¿y los pobres desgraciados a quienes les diese la siguiente orden estúpida? Tú no estarías entre ellos, ¿verdad, capitán? Tu pellejo está a salvo.

—Te equivocas, no lo está —contestó Morel—. Aunque una breve declaración por tu parte me vendría muy bien.

Con mucha parsimonia, Geddes se sentó en el suelo con aire despectivo.

—Es una pena. Porque me quedo aquí. Mátame, si eso es lo que quieres. No conseguirás nada, ni declaraciones ni argumentos en tu defensa. Date el gusto.

—No estaba pensando en matarte de un tiro —le replicó Morel—, sino en algo

bastante más doloroso pero no mortal; al menos de momento.

Geddes se quedó inmóvil. Cuando habló, la voz le tembló un poco.

—No te atreverás...

—El capellán tal vez no —admitió Morel—, pero yo sí. Tal como lo veo, Geddes, la cosa está entre tu vida y la mía. Y no sólo la mía, sino la de Cavan y todos los demás. ¡Con lo cual, puedes estar seguro de que sí que me atreveré!

—Si me obligáis a volver, ¿qué te hace pensar que diré que fui yo? —Geddes no se movió del sitio pero ya no estaba relajado. Tenía la espalda tiesa y los músculos del cuello en tensión—. ¡Podría decir que fuiste tú! Más aún, podría contarles cómo salimos de aquella granja. —Ensanchó un poco la sonrisa—. Podría hablarles de esa simpática conductora del DAV que nos rescató y de su amigo yanqui. ¿Quieres que también los fusilen? Que no te quepa la menor duda de que lo harán. ¡No van a tolerar que los voluntarios decidan quién se enfrenta a un consejo de guerra y quién no! ¡Eso es amotinamiento, ni más ni menos! —Se volvió para ver cómo reaccionaba Jo-seph—. ¿No es verdad, capellán? Más vale que se marchen mientras puedan. Están en territorio enemigo.

¿Sabía que Judith era hermana de Joseph? Seguramente. La enormidad del problema cayó sobre Joseph como una jarra de agua fría. ¿Cómo había podido imaginarse que les sería posible llevarse a Geddes a casa y que éste contaría la verdad sin más en lugar de arrastrar consigo a cuanta gente pudiera? Era un hombre desesperado, un asesino, un amotinado y ahora también un desertor. No tenía nada que perder. Si iba a sobrevivir, sería en aquel lado de las líneas.

—Tal vez no te hayas dado cuenta con tan poca luz —dijo Joseph en voz baja, odiándose por ello—. Pero vamos disfrazados de sacerdotes suizos. Ambos hablamos alemán. Tú no, aunque llevas uniforme de su ejército. ¿A quién supones que creerán los alemanes si nos detienen?

Morel no se movió. Geddes se quedó quieto en el suelo. Se oyó el motor de un coche a lo lejos. Estaban cerca de la carretera.

Geddes carraspeó.

—Usted no haría algo así, capellán. ¿Eso no iría contra sus votos o lo que sea?

—Tu plan implica dejar que Cavan pague por tu crimen si no regresamos o, en caso contrario, traicionar a los voluntarios que te ayudaron. ¿Cómo lo ves, Geddes? —preguntó.

—Si les dice a los alemanes quién soy, les diré quién es usted —advirtió Geddes, sentándose más erguido.

El rojo que teñía el cielo se estaba volviendo rosa, y las sombras ya eran impenetrables.

Joseph cambió de estrategia.

—¿Por qué mataste a Northrup, a todo esto? Has dejado muy claro que te importa un

pimiento la vida de tus compañeros, así que por eso no fue, aunque hubiese sido casi el único motivo comprensible. ¿Qué te impulsó a ello? ¿El dinero? ¿El odio? ¿La estupidez?

—¡El se lo merecía! —gruñó Geddes—. Como oficial era un idiota incompetente y arrogante, y además no escuchaba a nadie. Siempre tenía que hacer las cosas a su manera, aunque fuese a costa de la vida de otros. —Ahora estaba de cara a Joseph, ignorando a Morel—. Todos pensaban que podrían hacerlo entrar en razón. Yo lo conocía mejor. Era así de nacimiento. Su padre lo consideraba una maravilla y lo malcriaba, le dejaba hacer todas las malditas cosas que quisiera. Trataba con prepotencia al resto del pueblo, iba acumulando deudas y luego, como no tenía agallas para reconocerlo ante su padre, mentía con toda la barba.

Joseph no lo interrumpió. Geddes hablaba con el tono amargo de la verdad; al menos, de la verdad tal como él la veía. Le corroía las entrañas como un ácido.

—Así fue como arruinó a mi padre —prosiguió—. Mi padre confió en él, el muy idiota. Yo podría haberle dicho que Northrup era un mentiroso y un cobarde, pero no permitía que nadie hablara mal del hijo del viejo general. Eso le costó su casa. ¡Nuestra casa!

—Así que Northrup muere como un héroe, a manos de unos amotinados, y Cavan acaba fusilado por ello —dijo Joseph con idéntica amargura—. ¿Quién has dicho que era el idiota?

Geddes guardó silencio.

—Aquí no sobrevivirás —prosiguió Joseph—. Te morirás de hambre si no te matan antes por espía. A nadie le gustan los espías. Puede que antes quieran interrogarte para que les reveles algo de nuestras posiciones. ¿O es que piensas negociar con eso, traicionando a tu regimiento?

Geddes maldijo con rabia.

—Luego te matarán —continuó Joseph—. Sienten tan poco respeto por los traidores como nosotros. Si regresas a Passchendaele al menos podrás contar tu versión.

—Si regresas consigues la venganza —agregó Morel—, si te quedas no consigues nada. De hecho, pase lo que pase no pienso dejar que te quedas aquí. —Sin previo aviso Morel dio unos pasos hacia delante y levantó el brazo. Golpeó a Geddes en la sien con la culata de la pistola y Geddes se desplomó sin emitir ni un quejido—. ¿En serio quiere llevarlo de vuelta —preguntó Morel a Joseph en voz baja—, aun a riesgo de que traicione a los voluntarios que nos liberaron? Uno de ellos era su hermana, ¿sabe? Quizá no estaba enterado de eso.

—Sí, ya lo sabía —contestó Joseph. Sería ridículo negarlo ahora, y quedaría como un idiota, suponiendo que Morel le creyera.

—Bueno, ¿quiere o no? —insistió Morel—. Siempre podemos dejarlo aquí. Al menos sabemos la verdad. Quizás hallemos la manera de corroborarlo y luego ya veremos si logramos convencer al consejo de guerra de que lo hizo Geddes solo.

Joseph se encontraba en un dilema. Morel le ofrecía una salida, dejar a Geddes allí. Lo más probable era que los alemanes lo apresaran. De ser así, ¿tratarían de sonsacarle cuanto supiera sobre el regimiento con que había combatido en Passchendaele, o sobre los regimientos franceses por los que había pasado en su huida hacia el sureste? ¿Cuánto les revelaría Geddes para salvar el pellejo?

Siempre podían matarlo ellos mismos, así no traicionaría a nadie: ni al regimiento, ni a los franceses, ni a Judith y Wil Sloan. Morel lo haría sin pestañear. Estaba aguardando. Joseph lo sabía muy bien.

¿A eso se rebajarían? ¿A matarlo antes de que hiciera más daño? ¿Para eso lo había ayudado Jones—Williams, y Vine había estado a punto de perder la vida? ¿Era en eso en lo que creía? ¿En eso desembocaban toda esa lucha y sacrificio, las muertes y la amistad? ¿Iban a matar a Geddes allí, en una ciudad alemana bombardeada, si no conseguían llevarlo de vuelta a través de las líneas ni convencerlo de que no traicionara a Judith y Wil? ¿Lo matarían sin darle una oportunidad?

—Ésta no es la solución —le dijo Joseph a Morel. ¿Se trataba de otro error, de otra decisión moral tomada para proteger su conciencia dejando que pagaran por ello otros, como Judith, tal vez con su vida?

¿Qué ocurriría con la moral entonces? Cavan, Cruz Victoria, fusilado. Una conductora de ambulancia del DAV acusada y quizás encarcelada junto con un voluntario estadounidense que había cruzado el océano Atlántico al principio de la guerra porque quería ayudar.

Sin duda no lo permitirían.

¿O acaso Geddes se encargaría de que no pudieran evitarlo, por puro rencor, y los hundiría a todos consigo?

—¿Está seguro? —preguntó Morel—. Fue Judith, ¿sabe?

—Sí, claro que lo sé —contestó Joseph—. Lo sabía antes de que me lo dijeras. A cualquiera que investigue un poco le será bastante fácil demostrarlo. No vamos a matar a Geddes. Vamos a llevárnoslo de vuelta a las líneas y las cruzaremos con él.

Morel se movió ligeramente, relajando el cuerpo. Más que verlo, Joseph lo intuyó en la oscuridad.

—¿Cómo? —preguntó Morel—. Ahora está noqueado. Quién sabe qué dirá cuando vuelva en sí, pero sea lo que sea lo hará en inglés porque es lo único que sabe.

—Pues entonces hay que asegurarse de que no diga nada —señaló Joseph—. Le llevaremos como si estuviese herido. Somos sacerdotes. Es razonable. Nos verán como a héroes. Quién sabe, quizás hasta nos ayuden. Le vendaremos la cabeza y la cara, con una mordaza debajo de las vendas para que no hable. Le haremos unos cortes para que haya sangre. ¡Sólo cabe esperar que quienquiera que nos ayude no sea médico!

—No podemos llevarlo a hombros tan lejos —observó Morel con sensatez—. ¡Hemos

recorrido siete u ocho kilómetros como mínimo!

—Si volvemos por la carretera seguro que encontramos restos de vehículos. Con suerte habrá algo con ruedas que sirva para improvisar una carretilla.

—Me doy cuenta de lo poco que le conocía en Cambridge —dijo Morel secamente—. ¡Era un niño!

—Todos lo éramos —contestó Joseph—. Primero atémoslo. No sabemos cuándo volverá en sí.

A falta de una soga, usaron la camisa del propio Geddes para atarlo. La cortaron a tiras con una navaja que él mismo llevaba. Sería más que suficiente para sujetarlo hasta que encontraran algo mejor. Luego se turnaron para cargar con él hasta la carretera. Era un hombre joven, corpulento y más bien musculoso, aunque cualquier excedente de carne se había consumido hacía tiempo, y era un peso muerto, hasta tal punto que en dos ocasiones Joseph se inquietó tanto por él que se detuvo para comprobar que seguía respirando. No estaba seguro de lo fuerte que lo había golpeado Morel.

Tuvieron que llevarlo a hombros a lo largo de casi otro penoso kilómetro de carretera antes de encontrarse un coche que había acabado hecho pedazos. Sin embargo, por más imaginación que le echaban, no se les ocurría una manera de aprovechar las piezas. Muy a su pesar desistieron de ello y reanudaron la fatigosa tarea de acarrear a Geddes.

Todavía se hallaban a cinco o seis kilómetros de las trincheras más cercanas cuando los alcanzó una pareja de soldados que avanzaban con una columna de relevo, pero se habían quedado atrás. Hacía una noche típica de verano, sin nubes y con un cuarto de luna, con luz suficiente para que Joseph reparase en lo demacrados que estaban. Dedujo que eran veteranos que habían sufrido heridas leves y a quienes enviaban de regreso al frente antes de lo normal debido a lo apurado de la situación. Joseph había visto lo mismo en las filas británicas. En muchos aspectos la situación era idéntica a la que se vivía en el otro lado. Le desgarraba las entrañas con una familiaridad, una aguda comprensión que hubiese preferido no tener.

Los dos hombres se detuvieron. Ninguno de ellos parecía lo bastante fuerte como para ayudarles a cargar con Geddes, cosa que Joseph agradeció. Geddes volvía a casa para ser enjuiciado. Nunca combatiría de nuevo, pero aun así sería llevar el engaño demasiado lejos.

—¿Buscan el hospital de campaña más próximo? —preguntó el más alto.

—Sí —contestó Joseph—. No sabemos si está muy grave.

Geddes debía de haber recuperado la conciencia, pues comenzó a retorcerse y costaba mucho sujetarlo. De haber estado solos, Joseph lo habría amenazado con tirarlo al suelo y no habría dudado en hacerlo. Geddes intentaba gritar.

—Le duele mucho —terció Morel—. Estamos buscando algo para llevarlo tendido, si es que lo encontramos.

—Tiene que haber algo con ruedas —dijo el soldado más bajo esperanzado—. Hasta

una rueda rota serviría. Podríamos componerla para que soportara la carga. Seguro que no pesa tanto como una pieza de artillería.

—Y no es ni la mitad de útil —dijo Morel entre dientes.

Caminaron juntos, llevando a Geddes por turnos. Los alemanes insistieron en echarles una mano, y no hubo manera de rehusar su ofrecimiento sin ofenderlos.

Habían recorrido casi otro kilómetro cuando vieron un carretón a un lado de la carretera. Una rueda estaba hecha pedazos, y lo que quedaba del cadáver del poni aún estaba entre las varas. Dejaron a Geddes en el suelo. Joseph le ajustó la mordaza para asegurarse de que no se hubiese aflojado y también volvió a anudar las ataduras en torno a su cuerpo de manera que fuese menos obvio que iba atado y parecieran más un vendaje.

Los otros tres soltaron los arreos y subieron el carretón a la carretera, donde quedó ladeado a causa de la rueda que le faltaba.

—Hay que buscar otra rueda —dijo Morel pensativo—. Incluso una de otro tamaño será mejor que nada. Lástima que no tengamos herramientas. No será tarea fácil. Habrá que conformarse con atar las piezas entre sí. De—todos modos, no vamos lejos.

Los alemanes se habían presentado como Kretschmer y Wolff. Wolff y Morel fueron a dar una vuelta para ver qué encontraban. Joseph y Kretschmer se pusieron a limpiar las ruedas de desperdicios para asegurarse de que girasen lo mejor posible.

Wolff reapareció con una rueda pequeña de una carretilla y Morel trajo una cuerda y un trozo de cadena. Con todo ello y una considerable dosis de ingenio, fijaron una cuarta pata al carretón con la rueda en la punta. Aun así no llegaba a la altura justa pero supuso una gran mejora. Satisfechos de sí mismos, tendieron a Geddes en el carro de modo que fuera lo más cómodo posible y reanudaron la marcha por la carretera, turnándose de dos en dos para sujetar las varas. Las ruedas chirriaban lo indecible.

—Tome —dijo Kretschmer jovialmente sacando una botellita del bolsillo—. Bebamos un poco de schnapps. —Se la alargó a Joseph.

Joseph le dio las gracias y bebió un trago. Fue como si se le hubiese prendido fuego en el estómago. Estaba convencido de que podría escupir llamas. Tosiendo de mala manera, dio las gracias de nuevo a Kretschmer y le pasó la botella a Morel, que bebió con bastante más soltura y se la ofreció a Wolff.

Un par de kilómetros más tarde, después de otros tantos cambios de turno, tomaron otra ronda de schnapps. Los últimos jirones de nubes se habían disipado y la luna brillaba pálida sobre la carretera llena de socavones, convirtiendo en esqueletos negros algún que otro vehículo destrozado y los árboles desmembrados, y a lo lejos las paredes de una casa quemada que quedaban en pie.

Wolff se arrancó con una canción de taberna. Su voz era suave y muy agradable al oído. Tenía una musicalidad auténtica y la melodía era cadenciosa. Joseph, que recordaba algún fragmento de ella de sus visitas anteriores a la guerra, se puso a cantar con él. Kretschmer se les unió en el segundo estribillo. Como Morel no se sabía la letra, se

conformó con tararearla.

Se cruzaron con una ambulancia procedente de las líneas y los adelantó un convoy de aprovisionamiento.

Entonaron una segunda canción y una tercera. Aún les quedaban al menos tres kilómetros de camino. Joseph comenzó a preocuparse por la excusa que iban a dar para separarse de aquellos dos hombres con quienes del modo más absurdo habían trabado amistad. Habían apurado la botella hasta la última gota de schnapps y ninguno de ellos tenía comida. El chirrido de las ruedas era incesante y no cabía duda de que estaban un poco borrachos.

Wolff comenzó a cantar de nuevo, esta vez en inglés, y todos se le unieron al reconocer *There's a Long, Long Trail A-winding*.

Llegaron al final de la última estrofa y volvieron a empezar. La luna iluminaba la carretera y, aparte de sus voces, los únicos sonidos eran el rechinar de las ruedas y el estruendo de los cañones, unos tres kilómetros más adelante. El olor a muerte y letrinas ya era penetrante, y a lo lejos se vislumbraban los destellos rojos y amarillos de los morteros pesados.

A Joseph no se le ocurría una manera mejor de cruzar las líneas que aquella con que las habían atravesado a la ida. Tendrían que desatar a Geddes para que pudiera correr, y confiar en salir todos con vida. Pero antes debían hallar el modo de separarse de Kretschmer y Wolff. Con un poco de suerte, éstos estarían obligados a presentarse en algún lugar concreto, al que Joseph y Morel no tendrían que ir, pues saltaba a la vista que eran sacerdotes.

En aquel momento, no obstante, el mayor problema de Joseph eran el dolor de pies y las ampollas que le habían salido en las manos de tirar del carretón. La espalda y las piernas también le dolían y tenía tanta hambre que se habría comido un nabo crudo con gusto si lo hubiese encontrado. Pero estaba de buen humor gracias al schnapps y a los cantos a la luz de la luna, y había en ello una suerte de felicidad que resultaba desesperada y apasionadamente real.

* * *

12

Mason regresó a Londres con una tremenda sensación de agobio. Su mente habría tenido que estar ocupada en pensamientos sobre la matanza en Passchendaele y la inminente farsa del consejo de guerra de Cavan, el único de los doce acusados que estaba detenido.

Sin embargo, durante la travesía del canal y luego el trayecto en un atestado tren de tropas desde Dover a Londres, en el que había viajado entre empujones y sacudidas, manteniéndose en pie principalmente por la presión de los cuerpos de los hombres que lo rodeaban, sintió una profunda y pertinaz amargura que resultaba casi paralizante. Era como si ninguna luz alumbrase su paisaje interior. ¿Realmente había imaginado que un consejo de guerra iba a resolver algo?

Desde un punto de vista racional, tal vez la estupidez de todo ello, una cifra de bajas que se aproximaba al cuarto de millón de hombres, y todo por la conquista de una ciudad devastada, tendría que haber bastado para que cualquier hombre en su sano juicio deseara poner fin a ello a cualquier precio, bajo las condiciones que fuese. Pero ¿acaso quedaba algún atisbo de cordura? Nadie contemplaba aquel monumental desastre en su conjunto. Cada cual se centraba en su pequeña parcela de realidad.

Tal vez la tragedia fuese demasiado grande para que alguien comprendiera la catástrofe que se extendía desde las olas del Atlántico que engullían hombres y barcos ante las azotadas costas de Gran Bretaña hasta las arenas empapadas en sangre de Mesopotamia y las tumbas aisladas por la nieve de Rusia. Europa era un osario. Ya nadie podría contar jamás los millones de muertos y mutilados.

¡Y, sin embargo, Judith Reavley estaba dispuesta a jugarse la vida para ayudar a once amotinados a escapar y huir a Suiza, y Joseph estaba igualmente dispuesto a arriesgar la suya para traerlos de vuelta! En el orden del universo ambas acciones era igualmente vanas y probablemente desembocarían en la muerte.

Tal vez fuese eso lo que le dolía. Joseph apenas tenía posibilidad alguna de éxito, cosa que de haber sido un hombre racional habría sabido de sobra, ¡pero no lo era! Era un idealista, un soñador que veía con más claridad el mundo con el que soñaba que el real.

Mason habría deseado que le cayese menos simpático. Poseía ingenio e imaginación, una valentía rayana en la estupidez —no, en realidad iba más allá— y una compasión igualmente insensata. No se podía discutir con él sobre el honor porque no escuchaba. Seguía su propia estrella aunque fuese una ilusión; hermosa, mejor que la verdad, pero a fin de cuentas un espejismo. Y cuando alcanzara el lugar donde creía que estaba esa estrella, descubriría que allí no había nada. Eso era lo que Mason más detestaba: la desilusión que sabía que vendría. Nadie podría ayudarlos entonces. ¿Qué hace un hombre cuando escala las elevadas cimas, abriéndose camino con denuedo hacia el cielo, si luego, sangrando y exhausto, llega allí y sólo encuentra un vacío?

Mason estaba furioso con Joseph por ser tan vulnerable y dejar que personas como él

resultaran heridas por su sufrimiento.

El tren dio una sacudida que lo arrojó contra el hombre que tenía al lado haciéndole perder el equilibrio. Se disculpó. Se detuvieron en un apartadero, apretujados en los vagones, acalorados y fatigados, con las piernas doloridas.

Los minutos se eternizaban. Mason se impacientó pese a que no tenía una prisa especial en llegar a Londres. Iba a ver al Pacificador, que lo recibiría a cualquier hora. Le informaría sobre el consejo de guerra y el estado de ánimo de la tropa. El Pacificador no quedaría satisfecho. El consejo de guerra no sólo iba a ser absurdo, sino que iba a parecerlo. ¿Sería posible tomar cartas en el asunto y evitarlo, a aquellas alturas? ¿Habría alguien que estuviera en condiciones de hacerlo? En tal caso, obviamente ya lo habría impedido, y eso sería igualmente absurdo.

El tren arrancó en medio de un gran estrépito de enganches y volvió a pararse. Alguien maldijo entre dientes. Se produjo otra serie de ruidosas sacudidas. Luego empezaron a cobrar velocidad poco a poco.

Mason se engañaba a sí mismo: en realidad no era pensar en Joseph lo que lo agobiaba, era Judith. Recordaba el tacto de sus labios y los ojos con que lo miró cuando finalmente se separó de ella. Quería conservar aquello para siempre pero sabía que ya lo estaba perdiendo. Aunque nadie llegara a desvelar nunca que habían sido ella y el conductor voluntario estadounidense quienes habían rescatado a los amotinados, Judith había estado dispuesta a confesar. Eso abría un abismo insalvable entre ambos. Ella era impulsiva, quijotesca, corría como una loca a realizar acciones nobles sin pensar en las inevitables consecuencias.

Mason debía reprimir sus sentimientos. Sólo conseguirían hacerle daño. Judith no iba a cambiar. ¡Quizá ni siquiera viviría hasta el final de la guerra! Ese riesgo había existido siempre. ¡Los conductores de ambulancia también morían, por descontado! Todos los que estaban en el frente de batalla se exponían a eso.

¿Por qué ese mero pensamiento lo ponía enfermo de desesperación? Ella no formaba parte de su vida. No existía ningún compromiso mutuo. Sólo se habían visto unas cuantas veces, habían compartido momentos intensos de terror, de esperanza, de compasión, se habían reído más de la cuenta, hasta estar al borde del llanto, y él le había dado un único beso.

Se engañaba a sí mismo de nuevo. Judith poblaba sus sueños, los serenos lugares en su interior que le infundían fuerzas para luchar y ponerse de pie cada vez que se caía, aquello que confería al viaje un propósito, singularidad, coherencia.

Ahora el tren avanzaba deprisa balanceándose rítmicamente, y todos iban tan apretujados que se sostenían mutuamente de pie aunque cada uno estuviese sumido en sus propios pensamientos.

¿Cómo había podido Mason hacer algo tan estúpido? ¿Por qué no había elegido a cualquiera de las chicas guapas, inteligentes y sensatas que había conocido? Porque

convencerse a sí mismo de que sentía afecto por alguna de ellas habría sido una mentira insostenible. Hay partes de nosotros que sólo se conforman con la verdad.

El tren aminoró la marcha al cruzar el puente y finalmente se detuvo en Waterloo. Los pasajeros se derramaron en el andén, agarrotados, sucios, doloridos y tan cansados que nadie decía palabra. Mason se abrió paso a empujones hasta la entrada para tomar un taxi pero había una cola tan larga que tardaría horas, y muchos de los hombres que aguardaban presentaban heridas mucho más graves que sus cortes y magulladuras. Optó por el tren subterráneo y una hora después caminaba por Marchmont Street envuelto en la tibieza del atardecer. Pasó ante un vendedor de periódicos del que hizo caso omiso. El corresponsal jefe de aquel diario en el Frente Occidental era un hombre a quien Mason conocía muy bien. Se imaginó la versión que daría del consejo de guerra, convencido de acertar. Haría que Morel pareciera un traidor, y Joseph Reavley un loco.

Cuando Mason llegó a casa del Pacificador, le abrió la puerta el mismo criado de siempre, que lo hizo pasar a la sala de estar del primer piso. Un momento después apareció el Pacificador. Llevaba puesto un batín, como si hubiese decidido leer un rato tomando una última taza de té, o un whisky con soda, antes de acostarse.

—Parece cansado —observó compadecido—. ¿Una mala travesía?

Le indicó a Mason que tomara asiento. Ya había pedido té y bocadillos al criado.

El periodista se dejó caer en la butaca de costumbre.

—No. El mar estaba como un plato —contestó—. Pero en el tren no había ni un asiento libre. He hecho todo el trayecto desde Dover de pie. Apenas había sitio para levantar los codos.

No tenía ganas de informar sobre el estado del consejo de guerra. Lo expuso de forma sucinta, casi lacónicamente, para acabar cuanto antes.

—Menudo desastre —comentó el Pacificador impertérrito, sorprendiendo a Mason con su dominio de sí mismo—. Me figuro que alguien habrá ayudado a los amotinados a escapar. ¿Tiene alguna idea sobre quién fue?

—Ninguna —mintió Mason sin reparo—. Pudo ser cualquiera entre cientos de personas. Nadie quiere que este consejo de guerra se celebre.

—¿Existe alguna posibilidad de capturar a los fugados? Supongo que no.

—Tal vez una entre mil —dijo Mason recostándose en el sillón—. Pero no veo que eso vaya a mejorar las cosas. Sólo aumentaría las posibilidades de que alguien delatara a quien les ayudó.

Hablaba con franqueza y de pronto notó que la pena le encogía el corazón y le hacía un nudo en el estómago al imaginar a Judith sentada en el banquillo junto a Cavan. Aunque también intervenían los celos. Judith admiraba a Cavan, y sin duda Cavan la admiraba a ella. Resistirían uno al lado del otro, dispuestos a sacrificarse por lealtad a los hombres a los que servían. Todos los demás quedarían al margen, sobre todo alguien como

Mason, que opinaba que era absurdo, un sacrificio vano.

Miró al Pacificador esperando una reacción airada, sobre todo por la muerte inútil de hombres valiosos dotados de la nobleza, el coraje y la lealtad que él mismo tanto apreciaba. Pero el Pacificador sonreía con tristeza y los ojos brillantes. Veía lo que Mason le estaba describiendo, entendía las palabras, si bien quizá no su esencia, y estaba ansioso por pasar a otras ideas más prioritarias para él. Era como si en realidad no estuviese sorprendido.

—Gracias —dijo en voz alta cruzando las piernas para ponerse cómodo—. Es exactamente como dice: una idiotez más. Ojalá pudiéramos evitarla pero no se me ocurre cómo. Creo que han designado fiscal a Faulkner, quien sin duda llevará la acusación hasta sus últimas consecuencias. Es un hombre estrecho de miras y lleno de temores, que rinde culto a la ley al pie de la letra porque no tiene el coraje ni la imaginación necesarios para vislumbrar el espíritu que encierra.

Mason permaneció callado por miedo a lo que pudiera decir. Las ideas se le agolpaban en la cabeza, derrapaban, chocaban entre sí mientras él buscaba algo que decir para salvar a Judith o incluso al propio Cavan. ¿Lo salvaría por ella aun a sabiendas de que eso le excluiría a él para siempre?

Ése era un pensamiento en extremo estúpido y sentimental. No existía ningún «para siempre». La oscuridad había comenzado en agosto de 1914 y ahora, tres años después, era casi total.

—Tengo más noticias de Rusia —decía el Pacificador. Estaba inclinado hacia delante en el borde del sillón, clavando su mirada penetrante en los ojos de Mason—. ¡Está al borde de una auténtica revolución! Nada que ver con la desganada intentona de Kerensky y sus mencheviques, sino un levantamiento que lo cambiará todo y barrerá hasta el último vestigio del antiguo régimen. Se desharán del zar y de toda su familia para siempre. —Hizo un gesto breve y contundente con la mano—. Lenin ha regresado, y él y Trotsky la dirigirán. Será violenta al principio; no hay alternativa. —Hizo una mueca—. Habrá muchos muertos porque la vieja guardia es fuerte, están ahí desde hace siglos, y la corrupción es generalizada. Nadie renuncia al poder salvo si se ve obligado a ello. —El rostro volvió a iluminarse—. ¡Pero piense en el futuro, Mason! Piense en todo lo que los bolcheviques pueden hacer con su pasión y sus ideales. ¡Un nuevo orden, borrón y cuenta nueva! Unidad, igualdad, el final de la guerra.

—Ahogarán a Rusia en sangre.

Mason estaba horrorizado, pero sabía que debía ser precavido. Su protesta era inútil o, peor aún, peligrosa, pero le salió espontáneamente.

—¡No, al contrario! —arguyó el Pacificador, demasiado exaltado para enojarse—. Sólo será violenta al principio. El zar ha recibido una advertencia tras otra pero no se da por aludido. ¿Qué otra cosa pueden hacer, Mason? Mientras los Romanov sigan vivos, la vieja nobleza, los terratenientes, los opresores siempre intentarán regresar. Pertenecen a la antigua aristocracia que mantiene sus privilegios por medio de la violencia y desprecia toda justicia social. Usan al ciudadano de a pie como carne de cañón en una guerra que al

pueblo de Rusia no le interesa en absoluto. ¡Eso tiene que acabar! No son el zar y sus partidarios quienes perecen en las gélidas estepas nevadas del Frente Oriental, ¡es el hombre común! Es la familia del hombre común la que se muere de hambre en casa. —Se inclinó más todavía hacia delante—. Bien, pues se acabó. El pueblo se levantará. Se negará a combatir. Mason, esto es el principio del fin. Para Navidad habrá paz en Europa. Podrá comenzar la reconstrucción, no sólo material sino también social. —Tenía el rostro radiante, los ojos ardientes—. Demoleremos el viejo orden que oprimía al hombre de la calle. Lo único bueno que saldrá de toda esta destrucción es que hombres honrados de toda clase y condición habrán demostrado su valía. Y las mujeres también. ¡Por fin el pueblo gobernará la tierra! Todo el pueblo, ricos y pobres, hombres y mujeres.

Era un sueño otra vez. A Mason lo asaltó la terrorífica sensación de que todos los demás lo arrastraban a creer en una fantasía en la que todos creían, mientras que él era el único capaz de ver la cruda realidad. Las ambiciones individuales siempre desempeñarían su papel; los hombres construirían sus proyectos sobre visiones imponentes y olvidarían los pormenores que los echarían abajo. Con la vista fija en un objetivo, obviarían el dolor cotidiano, las muertes silenciosas, el duelo por cada una de las personas que había sido amada y sin las que el mundo era un lugar anodino donde cada noche imperaba la más absoluta soledad.

El Pacificador había perdido de vista al individuo en su plan arrollador, como si las ideas de un solo hombre pudieran inspirar lealtad y obediencia a millones.

Por primera vez, Mason comenzó a preguntarse si el Pacificador estaba loco. Ningún hombre tenía el poder de lograr aquello con lo que él soñaba, y ningún hombre debía tenerlo.

Quizá Mason había visto demasiados muertos y estaba cansado, y su pasión agotada. Judith abominaría de todo lo que el Pacificador había dicho. Le replicaría que eso no tenía nada que ver con la realidad, con la verdadera forma de ser de la gente.

El Pacificador la acusaría de tener ideas demasiado limitadas y vulgares.

Ella respondería que las suyas estaban demasiado lejos del corazón humano como para penetrar en él; que pecaba de soberbia y ejercía no el liderazgo sino la autoridad.

—¡Mason! —exclamó el Pacificador bruscamente—. ¡Es el principio del fin! ¿No se da cuenta? ¡Habrá paz! ¡Construcción! Se creará en lugar de destruir. ¡No habrá por qué volver a vivir el infierno de una guerra!

—Sí, señor —asintió Mason un tanto cansinamente—. Al menos aquí, en cualquier caso.

El Pacificador no iba a achicarse ni a permitir que lo desanimara.

—Está cansado. Váyase a casa y duerma un poco. Escriba su artículo. Luego regrese a Passchendaele. Asista al consejo de guerra y cuente la verdad sobre él. Los hombres lo merecen, sobre todo Cavan.

Mason se puso de pie.

—Sí, señor. Buenas noches.

Joseph y Morel, con Geddes, volvieron a cruzar las líneas alemanas, la tierra de nadie y luego las líneas francesas. Pasaron muchos apuros pero lo consiguieron de la misma manera en que las habían cruzado en dirección contraria, corriendo, gateando, aprovechando los momentos de oscuridad entre bengalas. Quizá tuvieran un poco menos de miedo gracias al schnapps y, por el mismo motivo, se movieran con cierta torpeza.

Al final se habían separado de Kretschmer y Wolff de la forma más natural porque ambos tenían que presentarse en sus respectivas unidades. En la oscuridad y la tensión previas al ataque, las mentes de los demás habían estado más preocupadas por lo que se avecinaba que por identificar individuos. Como los ejércitos francés y británico, sus regimientos también se habían visto terriblemente diezmados. La cantidad de bajas era pasmosa y se asignaban nuevos reemplazos allí donde hiciese falta completar una sección o una brigada. Quedaban más desconocidos que amigos. Nadie interrogó a Joseph o Morel detenidamente, y el disfraz clerical hizo el resto.

Cruzar las líneas francesas resultó más complicado. Los tomaron prisioneros a punta de fusil; de hecho, de varios fusiles.

—Llevamos a un prisionero alemán —dijo Morel de inmediato, en francés, señalando a Geddes, que aún tenía la boca y buena parte de la cara vendadas, aunque había sido preciso desatarle las manos y los pies para cruzar la tierra de nadie. Todavía llevaba su uniforme alemán robado, así que no había nada que hiciera dudar de la verdad de la frase.

El teniente francés al mando mostró cierto recelo pero dio por buena la historia, al menos en apariencia. Joseph iba tan sucio de barro que el alzacuello no se le veía.

Una vez lejos de la línea de fuego, en un refugio subterráneo adecuado para un interrogatorio, contaron la verdad, más o menos.

El teniente francés negó con la cabeza.

—Supongo que ahora querrán llevárselo de vuelta a Ypres.

Joseph sonrió.

—Sí, por favor. Si puede ayudarnos le estaremos sumamente agradecidos.

El teniente se encogió de hombros.

—Pero si a duras penas puede caminar! Y digo yo que el prisionero no tendrá muchas ganas de ir. Más vale que alguien les lleve en coche. —Puso los ojos en blanco—. Entente cordiale — observó, haciendo un elegante gesto de desesperación con las manos, aunque, eso sí, sonriendo. Quizá nunca lo reconocería abiertamente pero resultaba obvio que en el fondo el caso le parecía la mar de entretenido. Era algo fuera de lo común, algo que contar.

Sin duda sabía tan bien como Joseph y cualquier otro soldado que la guerra traía consigo terror, espanto, violencia, en ocasiones un dolor terrible, agotamiento e incomodidad, hambre, frío o calor; pero sobre todo aburrimiento. Eran la camaradería, el buen humor, las historias y los chistes malos los que la hacían soportable, el compartir los

momentos gloriosos y los absurdos, los sueños y los recuerdos, y las cartas que les llegaban de casa y que permitían a los soldados aferrarse a la cordura.

Así pues, fue con la ayuda del teniente francés, después de una frugal pero bien cocinada comida, y equipados con una nueva reserva de cuentos chinos y chistes malísimos, que recorrieron todo el largo camino de regreso a Passchendaele en un vehículo. Llegaron al día siguiente, con Geddes todavía atado, pero ya sin mordaza puesto que había dejado de ser necesaria.

Joseph y Morel dieron efusivamente las gracias al conductor francés y le ofrecieron una lata de Maconochie y una tableta de chocolate bastante decente que él aceptó de mala gana pero con cortesía.

Antes de presentarse ante el coronel Hook, Joseph estuvo un momento a solas con Morel. Había un sargento de la policía militar en el umbral; no habría una segunda oportunidad de escapar. Quería preguntarle a Morel qué pensaba declarar acerca de la fuga. Faulkner lo interrogaría al respecto, y si Morel se negaba a contestar, el fiscal añadiría a los cargos originales el de ocultación de la identidad de sus cómplices, que habían cometido un acto delictivo al ayudarlo.

De ese delito también era culpable Joseph.

Ahora bien, había una cuestión mucho más apremiante que ésa: ¿qué diría Geddes? No habría tenido sentido tratar de convencerle de que no delatase a Judith ni a Wil. Ya estaba condenado a acabar en el paredón. Dependería de lo que dijeran los demás hombres. Había un débil rayo de esperanza: si todos se atenían a la misma versión de los hechos, ésta tendría más credibilidad que el testimonio de Geddes. Se daría a entender que nombraba a Judith como cómplice por pura venganza ya que había sido Joseph quien lo había traído de vuelta.

Sin embargo ahora no podía expresar nada de eso en voz alta. Él y Morel habían viajado juntos, compartido penas y alegrías, y se habían apoyado el uno al otro para sobrevivir; pero ahora Joseph se disponía a retomar sus obligaciones y Morel se enfrentaría a un consejo de guerra y probablemente al deshonor y la muerte. Ya nada era igual entre ellos.

—Gracias —fue lo único que Joseph acertó a decir sin parecer condescendiente, falso y completamente inútil. Le tendió la mano.

Morel se la estrechó, apretándola con fuerza por un momento, y luego se volvió y se aproximó al sargento. Salió por la puerta sin mirar atrás.

El almirante Hall había concedido a Matthew cuarenta y ocho horas para que le diera novedades sobre Faulkner, y Matthew sabía que no podía permitirse retrasar ese plazo. Le estuvo dando vueltas a la idea de preguntar a Shearing a las claras por qué lo había elegido a él, pero a pesar de lo que Hall le había dicho sobre Shearing y su familia, aún no lograba disipar del todo sus dudas. Las palabras de Sandwell acudieron a su mente. Lo que descubriera, fuera lo que fuese, debía ser fruto de su propia investigación, de sus propias

fuentes. Y debía ser discreto.

Sin embargo, todas las pesquisas que pudo hacer de prisa y con discreción sólo confirmaron que Faulkner imponía una disciplina férrea, que era inflexible en su interpretación de la ley, un hombre que parecía insistir indefectiblemente en que prevaleciera la letra de la ley por encima de la clemencia. Había servido durante toda su carrera en Inglaterra y, que Matthew supiera, jamás había pisado un campo de batalla ni tenía la más remota idea de cómo era la vida en las trincheras, por no hablar de la muerte en tierra de nadie.

Todo apuntaba a que era el peor candidato imaginable para llevar la acusación contra Cavan, Morel y los demás. Si Blinker Hall era soltero y tenía alguna debilidad, o incluso algún favor que pagar, fuera el que fuese, Dermot Sandwell no estaba enterado de ello. Creía que Faulkner era invulnerable y que Shearing lo había aceptado precisamente por esa razón.

A Matthew se le estaba agotando el tiempo y no tenía más remedio que enfrentarse a Shearing. ¿Arriesgaría su vida al hacerlo? ¿Qué le quedaría en caso contrario? Se recriminó el ser tan idiota. Estaban en guerra. Todo el mundo arriesgaba su vida.

Llamó a la puerta de Shearing y, cuando éste le respondió, entró.

Shearing levantó la vista de su escritorio enarcando las cejas.

Matthew cerró la puerta a sus espaldas y se sentó en la butaca que estaba al otro lado de la mesa. Era la primera vez que tomaba asiento sin que Shearing lo invitara a hacerlo.

—Señor —comenzó sin más disculpa o preámbulo—. Tengo entre manos un asunto que planteé directamente al almirante Hall. Me dio instrucciones de investigarlo y de informarlo sobre las novedades al cabo de cuarenta y ocho horas.

Ese plazo se cumple hoy y no tengo una respuesta satisfactoria. Necesito saber si usted dispone de información sobre el tema.

Shearing dejó su estilográfica con cuidado y se reclinó mirando fijamente a Matthew.

—Me figuro que se trata de su gran conspiración otra vez —dijo lentamente, con expresión tensa y fatigada.

Matthew eludió la pregunta.

—Es sobre el teniente coronel Faulkner, señor —dijo—. Llevará la acusación contra Cavan y los demás hombres, si es que los encuentran.

Shearing lo observaba con frialdad.

—Le dije que ya nos estábamos ocupando de ese asunto, Reavley. No debe interferir en él. Es una orden directa. Si me desobedece, ordenaré que le transfieran al frente de inmediato. ¿Entendido?

Un escalofrío recorrió a Matthew como si hubiese una ventana abierta a una ventisca.

—Sí, está muy claro, señor. He estado repasando el historial de Faulkner...

Shearing se irguió bruscamente.

—¿Quién le ha autorizado a hacer eso? ¿Podría haber comprometido el consejo de guerra! Usted...

—El almirante Hall, señor —lo interrumpió Matthew.

Los ojos de Shearing eran como dos piedras negras.

—¿Me considera incompetente, Reavley? ¿O es que piensa que estoy involucrado en esa conspiración suya?

Matthew le sostuvo la mirada y se sintió culpable al percibir un destello de pesar en los ojos de Shearing. Esto lo des—colocó y lo dejó sin palabras para refutar las palabras de Shearing sin caer en la cobardía.

Éste soltó el aliento en un leve suspiro.

—Ninguna solución es buena, Reavley. Faulkner simplemente es el mejor que tenemos...

—No veo por qué —lo cortó Matthew con acritud—. Es...

—¡Sé muy bien cómo es! —espetó Shearing—. Si lo piensa con más detenimiento, usando el cerebro en vez de dejarse llevar por las emociones, quizá llegue a entenderlo.

—Insistirá en los cargos de motín y asesinato —dijo Matthew desconsoladamente—. ¡El general Northrup quizá los hubiese rebajado para salvar la reputación de su hijo, pero a juzgar por lo que todo el mundo dice de Faulkner, no existe la menor posibilidad de que se conforme con una pena que no sea la de fusilamiento; ¡sin importarle que sea una injusticia flagrante, ni quién muera, ni siquiera las consecuencias que tenga para el regimiento o incluso para todo el puñetero Frente Occidental! ¡Está obsesionado, es un déspota de ideas fijas! —Estaba tan airado que, a causa de la impotencia, la voz le salió más aguda y fuerte de lo que pretendía.

Shearing, un poco pálido, tuvo que esforzarse tanto para no perder la paciencia que casi agotó su energía emocional.

—Eso es precisamente lo que es, y gracias a esa única debilidad, muchos, con gran habilidad y un poco de suerte, han podido con él. —Levantó la mano con los dedos muy tiesos—. Hay tres sentencias posibles: culpables de motín y asesinato, culpables de motín y homicidio sin premeditación, o culpables de insubordinación grave y homicidio involuntario para todos excepto para el hombre que cargó el arma deliberadamente con munición real. Él es el único culpable de asesinato

—Faulkner insistirá en acusarlos a todos de motín y asesinato —porfió Matthew—. Incluso si los declaran culpables de motín y homicidio involuntario acabarán fusilados. Quizás el cumplimiento de la sentencia pueda aplazarse por un tiempo con una apelación, pero ¿de qué servirá? El final es igualmente inevitable, y todo el mundo lo sabe.

—Por eso mismo resultaría inútil buscar una acusación que se aviniese a la segunda

opción — señaló Shearing con gravedad.

Matthew seguía sin ver ninguna esperanza.

—¡Bueno, está claro que Faulkner no se conformará con la acusación de insubordinación grave!

Shearing apretó los labios.

—¡Por supuesto que no! Insistirá en la de asesinato, y si encontramos al hombre adecuado para defender a Cavan y a los demás, éste obligará a Faulkner a demostrar cada acto y palabra, incluso cada pensamiento, más allá de toda duda, razonable o no. Se aferrará como un bulldog hasta que la palestra esté bañada en sangre, pero no cejará.

Matthew se quedó anonadado.

Shearing hablaba en voz muy baja.

—Destruiré la reputación de Howard Northrup, y para su padre eso será como presenciar su muerte otra vez. Mostrará al tribunal con toda exactitud por qué Cavan, Morel y los otros consideraron que no tenían otra elección, una alternativa moralmente aceptable, aparte de la de emprender una acción que a su entender salvaría la vida de al menos unos cuantos de los hombres a su mando, que confiaban en ellos, y que el ejército había puesto bajo su responsabilidad.

Por fin Matthew lo entendió. Exhaló muy despacio. La habitación parecía caldeada, el aire pesado, casi pegajoso.

—Es un riesgo de mil diablos, señor.

—¿Se le ocurre algo mejor? —preguntó Shearing.

—No... no. ¿Conoce a un abogado militar con las agallas necesarias para hacer eso? ¿Y que esté familiarizado con el frente?

Shearing sonrió con amarga ironía.

—No. La costumbre es que un oficial del regimiento lleve la defensa de los cargos menores. Pienso que esta vez lo mejor que puede hacerse es elegir a uno de ellos...

Matthew no daba crédito.

—¿Contra Faulkner? ¡Lo crucificará! No tendrá ni idea... —Se interrumpió. Había una luz dura y brillante en la mirada de Shearing. Matthew aguardó.

—No se necesita a un letrado de carrera deslumbrante, Reavley. Lo que hace falta es un hombre apasionado, de valentía y lealtad a toda prueba, que conozca a la tropa y sepa lo que ha soportado y por qué. Un hombre que esté dispuesto a sacrificarse antes que abandonar y permitir que se corneta una injusticia. Un hombre a quien el tribunal respete por ser uno de los suyos.

Matthew oía los latidos de su propio corazón en el opresivo despacho donde no corría una brizna de aire y hacía calor.

—¿Y tiene en mente a un hombre así?

—¡Por supuesto! A alguien que conoce el caso mejor que nadie y cree firmemente en la inocencia moral de los acusados. Además, nunca sabe cuándo lo han vencido, de modo que no se rendirá.

Joseph...

—Exacto —corroboró Shearing—. He enviado allí a un hombre excelente para que lo instruya. ¡Confiemos en que no lo maten en el ínterin!

En Passchendaele continuaba el combate. Un mal presentimiento emponzoñaba el aire que respiraba el ejército, la ropa que llevaban, los alimentos que comían, y empañaba la visión, como la lluvia, en todas partes. Reinaba la desesperanza, como si la locura final se hubiese adueñado del mundo. Salvarse no conducía a nada. Quien no muriese hoy moriría mañana o pasado.

El coronel Hook mandó llamar a Joseph. Era tarde. Estaban a finales de agosto y las noches comenzaban a alargarse. El verano tocaba a su fin.

—El consejo de guerra sigue adelante —anunció Hook con gravedad—. La vista preliminar se celebrará mañana, y el juicio propiamente dicho, pasado.

Joseph ya contaba con ello. Era poco realista esperar otra cosa. Se habían presentado todos los argumentos y las peticiones, y los había rechazado. Se había alegado la desesperada situación de la batalla, así como la moral del ejército, los posibles efectos de semejante juicio y su sentencia sobre el Frente Occidental en su conjunto y, por consiguiente, sobre la guerra en general.

—¡Tonterías! —había exclamado Faulkner al desestimarlo—. Estamos ganando la batalla de Passchendaele —había insistido—. La disciplina del ejército entero depende de que nunca, bajo ninguna circunstancia, se tolere el motín ni el asesinato. Si unos hombres descontentos que creen saber más que sus oficiales pueden tomarse la ley por su mano, cometer un crimen y salir impunes, ningún oficial estará a salvo de ahora en adelante. Es imposible que sea usted tan estúpido como para no darse cuenta de eso. Si no servimos a la justicia, tanto cuando nos favorece como cuando no, entonces todo lo que hacemos es inútil. La esencia de la justicia reside en que los sentimientos personales no entren en juego. O es imparcial o carece de sentido.

A solas con Hook, Joseph no acertaba a comprender por qué lo había hecho venir si sólo iba a contarle lo que ya sabía. La más breve de las sonrisas asomó al semblante de Hook.

—Soy consciente de que ya está usted al tanto de esto, Reavley. Lo que no sabe es que Londres ha pedido que sea usted quien represente a los acusados.

—Por supuesto que estaré presente —dijo Joseph enseguida—. Pero sería mucho mejor que su defensor no me citara como testigo. No puedo declarar buena parte de lo que sé. Dejemos que sea Morel quien les cuente cómo encontramos a Geddes y lo trajimos de vuelta, así como todo lo que éste dijo sobre Northrup y su padre. Lo sabe tan bien como yo.

Hook se pasó una mano por el pelo.

—No tengo ninguna intención de permitir que usted declare, Reavley. Me consta que sabe quién les ayudó a escapar. Yo mismo tengo una idea bastante aproximada. No van a llamarle en calidad de testigo. Usted va a defenderlos.

—¿Qué? —exclamó Joseph horrorizado.

—Que va a defenderlos —repitió Hook.

—¿Yo? No tengo experiencia ni capacidad —protestó Joseph—. No sé nada de derecho castrense. Necesitan a un experto. De hecho, necesitan al mejor que exista.

—No —dijo Hook cansinamente—. Se equivoca. Necesitan a un hombre que crea en ellos y que nunca se dé por vencido. Un hombre que sepa lo que es combatir y las bajas que hemos sufrido. —Una chispa de buen humor brilló por un instante en sus ojos—. Además, preferiría que no le citaran a declarar. Estoy convencido de que mentiría descaradamente a fin de no implicar... a quien sea que les ayudó a escapar. —Mantuvo firme la mirada—. Aunque sea un civil, un voluntario por ejemplo, que no esté sujeto a la ley militar y sólo se le pueda condenar a un encarcelamiento ordinario_ No les preocupa que nadie vaya a traicionarlos. Morel en concreto piensa que usted mentiría, seguramente muy a su pesar, pero lo haría.

—Procuraré no olvidarme de darle las gracias —dijo Joseph secamente—. Pero eso no cambia el hecho de que carezco de experiencia. Faulkner me hará picadillo.

—Lo dudo —repuso Hook—. Pero al margen de eso, es a usted a quien han designado, y yo estoy de acuerdo con ellos. Y Londres está satisfecho.

—¡Como si con eso bastara! —soltó Joseph presa de una creciente desesperación y de un miedo cerval que le retorció las entrañas. ¡Iba a fracasar! ¡Los defraudaría a todos!

Hook no se inmutó.

—Se enfrentan a la pena de fusilamiento, Reavley. Tienen derecho a solicitar a quien quieran. Yo le estoy asignando a usted el caso, así que más vale que vaya a prepararse. Dispone de esta noche y seguramente de buena parte de mañana. Ya ha presenciado consejos de guerra. Conoce la rutina. Habrá personas que se asegurarán de que se ciña a la ley. Si todavía se habla con Dios, le aconsejo que le pida un poco de ayuda. La necesitará.

—Sí, señor.

Joseph saludó con cierta torpeza y salió a la oscuridad preguntándose si en realidad todavía se hablaba con Dios. Una vez había creído que conocía la verdadera doctrina y la moralidad, y que podía argumentar con convicción.

Pero de eso hacía mucho. Ahora estaba confundido, debatiéndose entre sentimientos encontrados y, por encima de todo, asustado. No contaba con la certeza que conferirían la confianza y la pureza de corazón necesarias. Su fe no estaba a la altura de la ayuda que ellos necesitaban.

¿Qué podía decir, qué podía pedir? Para rezar tenía que apartar de su mente la ira, la autocompasión, el orgullo y las excusas. Debía evitar toda racionalización, presentarle a Dios una lista de instrucciones; por favor haz esto, por favor haz aquello... A la hora de la verdad, las frases no eran un vehículo sino un impedimento. Se plantó en el barro y levantó la mirada al cielo enorme de septiembre, por una vez tachonado de estrellas.

—Por favor, ayúdame —fue lo único que acudió a sus labios—. Padre, por favor, ayúdame.

* * *

13

Las ideas se agolpaban en la mente de Joseph, y tenía la sensación de no captar una palabra de lo que le decían. Estaba sentado en su refugio subterráneo con un oficial del cuerpo legal del ejército que trataba de ayudarlo a comprender las sutilezas legales de lo que podía o no hacer para defender a los doce hombres. Fuera, en la distancia, se oían disparos esporádicos, mayormente de francotiradores, pero estaba oscureciendo y había comenzado a llover otra vez.

El aire era pesado y bochornoso; parecía adherirse a la piel. La lámpara de aceite de encima de la mesa ardía con una llamita amarilla que proyectaba luces y sombras sobre los objetos: unos pocos libros, el retrato de Dante, una lata de galletas, la pluma y el papel.

Habían repasado tres veces el procedimiento. Joseph no podía evitar pensar que todo el juicio y la sentencia eran tan inevitables como las mareas del océano y que cualquier cosa que hiciera afectaría tan poco al resultado como a las mareas.

—Recuerde la diferencia entre el derecho civil y el militar —dijo el comandante Ward con apremio, inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas—. Para la ley civil lo primero son los derechos del individuo. Para la ley militar lo primero es el bien de la unidad. En el tribunal habrá soldados en servicio activo. El presidente será un general de división que ha combatido en Ypres Salient desde 1914, al igual que usted. No le será difícil ganárselo. Téngalo bien presente, Reavley, y quizá logre salvarlos.

Joseph se pasó la mano por la frente echándose el pelo hacia atrás con tanta fuerza que le dolió.

—¿Por qué diablos me eligieron a mí? Usted conoce la ley, lo haría mucho mejor. ¡Yo soy cura castrense, un soldado corriente!

—¿Es que no me ha estado escuchando? —inquirió Ward en tono agudo por la frustración y el cansancio—. ¡Ése es justamente el motivo por el que puede lograrlo! ¡No hace falta que conozca la ley, hombre! Lo que necesita es conocer el ejército, las trincheras, la realidad de la muerte y la lealtad, y lo que significa formar parte de un regimiento.

Joseph quería creerle pero no se fiaba de su propia capacidad para lidiar con los incontestables entresijos de la ley. Los hombres estaban depositando en él una confianza que era fruto de la fe y la desesperación, y posiblemente de alguna falsa esperanza que él mismo habría alentado, y que estaba muy por encima de su capacidad. Iba a defraudarlos tanto como la misma guerra. A su manera, era tan incompetente como Northrup, otro hombre al que se le había encomendado una tarea para la que no estaba preparado.

—¡Nadie gana siempre —le dijo Ward secamente—, pero nunca hay que dejar de luchar hasta el final!

De pronto a Joseph lo asaltó la desagradable sospecha de que le habían asignado el caso porque no querían que uno de los suyos defendiese públicamente a unos amotinados y, por supuesto, fracasase en el intento.

—Sí, señor —contestó.

Joseph durmió poco y mal. Al día siguiente, cuando el consejo de guerra se desarrollaba con las declaraciones habituales una vez expuesto el derecho de los acusados a recusar a los oficiales que formaban el tribunal, para Joseph ya se había convertido en una pesadilla infinitamente lenta.

Había un elemento de farsa en estar sentado en aquella habitación mal ventilada soportando el calor de septiembre y oír todas las preguntas prescritas que se formulaban a cada uno de los acusados como si eso fuese a servir de algo. Tal como había dicho Ward, el presidente era el general de división Hardesty, de una sección cercana de las líneas, y los demás oficiales eran el coronel Apsted, del regimiento situado inmediatamente al oeste, y el comandante Simmons, de una unidad emplazada más al este. Habría carecido de sentido recusar a cualquiera de ellos, pero debía seguirse el protocolo de rigor.

Durante todo ese tiempo el teniente coronel Faulkner permaneció sentado a su mesa, más tieso que un palo. Tenía el rostro tenso, y un diminuto músculo que le temblaba en la mejilla revelaba que la postura relajada de sus manos delante de él era una pose calculada.

Los doce acusados estaban juntos. Era una circunstancia insólita que hubiese tantos, pero la acusación había preferido deliberadamente no separarlos. Presentar a un acusado tras otro quizá permitiera a un presidente intimidado o compasivo en exceso decir que no podía elegir a uno de ellos. Cabía la posibilidad de que los absolviese a todos con el argumento de que sería mejor para el ejército dejar libres a hombres culpables que castigar a un solo inocente. Pero «inocente» era un término que Joseph sabía bien que Faulkner no iba a aceptar fácilmente. Éste creía que las autoridades casi nunca acusaban a hombres inocentes, y en aquel caso concreto las pruebas resultaban abrumadoras.

Joseph notaba el sudor que le corría por los costados y le empapaba la guerrera, y sin embargo tenía frío. Echó un vistazo a la habitación. No debía rehuir sus miradas. Morel y Cavan se distinguían enseguida porque eran oficiales. El resto de los hombres eran suboficiales o soldados rasos. Casi todos estaban en el ejército desde finales de 1914 o principios de 1915. Con eso bastaba para que merecieran cierto respeto, sobre todo por parte de un hombre como Faulkner, que nunca había visto disparar un tiro en combate. Jamás había saltado el parapeto por la noche para adentrarse en el barro y la oscuridad sabiendo que los hombres que tenía delante iban armados y que la mortífera metralla podía partir el cuerpo de un hombre en dos y dejar el pecho y la cabeza a un metro de las piernas con las tripas desparramadas por el suelo.

Joseph se obligó a volver al presente. Aquellos hombres le habían pedido ayuda, no compasión. La ira sólo le enturbiaba el juicio.

Se presentaron los cargos: motín y asesinato. Joseph ya sabía que serían ésos, pero aun así, al oírlos, sintió que le arrebatában una última y absurda esperanza.

Buscó con la vista al general Northrup. ¿Realmente habría intentado conseguir que rebajaran los cargos, o su aflicción y su enojo por la muerte de su hijo habían anulado todo lo demás, incluido el temor a arruinar su reputación? Sin embargo, de un modo u otro

quizá se había enterado de que Joseph iba a ser el oficial que llevaría la defensa y había considerado que éste no tendría el valor, la rabia o la crueldad necesarios para mancillar el nombre de Howard Northrup.

¿Llevaba razón? ¿Iba Joseph a flaquear al final, a mirar el semblante del padre y atenuar la verdad sobre el hijo, a pesar de las bajas que había causado al regimiento, del coste en vidas de sus propios hombres y de toda la ira que iba a desatar, de las consecuencias negativas que 'esto tendría en la moral de la tropa? ¿Pese a la crasa injusticia que suponía?

Pero fue ver a Morel lo que hirió a Joseph en lo más vivo. Lo recordaba recién llegado a Cambridge para su primer curso con una expresión entusiasta en sus ojos oscuros, y parte de la gracia angulosa y poco coordinada de su juventud aún presente en su cuerpo. El hombre en quien se había convertido ahora, endurecido por el sufrimiento físico y mental, la soledad del liderazgo, la amarga valentía de vivir con sus propias decisiones y fracasos, ni siquiera se prefiguraba en él entonces. Y eso había sido sólo cinco años antes, pero cuando el mundo todavía era joven.

¿Tendría que estar graduándose ese año, preguntándose qué hacer con su vida! En cambio se hallaba en una granja cerca de Ypres, aguardando a que lo pusieran ante un pelotón de fusilamiento integrado por sus propios paisanos porque se había rebelado contra algo que creía con toda su alma que estaba mal. Había estado dispuesto a sacrificarse para salvar la vida de sus hombres, ¡aunque no era así como iba a verlo el ejército! ¿Había algún modo en que Joseph pudiera usar tal argumento en su defensa?

Morel permanecía de pie, en posición de firmes, mientras se leían los cargos. No miró a Joseph pero eso no significaba que hubiese abandonado la esperanza de que Joseph los salvase a todos. ¿Tenía la más remota idea de todo lo que estaba en juego?

En la sala de la granja había una multitud de hombres y unas pocas enfermeras del DAV, quizá treinta personas aparte de los tres oficiales sentados detrás de la mesa de madera, el actuario, Joseph, que estaba delante de ellos, en un lado, y Faulkner, en el otro. También estaban, por supuesto, los doce acusados. Se había impuesto el silencio y no se oía más que los más leves rumores de movimiento: el crujido de una bota, el roce del áspero caqui contra la madera, algún que otro suspiro.

Joseph seguía teniendo sólo una idea muy aproximada de lo que iba a decir. Se resistía a pensar siquiera en apartarse de la verdad por principios éticos, y porque desde el punto de vista práctico ese camino era demasiado peligroso. Si dejaba que lo cogiesen en el más leve renuncio, echaría por tierra la única ventaja que tenía, a saber, la esperanza de que el tribunal comprendiera los motivos de los reos. Si tenían alguna defensa posible, ésta residía en el hecho de que habían obrado empujados por una necesidad moral.

Las formalidades preliminares concluyeron. Faulkner se puso de pie pero no se apartó de su mesa. Mostraba una curiosa tirantez que resultó evidente desde el principio. No hacía ningún gesto con las manos ni pasaba el peso de su cuerpo de un pie a otro.

Llamó a su primer testigo: el auxiliar sanitario que había sido el primero en examinar

el cuerpo de Northrup. El pobre hombre estaba visiblemente descontento, pero los hechos eran incontestables. Northrup había muerto por el impacto de una bala de fusil en la cabeza. Le había alcanzado en la frente. Tenía que estar mirando hacia delante.

—A ver si lo he entendido claramente, cabo Tredway —dijo Faulkner—. ¿La persona que disparó estaba de pie frente al comandante Northrup, apuntándole directamente?

—Sí, señor. —Tredway tragó saliva. No tenía forma de eludir la respuesta, aunque saltaba a la vista que le habría gustado.

—¿El comandante estaba mirando hacia arriba? —prosiguió Faulkner—. ¿Hacia abajo? ¿Estaba volviéndose, agachándose?

—No, señor —dijo Tredway abatido.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Por la trayectoria de la bala, señor. Atravesó el cráneo en línea recta y salió por detrás, señor.

—¿Y a qué distancia se hallaba el hombre que disparó contra el comandante Northrup?

El general de división Hardesty miró inquisitivamente a Joseph pero éste no opuso ninguna objeción.

—¿Qué distancia? —insistió Faulkner.

—Es difícil decirlo, señor.

—¿A bocajarro? ¿A cinco metros? ¿A un kilómetro? Faulkner enarcó las cejas.

—Más bien a cinco metros, señor.

—¿Cómo lo sabe, cabo?

—Por la herida, señor. Y por la distancia que recorrió el proyectil.

—¿Y sabría decirnos qué clase de arma se utilizó, o por lo menos si era un arma de mano o un fusil? ¿De fabricación británica o alemana? ¿O francesa, quizá?

—Aquí no hay franceses, señor —replicó Tredway con aspereza—. Están más hacia el este —agregó con obvio desdén por la ignorancia de Faulkner. Era un hombre que revolvía papeles, no un combatiente.

—Me refería al arma en sí, cabo —precisó Faulkner—, no a la nacionalidad del hombre que la disparó.

Un rumor incómodo recorrió la habitación. Alguien tosió.

Tredway se sonrojó.

—Un fusil, señor.

—¿Británico?

—No sabría decírselo, señor. —Apretó la mandíbula. —Un fusil, posiblemente británico, disparado a unos cinco metros —resumió Faulkner—. Gracias, cabo.

Con un ademán invitó a Joseph a iniciar su turno de preguntas.

Joseph se levantó. Ahora que había llegado el momento sentía una especie de serena desesperanza.

—Cabo Tredway, sus conocimientos son impresionantes, aunque me imagino que a lo largo de tres años de servicio activo habrá visto muchas heridas de toda clase. De fusil, revólver, pistola, metralleta, esquirlas de obús, incluso heridas causadas por explosiones, cureñas volcadas, caballos asustados...

Faulkner lo miraba con creciente irritación.

Hardesty hizo una mueca pero no lo interrumpió. Su expresión denotaba más lástima que enojo.

—Sí, capellán..., quiero decir, capitán Reavley —dijo Tredway frunciendo el ceño.

—¿Hay manera de saber si fueron causadas por accidente o con intención delictuosa, cabo? —preguntó Joseph.

—No, señor —respondió Tredway con la vista fija en Joseph. Tenía un ligero brillo en los ojos, como si le hubiesen venido ganas de sonreír—. Excepto cuando se trata de caballos asustados, señor. Eso casi siempre es por accidente. No suelen hacerlo con intención delictuosa. En ese sentido son mejores que muchas personas.

Se oyó la risa contenida de buena parte del público. El rostro de Faulkner se endureció.

—Y las cureñas —agregó Tredway—. En ese caso se debe a accidentes causados por la estupidez..., señor. Tampoco suelen ser por mala intención.

Joseph se anticipó a Faulkner.

—Pero lo más probable es que un disparo sea intencionado, supongo. ¿Hay manera de saberlo basándose en el aspecto de la herida?

—No, señor. Ninguna en absoluto, señor.

—Gracias.

Faulkner rehusó ahondar en el asunto. El general Hardesty tampoco hizo uso de su derecho a interrogar al testigo. Miró lentamente en derredor, intentando formarse una idea de los sentimientos del tribunal, y quizá juzgó correctamente que, con la salvedad de un hombre, las simpatías de todos estaban con los acusados. Habría que obligarlos o engañarlos para que dieran pruebas contra ellos si éstas podían ocultarse, manipularse o simplemente negarse.

Pero Joseph sabía que era una victoria inútil. Al final serían los oficiales quienes decidirían, no los hombres que abarrotaban los bancos o estaban de pie al fondo de la sala aguardando con las manos apretadas y los rostros tensos. No había jurado, la opinión

pública no contaba para nada.

El testigo siguiente ocupó el estrado. Declaró a quién había visto y dónde el día de la muerte de Northrup. Faulkner supo dirigirlo con suma habilidad para que dijera que casi todos los acusados, y en concreto Cavan, no habían estado en sus puestos habituales a última hora de la tarde. De hecho, el médico no había estado en ninguno de los lugares en que solía encontrarse a esa hora. El testimonio del soldado, por más que intentara ayudar a Cavan, dejó claro que éste se condujo de manera desacostumbrada y que nadie sabía dónde se encontraba.

Joseph sabía que no mejoraría la situación interrogándole; de hecho, haría más patente que mentía con la intención de salvar a Cavan.

Hardesty parecía ser consciente de que las emociones estaban surtiendo mucho más efecto que los hechos, pero se abstuvo de intervenir.

Faulkner llamó a declarar a más hombres, de quienes obtuvo respuestas muy parecidas, y fue componiendo un panorama de conductas curiosas e inexplicables observadas la noche de autos. Cada pieza era minúscula pero, juntándolas cuidadosamente, tal como hacía él, eran como los fragmentos de un mosaico, y la imagen resultante se volvía estremecedoramente clara. Doce hombres eran incapaces de hallar un solo testigo que declarase dónde se encontraban. La conclusión sólo estaba implícita, pero fue calando cada vez más profundamente en todos los presentes en la atestada y calurosa sala.

Hubo un breve receso. Joseph vio entrar a Judith. En realidad lo que vio fue a los hombres apartarse para hacerle sitio y luego la luz reflejada en sus mechones rubios, descoloridos por el sol del verano antes de la batalla de Passchendaele y de la llegada de las lluvias. Sus ojos se cruzaron con los de Joseph. Estaba asustada pero, de no haberla conocido tan bien, él no lo habría apreciado en su pálido rostro.

Se reanudó la sesión.

Faulkner siguió interrogando a sus testigos. Ésta era la parte más difícil para él, mucho peor que cualquier defensa que Joseph pudiera montar. Debía demostrar alguna clase de móvil para un acto tan terrible y autodestructivo como un amotinamiento, cometido, para colmo, por oficiales que hasta entonces se habían distinguido por una hoja de servicios ejemplar. No podía haber un solo hombre en la sala, o fuera de ella, en el regimiento, que no supiese perfectamente que Cavan era candidato a la Cruz Victoria. Comparado con él, Howard Northrup era un cobarde desde el punto de vista moral y un idiota desde el militar.

Al mismo tiempo, Faulkner no debía permitir que nadie insinuara que Northrup había merecido acabar así, ni siquiera que era incompetente en grado sumo, simplemente poco afortunado. Debía parecer que cualquier otro hombre, en las mismas circunstancias, quizás habría impartido las mismas órdenes y obtenido los mismos resultados. Tenía que haber un motivo, pero no una justificación. Faulkner debía mantener ese delicado equilibrio, pero se puso de puntillas, con el peso ligeramente hacia delante, y habló con voz

confiada.

Joseph volvió la vista hacia donde estaba sentado el general Northrup. Tenía el rostro tan pálido que las ojeras parecían magulladuras de un golpe recibido días atrás. Apretaba los labios y arrugaba la nariz como si hubiese albergado un dolor íntimo que finalmente llegaba a su punto culminante.

Joseph apartó la vista. Observar a un hombre tan afligido constituía una intromisión, tanto más cuanto que Joseph no iba a hacer otra cosa que añadir leña al fuego en cuanto se le presentara la ocasión. No había lugar para la compasión. Atentaba contra sus más arraigados instintos ensañarse con un hombre cuyo pesar había visto tan claramente y que tal vez incluso había confiado en él. Pero la amabilidad para con él podía conllevar la muerte de los otros, y no convenía que sus lealtades estuviesen divididas. Todos los demás miembros del tribunal quizá pudieran ser imparciales, pero el deber de Joseph era velar en exclusiva por los hombres a quienes defendía.

Faulkner era muy cuidadoso en sus interrogatorios, casi intachable. Citaba como testigos a hombres que habían vivido de lejos los incidentes y que estaban distanciados emocionalmente de la situación. Al presentar una visión tan anodina evidenciaba que no ignoraba los hechos. Admitía que habían ocurrido, descargando a Joseph de la necesidad de demostrarlos, y si luego éste interrogaba a hombres que dieran versiones muy distintas, éstas se considerarían sesgadas.

Su mera proximidad influiría en sus opiniones, y podrían ser sospechosos de inclinarse en exceso en el sentido contrario, de culpar a Northrup simplemente para justificar los actos de sus amigos sometidos a juicio. Joseph descubrió la trampa pero aun así temía caer en ella.

Con las manos pegajosas y el pecho oprimido, se levantó para repreguntar al tercer testigo, un joven soldado que sólo llevaba unos tres meses en el frente. Era oriundo de la región de Derbyshire Peak y no tenía ningún vínculo con Cambridgeshire.

—Soldado Black —comenzó Joseph—, nos ha hecho un relato bastante claro de ese desgraciado accidente con la cureña que, según ha dicho, algunos de los hombres consideraron que fue culpa del comandante Northrup. ¿Usted no vio nada que diera pie a pensar que fuese así?

—No, señor —contestó Black. Parecía incómodo y confundido. Era muy joven. Rondaba los dieciséis años.

—¿Y dice que estaban en extremo enfadados?

—Sí, señor. Al menos soltaron un montón de palabrotas, y dijeron que era... bueno... que era un inepto como soldado.

—¿Alguien comentó que debería haber aceptado el consejo de hombres con más experiencia?

—No lo sé, señor.

—¿Está totalmente seguro de eso, soldado Black?

Black miró a Faulkner y luego a Joseph. Dio la impresión de que por primera vez cobraba conciencia de que no sabía muy bien lo que hacía, y de que, fuera lo que fuese lo que Faulkner le hubiese prometido, sería con los hombres de su regimiento con quienes tendría que vivir, y posiblemente morir. Se revolvía nervioso, abriendo y cerrando los puños.

Joseph no podía permitirse el lujo de apiadarse de él. Todos los presentes en la sala, y sobre todo los oficiales que tendrían que emitir un veredicto, sin duda habían visto aquella mirada.

—¿Sabe por qué le han pedido a usted en concreto que hoy saliera a declarar? — Joseph se aprovechó de su ventaja. —No, señor.

—¿Presenció el accidente con mayor claridad que los demás?

—No, señor.

Ahora Black se sentía ostensiblemente incómodo.

—¿Conoce a fondo los cañones de campaña, los caballos, el barro, el mal tiempo?

Black estaba sudando.

—No, señor. Acabo de llegar aquí, señor.

—¿Se presentó voluntario para declarar?

—¡No, señor! —La respuesta le salió del corazón.

—Entiendo. ¿Es posible que usted sólo represente un determinado punto de vista, uno más bien imparcial? —insinuó Joseph.

—Me parece que imparcialidad es precisamente lo que buscamos, ¿no es así? —lo interrumpió Faulkner con frialdad—. Ha sido el consentir que las emociones y las opiniones personales prevalecieran sobre la disciplina y la lealtad lo que nos ha traído hasta aquí.

—Imparcialidad tal vez —dijo Joseph, consciente de que había enronquecido por la intensidad de sus emociones—. Pero no apatía, indiferencia ni, por encima de todo, ignorancia supina.

Le costó un esfuerzo enorme callar en este punto. A regañadientes, pese a que veía la trampa ante sí y conocía su naturaleza exacta, seguía haciendo equilibrios al borde del precipicio.

Faulkner sonrió.

—No tengo más preguntas para el soldado Black —dijo.

Hardesty se volvió hacia Black.

—¿Oyó alguna incitación al amotinamiento, soldado?

—¡No, señor!

—¿Sólo expresiones de disgusto por un accidente?

—¡Sí, señor!

Le permitieron retirarse y Faulkner procedió con quizás algo menos de aplomo. Interrogó a más testigos de errores de juicio militar, ignorancia o imprevisión, pero siempre se las ingeniaba para que parecieran infortunios que ocurrían sin cesar en combate, y a otros hombres además de a Northrup. Creó una elaborada imagen de hombres rencorosos que estaban desesperados por huir de la línea de batalla, por culpar a alguien de su sufrimiento, de su miedo y de su impotencia para evitar el terrible destino que les aguardaba.

Se levantó la sesión.

Joseph salió de la granja y fue andando solo hasta su refugio subterráneo. Era una caminata de más de seis kilómetros, pero quería disponer de tiempo para pensar. Si se hacía justicia, once de los doce hombres serían declarados culpables sólo de insubordinación, y eso si el tribunal se mostraba clemente; pero Howard Northrup no quedaría expuesto ante el ejército entero como un hombre arrogante e incompetente, un fracaso. Las circunstancias lo habían llevado a ocupar un cargo que le venía grande. Quizás un padre ambicioso que sólo veía lo que quería tuviera su parte de responsabilidad. Pero ¿qué clase de acto de justicia era obligarlo a admitir públicamente cada uno de sus propios errores y sus funestas consecuencias?

Joseph deseaba salvar a todos los acusados.

Avanzaba penosamente por el barro en el ocaso negándose a aceptar que eso fuese imposible. ¿Sería siquiera capaz de crucificar al general Northrup?

En caso contrario, su evasión, su cobardía condenaría a Cavan, a Morel y los otros. Y también traicionaría al resto del regimiento, a quienes confiaban en que él luchara por todos ellos y que verían su destino reflejado en lo que les ocurriera a los doce acusados; lo había percibido en sus ojos, en la tensión de sus movimientos, en las preguntas que no hacían. Creían conocerlo.

Quizás eso fue lo que lo decidió. Desmontaría las defensas de Howard Northrup y de su padre, en la medida en que fuese necesario. Pondría cuidado en no decir nada más que la verdad. ¡Qué mal trago!

¡No, no lo sería! El hecho de que en opinión de un hombre algo fuese verdad, o parte de una verdad, no le impedía juzgar si convenía decirlo o no. La decisión seguía estando en sus manos. Sería el colmo de la hipocresía escudarse tras la moralidad en lugar de defenderla.

Llegó a las líneas, tomó una cena frugal a base de estofado y pan duro y enmohecido, y luego caminó por el barro hasta su refugio. Estuvo un rato leyendo y finalmente se durmió pasadas las tres de la madrugada con una súplica resonando en su mente: «¡Padre, ayúdame!» Sin embargo, no sabía en qué podía consistir tal ayuda.

A la mañana siguiente, Faulkner volvió a interrogar a testigos seleccionados entre los hombres que llevaban poco tiempo en el frente y que no tenían ninguna lealtad personal para con Cavan ni Morel, como tampoco amistad con los demás hombres de los regimientos de Cambridgeshire.

Poco menos de media hora después, las preguntas de Faulkner empezaron a apuntar en la dirección que Joseph más había temido desde el principio.

¿Por qué, preguntaba Faulkner, si los doce hombres no eran culpables de los cargos que se les imputaban, habían escapado de su confinamiento y huido del campo de batalla con la intención de refugiarse en la neutral Suiza? Y lo que aún resultaba más interesante: ¿cómo se había producido la fuga?

Joseph se quedó helado hasta la médula. ¿Había subestimado a Faulkner pensando que no sabía que Judith y Wil Sloan los habían ayudado? ¿Estaba el fiscal buscando que alguien lo sacara a relucir? ¿Trataba de presionar a Joseph para obligarlo a mentir en su afán de protegerlos y así poder señalarlo como parte interesada que estaba haciendo lo posible para encubrir un delito por motivos personales?

¿Por eso habían elegido a Joseph para llevar la defensa del caso? ¿Porque tenía un punto flaco definitivo y habían contado con ello desde un principio? ¿Qué ciego, arrogante y estúpido había sido! ¿Una vez más se había metido en la boca del lobo por su propio pie, y de resultas de su temeridad iba a delatarlos! Y no sólo Cavan, Morel y los demás soldados, sino también Judith y Wil Sloan iban a pagar por ello con sus vidas.

Ahora estaba furioso, profunda y apasionadamente furioso. Sudaba a mares. Los sonidos de la sala parecían rugirle en sus oídos como si estuviese debajo del agua. Dudaba que los alemanes hubiesen avanzado lo suficiente para que la sala resonase y temblara de aquella manera.

Faulkner estaba interrogando a uno de los guardias que había custodiado a los prisioneros en la granja. El soldado le sostenía la mirada impertérrito mientras contestaba con toda exactitud a lo que le preguntaban.

—Sí, señor, el capitán Morel se negó a dar su palabra, señor, de modo que no tuvimos más remedio que encerrarlo.

—Pero por separado, no con los demás soldados, ¿verdad? —aclaró Faulkner.

—En efecto, señor.

—¿Y se escapó?

—Eso parece, señor.

Faulkner enarcó las cejas.

—¿Tiene alguna duda, cabo Teague?

—Sólo sé que por la noche él estaba encerrado y que a la mañana siguiente había desaparecido, señor —contestó Teague con cara de no comprender—. No parece probable

que lo raptaran.

En la sala se oyó reír por lo bajo.

Faulkner se sonrojó.

—¿Le parece gracioso, cabo? —inquirió con suma frialdad—. ¡Estamos investigando la muerte de un hombre!

—¡Santo Dios! —explotó Teague poniéndose muy pálido de repente. Levantó un brazo señalando hacia el noreste—. ¡Tenemos a mil hombres muriendo ahí fuera cada maldito día que pasa! —gritó—. ¿Un oficial idiota recibe un balazo limpio en el cerebro, o lo que tuviera dentro de la cabeza, y todos ustedes se indignan con su actitud de superioridad, como si no hubiese ocurrido antes? ¡No tengo la más puñetera idea de lo que le pasó y me importa un pimiento! —Hablabla en una voz cada vez más estridente, cargada de emoción—. Buenos soldados acabaron lisiados o muertos porque ese tipo era tan obstinado que no dejaba que nadie le explicase lo que no sabía. ¡Y pobres de ellos si lo intentaban! Si alguien les abrió la puerta, yo no sé quién fue. Me arrearon un golpe seco en el cogote, y no les guardo ni pizca de rencor, pero en ningún momento les vi la cara. —Volvió a levantar el brazo, pero esta vez para señalar a los acusados, aunque sin apartar su mirada desafiante de Faulkner—. ¿No tiene nada mejor que hacer que seguir discutiendo sobre estos pobres diablos? ¡Vamos a perder la guerra porque ustedes dispararán contra sus propios hombres!

El rostro de Faulkner ardía de rabia pero el general de división Hardesty intervino antes de que dijera nada.

—Cabo Teague, una de las razones por las que luchamos en esta guerra es que creemos en el imperio de la ley, no en la barbarie. Comprendemos que ver morir a sus compañeros, en algunos casos quizás innecesariamente, le haya afectado profundamente, pero ahora debe disculparse ante el tribunal por su falta de respeto y luego contestar a las preguntas del capitán Reavley, si es que tiene alguna que hacerle.

Teague tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse.

—Disculpe, señor —dijo con la voz estrangulada. Se volvió atentamente hacia Joseph. Cambió radicalmente su expresión de rabia por otra de respeto supremo.

Joseph se levantó, presa de un abrumador sentimiento de afinidad y de una ardiente voluntad de vencer.

La mayoría de los presentes en la sala deseaba que Joseph derrotara a Faulkner, pero ahora la soga de la ley se ceñía más en torno a los acusados que antes de que Teague hablara. El miedo por Judith enturbiaba el pensamiento de Joseph. ¿Todos sabían que era ella quien había rescatado a los prisioneros, del mismo modo que sin duda todos sabían que Northrup era un idiota? ¿Cabía pensar que algún soldado raso se viniera abajo y la delatase creyendo que así sería exculpado? Faulkner lo sabía, de eso estaba convencido. Se notaba en la postura de sus hombros, tensos como si se dispusiera a asestar un puñetazo, en el brillo de sus ojos y en el modo en que abría y cerraba los puños.

A Judith no la ejecutarían, pero la enviarían a prisión. Incluso después de todo lo que había hecho allí, de los años de privaciones y peligros que había soportado trabajando hasta el agotamiento, pasando hambre y viviendo en la inmundicia.

Pero la cárcel sería un deshonor y carecería de sentido. ¿Acabaría con ella esa experiencia? ¿La amargura ante tamaña injusticia le quebrantaría el espíritu?

—Cabo Teague —comenzó Joseph. ¿Qué podía preguntarle a aquel hombre que se mostraba tan ansioso por ayudar?

—Sí, señor —dijo poniéndose firmes con un sonoro taconazo.

—¿Usted custodió a estos hombres durante su encarcelamiento?

—Sí, señor.

El semblante de Teague reflejó una clara desilusión. Había esperado una pregunta más brillante.

A Joseph se le ocurrió una idea, un atisbo de esperanza.

—¿Les oyó hablar entre ellos?

Teague titubeó.

—Sí, señor. —Mantenia los ojos bien abiertos, confundido. Deseaba que Joseph lo guiase.

Había que hacerlo con un cuidado exquisito. El capellán respiró lentamente para serenarse.

—¿En todo momento fueron conscientes de que usted los oía?

—Pues... no, señor.

Bien. No se atrevió a sonreír; no debía alentarlos en modo alguno.

—¿En algún momento les oyó decir que tenían la intención de matar al comandante Northrup?

—No, señor.

Al semblante de Teague volvió a asomar la decepción, más profunda incluso que antes.

Faulkner hizo un gesto exagerado de desesperación. En la sala reinaba un silencio cargado de expectación. Joseph se lanzó:

—¿En algún momento les oyó decir que deseaban que el comandante hubiese escuchado el consejo de hombres más familiarizados con el campo de batalla, con los caballos, por ejemplo, o con la peculiar naturaleza de la arcilla de esta tierra?

Faulkner objetó pero Joseph hizo caso omiso.

—¿O sobre cuándo era más peligroso —prosiguió en voz alta y clara—, o menos, salir a la tierra de nadie para intentar recoger heridos o muertos? ¿O sobre el gas venenoso, el

fuego de los francotiradores, la visibilidad, cualquiera de las cosas que el resto de nosotros ha aprendido por experiencia a lo largo de estos años?

Teague entendió por fin adónde quería llegar.

—Sí, señor —respondió con cautela—. Sí, les oí decir que habría sido mejor que hubiese hecho caso pero que nadie conseguía que atendiera a razones. Era más terco que una mula... —Se sonrojó—. Disculpe, señor. Pero es que era un hombre inflexible y orgulloso. Los ignorantes a menudo lo son.

Hubo un instante de quietud absoluta en la sala, una especie de entumecimiento colectivo, como si todos soltasen el aliento a la vez sin apenas hacer ruido.

—¿Por qué querían que aceptase consejos, cabo? —Joseph necesitaba una respuesta contundente.

Teague pestañeó.

—Pues porque nos estaban matando o dejando malheridos —dijo sin dar crédito a la estupidez de la pregunta—. Ningún hombre que vea cómo matan a sus compañeros por las buenas se queda de brazos cruzados..., señor.

—¿Con eso quiere dar a entender que el ejército se sustenta en la lealtad para con los hombres que luchan a tu lado, cuyas vidas dependen de ti, y la tuya de ellos, incluso más que en la obediencia y la disciplina? —Joseph lo dejó doblemente claro.

—Sí, señor, así es —confirmó Teague—. No basta con obedecer. Cuando estás ahí fuera y te llueven balas de Jerry por todas partes, también hay que tener razón.

—Sí —admitió Joseph—. Sí, me consta. He recogido a muchos caídos en tierra de nadie.

—Sí, señor —murmuró Teague—. Sé que lo ha hecho. Y muchos de ellos aún viven.

Joseph le dio las gracias y dio por concluido su turno.

Faulkner tuvo el buen tino de no interrogarlo. La palidez de su rostro le resaltaba las pecas.

Hardesty volvió a preguntarle a Teague si estaba seguro de no saber quién había liberado a los prisioneros. Teague repitió que no tenía la menor idea.

Faulkner llamó al estrado a otros hombres, en concreto a quienes habían buscado a los fugados después, y les preguntó cómo pudo llevarse a cabo la fuga, sonsacándoles las respuestas que quiso. Había sido preciso un vehículo lo bastante grande para transportar a los once hombres y, por supuesto, un conductor. No se tenía conocimiento de ningún vehículo perdido ni abandonado. La conclusión era obvia: se había usado una ambulancia. Era el único vehículo en el que cabían todos.

La habitación parecía más caldeada, más pequeña, como si las paredes se hubiesen juntado y no hubiese aire suficiente para que todos los presentes respirasen.

Joseph aceptó la posibilidad de tener que mentir bajo juramento para defender a

Judith. ¿Sería capaz? ¿Podría jurar sobre la Biblia que tan bien conocía, no sólo en la espléndida versión poética del rey Jacobo sino también en la hebrea, la griega y la aramea?

Sí, podría. Las palabras eran poderosas y bellas, pero lo que importaba era lo que transmitían. ¿Qué valor tendrían todas las escrituras del mundo si él anteponía su bienestar emocional a lo demás y permitía que Judith sufriera, incluso que se viniera abajo, por hacer lo que ella consideraba en esencia lo correcto? Y el hecho de que todos los hombres del regimiento a quienes conocía, cuyas vidas y sueños, alegrías y muerte había compartido, pensarán lo mismo le facilitó el tomar la decisión. Pero en última instancia ellos no serían la causa ni podían cambiarla. Sí, llegado el caso miraría a Faulkner a los ojos y le mentiría de plano.

Judith se estaba preguntando lo mismo, y sin embargo no tenía tanto miedo como debería. Sabía el riesgo que corría cuando lo aceptó, y volvería a correrlo. Era por Cavan y Morel por quienes temía, y por los otros diez, no por sí misma. Sabía que Teague negaría conocer la identidad de quienes estaban detrás de la fuga.

Judith miró al general Northrup, y su semblante le dijo cuánto sufría. Ahora sin duda comprendía que todos los soldados presentes en la sala, cada uno de los hombres que bregaban a diario con el barro y se enfrentaban a la muerte en la batalla, arriesgarían su propia libertad, tal vez incluso su vida, mintiendo por los hombres acusados de la muerte de Howard Northrup. ¿Cabía mayor soledad, un fracaso más amargo?

Oyó cierto revuelo a su izquierda y se volvió para ver qué ocurría. Era Richard Mason. Como si éste hubiese intuido que lo miraba, posó la vista en ella. Debía de haber venido para informar sobre el consejo de guerra. Parecía cansado, pero no sólo físicamente, sino más bien como si fuese presa del hastío. A Judith le pasó por la cabeza la ridícula idea de que había resultado herido y lo que veía era la debilidad fruto del sufrimiento. Pero sabía que no era así. Lo había visto hacía demasiado poco como para que hubiese sufrido una herida grave y se hubiera recobrado a tiempo de estar allí ahora.

En cuanto hubo un receso, ella fue en su busca y vio que él también la buscaba a ella. Cuando por fin se encontraron fuera de la granja, a sólo unos metros de los demás corresponsales de guerra, conductores y testigos, a Judith no se le ocurrió qué decir. Enseguida supo, por el ángulo descendente de las finas arrugas del rostro de Mason y el cansancio de su mirada, que éste había perdido algo. De inmediato recordó lo que Joseph había dicho a propósito de un lado oscuro de Mason que le impediría hacerla feliz, y ahora la frialdad de esa idea la golpeó de lleno. Desde su último encuentro, su ardor había desaparecido como si alguna esperanza o confianza se hubiese visto traicionada.

De repente, ella se enojó. Toda esperanza podía verse traicionada, y toda confianza mancillada, utilizada y descartada. Eso no alteraba el valor de las cosas más apreciadas ni la necesidad de seguir luchando por ellas. ¿Cuál era la alternativa? ¿Negar que eran infinitamente valiosas, a costa del precio que fuese? No había alternativa, ninguna postura acomodaticia que mereciese la pena.

—Hola, Judith — saludó Mason en voz baja —. Joseph está dando más guerra de lo que

me hubiese imaginado.

—¿Qué pensabas que iba a hacer? —replicó Judith con inesperada amargura—. ¿Desmoronarse como un castillo de naipes? Deberías conocerlo mejor.

—Pues no luchar en una batalla que no puede ganar —contestó Mason, aunque casi en un susurro, como si le causara dolor.

Judith estudió su semblante, sus ojos, y no vio en ellos ni triunfo ni la fe en sus opiniones de antes, sino una sensación de pérdida que la asustó. Parecía algo muy inmediato, como si se lo estuvieran arrebatando mientras ella observaba.

—A veces las batallas no se ganan —contestó Judith, también en voz baja pero con una certidumbre inquebrantable—. Pero tu bando gana la guerra. Desaparecen personas, hay soldados que mueren. ¿Es que tú sólo luchas cuando sabes que vas a ganar? Eso me suena a cobardía.

Mason hizo una mueca de dolor.

—Elijo mis batallas —contestó—. No somos muchos los que luchamos en mi guerra. Cada baja cuenta.

—¿Cuál es tu guerra? —inquirió en tono deliberadamente desafiante. Escrutó su rostro moreno, sus marcadas facciones, los ojos ensombrecidos, la emoción contenida, y recordó los momentos felices que habían compartido, la ocasión en que él la había rescatado cuando se quedó paralizada por la impresión, atascada a un lado de la carretera, dentro de la ambulancia. Entonces la había tratado con una delicadeza que parecía indefectible, y la había reconfortado, devolviéndole la vida como un regalo.

También recordó el beso que le había dado; fue como volver a oler la calidez de su piel y el sabor de sus labios. La sensación de intimidad, la esperanza de un amor lo bastante fuerte para resistir al caos y al miedo, la abandonaron como la sangre en una hemorragia, despojándola de las pocas fuerzas que le quedaban. Judith le había dado más de sí misma de lo que era consciente, pero al hombre que Mason había sido antes de que su lado oscuro venciera.

—¿Cuál es tu guerra? —repitió—, ¿Por qué luchas? ¿O ya te has rendido?

—Por la cordura —contestó Mason con una mirada de profundo pesar—. Y sí, seguramente me he rendido. Tenía que hacerlo. Joseph no puede salvar a esos hombres, y si no va con cuidado te arrastrará con ellos en su caída.

Judith sintió que el miedo se apoderaba de ella, como un calambre en el estómago. ¿Iba a traicionarla Mason, pensando que la verdad valía más que la pérdida de una persona? ¿En qué creía exactamente? ¿Alguna vez lo había sabido ella, en realidad? Lo miró fijamente, buscando algún indicio, tratando de penetrar en su interior, de arrancarle la máscara y comprender los sueños y el sufrimiento que ocultaba.

—¡Judith! —exclamó Mason desesperado.

¿Qué quería? ¿Confianza? Ella no podía dársela. Dentro de él había un vacío oscuro e

ignoto que podía tragarse lo que más amaba: a Joseph, a Wil Sloan, a Cavan, a los hombres que había tratado como amigos todos aquellos años, los hombres que confiaban en ella. Si Judith los defraudaba tampoco quedaría nada de ella.

Se apartó de Mason con lágrimas en los ojos. No había nada que decir, nada que las palabras pudieran reproducir o envolver. O lo entendía ya, o era demasiado tarde.

Mason la observó alejarse con la sensación de una puerta que se cerraba ante sí dejándolo fuera. El golpe no fue inesperado. Le constaba que Judith había ayudado a los prisioneros a huir, y estaba exasperado con ella pero no sorprendido. Era una insensatez idealista e irreflexiva muy propia de ella. Todavía conservaba los mismos ideales heroicos que habían abrazado los jóvenes que marcharon a la guerra tres años atrás, creyendo hacer algo glorioso. Ahora, en su mayoría estaban muertos, lisiados, con neurosis de guerra, desilusionados. Rupert Brooke, la personificación de todos ellos, el insigne poeta, había muerto de septicemia antes de la batalla de Gallípoli. Ahora la poesía hablaba de realismo, de destrucción, de ira y pérdida. Sólo los soñadores como Judith se negaban a madurar, aferrándose a un espejismo casi transparente.

¡Igual que Joseph, por supuesto, que se esforzaba por defender lo moralmente justo y legalmente indefendible! Se hundiría en el intento como el capitán de un barco que naufraga.

Así pues, ¿por qué Mason, de pie bajo el sol, observando los descarnados hombros de Judith y el reflejo de la luz en sus cabellos, se sentía como si lo hubiesen expulsado del paraíso? El dolor lo cogió desprevenido dejándolo sin aliento, privándolo de esperanzas, y sin ellas estaba desnudo.

A primera hora de la tarde Faulkner concluyó su acusación. Era legalmente impecable, y él lo sabía. No cabía duda de que los doce acusados se habían amotinado, fueran cuales fuesen sus motivos, y que como resultado de su acto uno de ellos había matado de un tiro al comandante Howard Northrup, y no de manera accidental. Determinar cuál de ellos había disparado la bala que acabó con su vida era irrelevante en relación con los cargos. Se volvió hacia Joseph invitándolo a intentar una defensa.

Éste se levantó obligándose a mantener la calma, a conducirse como si supiese perfectamente lo que estaba haciendo. Aquélla era su última oportunidad.

Hardesty le hizo las preguntas habituales. ¿Los acusados deseaban declarar en su propio nombre? ¿Deseaban llamar a algún testigo?

—Dos de los acusados darán testimonio en nombre de todos ellos, su señoría — contestó Joseph—. Y tenemos dos testigos.

Dios quisiera que fuese la decisión acertada.

Se había devanado los sesos barajando todas las posibilidades. Había rezado pero ningún alivio había disipado la duda que lo atormentaba ni mitigado su miedo. Si era una señal de que la decisión era errónea, entonces no tenía ninguna respuesta. Cualquier alternativa era peor. Si las cosas no cambiaban de rumbo, los doce hombres acabarían en el

paredón.

Pero al menos Judith estaba a salvo. Al ver la tensa avidez de la sonrisa de Faulkner, Joseph tuvo claro que se le echaría encima en cuanto tuviera ocasión.

Hardesty asintió con gravedad.

—Muy bien. Proceda, capitán Reavley.

—Gracias, señoría.

En primer lugar llamó a Cavan al estrado. Confiaba en que el respeto que por fuerza infundiría incluso en Faulkner allanase el camino para hacer comprender la clase de lealtad que mantenía unido a un regimiento, así como la importancia de la moral para una unidad de combate. Parecía una vana y ridícula esperanza justo en ese momento, en el ambiente cargado de la atestada sala, con todos los ojos puestos en él, aguardando a que obrara un milagro.

Cavan dio bajo juramento su nombre y graduación, y declaró dónde había servido y durante cuánto tiempo. Joseph se había planteado enumerar algunos de los logros de Cavan, pero decidió que entonces daría la impresión de estar desesperado. Lo estaba, y Faulkner seguramente lo sabía, pero lo único que le quedaba para jugar era un farol.

Cuidadosamente, y con detalles verificables en los que no abundó, hizo que Cavan diera una lista de los hombres a quienes había tratado, con una descripción de las heridas que presentaban. Cada vez le preguntaba si sabía si los hombres en cuestión habían sobrevivido o no, y en caso afirmativo, si habían perdido algún miembro o la vista.

El tribunal escuchaba en silencio. Sus miembros conocían a todos y cada uno de los hombres que Cavan nombraba, un amigo, quizás incluso un primo o un hermano. Si Faulkner era incapaz de percibir el sentimiento que se palpaba alrededor, era que estaba verdaderamente anestesiado ante la vida. Como mínimo fue lo bastante prudente para no desafiar a Cavan.

—Gracias —dijo Joseph con gravedad. Se volvió hacia el general Hardesty—. Señoría, hay constancia de que cada uno de estos hombres resultó herido al obedecer una orden directa del comandante Northrup, cosa que no tendré inconveniente en pedir al coronel Hook que verifique. Voy a llamar a otros testigos para confirmar que el comandante impartió dichas órdenes en contra de lo que le aconsejaron hombres con más experiencia aunque de graduación inferior.

—Eso será necesario si desea que este testimonio tenga algún valor en el proceso, capitán Reavley —contestó Hardesty—. Por el momento lo único que ha conseguido ha sido ilustrar la tragedia de la guerra, cosa que lamentablemente todos conocemos demasiado bien.

—Todos excepto el teniente coronel Faulkner, señoría —respondió Joseph—. Tengo entendido que nunca ha presenciado una acción militar.

—¡Eso es irrelevante! —espetó Faulkner con el semblante muy pálido salvo por dos

manchas rojas en las mejillas—. Este consejo de guerra es para esclarecer los delitos de motín y asesinato, no para ensalzar o denostar el historial de los oficiales implicados, ni para comentar la tragedia que supone la muerte de soldados jóvenes.

—Es para evaluar las circunstancias, coronel Faulkner —contestó Hardesty fríamente—. Ya tendrá usted ocasión de refutar el testimonio del capitán Cavan, si así lo desea. —Se volvió hacia Joseph—. Prosiga, capitán Reavley. Le queda un largo trecho que recorrer para demostrar que todo esto es relevante por lo que respecta a los cargos.

Había una expresión de advertencia en su rostro, y también de tristeza. ¿Era por los muertos y heridos o porque creía que el capellán no iba a salir airoso?

Para Joseph fue el momento de la decisión. Se volvió de nuevo hacia Cavan.

—Cuando se dio cuenta de que el comandante Northrup no iba a aceptar el consejo de hombres más familiarizados con las condiciones y los peligros del campo de batalla, ¿qué hizo usted, capitán Cavan?

—Sabía que muchos otros hombres eran del mismo parecer que yo —contestó Cavan en voz baja—, en concreto el capitán Morel. Resolvimos recurrir a la fuerza para conseguir que el comandante Northrup entrara en razón. Queríamos darle un buen susto para que viera que no tenía elección. Morel ideó un plan que confiábamos en que serviría para que el comandante Northrup entendiera que era más sensato y también su deber asesorarse, y no dudé en manifestar mi acuerdo de inmediato.

—¿En qué consistía ese plan, capitán?

—En llevarlo por la fuerza a un lugar donde pudiéramos montar una parodia de consejo de guerra celebrado en el campo de batalla y acusarlo de la mutilación y la muerte de los hombres que sufrían a causa de su arrogancia —respondió Cavan—. Si le demostrábamos que era culpa suya, creíamos que estaría dispuesto a cambiar de actitud. Era un hombre estúpido, arrogante y poco preparado, pero también estaba asustado, y a mi entender tenía ganas de hacer las cosas bien, sólo que no sabía cómo. En realidad no estaba curtido como soldado, pero por otra parte casi ninguno de los hombres que sirven aquí lo estarían si tuvieran elección. —Hablabla con voz serena y clara, ocultando casi por completo su enojo—. Pensamos que era una buena salida para todos.

—¿Y por qué no lo fue, capitán Cavan? —preguntó Joseph. En la sala reinaba un silencio sepulcral. Nadie se movía ni para cambiar de postura.

Cavan tenía el semblante pálido pero se mantuvo rígidamente en posición de firmes, con los ojos fijos en Joseph.

—Estaba aterrado. Lo declaramos culpable de negligencia grave y seguimos adelante con la farsa de la ejecución. Lo consideramos necesario, en ese momento, por temor a que una vez libre faltase a su promesa. Todos cargamos munición de fogueo...

—¿De fogueo? —lo cortó Joseph bruscamente—. El ejército no cuenta con munición de fogueo. ¿De dónde la sacaron?

—De ninguna parte —dijo Cavan—. La preparamos nosotros mismos. Es bastante fácil.

—¿Es segura? —insistió Joseph—. ¿Cómo sabían que no iban a disparar proyectiles? Todo indica que se disparó uno.

—No, señor, es imposible. La bala que se disparó era munición real.

Cavan volvió a explicar con todo detalle cómo se fabricaba una bala de fogeo.

—¿Significa eso que uno de ustedes cambió su bala de fogeo por una de verdad después de que usted lo viera cargarla? —dedujo Joseph.

—Sí, señor.

—¿Se dio usted cuenta entonces?

—¡Por supuesto que no! —Cavan apretó los puños y la voz le tembló—. ¿Acaso piensa que queríamos llegar a esto?

—No, claro que no —contestó Joseph—. Pero tenemos que demostrárselo al tribunal. ¿Quién disparó la bala de verdad?

—No tengo ni idea, señor. Sólo sé que no fui yo.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—La cox que da el fusil al disparar una bala real es distinta. Lo habría notado. Con munición de fogeo no hay retroceso.

—Usted es médico —señaló Joseph—. ¿Cómo sabe qué se siente al disparar una bala de verdad?

Cavan se ruborizó levemente.

—También he combatido, señor. He disparado con fusil muchas veces.

Un murmullo recorrió la sala. Muchos sabían lo de su Cruz Victoria.

—Gracias, capitán Cavan.

Faulkner se puso de pie.

Joseph tragó saliva. Tenía la boca seca. Se sentó.

—Sí, gracias, capitán Cavan —dijo Faulkner con un amago de sonrisa—. No sé muy bien hasta qué punto creerme su historia, pero sólo se me ocurre una cosa más que preguntarle. A propósito de todos esos hombres y sus heridas, me figuro que sólo repetirá lo que ya nos ha referido. —Sonrió torvamente—. Sin embargo, me llama la atención que cuando sus once compañeros de conspiración en este... acto disciplinario suyo, decidieron escapar y huir a un país neutral, abandonando el frente de batalla, usted no se marchara con ellos. ¿A qué se debió, capitán?

—Había dado mi palabra de que no lo haría, señor —contestó Cavan.

—Y usted es un hombre de probado honor. —Faulkner imprimió a la frase sólo un

leve tono de interrogación—. ¿Tanto como para quedarse y enfrentarse a un pelotón de fusilamiento en lugar de faltar a la palabra dada?

—Sí, señor. Habría imaginado que como oficial usted lo habría entendido de sobras. —contestó Cavan con un ligerísimo desdén en su expresión.

Cavan no había visto la trampa, pero Joseph sí. Notó el picor del sudor en la piel y se le hizo un nudo en el estómago. Faulkner sonrió.

—Y lo entiendo, capitán, lo entiendo. ¿Quién organizó la fuga de los otros once hombres que estaban arrestados con usted?

El calor era sofocante en la habitación cerrada. Alguien cambió el peso de un pie al otro y una tabla crujió.

—Como bien ha señalado, señor —dijo Cavan—, soy oficial y di mi palabra. No estaba encerrado con los demás hombres. No vi cómo se marchaban ni tampoco quién los ayudó.

—Eso no es exactamente lo que le he preguntado, capitán Cavan —señaló Faulkner—. Mi pregunta ha sido si sabe quiénes fueron, no si los vio. Pero resulta que el capitán Morel se marchó, y él tiene la misma graduación que usted, ¡la de oficial! ¿No estaban confinados juntos?

—No, señor. El capitán Morel estaba con la tropa.

—¿En serio? ¿Y eso por qué?

—Tendrá que preguntárselo a él, señor.

—Lo haré. Aún no ha contestado a mi pregunta respecto a quiénes llevaron a cabo ese... rescate. Puedo aceptar que no los viera. ¡Le pregunto si sabe quiénes eran!

Joseph se puso de pie, con las piernas entumecidas.

—¡Señoría! —dijo a Hardesty levantando la voz en exceso—. Si el capitán Cavan no vio quiénes eran, no puede saberlo. Cualquier otra cosa sólo sería una conjetura hecha con cierto fundamento, o basada en lo que un tercero haya dicho, y no constituiría una prueba. —Lo expresó torpemente al olvidar la terminología legal.

—En efecto —corroboró Hardesty. Miró a Faulkner—. Puede considerarlo un acto reprehensible, coronel, pero los testimonios de oídas carecen de validez. El capitán Cavan le ha dicho que fue encarcelado por separado y que no vio a nadie. Ésa es la respuesta a su pregunta. Pro siga.

—No tengo más preguntas —dijo Faulkner de manera cortante—. Para este testigo.

Ahora le tocaba el turno a Morel. Se puso tan rígido como Cavan, pero estaba mucho más flaco, casi en los huesos, con el rostro enjuto y los ojos negros hundidos.

Joseph notaba tal opresión en la garganta que no podía tragar. Tuvo que carraspear para hablar.

—¿Desea refutar o matizar algo de lo que ha declarado el capitán Cavan, capitán

Morel?

—No, señor —respondió Morel con voz ronca. Irguió aún más la espalda.

Joseph sabía que en primer lugar debía abordar el asunto de la fuga. El secreto y el miedo a la traición eran como una bomba a punto de estallar en la sala.

—Cuando les arrestaron y encarcelaron en la granja, usted se negó a dar su palabra de que no escaparía. ¿Contaba con que le rescatasen? —preguntó.

—No, señor.

—¿Sabe quién le rescató?

Morel titubeó. Estaba tan tenso que se balanceaba un poco debido a su esfuerzo por mantener la compostura. Sabía que tenía que resultar convincente. El capellán le había dicho que todo dependía de aquello.

—Sí, señor.

Joseph oía su propia respiración en el silencio reinante. Las paredes parecían hincharse y deshincharse como el pecho de un monstruo durmiente.

—¿Quién fue?

—Me niego a decirlo, señor. Arriesgaron su vida por nosotros, y nosotros no traicionamos a nuestros propios hombres.

—Cierto. —Joseph notaba en el pecho los latidos de su corazón—. ¿Disparó usted la bala que mató al comandante Northrup?

—No, señor.

—¿Sabe quién lo hizo?

—Sí, señor.

—¿Y también se negará a decirnos eso?

—No, señor. No actuó por el bien del regimiento ni para salvar la vida de sus hombres. Fue una venganza personal por un asunto civil, y aquí estaba fuera de lugar.

—¿Quién fue?

—El cabo primero John Geddes, señor.

Se oyeron movimientos en la sala, voces ininteligibles. Hardesty se sobresaltó.

Faulkner se quedó aturdido, irritado.

—¿Y cómo es que lo sabe, capitán Morel? —preguntó. Joseph levantando la voz.

—Le oí contar toda la historia cuando regresábamos de nuestra huida —respondió Morel—. Será fácil de corroborar. Cuento con que el general Northrup, que está presente en este tribunal, confirme buena parte de esa historia, ya que ocurrió en el pueblo donde viven él y su familia, así como la de Geddes. Entiendo que será doloroso para el general

Northrup, pero estoy convencido de que no mentirá.

Unos cuantos hombres se volvieron hacia Northrup, que permanecía sentado con la espalda erguida y el rostro ceniciento.

—El motivo quizá resulte fácil de comprobar —admitió Joseph con voz ronca. Detestaba hacer aquello, pero era consciente de que debía plantear todas las objeciones antes de que lo hiciera Faulkner, morder primero para sacar el veneno—. Pero no demuestra que Geddes sea culpable. ¿Por qué iba a confiarle eso? Si en efecto era culpable, ¿por qué ha regresado para someterse a juicio en vez de seguir con su plan de huida sin más? ¿Acaso no estaba fuera de la jurisdicción británica cuando tomó esa decisión?

—Sí, señor. —Morel se mantuvo imperturbable. Ahora todo el mundo estaba pendiente de él—. Se hallaba en territorio alemán, señor —prosiguió Morel—. Herido, solo, muerto de hambre y sin saber hablar el idioma. Si los alemanes lo hubiesen capturado, me parece que lo habrían tratado como a un espía. Quizá no lo habrían matado de un disparo limpio, y nosotros al menos podemos hacer eso por él.

—¿Por qué sabe todo esto, capitán Morel?

—Yo estaba allí, señor.

—¿Tenemos la palabra de alguien más a ese respecto, aparte de la suya?

—Sí, señor. —Una vez más Morel permaneció impassible—. Hay un buen puñado de oficiales franceses que podrían declarar sobre varios puntos de nuestro viaje. Y usted mismo podría dar testimonio de él.

El asombro recorrió la sala con un murmullo de voces, sonaron uno o dos gritos ahogados. El general de división Hardesty se inclinó hacia delante.

—¿Es verdad eso, capitán Reavley? —inquirió.

—Sí, señoría.

—¿Y está dispuesto a declarar? Si lo hace, estará sujeto, como es lógico, a ser repreguntado por la acusación.

Joseph carraspeó. No tenía elección. Se había esforzado por evitarlo desde el principio, pero ahora le resultaría imposible sin quedar como un mentiroso.

—Sí, señor —dijo con voz áspera.

—Muy bien. Después de que el teniente coronel Faulkner haya interrogado a los testigos de la defensa, presentará usted su testimonio.

Faulkner no sonsacó nada más a Morel que pudiera serle útil, y Hardesty aplazó la vista hasta el día siguiente. Joseph pasó casi toda la noche en vela, tratando de pensar en el modo más seguro de presentar las pruebas que necesitaba. Todo dependía de la buena comprensión de la moral de la tropa, de las lealtades que unían a los hombres, de su confianza en Morel y de la conciencia que éste tenía de ello, de lo comprometido que se sintiese. Su propio testimonio a ese respecto era inútil. Faulkner lo tildaría de interesado y

lo descartaría. Sólo los hombres como Morel podían saber en qué creía y por qué.

Ser juzgado por sus iguales. La frase acudió a su mente con deslumbrante claridad. Seguía siendo sólo una oportunidad. Faulkner aún podría conseguir que alguien cayese en una de sus trampas y dejase al descubierto a Judith y, por supuesto, a Wil Sloan. Aunque como éste era estadounidense, las consecuencias quizá fuesen menos severas para él.

Finalmente, cuando el cielo comenzaba a iluminarse por el este, Joseph se durmió.

* * *

14

Por la mañana comenzó por interrogar a su primer testigo, Snowy Nunn, que apareció limpio y atildado. Contestaba con sorpresa a su nombre de pila, casi como si no lo reconociera. Lo habían llamado Snowy desde antes de que aprendiera a hablar.

—Soldado Nunn —comenzó Joseph, con una sensación extraña por dirigirse a él con tanta formalidad.

—Sí, señor.

Snowy estaba tan rígido que Joseph veía la tensión de la tela del uniforme debido a la postura forzada.

—¿Cuánto tiempo lleva en el ejército?

—Desde otoño del catorce, señor. Me alisté de inmediato.

—¿Por qué?

Snowy se mostró sorprendido.

—Era lo que había que hacer, señor. Igual que todo el mundo, señor, ya lo sabe. Usted también lo hizo. Y su hermana, para conducir ambulancias.

—Sí, claro que lo sé —confirmó Joseph—. Pero quizás el general Hardesty y los demás oficiales del jurado no lo sabían. Además, por supuesto, del teniente coronel Faulkner. ¿Significa eso que ha tenido trato con los acusados durante todo este tiempo?

—Sí, señor, con la mayoría. A los demás los conozco desde el verano del quince, justo después de que comenzaran los ataques con gas. Vinieron a reemplazar... —tragó saliva—, a algunos de los que perdimos.

—¿Desde cuándo conoce al capitán Morel, por ejemplo? Faulkner se puso de pie y se dirigió al general Hardesty más que a Joseph.

—Señoría, la acusación no tiene inconveniente en admitir que el soldado Nunn, y como él la mayoría de los hombres de los condados de Cambridge, se conocen entre sí y son más leales a los hombres de sus propios pueblos que a su rey y su país, o a las leyes que de ellos emanan. Supone una intolerable pérdida de tiempo para este tribunal que un testigo tras otro tenga que dar fe de ello.

Hardesty se mostró sumamente descontento. A su lado, Apsted hizo una mueca.

—Señoría —respondió Joseph—, me opongo categóricamente a que el teniente coronel Faulkner afirme que cualquier hombre del regimiento de Cambridgeshire es más leal a sus compañeros de armas que a Su Majestad o a Inglaterra. En el campo de batalla la lealtad de un soldado es para con los hombres que luchan a su lado y para aquellos de quienes es responsable. Combatimos por el rey y la patria, entregamos nuestra vida cuando es necesario, sufrimos heridas, privaciones y a veces un dolor atroz, pero lo hacemos aquí. Éstos son los hombres cuyas espaldas cubrimos, cuyas vidas salvamos y en cuyas manos

está la nuestra, cuyas raciones compartimos y cuyas hemorragias intentarnos contener. Son quizá quienes nos traerán de regreso de la tierra de nadie, muertos o vivos. Aquí la lealtad no es una idea, señoría, es el precio de la vida.

Se oyó un murmullo de aprobación entre la concurrencia. Un hombre levantó la mano y manifestó su acuerdo a voz en cuello.

—¡Por el amor de Dios! —espetó Faulkner—. Éste no es lugar para sermones. Aquí tratamos con hechos ciñéndonos a la ley, no al sentimentalismo. Nos damos perfecta cuenta de que el capellán no es muy imparcial, y quizá debería decir que no lo es en absoluto. Procede del mismo pueblo y conoce a estos hombres de toda la vida. No pongo en duda su honestidad pero sí su capacidad para distinguir entre la ley y sus lealtades personales.

—Gracias por no cuestionar mi honestidad —comentó Joseph con considerable sarcasmo—. El mero hecho de sacarlo a colación sugiere que podría hacerlo.

—Si me da motivos, lo haré, señor —señaló Faulkner—. Tengo entendido que el capitán Morel era alumno suyo cuando enseñaba la Biblia en Cambridge, y que una de las conductoras de ambulancia más conocidas es su hermana. Sus lealtades personales son lo bastante profundas como para que mis dudas estén justificadas, capitán Reavley.

El ataque contra Judith había llegado por fin, y no responder a él sería un signo inequívoco de su vulnerabilidad. Joseph no osó pasarlo por alto. Faulkner había formulado el desafío con mucha astucia y discreción, y de forma lo bastante indirecta para que no lo pareciese. No obstante, estaba claro que lo era. Joseph había caído en la trampa. ¿Acaso había habido modo de evitarlo?

—Mi hermana es conductora de ambulancia —confirmó—. Y sí, el capitán Morel fue uno de mis alumnos, de lenguas bíblicas, en realidad, no de la Biblia en sí. Y desde luego conozco de toda la vida a la mayoría de los hombres del regimiento, y si no a ellos, entonces a hombres exactamente iguales que ellos, de pueblos como el mío. Eso me da un mayor criterio para entenderlos que el que tiene usted.

—¡Yo entiendo de leyes, señor, y cada vez parece más obvio que usted no!

Hardesty abrió la boca bruscamente como para decir algo. El lápiz que Apsted retorcía entre sus manos se rompió con un sonoro chasquido.

Había llegado el momento de que Joseph jugara su única baza. Miró a Faulkner sin pestañear.

—Una de las pocas cosas que sé acerca de la ley, y que siempre he admirado, es que todo hombre tiene derecho a que lo juzgue un tribunal formado por sus iguales. No por hombres de una posición superior o inferior a la suya, o de otra clase y condición, o que nunca hayan recorrido la misma senda que él y no sepan nada de su fe, de las tribulaciones a que se ha enfrentado ni de la carga que ha soportado. No pueden juzgarnos con justicia ni los arrogantes ni los ignorantes. Confío en demostrar que no soy tan parcial como para no distinguir la verdad, pero sí lo bastante como para entenderla, y también a los hombres que han vivido y han muerto por ella. —Recobró la compostura. Tenía que hacerlo—. Y eso

incluye la aflicción del general Northrup, su deseo de que se haga justicia, y quizá sus ansias de venganza, su parte de culpa al colocar a su hijo en un rango y una posición para los que no estaba preparado, y que en última instancia acabaron con él. Y también al comandante Northrup, que sufrió una muerte desgraciada a manos de unos hombres que no le entendían y en unas circunstancias que escapan al control de cualquiera de nosotros.

Faulkner estaba furioso.

—¡Señor, abusa de su posición! Usted es capitán. Es un cura de uniforme porque el ejército debe ofrecer consuelo espiritual a los hombres que se enfrentan a la muerte. No tiene derecho ni atribuciones para juzgar a sus oficiales superiores, ni las aptitudes para el combate o el historial de ningún soldado. Insultar al general Northrup desde la seguridad que le confiere su puesto en este tribunal es un acto despreciable. Espero que este tribunal estime adecuada amonestarle.

Hardesty estaba pálido, con el gesto crispado.

—Teniente coronel Faulkner, ejerceré mi propia disciplina, y no la que usted exija, señor.

Aguardó, pero Faulkner no se disculpó. Agachó la cabeza e irguió los hombros como si deseara dar un paso atrás, pero la sala estaba atestada y los hombres se apretujaban entre sí, de modo que no tenía adónde ir.

Hardesty se volvió hacia Joseph.

—¡Por favor, capitán Reavley, haga sus preguntas de una vez! ¿El soldado Nunn tiene algo que aportar o no?

—Sí, señoría —respondió Joseph, rezando para que fuese verdad. Miró a Snowy, haciendo lo posible por ocultar la impotencia que sentía. Ahora dudaba que haberlo llamado a declarar hubiese sido sensato; de hecho, se preguntó si toda su estrategia, que durante la noche le había parecido acertada, había sido en realidad una idea desastrosa—. Soldado Nunn, ¿conoce a todos los hombres aquí presentes acusados de motín y asesinato?

El semblante de Snowy estaba casi tan descolorido como su pelo. Miró a Joseph con fijeza, buscando desesperadamente un indicio de lo que debía decir. Joseph no se atrevió a darle ninguno; Nunn era tan transparentemente honesto que lo revelaría de inmediato.

—¿Los conoce? —repitió Joseph—. Limítese a contestar la verdad.

Snowy se relajó un poco.

—Sí, señor.

—¿Incluido el capitán Morel?

—Sí, señor.

—Usted es soldado raso, él es capitán; ¿de qué le conoce, aparte de obedecer sus órdenes?

Snowy vaciló, sin saber hasta qué punto Joseph quería que hablara.

—Su hermano Tucky murió hace poco —le apuntó Joseph. Snowy se balanceó como si le faltara el aire.

Joseph aguardó. Se sentía cruel, pero no ignoraba que lo peor aún estaba por venir.

—Sí, señor. Le dispararon cuando saltó el parapeto —contestó Snowy. Volvió a tomar aire estremeciéndose—. Supongo que fue entonces cuando conocí al capitán Morel un poco mejor. Fue... fue muy bueno conmigo. Entendía cómo me sentía. Tucky y yo... —Se interrumpió de nuevo, incapaz de proseguir.

Joseph acudió en su rescate.

—Estaban muy unidos. Lo sé. Me parece que todos sabemos lo que es perder a alguien, consolarse unos a otros..., la responsabilidad.

Faulkner se puso de pie.

—¡Sí, señor! —dijo Snowy levantando la voz y adelantándose a Faulkner—. El capitán Morel se lo tomaba muy a pecho cuando uno de sus hombres moría... o caía herido. Es un buen hombre, señor. Espero...

Se calló de repente, consciente de que había faltado poco para que hablara demasiado. Se puso rojo como un tomate.

Hardesty esbozó una sonrisa, poco más que un enternecimiento de la mirada.

—También yo lo espero —dijo Joseph en voz baja—. Es mi responsabilidad cuidar de mis hombres, y haré cuanto pueda para cumplir con ese deber. Según su parecer y experiencia al servir bajo sus órdenes, ¿tenía el capitán Morel ese mismo sentido del deber para con sus hombres, soldado Nunn?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Faulkner, fuera de sí—. ¡Ésa es una pregunta estúpida y tendenciosa! ¡Este hombre es un soldado raso! Dudo mucho que vaya a decir «no». ¡Está hablando de su oficial! Un oficial que además dio muestras de compadecerlo cuando mataron a su hermano. ¡Señoría! —apeló a Hardesty.

Joseph se anticipó a ambos.

—También es una oportunidad excelente para hacer méritos ante sus nuevos superiores y al mismo tiempo vengarse si considera que el capitán Morel no estaba como líder a la altura que él esperaba. El soldado Nunn arriesga mucho más si habla a favor de él que en su contra, señoría.

—Un argumento excelente, capitán Reavley —concedió Hardesty. Miró a Snowy—. Soldado Nunn, cuéntenos, por favor, con sus propias palabras, no las del capitán Reavley, cuál es su opinión sobre el capitán Morel como oficial.

—Sí, señoría. —Snowy se puso muy derecho—. Era un soldado duro y no le gustaban las insolencias, pero sabía entender las bromas como todos los demás. Esperaba que obedecieras, que entraras en acción al instante, digamos, nada de hacer el vago, nada de dudar en el momento en que habías saltado el parapeto. Quería que vigilaras a los tuyos,

que socorrieses a los heridos, que trajeses a todo el mundo de vuelta si podías. Siempre velaba por sus hombres. Si eras leal con él, él era leal contigo, a muerte. Señoría.

—Gracias, soldado Nunn.

Hardesty miró a Joseph.

Joseph vaciló por un instante. ¿Qué era mejor, abundar en lo que Snowy acababa de decir o dejarlo estar, como si Hardesty ya hubiese hecho bastante? Dejarlo estar. Mostrar deferencia hacia él sería más sensato.

—Gracias —dijo Joseph en voz alta—. Eso era precisamente lo que yo quería dejar claro, señoría. —Incómodo, sin tenerlas todas consigo, se sentó.

Faulkner se levantó. Miró a Snowy con cansino desagrado.

—¿Opina que amotinarse está mal, soldado Nunn? O mejor deje que lo plantee así: ¿usted le guarda lealtad a su país o al regimiento de Cambridgeshire?

—Viene a ser lo mismo, señor —contestó Nunn.

—Bueno, puede que Cambridgeshire sea todo su mundo, soldado Nunn, ¡pero le aseguro que hay mucho más que eso en Inglaterra!

—Supongo que sí —dijo Snowy impasible—. Pero lo único que conozco es Cambridgeshire y esto de aquí, y a lo mejor es todo lo que llegaré a conocer. Con Cambridgeshire me conformaría.

Esto suscitó un murmullo de aprobación entre los hombres presentes en la sala.

—¡Así que su lealtad es para un capitán de Cambridgeshire antes que para el rey! —lo retó Faulkner, con el rostro congestionado.

—No conozco al rey, señor —repuso Snowy sin pestañear—. Y el capitán Morel es de algún lugar de Lancashire.

Faulkner permaneció inmóvil, incapaz de decidir si valía la pena continuar por un camino que no parecía conducir a ninguna parte.

Joseph también aguardó, aterrado ante la posibilidad de que Faulkner prosiguiera y se las arreglase para que Snowy se equivocase o, peor aún, perdiera los estribos. El soldado estaba estrechamente unido a Morel y, a través de él, a todos los acusados. Sería desastroso. Joseph miró de hito en hito a Snowy, procurando infundirle serenidad.

—Soldado Nunn —dijo Faulkner de nuevo—, le pregunto si aprueba el amotinamiento. Un simple «sí» o «no» bastará.

—Nunca he pensado en ello, señor —contestó Snowy—. Confío en el capitán Morel. Lo conozco. Saltaría el parapeto cada vez que me lo pidiera. En realidad ya lo he hecho. Él no lo ordenaría si no fuese necesario. Sabe lo que hace y respeta a sus hombres, señor. Como ellos a él.

—Eso no es lo que... —comenzó Faulkner.

—Ésa es la mejor respuesta que va a obtener, coronel Faulkner —le dijo Hardesty—. Si tiene más preguntas para el soldado Nunn, fórmúelas.

—No, señor. Según parece es inútil hacerle más preguntas. Salvo una. Soldado Nunn, ¿tiene idea de por qué, de entre todos los acusados, sólo el cabo primero Geddes deseaba matar al comandante Northrup? Ya que al parecer conoce tan bien a todos sus compañeros, sin duda lo sabrá.

—No, señor, no lo sé —contestó Snowy—. Pero creo que el cabo primero Geddes no es estúpido. Si tenía un buen motivo para pensar algo así, no sería tan bobo como para contármelo. Sabría que yo no estaría de acuerdo, señor. —Su respuesta rayaba en la insolencia.

Faulkner se dio por vencido.

—Eso es todo, soldado Nunn. —Miró al comandante de división Hardesty—. Señoría, puesto que la defensa sostiene que sólo el cabo primero Geddes es culpable de asesinato, tal vez el capitán Reavley nos presente un testimonio creíble sobre sus posibles motivos. Yo mismo interrogué a Geddes y él lo negó todo. El capitán Morel no merece mi credibilidad por ser parte interesada, ya que su propia vida está en juego. A lo mejor el capitán Reavley se avendría a prestar declaración, ya que al parecer estaba presente cuando Geddes presuntamente confesó el crimen. Luego, en interés tanto de la ley como de la justicia, yo le repreguntaría sobre su testimonio.

La trampa estaba tendida. Joseph no podía rehusar so pena de dar a entender que negaba lo que Morel había dicho, cosa que desbarataría toda su defensa. Y una vez que Faulkner re— preguntase a Joseph, hallaría el modo de volver a sacar a colación la fuga. ¿Podía mentir Joseph? Y si lo hacía, ¿pondría en peligro los argumentos expuestos por la defensa?

No tenía elección.

—Sí, señoría —contestó a Hardesty—. Por supuesto.

Prestó juramento y contó sucintamente todo lo que Geddes había referido durante el largo viaje de regreso. Nadie lo interrumpió.

—Un relato sumamente interesante —comentó Faulkner al final—. ¿Le creyó usted, capitán Reavley? ¿O debo llamarle capellán, en este caso?

—Si a lo que se refiere es a si estoy violando el secreto de confesión, la respuesta es que no. Recuerde, señor, que el capitán Morel también estaba presente.

—Ah, sí, por supuesto, su ex alumno, el capitán Morel. Es usted un hombre muy leal, capitán Reavley. ¿Cómo se compara su lealtad a su vocación, la verdad y el honor del que tan elocuentemente nos ha hablado, con la lealtad al conductor de ambulancia que ayudó a huir a los amotinados y, por supuesto, al asesino Geddes?

En la sala cesó todo movimiento. Las miradas se centraron en Joseph.

Éste clavó la vista en Faulkner. Lo aterraba la idea de mirar a Judith sin querer. El más

leve tropiezo, incluso una palabra, y Faulkner lo tendría en sus garras.

—No sé quién les ayudó a escapar, coronel —dijo.

—Vamos, hombre —gruñó Faulkner de manera cortante—. ¿Tamaño falta de sinceridad no equivale a mentir desde un punto de vista moral? Quizás haya tenido sumo cuidado de evitar que alguien le transmitiera esa información, pero ¿le está diciendo al tribunal que realmente no sabe quién fue? ¡Piense muy bien dónde residen sus lealtades, capellán!

—No le falta razón —admitió Joseph. Notaba el sudor que le corría por la cara. Relajó las manos conscientemente. ¿Tendría miedo Judith de que la delatara, incluso sin querer?—. Me he guardado muy mucho de enterarme de quién lo hizo. Y me he salido con la mía —afirmó con serenidad—. Puedo hacer conjeturas, pero, como usted mismo ha señalado, casi toda la información que llega a mis oídos la recibo en confesión y no puedo repetirla. Aunque tampoco es que alguien se haya confesado de eso.

—¿Y no considera su deber como oficial denunciar semejante delito? —preguntó Faulkner con fingido asombro.

—No, señor. Considero mi deber como oficial perseguir a los hombres que escaparon y traerlos de vuelta para someterlos a juicio. Y eso es lo que hice. Enmendé la situación sin traicionar ninguna confianza.

—¿Traerlos de vuelta para que los juzgasen y posiblemente los ejecutasen no fue traicionar su confianza? Me asombra usted —dijo Faulkner con mucho sarcasmo.

—Les convencí de que regresaran por voluntad propia —lo corrigió Joseph notando que se sonrojaba—. Para que los juzgaran. Creo que son inocentes tanto de motín como de asesinato, y espero que este tribunal llegue a la misma conclusión.

—¡Excepto Geddes! ¡Él no vino motu proprio!

—Confesó un asesinato. Eso es distinto.

—¿No es de su pueblo, capellán?

—No.

Joseph sabía lo que venía a continuación. Pero al menos habían dejado de lado el asunto de la fuga, de momento.

—¿Podría ser ése el motivo de su culpabilidad?

—Si está insinuando que todos los hombres de Gloucestershire son asesinos, es ridículo —replicó Joseph.

—Lo que insinúo, señor, es que su lealtad hacia sus hombres prevalece sobre su sentido del honor y la sensatez. Combatir juntos en estas atroces circunstancias, y con cifras de bajas tan espantosas, ha trastornado su discernimiento y el equilibrio de su raciocinio. Sólo contamos con su palabra y la del capitán Morel para establecer la veracidad de los hechos presuntamente acaecidos en el pueblo natal del comandante Northrup.

—¿Son éstas las últimas preguntas que va a hacerme?

Joseph se encontró con que le temblaba la voz y sentía un hormigueo en los dedos. Tenía ante sí la última baza, la que había esperado evitar desde el principio.

—Lo son —respondió Faulkner radiante de satisfacción. Joseph se volvió hacia Hardesty.

—Señoría, tengo que llamar a declarar a un último testigo que podrá corroborar la mayor parte de lo que he dicho.

—¿Quién es, capitán Reavley?

—El general Northrup, señoría.

Hardesty, sorprendido, lo miró con los ojos como platos.

Joseph le sostuvo la mirada. El hecho de que hubiese tomado la decisión no mitigaba la repugnancia que le producía.

—Muy bien —convino Hardesty—. General Northrup. Acuda al estrado. —Fue una orden, no una petición. Ninguno de ellos tenía elección.

Lentamente, como si todo el cuerpo le doliera, el general Northrup se puso de pie y dio unos pasos, con la espalda erguida y los hombros tensos. Prestó juramento y se volvió hacia Joseph. No había un solo rasgo de afabilidad en su expresión, ninguna súplica silenciosa de compasión. Parecía un hombre momentos antes de su ejecución. Se diría que Faulkner lo había convencido de que Joseph adolecía de una parcialidad abyecta y despreciaba la justicia, cegado por la lealtad a sus hombres tanto si eran culpables como inocentes.

Joseph flaqueó. Deseaba con todas sus fuerzas demostrarle que se equivocaba. Tenía compasión, honor, sentido de la justicia. Pero ahora su cometido era luchar por sus hombres, y eso no dejaba lugar para apiadarse de Howard Northrup y ocultar sus faltas. Quería que el general Northrup lo supiera, que lo comprendiera. Al mismo tiempo se dio cuenta de que lo importante era hacer lo correcto, mientras que ser visto haciéndolo era un lujo, incluso un capricho, algo del todo irrelevante.

—General Northrup —comenzó con voz más firme de lo que esperaba—, tenga la bondad de confirmar al tribunal que usted vive en Wood End Mano; en Gloucestershire, y que su hijo, el comandante Howard Northrup, se crio y vivió allí hasta el estallido de la guerra en 1914.

—Es correcto —respondió Northrup con frialdad.

—¿La familia del cabo primero Geddes vivía en el mismo pueblo entonces?

—Sí.

—¿El padre del cabo primero Geddes emprendió un negocio asociado con el comandante Northrup?

El general Northrup se puso tenso, con el rostro enrojecido.

—Yo no me metía en los asuntos económicos de mi hijo —contestó en voz baja.

Joseph detestaba verse obligado a seguir, pero habló con voz totalmente firme.

—Todos los hombres del tribunal comprenden su deseo de proteger el nombre de su hijo, señor, pero está bajo juramento y la vida de otros hombres depende de su sinceridad; son hombres valiosos, soldados como usted mismo. ¿Jura por su palabra de oficial que en ninguna ocasión participó, económicamente o de otro modo, en los negocios de su hijo?

El rostro de Northrup se puso escarlata.

—Yo... le presté dinero cuando fue... necesario. Una o dos veces. No... no habitualmente, señor.

—¿Sería falso afirmar que le consentía muchos de sus deseos y que cuando gastaba más de la cuenta usted pagaba sus deudas? —insistió Joseph—. ¿O nunca hizo usted cosa semejante?

—Lo hice... por una cuestión de honor —aseveró Northrup con fiereza. Los ojos le centelleaban en unas cuencas tan oscuras que parecían agujeros en los huesos del cráneo. Había envejecido lo indecible en las semanas transcurridas desde que hallaran el cadáver de su hijo.

—¿La familia Geddes perdió su hogar?

Northrup levantó la mano de golpe. Tomó aire como si se dispusiera a negarlo pero luego guardó silencio.

—¿La familia Geddes sigue viviendo en la casa donde se crío el cabo primero Geddes? —insistió Joseph—. Si es preciso podemos averiguarlo, pero eso retrasará el proceso, seguramente en balde. La respuesta será la misma. ¿Se trata de algo que desea ocultar?

Faulkner se puso de pie y Hardesty le indicó con una seña brusca que se sentara de nuevo.

—No, señor —respondió Northrup en voz muy baja—. Tengo entendido que fueron desahuciados.

Joseph formuló la siguiente pregunta con sumo cuidado.

—¿El negocio de su hijo tuvo éxito o fracasó?

—Fracasó.

Joseph percibía la tensión de Faulkner en su asiento, como si estuviese listo para ponerse de pie de un salto en cualquier momento. No dejaría pasar el menor desliz.

—¿Es posible que el cabo primero Geddes creyera que el comandante Northrup tenía la culpa, tanto si era cierto como si no?

—Es... —Northrup tragó saliva. Una chispa de gratitud asomó brevemente a sus ojos—. Es posible que lo creyera, sí.

—Gracias, general Northrup. Es cuanto tenía que preguntarle, señor.

Faulkner se levantó bruscamente, y al reparar en el rostro ceniciento de Northrup volvió a sentarse lentamente.

—No tengo nada que añadir a este... fiasco —dijo, claramente molesto.

Hardesty miró a Northrup.

—Gracias, señor —dijo en voz baja—. Este tribunal tampoco tiene nada más que añadir.

En una sala electrizada por la hostilidad, Faulkner pronunció su alocución final exigiendo justicia contra un hombre que había cometido asesinato, y otros once cuyo acto de amotinamiento lo había encubierto convirtiéndolos en cómplices tanto antes como después de los hechos. Pidió al tribunal que los sentenciara a todos a muerte en nombre de la ley, la justicia y los valores del ejército y del país que representaba. Concluyó exhortándoles a que no permitieran que el sentimentalismo ni el miedo al enemigo los disuadiera de cumplir con su deber.

Volvió a sentarse. La sala permaneció en absoluto silencio.

Joseph se levantó.

—Las circunstancias de esta guerra son muy diferentes de cuanto habíamos conocido hasta ahora —comenzó—. Un hombre que no haya avanzado a resbalones por el barro en tierra de nadie, que no haya plantado cara a cada uno de sus temores ni visto a sus amigos y a sus hermanos destrozados por los obuses, cosidos a tiros o gaseados, no puede siquiera imaginar el valor que se necesita para enfrentarse a ello no sólo día tras día, sino año tras año. Muchos de nosotros nunca saldremos de aquí. Lo sabemos y lo aceptamos. Casi todos vinimos porque así lo quisimos, nos alistamos para luchar por la tierra y la gente que amamos, nuestra propia gente. —Respiró profundamente. Se dio cuenta, con sorpresa, de lo mucho que creía en lo que estaba diciendo—. Pero para adentrarnos en el infierno necesitamos la lealtad de nuestros hermanos, tanto si lo son por parentesco como por la causa que nos une. Tenemos que confiar a ciegas en ellos, saber que compartirán con nosotros su último mendrugo, el calor de su cuerpo en lo más gélido del invierno, sus penas y alegrías, y que nunca sacrificarán nuestra vida en vano, en aras de su propio orgullo, ni contarán con que paguemos el precio de su ignorancia. Si vas a seguir a un hombre hacia la oscuridad, hacia la boca de los cañones, tienes que saber sin ningún género de duda que él hará lo mismo por ti, que dará cuanto tenga para hacerse digno del mando que ejerce. —Se dirigía a Hardesty y a los dos hombres que tenía a su lado, en cuyas manos estaba el resultado del juicio, pero miraba al grueso de la sala—. El capitán Morel y el capitán Cavan, así como nueve de los otros diez hombres presentes, emprendieron la acción de intentar doblegar al comandante Northrup para corresponder a la confianza que sabían que sus hombres habían depositado en ellos. Son culpables de insubordinación. Era el precio que estaban dispuestos a pagar para salvar la vida de sus compañeros. Aceptarían que los juzgaran por ello sus iguales, hombres que supieran lo que significa ser soldado en Passchendaele, y cumplirán cualquier condena que esos hombres estimasen justa, porque han recorrido la misma senda.

Volvió a sentarse con el rostro perlado de sudor y el pulso acelerado.

—Gracias, capitán —dijo Hardesty en voz baja. Miró a los hombres que tenía a ambos lados—. Caballeros, regresemos a la cocina de la granja por si hay algún aspecto legal que deseen tomar en consideración.

Se puso de pie, y Apsted y Simmons salieron detrás de él.

Ni un solo hombre abandonó la sala. No se oyó una sola voz. Hacía tanto calor como si estuvieran en un horno; el ambiente era sofocante. Pasaban los minutos.

Hardesty, Apsted y Simmons regresaron.

El corazón de Joseph latía con tal violencia que le faltaba el aire.

Como oficial de menor rango, Simmons fue el primero en dar su veredicto.

—Declaro al cabo primero John Geddes culpable de asesinato —dijo con serenidad. Luego nombró a todos los demás. La lista parecía no tener fin. Nadie movió un músculo—. Los declaro culpables de insubordinación grave, señoría.

Hardesty le dio las gracias y se volvió hacia Apsted.

La tensión era casi insoportable, semejante a la que reinaba durante los minutos anteriores a que los hombres saltaran el parapeto para exponerse al fuego enemigo.

—Declaro al cabo primero John Geddes culpable de asesinato. —Apsted tragó saliva—. Y a todos los demás acusados, culpables de amotinamiento.

Joseph notaba el sudor que le corría por los costados y apretó los puños hasta hacerse sangre con las uñas. La sala parecía girar en torno a él.

Hardesty habló el último.

—Yo también declaro al cabo primero John Geddes culpable de asesinato. —Enumeró la lista de los demás hombres—. Los declaro culpables de insubordinación grave. Por decisión en mayoría, éste es el veredicto de este tribunal. La sentencia de muerte para el cabo primero Geddes será remitida a instancias superiores a través de los canales habituales. Las penas de los demás acusados serán competencia de su propio regimiento.

Entonces, por fin, la multitud estalló en gritos de alegría. Los hombres se levantaron de un salto con los brazos en alto y lágrimas en los ojos y las mejillas. Se cuadraban ante Cavan y Morel y a los demás, les estrechaban la mano y sus amigos los abrazaban efusivamente.

Mason agitaba su bloc en el aire, con los ojos brillantes, aunque sabía que en Londres el Pacificador se pondría blanco de ira, atónito de que una vez más, de alguna manera, los Reavley lo hubiesen derrotado. Judith lloraba a lágrima viva, de puro alivio y alegría.

Joseph salió de la sala a hombros de Snowy Nunn, Barshey Gee y no supo quién más. Había descubierto una determinación en su fuero interno y había estado dispuesto a pagar el precio que conllevara por más alto que fuese. Había cumplido. Había correspondido a la confianza depositada en él. Ahora estaba ebrio de esperanza y tenía el vivo presentimiento

de que iba a recobrar la fe, la creencia en que lo imposible era posible, incluso en medio de la más absoluta oscuridad.

Y más al norte, hacia Passchendaele, la artillería pesada continuaba su implacable bombardeo de las líneas.